

LAS
SUPERSTICIONES
DE LA
HUMANIDAD

ENSAYO HISTÓRICO Y COMPARATIVO

TRAZADO CON LA AYUDA DE LAS MITOLOGÍAS, LAS PRODUCCIONES LITERARIAS Y LAS DOCTRINAS FILOSÓFICAS
DE LOS PUEBLOS MÁS FAMOSOS, COMPRENDIENDO LOS ORÁCULOS
LAS SIBILAS, LA AGORERÍA, EL ARUSPICIO, LOS SUEÑOS PROFÉTICOS, LOS SACRIFICIOS HUMANOS, LA ASTROLOGÍA, LA MAGIA,
LA NIGROMANCIA, LA CÁBALA, LA DEMONOLOGÍA Y DEMÁS CIENCIAS LLAMADAS «OCULTAS»
Y UN SIN NÚMERO DE LEYENDAS Y ANÉCDOTAS REFERENTES Á TODAS ÉPOCAS
Y LUGARES

POR

JOSÉ COROLEU

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE BARCELONA,
SOCIO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE LA MISMA Y CORRESPONDIENTE
DE LA DE LA HISTORIA.

Nihil sub sole novum

Obra ilustrada con magníficos cromos y grabados representando escenas históricas y mitológicas, monumentos y objetos artísticos
copiados de los más auténticos originales, etc., etc.

BARCELONA

JAIME SEIX, EDITOR

6 — Fuente San Miguel — 6

1891



*Esta obra es propiedad del Sr. Seix, quien se reserva sobre
la misma cuantos derechos le concede la ley.*

Barcelona.—Tipografía de B. Baseda, calle de Villarroel, 17. Ensanche de San Antonio, —1891



J. Seix editor.

Campi, lit.^o



INTRODUCCION



¿QUIÉN no ha experimentado el deseo de quebrantar el círculo de hierro con que le oprime la fría realidad para remontar el vuelo en alas de la fantasía por las regiones ideales, no se sabe si soñadas ó adivinadas por el espíritu, sediento de perfección?

¿Quién no ha oído hablar de los *Oráculos* que los gentiles tomaban por la voz de la Divinidad que descendía de los cielos para guiar sus pasos y desvanecer sus perplejidades; de los *agüeros* con los cuales imaginaban que podían predecirse los acontecimientos futuros y de los *Misterios* en los cuales se iniciaban en un orden de creencias ignorado del vulgo, sujetándose á mil pruebas terroríficas y prestando espantables juramentos?

¿Quién no ha sospechado que aquellos *Magos* de Oriente entre los cuales se sentó el profeta Daniel y á quienes fueron á pedir lecciones de sabiduría Solon, Pitágoras, Platon y otros peregrinos ingenios de la antigüedad, habían de tener

mas solidos y profundos conocimientos que las imposturas de un vil charlatanismo?

¿Quién no se amedrentó en su infancia oyendo contar las infames venganzas de las brujas y sus asambleas nocturnas presididas por el diablo?

¿Quién no concibió un vehemente anhelo por descubrir el origen y el simbolismo de los hermosos mitos que con su galana poesía le embelesaron el ánimo prendado de todo lo sobrenatural, y los magníficos ritos y ceremonias con que honraron los hombres en remotos siglos á sus falsas deidades?

¿Quién no ha pensado más de una vez en los misteriosos resortes que en todas las edades han impulsado al hombre á buscar el descubrimiento de los arcanos de lo futuro en el libro infinito de los cielos, cada una de cuyas letras es un mundo? Los asirios adoraron los astros; los sacerdotes egipcios pretendieron haber inventado el arte de arrancarles los secretos de lo porvenir; los indios y los árabes creyeron en su influencia, y en pleno Cristianismo dos reyes calificados de *Sabios*, Carlos V de Francia y Alfonso V de Aragon tuvieron astrólogos de cámara.

Y ¿qué diremos de los encantamientos y maleficios de que andan llenos los libros sagrados y profanos de todos los siglos, de los sueños proféticos, los horóscopos, la cábala, los aparecidos, la nigromancia, la cartomancia y demás fenómenos y artes misteriosas que parecen inventados para poner en comunicacion el mundo nuestro con el de las sombras, el planeta que habitamos con la inmensidad del universo que escapa á la percepcion de nuestros sentidos y al alcance de nuestro criterio?

¿Qué diremos de las Ninfas, las Hadas, los Gnomos, los Vestiglos, los Vampiros y demás legiones de seres fantásticos con los cuales ha poblado el hombre en todos tiempos el planeta en que mora y el cielo que lo cobija?

De todas estas cosas hemos de tratar en el bosquejo que sucintamente trazamos de las *Supersticiones de la Humanidad*.

Se nos figura estar oyendo la pregunta que de seguro nos dirigen ahora nuestros lectores: *¿Qué entendéis por SUPERSTICION?*

Oigamos primeramente á los teólogos.

SUPERSTICION, dicen estos que es *la falsa religion, ó el vicio de tributar culto divino, ya á aquel á quien no se debe, ya de una manera indebida*—eo modo quo non debet;—de donde se infiere que es de dos especies, á saber, una que consiste en el culto indebido á la verdadera Divinidad y otra consistente en el culto prestado á dios falso. Subdividen la primera en culto falso, ora sea en su significacion ó en la persona del que lo tributa y culto supérfluo, que es

el que se separa del instituido por Dios y por la Iglesia, y la segunda en tres especies que son la *idolatria*, la *adivinacion* y la *vana observancia*. La idolatria es el culto de los ídolos ó efigies de falsos númenes y por extension todo culto tributado á otro que á Dios, entrando por consiguiente en esta clase el *Panteismo* ó divinizacion de la Naturaleza, el *Sabeismo* ó adoracion de los astros, el *Antropomorfismo* ó humanizacion de la Divinidad, el *Fetichismo* ó adoracion de los objetos naturales como los elementos, los rios, los animales, etc., ó de genios benéficos ó maléficos creados por la humana fantasía.

Es la *adivinacion* la predicción de lo futuro hecha de un modo indebido, ó sea el intento de vaticinar las cosas futuras en sí mismas, lo cual se refiere á aquellas que no son de las que por causas conocidas y necesarias puede predecir un mero raciocinio inductivo, como acontece v. gr. con los fenómenos del orden meteorológico y otros que cayendo bajo el dominio de la ciencia puede vaticinar la humana razon sin el alarde y aparato de recurrir para ello á ocultos y misteriosos procedimientos.

Sin embargo, los teólogos admiten la existencia del don de profecía, del cual nos ofrece la Escritura repetidos ejemplos.

Pertenecen á los géneros de adivinacion condenados por la Iglesia la *nigromancia* ó supuesto arte de evocar los manes de los muertos para hacerles predecir lo futuro, como veremos en sus respectivos lugares que lo hicieron Saul, evocando por medio de la pitonisa de Endor la sombra de Samuel, y Ulises haciendo comparecer en el Tártaro la del adivino Tiresias; la profecía por medio de oráculos humanos ó *pitones* que fingian hablar en nombre de la Divinidad, como lo explicaremos en varios capítulos de esta obra; la adivinacion por los signos ó agüeros que, si aparecian en un cuerpo terrestre, se llamaba *geomancia*, si en el agua *hidromancia*, si en el aire *aceromancia*, si en las entrañas de las víctimas *aruspicio*, cual se explicará al tratar de las supersticiones orientales admitidas por los griegos y los romanos.

Tambien entran en el número de las artes prohibidas por el mismo motivo la *astrología*, la *agorería por el vuelo de las aves*, á la cual fueron tan aficionados los antiguos; la *quiromancia* ó adivinacion por las rayas de las manos, los *sortilegios* ó adivinaciones hechas por suerte, como v. gr. tomando por respuesta de oráculo la primera palabra que se lea en un libro abierto al azar ú oída á una persona que acierte á pasar por nuestro lado.

Condena tambien la Iglesia como supersticiosa la pretension de obrar prodigios, ya por mera ostentacion, ya por utilidad propia ó ajena, en cuyo caso se llama arte de *Magia*. Esta fué excesivamente practicada en los pueblos antiguos

y se consideró de dos maneras, segun que se encaminaba á causar un perjuicio al prójimo, como alterar su salud, matar sus rebaños, secar sus árboles, etc., en cuyo caso se llamaba *maleficio* ó tenia por objeto conciliar el amor de alguna persona, como se pretendia hacerlo con los *jiltros* ó *bebedizos*. De todo ello veremos multiplicados y curiosísimos ejemplos en este libro.

No pretendemos escribir una obra de teología: ni tenemos conocimientos para ello, ni autoridad para hablar *ex-cathedra* en nombre de la Iglesia; pero nuestros lectores comprenderán que no podíamos tratar estas materias sin exponer en compendioso cuadro la doctrina teológica referente á ellas.

En suma, pues, podemos decir que se considera supersticiosa toda creencia en poderes sobrenaturales y ocultos no reconocidos por la teología ni admitidos por la ciencia, y cuyo efecto inmediato é indeclinable es muchas veces la explotación de la ignorancia por la impostura.

Entran en la primera categoría todas las leyendas mitológicas y prácticas especiales y peculiares del *Paganismo*, y en la segunda todas las aberraciones del entendimiento humano extraviado por el terror, la ignorancia ó la alucinacion mental que ofusca los sentidos, poblando el mundo de fantásticas potestades y quiméricas influencias.

Hemos mentado la teología y la ciencia profana, porque no podíamos echar en olvido que la humanidad se halla dividida en muchas sectas religiosas, de lo cual resulta que lo que para unos es religion es supersticion para otros y vice-versa. Si de este hecho se quisiese deducir una objecion anti-cristiana, replicarian los teólogos que no cabe negar la existencia de la Verdad y que ésta dejaria de merecer su nombre si se la pudiese reducir á una entidad puramente convencional y subjetiva; mas si escudándonos con su autoridad renunciásemos á ilustrar nuestro criterio con la poderosa luz de la Ciencia, con razon se nos podria tildar de intolerantes y presuntuosos, pues no nos incumbe á nosotros escribir un tratado dogmático. Por esto cedemos la palabra á los teólogos cuando la índole del asunto lo reclama; pero nos concretaremos á apuntar los juicios de la crítica profana cuando no cae directamente bajo el dominio de la teología.

*
* *

No hay nada más fácil que la negacion, nada más cruel é inhumano que el sarcasmo. El hombre tiene derecho á exigir que se respeten sus creencias porque son la manifestacion del acto más noble y desinteresado de su actividad espiri-

tual, lo cual no impide por cierto que sea un acto sumamente humanitario abrirle caritativamente los ojos cuando por una fatal y peligrosa alucinacion se pervierte su juicio, arrastrándole la fantasía á la region de las quimeras. Pero este acto pierde todo su mérito cuando no lo inspira y avalora el sentimiento de la caridad.

Hay más todavía. Cuando las ilusiones que se forja el entendimiento humano son una brillante manifestacion de su tendencia innata hacia la belleza perfecta, la justicia infalible y la verdad absoluta en este mundo nuestro de imperfeccion y de incesantes congojas, no cabe negar que esas maravillosas creaciones son una gloria de la humanidad. Todo es relativo en la tierra, y al buscar el hombre el archetipo del bien absoluto, ha pronunciado el nombre de Dios.

A los que tienen la dicha de creer en Él no necesitamos decirles que la causa de Dios no es la causa de los impostores que en todos tiempos explotaron sacrilegamente su nombre. Por esto respetamos la inviolabilidad de las creencias, al par que anatematizamos las infamias de la impostura.

Esquilo ha dicho que la ciencia se adquiere con dolor, y en efecto el progreso es obra de una continuada série de trabajos individuales y colectivos: todo trabajo supone un esfuerzo y este siempre tiene algo de doloroso, especialmente cuando habiendo emprendido el hombre su penoso viaje en busca de la Verdad, se encuentra de súbito rodeado de peligrosos escollos y aterradores fantasmas, y no descubre en lontananza sino un denso velo de tinieblas que amilanan su ánimo y lo envenenan con el tósigo de la duda.

Seamos francos: ¿no es este el más característico azote moral de nuestra época? Todos estudiamos, todos analizamos, todos discutimos las creencias de las pasadas edades; pero las nuestras ¿qué se hicieron?

No hacemos más que apuntar estas ideas, porque no conviene á nuestro propósito desenvolverlas y ampliarlas: nos basta su mera enunciacion para explicar por qué consideramos la *tolerancia* como el más riguroso de nuestros deberes.

Todas las sectas religiosas han tenido sus *Misterios*, como tiene el Cristianismo los suyos, aunque este solo entiende por tales las verdades que siendo inaccesibles á la razon humana deben admitirse como artículos de fe. Búsquese la noción de la Divinidad, la profesion monoteista de cualquiera de los pueblos que más brillante papel han desempeñado en la historia de la civilizacion y veremos que todos vienen á formularla á corta diferencia en los mismos términos. Los indios dicen en el *Vedanta* que el Sér Supremo es inaccesible á la facultad inteligente y no puede ser descrito por la palabra, y en pos de ellos todos han ido repitiendo por boca de sus sacerdotes y sus filósofos esta confesion de la impotencia humana ante los arcanos impenetrables de lo infinito. La Religion Cristiana ha

llenado con el dogma el vacío inmenso que dejaba en el espíritu de la criatura esta congojosa ignorancia. Los paganos contaron al vulgo una fábula por cada interrogación que su inquieta curiosidad podía dirigir al sacerdocio. Mas se ha dicho que en los *Misterios* explicaban á los iniciados una doctrina más pura y elevada que la que profesaba la indocta muchedumbre, aunque no han faltado graves autoridades que han afirmado que estas ceremonias estaban contaminadas por repugnantes torpezas, punto que no deja por cierto de ofrecer á los pensadores un atractivo estudio.

Sea como fuere, ello es indudable que el hombre no ha podido jamás emanciparse por completo de la influencia que ejerce en su espíritu lo maravilloso; que hay temerosos problemas acerca de los cuales su razón no puede aventurar sino tímidas hipótesis, á menos que se escude con la Fe, que afirma y no discute, y que por lo tanto el mundo sobrenatural le atrae, le fascina y le subyuga con una fuerza poderosa á la cual no le es dado muchas veces resistir ni pertrechado de todas las armas de la ciencia. Sócrates tenía un demonio familiar, Catalina de Médicis había escogido por confidentes íntimos á dos astrólogos y Napoleon I conocía *su estrella* y la enseñaba á quien quería verla.

Del vulgo no hay que hablar, pues mientras los eruditos discuten si Orfeo, Homero y otros celebérrimos personajes existieron en realidad ó deben tomarse como poéticas alegorías, él cree mucho más en las hadas, los fantasmas y otros mil genios y potestades sobrenaturales, que en muchos tipos históricos que son la honra de la Humanidad y de los cuales desconoce en gran parte hasta los nombres. No hay duda que el sentimiento religioso bien dirigido podría contribuir eficazmente á extirpar las más trascendentales y peligrosas preocupaciones; pero nadie ignora cuán considerable es el número de aquellos que practicando con gran fervor todos los actos del culto externo solo profesan en el fondo una incoherente amalgama de principios entre las cuales van revueltas no pocas supersticiones explícitamente condenadas por la Iglesia. Recordamos haberle oído relatar á un cura-párroco tan respetable por su singular virtud como por sus sólidos conocimientos, que acababa de reprender á una anciana por haber tenido la simplicidad de decirle que todos los días oraba al Señor á fin de que alcanzase de la Santa patrona del pueblo el ansiado beneficio de la lluvia. Huelgan los comentarios.

Todas estas razones y otras muchas que omitimos por no pecar de prolijos, demuestran superabundantemente con cuánta razón dijo un filósofo antiguo que el hombre era un animal supersticioso.

¿Cómo no, si mientras su razón le señala el recto camino de la verdad, su

imaginacion, esa *loca de la casa* que tantas víctimas ha hecho entre los más preclaros espíritus, trata siempre de llevarle por extrañas veredas á la region de las sombras? Recordad á Pascal andando con terror por haberse figurado que iba siempre costeando un abismo.

Sentad la planta en ese terreno de las alucinaciones y vereis cómo se codean los seres del mundo real con los monstruos del mundo fantástico.... Pero no pretendais llevar muy adelante vuestras investigaciones si no posecis el hilo de Ariadne como los grandes doctores de la ciencia médica, pues muy pronto os hallarías rodeado de tal oscuridad, que os seria muy difícil trazar la línea divisoria que separa el uno del otro.

¿Quién pudo nunca jactarse de ver todas las cosas *tales como son*? Ese tal podria en verdad alabarse de poseer la verdadera sabiduría.

Mucho es, sin embargo, que los progresos de la Ciencia hayan ensanchado su reino hasta el punto de desalojar los espectros de la Supersticion de muchas posiciones que tenian desde hace siglos fuertemente ocupadas. ¡Cuántos problemas insolubles para las antiguas generaciones no han sido resueltos por los fisiólogos modernos! Porque el hombre es así: cuando encuentra en su camino una incógnita pavorosa y no acierta su juicio á despejarla, deja que la imaginacion tome la tarea por su cuenta, y ella lo hace invariablemente con la fórmula: X= *Un fantasma que me amedrenta*.

No sin razon se ha dicho que lo desconocido infunde invencible temor al espíritu humano. Se necesita un ánimo muy templado por graves meditaciones para profesar aquel bello principio de Platon de que *la admiracion es el principio de toda ciencia*. No todos pueden alcanzar la serenidad olímpica del filósofo y á muy pocos les es dado eximirse de los errores y las preocupaciones de la época y la sociedad en que viven.

Muchas veces al extasiarnos ante la magnífica interpretacion dada por un pensador de nuestro siglo á alguna fantástica leyenda de la antigüedad, no hemos podido menos de pensar en los terrores que habrá causado en aquellos remotos tiempos la conseja que hoy divierte nuestros ocios. Y crean nuestros lectores que, al ocurrírsenos tal pensamiento, jamás nos hemos atrevido á sonreirnos halagados por la superioridad de nuestra época en científica despreocupación. ¿Por ventura no hay en nuestras montañas hombres valerosísimos que tiemblan como unos azogados, si oyen el rumor de la hojarasca que el viento arremolina en el bosque, mientras escuchan el relato de un cuento de brujas ó de aparecidos?

Muchos y muy ilustres ingenios se han ocupado en todos tiempos en el estudio de las más extendidas y trascendentales supersticiones humanas. En nues-

tro siglo han conquistado merecido renombre con sus profundas investigaciones acerca de este asunto varios mitólogos que con rara sagacidad han hecho el análisis y la exposicion comparativa de las fábulas religiosas de los antiguos. Tambien han enriquecido la Ciencia con importantes descubrimientos varios fisiólogos insignes cuyos nombres deben inscribirse en el catálogo de los bienhechores de la humanidad por los bellos triunfos que con su saber han alcanzado sobre las rutinarias preocupaciones que fueron el azote y el baldon de otros tiempos.

A unos y otros hemos consultado para bosquejar este modesto *Ensayo histórico*.

Prevemos la objecion que podria dirigirnos una crítica más suspicaz y pusilánime que ilustrada:

—¿*Estais bien seguro de la utilidad de vuestro trabajo?*

A esta pregunta contestaremos con las elocuentes razones que uno de los más insignes orientalistas de nuestra época ha estampado en el Prefacio de un magnifico estudio relativo á la Magia entre los caldeos:

El estudio de ciertas supersticiones forma uno de los capítulos más extraños y no por cierto de los ménos importantes de la historia del espíritu humano y sus desenvolvimientos. Por extravagantes que hayan sido las ilusiones de la magia y la astrología y por muy léjos que nos encontremos, merced al progreso de las ciencias, de las ideas que las inspiraron, ello es que han ejercido sobre los hombres y por espacio de largos siglos hasta una época muy cercana á la nuestra una influencia tan profunda y decisiva, que no puede pasarla por alto el que pretenda averiguar las vicisitudes por que han pasado los anales intelectuales de la humanidad. Hasta los siglos más ilustrados de la antigüedad han creído en estos prestigios; el imperio de las ciencias ocultas, herencia de la supersticion pagana que sobrevivía al triunfo del Cristianismo, se muestra omnipotente en la Edad Media, y solo la ciencia moderna ha conseguido desvanecer sus errores. Una aberracion que por tanto tiempo ha dominado todos los ánimos, sin excluir los más nobles y perspicaces, una aberracion de que no ha podido eximirse ni la misma filosofía y á la cual en ciertas épocas ha otorgado un lugar preferente en sus especulaciones, como lo hicieron los neo-platónicos de la escuela de Alejandría; no puede excluirse desdeñosamente del cuadro de la marcha general de las ideas. Conviene por el contrario estudiarla con atencion, penetrar sus causas, seguir las formas que sucesivamente ha ido revistiendo y determinar al mismo tiempo el influjo que las creencias religiosas de los distintos pueblos y las diferentes edades han ejercido en ella y la influencia que ella ha ejercido á su vez en estas mismas creencias. . . .

¿Que es una tarea infinitamente más tentadora que fácil? ¿Quién lo duda?

No nos ha sucedido nunca leer una fábula mitológica, sin ocurriérsenos al punto que las galas literarias que artificiosamente la ataviaban habian de menoscabar de una manera deplorable las gracias ingenuas y la candorosa espontaneidad del relato primitivo. Poetas líricos, dramaturgos, filósofos é historiadores se han aplicado á porfía á adornarlo, ampliarlo y comentarlo, modificándolo de modo tal que fuera sin duda muy ardua empresa despojarlo de sus prestados adornos, devolviéndole la encantadora sencillez de la leyenda popular. Á medida que van avanzando los tiempos se van perfeccionando las artes; mas lo que ganan las producciones literarias en armonía y buen gusto, lo pierde á su vez la leyenda en naturalidad y frescura, y cuando suena la hora de la decadencia literaria y la crítica pretende remontar sus investigaciones hacia los orígenes de las grandes tradiciones populares, le es punto ménos que imposible devolverles su pristina forma.

Y lo más sensible del caso es que esas cosas no se inventan. Todo el artificio del más consumado retórico no es capaz de suplir una línea de esos primitivos monumentos del ingenio humano, porque esas obras son hijas del sentimiento y nosotros adolecemos de la más radical ineptitud para sentir como las generaciones que las produjéron.

De ahí la inmensa dificultad de explicar de un modo satisfactorio é indiscutible los mitos de los pueblos antiguos.

*
* * *

Vamos á dar en sucintos términos una ligera idea de los sistemas de interpretacion que se han propuesto para llegar á este resultado.

Evhemero, filósofo griego que floreció en el siglo IV antes de J. C. fué el creador de la escuela que, tratando de explicar la Mitología por la Historia, no ve en los mitos sino la alegórica narracion de hechos reales, exornada con las galas de la poesía. Solo han quedado de este escritor algunos fragmentos traducidos por Ennio al latin, pero su teoría ha prosperado. Moreau de Jonnés, el sabio historiador de los *Tiempos Mitológicos*, la desarrolla con singular talento, aunque confesando que tienen mucho de conjeturales cuantas se formulan acerca de este punto, á pesar de los grandes medios de investigacion que proporcionan hoy el conocimiento de los poemas indios, celtas, eslavos, fineses y escandina-

vos y la interpretacion más profunda del mitismo egipcio y asirio, debida á la lectura de los geroglíficos y los caracteres cuneiformes.

No obstante, no tiene reparo en manifestar que la nocion más importante que se deduce del estudio comparativo de las mitologías es la identidad del principio en que se fundan, pues se observan en ellas tan notables semejanzas en el fondo, en la forma de su composicion y hasta en muchos términos empleados en sentido idéntico, que por necesidad hay que admitir la conclusion de que *ha debido existir originariamente un tema único* que habrá sido la base de esos documentos á los cuales fué imprimiendo el genio de cada pueblo su carácter distintivo. ¿Á qué inspiracion, pregunta, debió su nacimiento ese tema primitivo? ¿Fué emanado de la imaginacion de los rapsodas de Oriente ó del naturalismo panteista de la India propagado de uno á otro pueblo hasta los confines de Occidente?.... No se atreve este autor á resolver la cuestion; mas afirma sin vacilar que tras de pasar más de veinte años estudiando y comparando las leyendas referentes al período de la infancia de las sociedades, ha acabado por adquirir la profunda conviccion de que las cosmogonías, las teogonías y las fábulas mitológicas de todas las naciones proceden de un fondo comun.

Moreau de Jonnés empieza al formular su sistema recordando que *muthos*, en el sentido original, significaba simplemente relato, tradicion, sin envolver la idea de verdad ni la de mentira, y que cuando los templos se convirtieron en deposito de las tradiciones, el sacerdocio las trasformó en un misterio que no revelaba sino á los iniciados y aun veladas por los símbolos, con lo cual tomó la palabra *muthos* el sentido de mito ó parábola.... Es preciso hacerse cargo, dice, de que lo sobrenatural no se inventa nunca por completo, de modo que, en tésis general, puede afirmarse que toda fabula tiene por fundamento la realidad. No hay ningun cuento, por absurdo que sea, que no tenga su razon de ser por algun accidente del corazon humano, de la sociedad ó de la naturaleza....

Por lo demás, el Evhemerismo, añade, no hay que ceñirlo á los límites de Grecia, pues así los libros sibilinos como los Padres de la Iglesia atestiguan que los judíos y los cristianos de los primeros siglos de nuestra era estaban en la persuasion de que los dioses del Politeismo habian existido. *En su concepto eran caudillos y reyes divinizados*, y aunque condenaron su apoteosis calificándola de supersticion, jamás se les ocurrió negar que hubiesen existido como hombres. Los paganos, por su parte, afirmaban que los hombres superiores de sus naciones habian merecido que se les deificase por los servicios que habian prestado á la patria. Así pues, nada más lógico que considerar á los dioses como los antepasados, los reyes ó los padres de los pueblos antiguos. Ellos organizaron las

sociedades, edificaron las poblaciones, civilizaron á los hombres, conquistaron los territorios, dirigieron las emigraciones y fundaron el orden religioso y político. En la gènealogía de Hesiodo se les ve ocupar diferentes fechas, pues unos son antiquísimos y otros más recientes, habiéndolos que aparecen en calidad de semi-dioses ó héroes en la linde de los tiempos históricos. La disminucion de su divinidad y por consiguiente de su poder sobrenatural, corresponde á los progresos de la razón humana. Las leyendas de Perseo y de Tesco son mucho más maravillosas que la de Aquiles. Los pueblos primitivos necesitan cuentos de Hadas como los niños; el deseo formal de conocer y la afición á la verdad son propios de la edad madura.

Hemos citado á este autor porque formula de un modo tan preciso y categórico la doctrina de su escuela.

Federico Creuzer, uno de los filólogos más eminentes de la Alemania moderna, publicó á principios de este siglo la *Simbólica y la mitología de los pueblos antiguos*, obra que le valió grande celebridad y que movió mucha polvoreada entre los eruditos. Como lo indica su título, sentábase en ella el principio de que los mitos del Paganismo no son más que una serie de símbolos referentes á los poderes naturales y morales. Otro filólogo alemán muerto á mediados de este siglo, Godofredo Hermann, ha dicho que la alegoría y la personificación eran las fuentes de toda mitología. Ya los platónicos habian buscado místicas alegorías en los mitos de su tiempo.

Pero á todo esto ha aparecido en escena un nuevo elemento que debía promover aun nuevas y muy acaloradas polémicas en el campo de los mitólogos: nuestros lectores habrán comprendido que nos referimos al indianismo. La India es como una ciudadela sagrada en la cual se han encastillado los *etimologistas*, y es preciso confesar que la defienden con singular tesón é inteligencia.

Para ellos el mito no es más que una fábula inventada por la imaginación popular al querer explicarse las expresiones míticas cuyo sentido ya no comprende y estiman que los primeros mitos se referían especialmente á los fenómenos físicos y cosmológicos, apareciendo más tarde el punto de vista moral y por último la metafísica, cuando ya se habia apagado el verdadero espíritu mitológico. Ciertamente no puede negarse que la progresión es irreprochablemente lógica.

Justo es también confesar que los defensores de esta escuela han prodigado en la lucha verdaderos tesoros de erudición y de paciencia. Podrá ser muy bien que á la postre no queden dueños del campo, pero nunca serán del todo perdidos los importantísimos trabajos que han publicado en defensa de su teoría.

No pensamos que la haya nadie formulado de una manera más clara y concreta que Max Muller, campeón tanto más formidable cuanto que reúne además de una valerosa decisión un fondo de conocimientos filológicos verdaderamente extraordinario. Á la pregunta de los evhemeristas relativa al origen común de los mitos, responde sin vacilar que hay que buscarlo en la lengua de los aryas primitivos. En ese período anterior á la formación de las nacionalidades distintas y al cual da el nombre de *período mítico*, cada palabra, dice, era en cierto sentido un mito. En su origen todas eran apelativas y expresaban uno de los numerosos atributos de un objeto. La elección de esos atributos implica una especie de poesía instintiva que las lenguas modernas han perdido por completo.... Entonces el lenguaje no podía expresar sino objetos como nombres y calidades como verbos. El lenguaje, en ese período primitivo, no era sino la expresión consciente, por medio de los sonidos, de impresiones recibidas por todos los sentidos.

En estos pasajes Max Muller está acertadísimo. Ni sus más ardientes impugnadores pueden negarle que trata magistralmente y hasta con elocuencia una materia de suyo árida y dificultosa. Los nombres abstractos, añade, nos son tan familiares que apenas podemos apreciar la dificultad que han tenido los hombres para formarlos. Nos cuesta mucho, imaginar un lenguaje sin nombres abstractos. Sin embargo, hay dialectos de los que aun hoy se hablan, que no los poseen, y cuanto mas nos remontamos en la historia del lenguaje, ménos los encontramos.... Leamos las obras de los poetas que piensan y sienten aun con la ayuda del lenguaje, esto es, que no se sirven de ninguna palabra á la cual no hayan prestado en su ánimo una vida real, que no juegan con la lengua, sino que se sirven de ella como de una fórmula mágica para hacer surgir cosas reales llenas de luz y de color. ¿Os parece si podrían hablar del sol, de la aurora ó de las tempestades como de poderes neutros sin violentar sus sentimientos?.... No-otros llamamos á esto estilo poético, otorgando á los que escriben en verso el privilegio de servirse de expresiones que nosotros calificamos de exageradas. Mas para el poeta no hay tal exageración, como no la habia para los antiguos poetas, creadores del lenguaje. La poesía es más antigua que la prosa, y el espíritu para hablar la lengua de la abstracción ha de hacer un esfuerzo más considerable que el que exigen las efusiones de un poeta prendado de los esplendores de la naturaleza. Se necesita mucha reflexión para despojar la naturaleza de toda expresión viviente, para no ver en las nubes otra cosa que vapores condensados, en las sombrías montañas solamente masas de piedra y en el relámpago no mas que chispas eléctricas.... Además, no debemos echar en olvido que el lenguaje mitológico carecía de vocablos simplemente auxiliares: todos, ora fue-

sen nombres ó verbos, tenían en el periodo mítico su poder completo; todos eran pesados y poco manejables y decían más de lo que debían, circunstancia á la cual se debe en gran parte el asombro que hoy nos causa el lenguaje mitológico. Hay ahí un fenómeno que no nos es dable comprender sino siguiendo con atención el desarrollo natural del lenguaje. Nosotros hablamos del sol que sigue á la aurora, pero los antiguos poetas no podían hablar sino del sol que ama y besa á la aurora. Lo que para nosotros es una puesta del sol era para ellos el sol envejeciendo, cayendo ó muriendo. Nuestra salida del sol era para ellos la Noche dando á luz un brillante hijo, y en la primavera veían realmente al sol ó el cielo abrazando ardorosamente á la tierra, haciendo llover y derramando tesoros en el seno de la naturaleza. Hesiodo tiene muchos mitos de fecha posterior en los cuales no tenemos más que reemplazar un verbo completo por el auxiliar para trocar el lenguaje mítico en lenguaje lógico.... El descubrimiento de la mitología de los Vedas ha sido para la mitología comparada lo que el descubrimiento del sanscrito para la gramática comparada.... La verdadera teogonía de las razas aryas está en los Vedas. La teogonía de Hesiodo no es más que una reproducción informe de la idea primitiva. Es preciso leer los Vedas para saber á qué naturaleza de concepción el espíritu humano, aunque dotado de la conciencia natural de un poder divino, se siente inevitablemente conducido por la fuerza irregular del lenguaje aplicado á las ideas sobrenaturales y abstractas....

¡Qué lástima de inventiva, de erudición y de paciencia! exclaman al oír esto los evhemeristas. ¿Cómo es posible admitir que de un extremo á otro de nuestro hemisferio los pueblos no hayan cesado de girar por espacio de siglos en el angosto círculo de un naturalismo estéril y luego poseídos de un capricho inexplicable se hayan aplicado á transformar esos fenómenos en personificaciones y acontecimientos humanos? ¿Qué os parece esa repentina fertilidad de invención que habría llenado al mundo de emociones, de incidentes y luchas épicas, lanzando los gigantes contra los dioses, todo para expresar que las nubes se estrellan en las cumbres de los montes y que el invierno sucede á la estación de los calores?

M. Gladstone, el famoso estadista británico, tan experto en las lides políticas y parlamentarias como en las polémicas científicas, ha tomado también la defensa de los griegos, rebatiendo las apreciaciones de Max Muller. Lejos de amilanarse los evhemeristas ante el formidable arsenal filológico de sus adversarios, persisten en afirmar la originalidad de la mitología griega, sentando el principio de que la idea de la representación de las fuerzas naturales es la más reciente de todas, como que es hija de la filosofía panteísta que tuvo á Varrón

por sabio intérprete y que hacia de Zeus el alma del mundo, un esposo de la Tierra del cual los demás dioses eran otras tantas emanaciones individualizadas. Casi todas las fabulas de los griegos, dicen, resisten al alegorismo por su caracter profundamente humano. No es exacto decir que el mito se ha hecho hombre, pues lo cierto es que éste se ha hecho mito y que sus acciones vistas al traves del prisma multiplicador de la imaginacion, oscurecidas por la distancia de las edades y los errores de interpretacion de los lenguajes desaparecidos, traspasan sin cesar los limites de lo posible fijados por la razon y la experiencia.

No hay duda que hay aquí algunas observaciones evidentemente justas, sobre todo por lo que respecta al antropomorfismo de los helenos; pero no podemos echar en olvido la preciosa confesion de Moreau de Jonnés respecto á las analogías mitológicas que revelan la comunidad de origen de muchos mitos hallados en distintas naciones, ni nos es dable llevar tan adelante el sincretismo que pretendamos aplicar á la India panteísta el mismo criterio que á los griegos y los hebreos que no veían en el mundo sino al hombre y la sociedad, considerando la naturaleza entera como el fondo y el marco del gran cuadro en el cual figuraban en primer término las luchas del corazón humano.

En esta, como en todas las manifestaciones de la actividad moral de los pueblos, hay que tener en cuenta el genio que imprime en todas ellas un sello profundamente característico segun la comarca en que respectivamente aparecen. ¿Por ventura la modificación y la nueva interpretacion de un mito no constituyen una verdadera originalidad, aunque la idea primordial sea importada de otra region en la cual tuvo diverso significado?

No insistimos en este punto, porque no tenemos competencia para dictar un fallo definitivo en una controversia tan ardua y sustentada por tan respetables autoridades. Hemos hecho esta exposicion de las doctrinas proclamadas por diversas escuelas, quizá con espíritu sobradamente exclusivo, reservándonos presentar en el curso de la obra las más notables interpretaciones que han dado de los mitos más importantes.

Pero hay además de estas escuelas una doctrina que no nos es dable echar en olvido por su grandísima importancia, aunque solo se la considere en el punto de vista científico. Nuestros lectores habrán comprendido que nos referimos á la interpretacion de la Iglesia Católica.

Para ella el monoteísmo fué la primitiva religion de los hombres, y la idolatría una caída, un pecado sacrilego y horrible que los llevó por el camino del error hasta las mas repugnantes extravagancias y las más inmundas torpezas. Cuando hubieron olvidado el gran principio de la unidad de Dios, cuyo reflejo

se halla todavía en las más viejas tradiciones religiosas de todos los pueblos, fueron resbalando por la pendiente de la impiedad hasta llegar á aquel estado que ha definido Bossuet diciendo con la enérgica precision que le caracteriza: *Todo era Dios, ménos Dios mismo.*

Un escritor francés contemporáneo, cuyo libro es un prodigio de paciencia y de erudicion y que ha obtenido no solo la aprobacion, sino los plácemes más incondicionales y afectuosos de los príncipes de la Iglesia y del mismo Pio IX ha desarrollado esta idea con tan notable maestría, que nos ha parecido lo más acertado extractarle en resumidos términos. Dice que habiendo conocido los hombres á los espíritus ó ángeles antes de la dispersion, llevaron consigo esta creencia á todas las comarcas que habitaron; mas por efecto de la alteracion que sufrieron con el trascurso del tiempo las verdades reveladas, aquellos seres á quienes habian honrado al principio como miembros de Dios acabaron por recibir un culto directo é idolátrico. Tal es el origen que asigna este autor á los *Cabires*, los *Ferveres* de los persas, los *Elfos* de los escandinavos, etc. En apoyo de esta teoría cita la autoridad de J. Gerardo Vossius, además de los monumentos literarios de la antigüedad que juzga pertinentes al asunto.

Indica despues como segundo manantial de la idolatría el *sabeismo*, bien que declarando desde luego que lo hace antes para establecer el orden lógico que con el intento de señalar una sucesion rigurosamente cronológica.

Por nuestra parte, prescindiendo de los egipcios que adoraron al sol y la luna con los nombres de *Osiris* é *Isis*, y recordando que los babilonios fueron siempre considerados como los más antiguos y fervientes sectarios del sabeismo y que otro tanto puede decirse de los árabes hasta la predicacion de Mahoma, harémos notar que la famosa capital de Nemrod y Sardanápalo principió por un campamento de tribus nómadas, y nómadas eran tambien los hijos del desierto que fanatizados por el Coran habian de pasear triunfante la media luna por tantos mares y continentes del antiguo mundo. Unos y otros se prosternaron ante los astros que les guiaban en sus incesantes y aventuradas correrías. Más adelante veremos cuánto les costó á los profetas del pueblo hebreo evitar que se contaminase con este culto y que deslumbrado por el fulgor de esos brillantes luceros olvidase la mano eterna que los habia encendido en los primeros dias de la Creacion.

Más adelante, dice, el olvido de Dios y una *insensata curiosidad*¹ por des-

¹ Subrayamos estas palabras porque nos es imposible admitir el epíteto. En nuestro concepto esa curiosidad no solo no es insensata, sino que la juzgamos honrosísima para la humanidad.

cubrir los secretos de la naturaleza, impulsaron al hombre á adorar lo que se sentia incapaz de comprender y así empezó por endiosar los elementos y todas las fuerzas naturales, acabando por entregarse al asqueroso fetichismo. Finalmente, la apoteosis de los grandes caudillos, los héroes y los reyes, acabó de completar el interminable catálogo de los dioses falsos.

Tales son, á su juicio, las causas ocasionales del politeismo. La causa determinante la encuentra en la corrupcion del corazon humano que le indujo á deificar las pasiones más bajas y vergonzosas.

Ya habrán notado nuestros lectores que —prescindiendo del criterio teológico— esta doctrina viene á establecer una teoría ecléctica, que no rechaza en absoluto los principios de los alegoristas ni los de los evhemeristas.

Antes de dar por terminada esta ligera reseña de las más notables teorías ideadas para explicar los dogmas de las antiguas religiones que hoy nos parecen incomprensibles rarezas, no podemos menos de citar las palabras de otro escritor contemporáneo, segun el cual el FATUM de los antiguos á quien estaban sometidos hasta los mismos dioses —*fuerzas ocultas de la naturaleza*— personificaba la Sabiduría absoluta.



Figurémonos cómo habian de razonar, estudiar y progresar las antiguas generaciones bajo el peso de aquel inmenso y complicado simbolismo, y cuán privilegiado entendimiento se necesitaba en aquellos remotos siglos para no tomarse por lo sério las fábulas y preocupaciones que eran la base de las generales creencias.

Aun hoy que los obeliscos del litúrgico y teatral Egipto y los bajos-relieves, los vasos y las estatuas incomparables de Grecia y Roma enriquecen los museos de las brumosas ciudades del Norte; hoy que un epidémico indiferentismo parece apartar los espíritus de todas aquellas cuestiones que no puede resolver la humana experiencia, nos impresionamos y nos estremecemos al ver brillar entre las ruinas grandiosas de lo pasado la luz vagarosa y efímera de los fuegos fatuos que recuerdan las generaciones antiguas.

Y esto así, porque somos hijos suyos, porque al trazar el inventario de los bienes que constituyen nuestra actual civilizacion, debemos confesarnos deudores á ellas de un prodigioso caudal de conocimientos.

Como si el simun de los desiertos se hubiese complacido en aventar el polvo

de las antiguas maravillas, muchos templos y alcázares que fueron el asombro de otros siglos han desaparecido por completo de la faz de la tierra. Algunos existen todavía en parte, mas de tal modo destruidos y mutilados que solo parecen haber quedado sus restos como un trágico ejemplo de la caducidad del terreno.

Cayeron de sus pedestales para no volver á levantarse la misteriosa Isis de los egipcios, el poderoso Apolo de Delfos y el excelso Júpiter Capitolino; pero hay un monstruo que desafiando la accion destructora del tiempo y la sonrisa del escepticismo contempla todavía con glacial serenidad las desdichas y las locuras de los mortales. Ese monstruo es la esfinge. Tratándose del mundo sobrenatural la fe no necesita investigar; el escepticismo se desdeña de discutir; pero la duda..... tropieza inevitablemente con la granítica faz de aquel monstruo que ha contemplado impasible las perplejidades y los tormentos de innumerables generaciones.

Materia es esta acerca de la cual podria escribirse para llenar, no ya sendos volúmenes, sino bibliotecas enteras, pues el campo de la supersticion es tan vasto como los dominios de la fantasía humana, lo cual vale tanto como decir que raya en lo infinito.

Nos lisonjamos de que ha de bastar la mera enunciacion de esta idea para que comprendan nuestros lectores que al escribir este libro solo llevamos la mira de escoger en cada uno de los principales periodos de la Historia los rasgos más culminantes y característicos de las más generalizadas supersticiones.

* * *

Propónense con suma frecuencia los literatos y oradores franceses tratar algun asunto científico, antes con la mira de popularizar los conocimientos útiles, que con el intento de alardear de sabios con aquel aparato académico que al público, generalmente y con sobrada razon no agrada. Á estas composiciones ó discursos llaman ellos *Causeries*, que es como si dijésemos pláticas ó conferencias sin pretensiones, y vienen á ser como improvisada explicacion de una teoría que se trata de vulgarizar ó como animado relato que se pretende grabar en la mente del auditorio. En ambos casos serian los alardes de erudicion estemporáneos y contraproducentes: las dos condiciones más esenciales para conseguir el triunfo en este singularísimo género de trabajos son la amenidad del es-

tilo y aquel calor sincero y comunicativo que establece como una corriente de simpatía entre el orador y sus oyentes, llevando al ánimo de todos la emoción que hechiza y subyuga el entendimiento.

Por dicha no somos jactanciosos, y al proponernos imitar en lo posible esa *difícil facilidad* que tan donosamente recomendaba nuestro buen Moratin, de sobras se nos alcanza que si ardua es por un lado la empresa, débiles y escasas son por otra parte las fuerzas con que contamos para acometerla.

Como quiera que sea, los apuntes que hoy damos á luz, coleccionados en este *Ensayo histórico*, son fruto de las muchas lecturas, meditaciones y estudios comparativos que hemos estado haciendo por espacio de bastantes años, dominados por una invencible afición que nos impulsaba á consagrar á esta tarea todos los ratos que nos dejaban libres otras más perentorias ocupaciones.

Enemigos de toda fútil ostentación é incapaces de apropiarnos méritos ajenos, trazamos al final de cada una de las tres partes en que hemos dividido este *Ensayo histórico* una lista ó tabla bibliográfica en la cual, con referencia á los respectivos pasajes, apuntamos el nombre del autor cuya teoría explanamos en el texto, mencionando la edición de que nos hemos servido y el capítulo ó página de la misma en que la hemos encontrado.

Nos lisonjamos de que este catálogo probará á lo ménos á nuestros lectores que, si los apuntes históricos que hoy nos atrevemos á ofrecerles no brillan por una sabia originalidad, ni por una forma excepcionalmente galana y atractiva, en cambio, como trabajo de vulgarización, reúnen todas las condiciones que es lógico y acostumbrado exigir en obras de esta naturaleza.

Considerando que el cometido que asumimos al escribir esta obra nos imponía el riguroso deber de concretar nuestras aspiraciones á la originalidad, al método expositivo y á las apreciaciones de nuestro criterio, hemos querido presentar á nuestros lectores una animada serie de cuadros históricos, avalorados por el colorido peculiar á la época y á la nación á que se refiere cada uno de ellos.

Así al tratar de las supersticiones características de la India hemos extractado los pasajes que nos parecieron más pertinentes al asunto en el *Ramayana*, el *Mahabharata*, el teatro de Kalidasa, etc., sin descuidar la atenta lectura de los trabajos de Burnouf, Max Muller y otros famosos indianistas.

Para hablar de los asirios hemos consultado la Biblia, á Beroso, á Herodoto, los magníficos estudios de Fr. Lenormant, etc.

Al ocuparnos en las supersticiones del pueblo hebreo hemos resumido y aun citado textualmente varios de los más admirables relatos de la Escritura, y con-

sultado á los más competentes y autorizados escritores que de ellas trataron.

Reseñando las de los egipcios tuvimos presentes, además del texto bíblico, los *Libros Herméticos*, la obra de Jámblico relativa á los misterios de Isis, la Historia de Herodoto, los estudios de L. Ménard, J. Soury, P. Pierret, etc.

Las supersticiones de Grecia dejamos que las relaten con su ingenio incomparable: Hesiodo, Homero, Esquilo, Eurípides, Aristófanes, Platon, Sócrates, Herodoto, Sófocles, y otros clásicos autores, sin olvidar los comentarios de la crítica moderna.

Las de Roma nos las han referido Tito Livio, Plutarco, Tácito, Suetonio, Virgilio, Ciceron, Horacio, Ovidio, Juvenal, Apuleyo, los Santos Padres, Montesquieu, B. Constant, L. Friedlænder, L. Preller y otros célebres y respetabilísimos escritores.

Nos ceñimos á enumerar algunos capítulos de la Primera Parte, sin hacer mencion de todos los autores modernos que al escribirla hemos consultado, á fin de no cansar á nuestros lectores con la íntegra insercion de una lista que luego han de hallar continuada en lugar más oportuno.

*
* *

¿Quién ha de creer, despues de lo que hemos expuesto, que todos los asuntos que en este *Ensayo* tratamos y todas las leyendas que en él referimos los tenemos por verdaderas supersticiones?... Basta el buen sentido para comprender que no podemos considerar como tales ni las ingenuas manifestaciones del sentimiento religioso de los primitivos aryas, ni la creencia en *aquellos dioses de luz, de armonía y de libertad* que adoraban los ingenios más preclaros de Grecia, sin tomar demasiado al pié de la letra los cuentos fantásticos que constituían los únicos dogmas del vulgo ignorante. La calificación de supersticiones se aplica á todas las creencias no ajustadas á los dogmas de la Iglesia; pero al apuntar esta definición teológica debemos manifestar cómo se entiende y explica esta idea en una acepcion más profana.

Cuando la creencia en lo sobrenatural es hija de la razon que se juzga obligada á admitirlo y venerarlo, considérase como una manifestacion del sentimiento religioso; cuando dimana del terror que ofusca el entendimiento creando visiones que el soplo del buen sentido bastaria á desvanecer si alguno tuvieran los que las forjaron, entónces no merecen sino el nombre de *supersticion*. Lu-

crecio dijo de esta que era un fantasma que pesaba sobre la tierra, una tiranía impuesta, no se sabe de dónde, á la razon y á la conciencia.

La Teología en nombre de la Iglesia, que se proclama *depositaria de las verdades eternas*, declara los dogmas con la misma inflexibilidad con que sientan los matemáticos los axiomas fundamentales de la ciencia exacta por excelencia. En ambos terrenos la transaccion es imposible, porque la verdad no puede ser más que una y necesariamente inmutable en su esencia. Pero la Filosofía es y debe ser más tolerante, porque no es el intérprete del cielo, sino la voz de la razon humana. Mucho erraria quien viese en esta tolerancia un espíritu sistemáticamente irreligioso, pues no siendo incumbencia del filósofo la definicion ni la defensa de los dogmas religiosos, no puede tratar de las creencias de los hombres en el mismo punto de vista que el teólogo, ni le es dable definir las sino en su acepcion profana, general y corriente.

Convenimos de buen grado en que la verdadera tolerancia exige que no se traten estas materias sino con aquella discrecion que no permite que sean zaheridas con epigramas de mal gusto las creencias fundadas en respetables convicciones y profesadas por muchos pueblos de reconocida ilustracion. La definicion que acabamos de dar de la supersticion y sobre todo el contenido de las páginas de este *Ensayo*, probarán superabundantemente á los más meticulosos que en esta parte está nuestra conducta al abrigo de todo reproche.

Y basta ya de proemio. Los anales de la humanidad, con sus innumerables tradiciones inscritas en frágiles pergaminos y en piedras y bronces de asombrosa antigüedad, nos brindan con la revelacion de mil y mil interesantes misterios, con el curiosísimo relato de infinitas anécdotas en las cuales aparece gráficamente retratado ese *Rey de la Creacion* que despues de avasallar todos los seres y sujetar á su servicio las fuerzas de la naturaleza, no acertó casi nunca á dominarse á sí mismo, cual si un poder superior le hubiese impuesto esa flaqueza para que hubiese de confesar la existencia de un Sér más perfecto en sabiduría y más alto en poder que el sér mortal que en la tierra vegeta, raciocina y..... sueña.

No pasaremos revista á todas sus debilidades: seria tarea imposible, porque son innumerables como las arenas del mar y los astros del firmamento. Con todo, no escapan á nuestra observacion las más notables y características supersticiones de la humanidad.

Pidámosle respetuosamente á Clío, la sapientísima y amable divinidad que ciñe con inmarcesibles laureles su serena frente; pidámosle á la augusta Musa de la Historia que se digne descorrer ante nuestros ojos el velo que

les esconde las maravillas, las grandezas y los crímenes de las pasadas edades.

Ella posee la mágica varilla que reedifica por ensalmo los alcázares, los templos y los castillos, cuyos restos diseminados por el desierto erial sirven de guarida á las fieras y de triste enseñanza á los hombres; ella despierta con su trompeta prodigiosa á los vates, los héroes, los magos y los adivinos de las antiguas naciones, y animando con hálito divino el polvo de sus huesos, los evoca, haciéndoles abandonar las sombrías regiones del Hades por donde hace rodar el Leteo las aguas del Olvido.

Invoquemos su ayuda y nos mostrará complaciente las fantásticas pagodas en las cuales la India panteísta acumuló los símbolos que pretendieron representar la Madre Naturaleza, con las infinitas manifestaciones de su inagotable poder productivo; los magníficos muelles poblados de bulliciosa muchedumbre que fabricó un día la opulenta Babilonia, en las márgenes, hoy desiertas y melancólicas, del celeberrimo Eufrates, y la torre de Belo en la cual se confundieron las lenguas de los hombres y los jardines de Semíramis, la reina cruel y voluptuosa.

Ella nos explicará también cómo se afeminó el persa fiero, cómo cayeron en dura servidumbre el hebreo ingrato y el sensual fenicio; cómo rodó á un abismo de profunda decadencia aquel grave y profundo Egipto, considerado por su ancianidad y sabiduría como el preceptor de las naciones.

Ella nos contará las hermosas leyendas y los risueños mitos del politeísmo griego; y haciendo surgir de la tierra, por arte de encantamiento los templos sublimes de rítmica elegancia y las estatuas dotadas de inimitable delicadeza que fabricó el más ingenioso de los pueblos, nos contará los frenéticos ritos con que celebraron los Corybantes el culto de la frigia Rhea; las desordenadas orgías dedicadas al hijo de Semele, dios de la vid embriagadora, por las bacantes matadoras de Penteo; los profundos arcanos revelados en los *Misterios* de la eleusina Demeter; las respuestas célebres del oráculo de Delfos, las que dió el de Zeus en el santuario de Dodona y las que se escucharon en el antro de Trofonio; los rasgos de elevada ilustración de los preclaros varones de Grecia, y las muestras de escepticismo de sus sofistas y el arte embaucador de sus agoreros.

Ella nos relatará las antiguas tradiciones del Lacio, las famosas declaraciones de las Pitonisas de Cumas, de Preneste y de Epidauro; los vaticinios de los arúspices, las profecías de las sibilas, la corrupción inmensa de la Roma imperial; la superstición de sus poetas, la amarga incredulidad de sus filósofos; la trágica ruina de la reina de las naciones, y el nuevo sol que se alzó sobre sus ruinas haciendo brotar sobre los escombros de una sociedad caduca nuevos gérmenes de vida.

Ella nos referirá las antiguas supersticiones que, sobreviviendo al naufragio de una civilización extinguida, contaminaron la Edad Media, poblando de aterradoros fantasmas la espesura de las selvas, los imponentes estrados de los castillos y los silenciosos claustros de los monasterios; nos hará presenciar las graciosas danzas de las Hadas y los repugnantes aquelarres de las brujas, las misteriosas operaciones de los alquimistas y las jactanciosas lucubraciones de los astrólogos.

Ella nos probará, en una palabra, que si *nada hay nuevo bajo el sol*, la superstición es de todas las humanas flaquezas la más antigua, porque nace con el hombre y le acompaña hasta el sepulcro.

Para probarlo en la *Primera Parte* de esta obra, hemos analizado innumerables producciones literarias y sistemas filosóficos y religiosos de los pueblos antiguos; para demostrarlo en la *Segunda Parte* hemos estudiado muchísimos documentos de evidente autenticidad y que transcribimos en compendio ó literalmente, según su respectiva importancia, á fin de que nuestros lectores vean legitimadas las apreciaciones que emitimos en este *Ensayo* por el irrefragable testimonio de los siglos pasados.

No es esta la primera vez que visitando los preciosos y harto olvidados archivos de nuestra patria, buscamos en sus pergaminos, sus registros y sus colecciones de cartas y escrituras, la revelación de las costumbres populares y las instituciones políticas, religiosas y jurídicas de otras edades.

Hoy que custodia esos riquísimos depósitos de documentos históricos un *Cuerpo* tan celoso como inteligente, ya no tiene razón de ser aquella frase estereotipada con la cual ponderaban antaño los investigadores *el polvo de los archivos*. Para honra de la Nación, todas las riquezas históricas que en ellos se guardan—y que por cierto son innumerables—se hallan perfectamente custodiadas y clasificadas según su índole y su época respectivas, lo cual facilita sobremanera las pesquisas de los estudiosos.

No conocemos nada más curioso y atractivo que la lectura de esos documentos, muchas veces autorizados por firmas ilustres, en los cuales la antigua sociedad se retrata ingenuamente á sí misma, sin tomarse la molestia de disimular sus preocupaciones ó paliar sus yerros; sin ocurrírsele disfrazar los móviles de sus acciones ni el carácter de sus creencias, sus luchas y sus esperanzas.

Ese estudio enseña á rectificar los errores de apreciación engendrados por el convencionalismo de las escuelas y á juzgar con severa equidad la conducta de nuestros mayores, tantas veces calumniados ante el tribunal de la Historia por la pasión y la ignorancia.

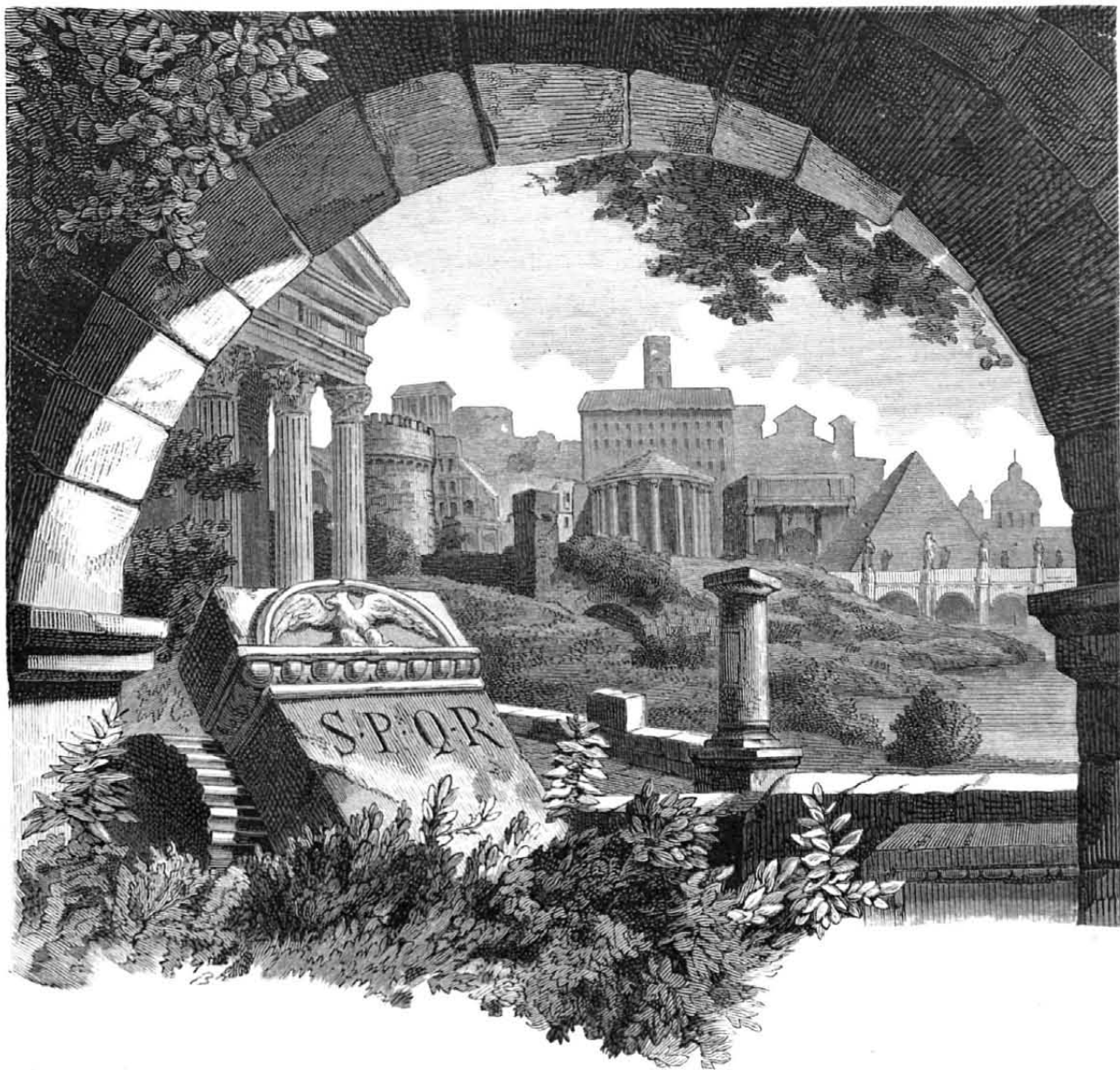
Merced, pues, á tan provechoso sistema, podemos ofrecer á la consideracion de nuestros lectores una multitud de datos tan importantes é instructivos como auténticos y cuyo interés acrece sobremanera la circunstancia de ser *completamente inéditos*.

Esperamos que estas explicaciones bastarán para demostrar cuán concienzudamente acometemos una empresa cuya dificultad comprendemos de sobras, obligándonos á solicitar la indulgencia de nuestros lectores por el atrevimiento que tenemos de ofrecerles una obra tan modesta tratándose de tan grande asunto.

Figuraos que vais á contemplar un vasto panorama en el cual figuran los pueblos más famosos representados por sus hijos más ilustres. No vais á asistir á la fantasmagórica representacion de un osado charlatanismo, pues nada se os explicará que no se os demuestre: los héroes, los filósofos y los taumaturgos que hoy evocamos en representacion de las pasadas sociedades van á contaros ellos mismos sus propios hechos y las luchas y vicisitudes de los pueblos y los siglos en que vivieron.

Escuchad esos acentos inmortales que no pudieron apagar las Parcas ni el Destino porque un Dios de luz y de verdad los reservaba para instrumento del progreso humano y no os acordeis del humilde autor de este *Ensayo*; sino para perdonarle la audacia de invocar los manes de tantos y tan ilustres ingéñios, arrastrado por un entusiasmo que le hizo olvidar la cortedad de su talento y la exigüidad de su ciencia.





CAPÍTULO I.

ROMA.

Leyendas mitológicas referentes á su fundacion. — La fiesta de la diosa *Pales*. — Las de *Carmenta*. — Las lupercales. — El báculo de Rómulo. — El colegio de los *Hermanos Arvales*. — Tradiciones populares relativas á la muerte de Rómulo. — Numa y la ninfa Egeria. — Las vestales: anécdotas referentes á esta institucion. — Los *feciales*, los *salios* y los *augures*. — El culto de la diosa *Fides*. — El del dios *Término*. — Reforma del calendario. — *Jano* y las *Agonales*. — Hallazgo de los libros de Numa. — El naturalismo en la mitología romana. — Importancia de la religion en la civilizacion romana. — El culto de Heracles y el de Afrodita. — El de las virtudes. — Las deidades agrícolas. — *Júpiter*. — *Summánus*, el dios maléfico. — *Juno*. — *Matula*. — *Flora*. — *Vertumno*. — *Feronia*. — *Marte*. — *Silvano*. — *Pico*. — *Fauno*.



o soy aquel que en tiempos pasados canté versos al son de mi zampoña delicada y abandonadas las selvas forcé al campo vecino á que obedeciera aun al más avariento agricultor: obra grata á la gente labradora; pero ahora canto las guerras y las hazañas del héroe que fué el primero que, desterrado por el hado, vino desde Troya á Italia y á los cam-

pos de Lavinio, muy acosado y maltratado en mar y tierra por la violencia de los dioses, instigados por la implacable Juno, que tenía muy en memoria la injuria. Padebió también muchos trabajos en la guerra hasta fundar una ciudad e introducir el culto de sus dioses en el Lacio, de donde provinieron los latinos, los albanos y los ciudadanos de la inclita Roma.»

Así empieza el insigne poeta mantuano su inmortal *Eneida*.

Fué el príncipe troyano Eneas fruto de los amores de Afrodita y el venturoso pastor Anquises y casó con la bella Creusa, hija de Príamo, de la cual tuvo á Ascanio. Señalóse por su indómita bravura en el sitio de Troya, especialmente en la trágica noche en que fué tomada la ciudad por los griegos. Mientras los siniestros fulgores del incendio iluminaban el saqueo y la destrucción de aquella desventurada capital, huyó el príncipe llevando en hombros á su anciano padre y de la mano á su hijo Ascanio, acompañado de Creusa que, despavorida por tan terrible espectáculo, se extravió en la espesura de la selva. Obligado á buscar una nueva patria, embarcóse con muchos de sus compatriotas y después de haber errado por los mares mucho tiempo, juguete de las tempestades, arribó á Cartago, en donde la bellísima reina Dido le tuvo una larga temporada aprisionado en las voluptuosas redes de su amor; mas al fin logró romper tan dulces lazos y tras siete años de navegacion abordó en Italia. En el Lacio le acogió muy benévolamente el rey Latino, quien le ofreció la mano de su hija Lavinia; pero Turno, rey de los Rutulos, á quien estaba prometida la princesa, le declaró la guerra. Eneas lo mató en singular combate, casando luego con Lavinia; en cuyo honor edificó la ciudad de Lavinium, reinando después muchos años en el Lacio. Tuvo de esta princesa un hijo á quien llamaron Silvio, que fué otro de los antepasados de Rómulo.

De Lavinium procedió la colonia fundadora de Alba la longa en la cual reinó Ascanio, hijo de Eneas y su primera mujer la troyana Creusa y de la cual salieron á su vez muchas colonias que fundaron en el Lacio varias ciudades, entre las cuales se ha contado á la misma Roma.

Habiendo tocado la sucesion de Eneas á los dos hermanos Numitor y Amulio, dividieron la herencia quedándose aquél con el reino y éste con los cuantiosos tesoros de sus antepasados, merced á los cuales consiguió al poco tiempo arrebatarle la corona. Receloso de su sobrina Rhea-Silvia, único vástago del monarca cuyos dias habia respetado el usurpador, la obligó á consagrar su virginidad á Vesta; mas no quisieron los dioses asociarse á tan inicuos propósitos y la oprimida princesa concibió por obra de Marte, dando á luz dos robustos y bellísimos gemelos. Irritado Amulio, dispuso que los arrojasen al rio; mas el criado

á quien se habia cometido el encargo no pudo aproximarse á la corriente por estar á la sazón desbordada y embravecida, con que dejó la cuna y los infantes en la ribera. De allí á poco empezó el agua á lamer la cuna y alzándola después suavemente la dejó en un terreno bajo á la sombra de una higuera silvestre que llamaron *ruminal*, quizá en memoria de Rómulo ó acaso para recordar que allí fueron amamantados los dos niños.

En efecto, los antiguos latinos adoraban dos divinidades campestres llamadas Júpiter Ruminus y la diosa Rumina, consagrando á ésta libaciones de leche, como protectora de los pequeñuelos de sus rebaños.

Ya es sabido que la leyenda añade que habiendo ido una loba á beber en el río, compadeciéndose de aquellas abandonadas criaturas y con mejores entrañas que los hombres los alimentó con su leche, secundándola en tan benéfica tarea un pico-verde que todos los días iba á llevarles alimento y á hacerles compañía en aquella triste soledad. Esta ave fué consagrada á Marte, convirtiéndose con el tiempo en un genio de los bosques, de los campos y la labranza. Los romanos decían que Picus, otro de los antiguos reyes del Lacio, mereció el amor de Pomona, mas no habiendo correspondido al de Circe, ésta se vengó trasformándolo en pico-verde.

Nuestros lectores ya habrán notado la analogía que existe entre esta leyenda de los dos famosos mellizos romanos y las referentes á la primera infancia de Moisés y Semíramis.

Desde su mocedad ya mostraron Rómulo y Remo el heroico temple de sus ánimos, amedrentando á todos los pueblos vecinos con el arrojo y la militar organización de los esclavos é indigentes que congregaron en su nuevo Estado.

Cuando se aprestaban los dos hermanos á edificar la ciudad, surgió entre ellos un grave disentiimiento, por no estar de acuerdo acerca del punto en el cual debían emplazarla. Rómulo fundó la *urbs quadrata* cuyos restos puede hoy visitar el viajero en la cumbre del Palatino, en tanto que Remo pretendía que se elevase en la cima del Aventino. Para dirimir la contienda resolvieron consultar el presagio de las aves, colocándose cada uno de ellos en el sitio de su elección y al poco rato cruzaron los aires 18 buitres, pasando seis de ellos junto á Remo y doce delante de Rómulo.

Es de notar que los antiguos tuvieron en grande estima al buitre como ave profética, diciendo que nada infundía tanto valor á Heracles como verlo aparecer cuando iba á acometer una empresa y que predijo el poder real á Rómulo, á César y á Augusto. Plinio dice que nada ahuyenta las serpientes como una pluma de buitre encendida y que este era también un remedio soberano para facilitar

los partos; Plutarco atribuye la simpatía del hombre hacia el buitre á la circunstancia de no perjudicar esta ave las plantas ni los animales, pues se alimenta de cadáveres y no ataca jamás á ningún sér viviente.

Remo, descontento del agüero, mortificó á su hermano con burlas y saltando la zanja que señalaba el lugar donde habian de abrirse los fosos y Rómulo encolerizado lo mató.

Después de haberle dado sepultura, Rómulo se hizo explicar por los etruscos los ritos que debían observarse en la edificación de la ciudad. Abrióse un hoyo echando en él primicias de todas las cosas más necesarias á la vida y cada uno de los futuros moradores de aquella, un puñado de tierra tomada en el país de su respectiva procedencia. Luego el fundador empuñó un arado con reja de bronce, unciendo á él un buey y una vaca y trazó la línea de las murallas, alzando el instrumento cada vez que llegaba á un punto en el cual debía abrirse una puerta, razón por la cual tenían por sagrados los romanos los muros de la ciudad mas no el espacio ocupado por las puertas de ella.

Calcúlase que se realizó esta ceremonia religiosa el 21 de abril del año 753 antes de J. C., celebrándose en lo sucesivo su aniversario, como el del nacimiento de la patria. Al principio no se sacrificó en esta patriótica fiesta ningún sér viviente, considerando que habria sido una impiedad mancharla con sangre. Los autores clásicos recuerdan que antes de la fundación de Roma ya se celebraba en el mismo día una fiesta campestre llamada *Palilias*, dedicada á la diosa Pales, á la cual adoraban también como divinidad masculina y cuyo culto estuvo muy generalizado en toda la Italia primitiva. Su nombre, como el de Pan, deriva de una raíz griega que significa pacer.

Ovidio ha escrito con tal riqueza de pormenores y tal lozanía poética esa fiesta del primitivo culto latino, que de seguro han de agradecernos nuestros lectores que nos ahorremos el trabajo de intentar su descripción cediendo al gran poeta la palabra. Dice así: ¹

«Vé, ¡oh pueblo! á buscar en el altar virginal las ofrendas expiatorias; Vesta va á entregártelas: sus presentes te purificarán. Esas ofrendas serán de sangre de caballo, cenizas de becerro y por último el tallo desnudo de las habas endurecidas. Esparce ¡oh pastor! el agua lustral sobre tus ahitas ovejas á los primeros albores del crepúsculo. Riega primero la tierra con agua y bárrala con una rama. Adorna los apriscos con ramos y follaje y las puertas con extensas guirnaldas. Despida el azufre vírgen azuladas llamas y llegando el humo hasta la oveja, provoque sus balidos. Quema el olivo macho, la antorcha resinosa y las yerbas sabi-

¹ *Los Fastos*, lib. IV.

nas; chisporrotee el laurel consumiéndose en medio del hogar y acompañe la cesta trenzada con el mijo las tortas de mijo también: es el manjar favorito de la rústica diosa. Añadidle los alimentos consagrados y la leche recién ordeñada. Dividid los alimentos, ofreced la leche tibia aun é invocad á la silvícola Pales.

«—Protege, decidle, al ganado y á sus dueños; no experimenten mis establos ningún desastre. Si mis rebaños han entrado en un pasto sagrado, si me senté á la sombra de un árbol sagrado, si mis ovejas han ramoneado la yerba de las tumbas, si penetré en un bosque vedado, si mi presencia ahuyentó á las Ninfas ó al dios de los piés de cabra, si mi segur despojó al bosque sagrado de algunas ramas para dar un lecho de fresco follaje á una oveja enferma, perdóname. Si mientras granizaba guarecí mi rebaño en algún santuario campestre, si enturbí acaso el cristal de los lagos, no me castigueis ¡oh Ninfas! perdonadme, olvidad que mis rebaños enturbiaron vuestras límpidas aguas. Y tú ¡oh diosa! aplaca por mí las fuentes y á sus dioses, apacigua á las deidades silvestres. ¡Ojalá no veamos ni las Driadas, ni los baños de Diana, ni á Fauno, cuando en mitad del día reposa fatigado en el suelo! Aleja las enfermedades, conserva la salud á los hombres y los rebaños y á mi prudente y celosa jauría. Cuente por la noche tantas cabezas como por la mañana y no haya de llevarme suspirando los vellones arrancados á los dientes del lobo. Presérvanos de los horrores del hambre; haz que abunden la yerba y el follaje, que no nos falte el agua para lavar el cuerpo ni para apagar la sed; que mi mano estruje siempre la ubre bien repleta, que mi queso me produzca una buena ganancia y el suero se tamice al traves de una coladera poco espesa: que el carnero sea fogoso y la hembra conciba y sea fecunda, que mis establos se llenen de corderillos; que coja una lana fina y que no lastime las manos de las doncellas y puedan tejérle los dedos más delicados. Sean oídas nuestras preces y podamos ofrecer cada año sendas tortas á Pales, diosa de los pastores.

• Así es como se ha de hacer á Pales propicia. Vuelto el rostro al oriente, pronuncia tres veces esta plegaria y baña tus manos en agua viva. Entonces bebe, no en una copa, sino en un vaso de madera la nívea leche y el vino cocido de purpúreo tinte. Luego haz pasar rápidamente sus vigorosos miembros al traves de la paja que abrasada chisporrotea.

• He recordado la costumbre y debo exponer sus razones. Por cierto que son tantas, que vacilo no sabiendo por dónde empezar. El fuego devorador lo purifica todo; separa de los metales sus partes groseras; por esto las ovejas y el pastor se sirven de él para purificarse. También puede decirse que, á fuer de elementos contrarios, el fuego y el agua son los principios de todas las cosas. Nuestros padres han querido en esta circunstancia reunirlos juzgando conveniente someter el cuerpo al contacto de las llamas y á la aspersion del agua. ¿Será á causa del papel capital que estos dos elementos representan en nuestras costumbres? El fuego y el agua son las dos cosas entredichas á los desterrados; con el fuego y el agua se consagra á la nueva esposa: ¿se ha querido recordar así su importancia? No lo creo. Otros ven en estas ceremonias una alusion á Faetonte y al diluvio de Deucalion. Otros relatan que unos pastores haciendo chocar unos guijarros hicieron brotar una chispa. La primera se apagó; pero la segunda encendió un haz de paja. De este modo explican el empleo del fuego en las Palilias....»

Al leer las ceremonias de este rito pastoril y la ingénua plegaria que antecede, es imposible no recordar el culto que tributaban á Agni los aryas primitivos, culto eminentemente naturalista y que con ligeras variantes se encuentra siempre en la cuna de todas las sociedades.

Á los cuatro meses de la fundacion de la ciudad fué cuando ejecutó Rómulo el atrevido rapto de las sabinas, á fin de que sus compañeros pudiesen tener esposas y el nuevo Estado una alianza que, por la humilde y bárbara condicion de sus ciudadanos, difícilmente hubiera alcanzado por otro camino. Para ello valiése de una estratagema con la cual explotó la supersticiosa sencillez de sus vecinos: hizo correr la voz de que habia encontrado debajo de tierra el altar de un dios y para celebrar su descubrimiento dispuso la celebracion de un solemne sacrificio seguido de juegos y espectáculos. Naturalmente los forasteros acudieron á Roma en tropel atraídos por el anuncio y cuando Rómulo, que presidia la fiesta, dió la señal convenida, los suyos se echaron espada en mano sobre los espectadores robando á las hijas de los sabinos.

Aquel dios, á quien llamaron Consus, era una deidad agrícola, patrona de la siembra y su altar comunmente cubierto de tierra solo se mostraba tres veces al año para la celebracion de los grandes sacrificios que le ofrecian el flamin Quirino y las vestales.

Ya es sabido que cuando los sabinos atacaron á Roma para vengar su afrenta, hubieron de renunciar á su propósito por el arrojado de las sabinas que se arrojaron entre los combatientes obligándoles á ajustar las paces. Unidos ya los dos pueblos, el rey sabino Tacio fué asociado á Rómulo, conservando unos y otros sus respectivas fiestas y sacrificios, que en lo sucesivo celebraron juntos é instituyendo algunas nuevas, entre ellas las *Carmentales*. Dedicábanlas á Carmenta, diosa de los partos que predecia el porvenir de los niños, así llamada de *Carmen*, verso ¹ Ya se recordará que ellos llamaban indistintamente *vates* á los poetas y á los adivinos. Tuvo un templo al pié del monte capitolino. Segun otros fué esposa del arcadio Evandro y gran profetisa, distinguiéndose por la particularidad de pronunciar sus oráculos en verso.

Fauno fué otra antiquísima deidad itálica identificada con Pan, protectora de los montes y de los pastos y progenitora de los genios silvestres que llevaron su nombre. Fauno era tambien profeta y tuvo por compañera á Fauna. Considerado como abogado de los pastores *contra los lobos* se le apellidó Lupercus. Al-

1

Ipsa mome, quæ nomen habet à carmine ductum

Ovidio, Fast., l. 307

gunos atribuyeron la introduccion de su culto al susodicho Evandro y sus compañeros, al paso que otros tomaron las fiestas que se le dedicaban con el nombre de *lupercales*, como un religioso recuerdo de la loba que amamantó á Rómulo y Remo. En efecto, los lupercos emprendian su carrera desde el paraje en donde, segun tradición, fueron expuestos los dos ilustres mellizos. Sacrificábanse en ella dos cabras y un perro y los lupercos, cortándoles el pellejo á guisa de correhuelas, corrían desnudos azotando á cuantos encontraban al paso, siendo muy de notar que las casadas jóvenes eran las que con más gusto recibían sus golpes, creídas de que tenían una prodigiosa influencia en la fecundidad y en los partos.

Díjose de Rómulo que fué extremadamente piadoso y muy inteligente en el arte augural, siendo á él tan aficionado, que siempre llevaba consigo el báculo ó baston encorvado de que usaban los agoreros y hoy es el distintivo de los obispos. Custodiábase este báculo en el Palatium, centro de culto pastoril en donde se adoraba á las deidades silvestres; pero se extravió cuando el saco de Roma por los galos. Despues de su expulsion volvió á encontrarse bajo un monton de cenizas, sin que lo hubiese menoscabado lo más mínimo el fuego, á pesar de haber devorado cuanto había á su alrededor.

Tambien fué instituido por Rómulo el colegio de los *Hermanos Arvales*, que eran 12 sacerdotes cuya dignidad vitalicia no se perdía por el destierro ni por el cautiverio. Usaban como distintivo de ella unas coronas de espigas con bandeletas de lana blanca, que llamaban *infulas*¹ nombre genérico que se daba á los adornos que se ponían en la cabeza de las víctimas y que solían llevar las vestales y los miembros del sacerdocio. Todos los años hacían en los idus—el 15—de mayo una procesion en torno del agro romano, ofreciendo sacrificios de vino é incienso para implorar la bendicion del cielo sobre los sembrados, ceremonia de la cual parece una reminiscencia la de la bendicion de los campos que aun hoy efectúa la Iglesia católica y que ellos celebraban danzando al compas de un antiguo cántico en versos saturninos.

Parece que el origen de esta institucion debe buscarse en la leyenda del nacimiento de Rómulo y Remo. Acca Larentia, esposa del pastor Faustulos, el que había descubierto á los dos hermanos expuestos en las riberas del Tíber, tenía 12 hijos y con todos ellos hacia anualmente esa procesion por la campiña, de donde les vino el nombre de *Arvales*, porque los romanos llamaban *Arvalis, e*, al campo ó tierra de labor. Habiendo fallecido uno de ellos, ocupó Rómulo su

¹ De donde deriva probablemente la frase con que se indica la presuncion ó vanidad de alguno en portarse de un modo superior á su clase ó fauultades, con ostentosa jactancia.

lugar é instituyó el colegio sacerdotal que tomó la denominacion de la familia. ¹

Habia otra version que tenia por fundamento una leyenda sagrada. Decíase que el guardian del templo de Hércules habia propuesto una noche al dios para matar el tiempo una partida de dados, con pacto que, si la ganaba, debia Hércules otorgarle la gracia que le pidiese; pero en caso de perderla lo obsequiaria ofreciéndole una opípara cena y presentándole una linda muchacha. Como no en balde dice el refran: *ni en burlas ni en veras con tu amo no partas peras*, el cuitado del guardian perdió la partida en justo pago de la demasiada llaneza con que habia osado tratar al dios de la fuerza; mas, haciendo de la necesidad virtud, regaló á su augusto amo con un espléndido festin haciendo sentar á su mesa á una garrida moza llamada Larentia. Parece ser que Hércules halló sumamente grata y amena la sociedad de la tal doncella y que en recompensa del sabroso rato que le habia proporcionado le dijo al dia siguiente al despedirse de ella que fuese á encontrar á la primera persona que viese al salir del templo. Dió la casualidad que fué esta un viejo opulentísimo y célibe por añadidura, el cual prendado de los atractivos de Larentia se casó con ella, nombrándola al morir heredera de su inmensa fortuna. Larentia, á su vez, la legó al pueblo romano.

De cualquiera modo que sea, este mito se ha considerado como idéntico á los de Tellus, Ops y Ceres, personificacion del globo terráqueo, su fijeza y fecundidad inagotable.

En el colegio de los Arvales no podian entrar sino los vástagos de las familias más calificadas de Roma y su presidente se elegia todos los años en el bosque sagrado de la diosa, situado cerca de la ciudad, en la derecha márgen del Tíber. Esta corporacion tenia un considerable número de agregados y servidores que debian ser de noble alcurnia. En el mes de mayo celebraban una gran fiesta campestre en la cual se ofrecian sacrificios de incienso y vino y se comian las primicias de los frutos. Al dia siguiente se sacrificaban dos cerdos y una vaca blanca en el templo y luego en el bosque sagrado un cordero, repartiéndose al pueblo panes coronados de laurel. Despues se encerraban en el templo danzando en torno del altar al compás de un himno sagrado. Luego celebraban un banquete y al levantarse de la mesa iban al circo para dar la señal de principiar las carreras. El tercer dia se repetian todas las ceremonias del primero.

Cuentan los historiadores que Rómulo, despues de haber organizado su pueblo y alcanzado grandes victorias sobre sus enemigos se infatuó de tal ma-

¹ AULO GELIO, *Noches Áticas*, lib. VI, cap. 7.

nera, que su orgullo y algunos actos despóticos que llevó á cabo le indispusieron hasta con aquella clase patricia que formaba el senado y la fraccion aristocrática de la nueva monarquía.

Un dia que estaba presidiendo una asamblea popular fuera de la ciudad, desencadenóse de súbito una tempestad tan violenta, que el pavoroso fulgor de los rayos cruzaba sin cesar la atmósfera oscurecida por negrísimos vapores y la multitud, aterrada por aquel siniestro espectáculo y por el horrísono fragor de los truenos, huyó desbandada en todas direcciones dejando solo al rey con los senadores. Cuando volvió, despues de apaciguada la tormenta, admiróse de no ver al monarca; mas los senadores prohibieron que se hiciesen pesquisas para encontrarle, diciendo á la atónita muchedumbre:

—Rómulo acaba de ser trasportado entre los dioses. Era un rey humano y bondadoso y será para vosotros una divinidad propicia.

Conmovida la muchedumbre por esta inesperada revelacion, prosternóse adorando al nuevo dios; mas algunos escépticos dieron en decir que todo ello no era más que una fábula inventada para ocultar un abominable regicidio. Entonces los patricios imaginaron un recurso teatral que debia dar al traste con todos los escrúpulos de la plebe: hizo aparecer en la plaza pública á Julio Próculo, amigo y confidente de Rómulo y allí, en presencia del pueblo, juró con la mano sobre el altar que se le habia aparecido el rey, más gallardo y apuesto que nunca y cubierto de unas armas rutilantes como el fuego, y él aterrado le habia dicho:

—¿Qué te hemos hecho ¡oh rey! para que nos abandones exponiéndonos á injustas y perversas acusaciones y dejando á la ciudad huérfana y sumida en tanto duelo?

Á lo cual habia respondido Rómulo:

—Los dioses lo han querido, Próculo. Despues de haber vivido tanto tiempo entre los hombres he edificado una ciudad que aventajará á todas en gloria y poderío; pero como hijo del cielo, al cielo debia volver. Dí á los romanos que el valor y la templanza los elevarán á la cumbre del poder humano y que yo, con el nombre de Quirino, seré vuestro dios tutelar.

No necesitaron más los romanos para darse por convencidos y adorar sumisos la nueva deidad que los patricios les imponian.

Aquí la impostura sacerdotal se asoció al interés político para explotar la supersticion de la muchedumbre.

Segun Plutarco, el nombre de Quirinus que se dió á Rómulo tenia, al decir de algunos autores, la misma significacion que el de Marte; pero otros lo hacian

derivar del de *quirites* que llevaban los romanos, en tanto que otros recordaban á este propósito que los antiguos llamaban *quiris* á la punta de una pica ó á la misma pica y *Quiritis* á la estatua de Juno que se llevaba en la punta de una pica. Así pues, Rómulo fué apellidado Quirinus porque era amado de Marte ó porque era un dios armado de la pica. Dedicáronle más adelante un templo en la colina que por este motivo se denominó Quirinal y unas fiestas que llamaron *Quirinales*. Quirino se llamaba en remotísimos tiempos un dios sabino análogo á Marte.

En toda esta serie de leyendas religiosas con las cuales políticos y poetas adornaron y desnaturalizaron á porfía las viejas crónicas nacionales, puede verse un ejemplo de la filiación y enlace de los mitos populares, con arreglo á la teoría exegética de Evehmero.

Siguió á la muerte de Rómulo un interregno durante el cual los patricios fueron ejerciendo por turno la potestad suprema; pero excitando con ello el descontento de la plebe que les acusaba de querer sustituir la monarquía con un gobierno oligárquico, resolvieron nombrar un sucesor á Rómulo, conviniendo en que sería elegido por los romanos, pero del pueblo de los sabinos, á fin de que ninguna de las dos naciones aliadas pudiese considerarse ofendida y postergada á la otra. Así se hizo, recayendo la elección en Numa Pompilio, varón de singular virtud y profundo entendimiento, casado con la hija única del rey Tacio, colega de Rómulo y en cuyas costumbres y teorías se advirtieron tales puntos de semejanza con las doctrinas de Pitágoras, que algunos llegaron á creerle discípulo de este célebre filósofo.¹

Habiendo enviudado después de trece años de matrimonio, abandonó el príncipe la ciudad, retirándose á vivir en el campo. Complacíase en pasear por las selvas consagradas á los dioses, huyendo del trato de los hombres para entregarse á filosóficas meditaciones en los parajes solitarios, lo cual dió sin duda fundamento al rumor de que tenía comercio con una diosa. En efecto, el vulgo crédulo y supersticioso dió en decir que no le llevaba á su extremada predilección por la soledad el dolor de haber perdido á su esposa, sino el celestial atractivo de los amores con que le embriagaba una augusta deidad que por él se había dignado descender á la tierra, como lo había hecho Venus prendada de Anquíses y Cibéles enamorada de Atys. Era esta deidad la Ninfa Egeria, otra de las Camenas ó proféticas, á la cual se atribuyó la revelación de las cosas divinas en cuya ciencia fué Numa extremado. Decíase que Numa iba á consultarla

¹ La coincidencia es tanto más curiosa cuanto que está probada la imposibilidad del hecho. V. Tit. Liv.; lib. I, 18.



J. Seix editor.

J. Planella P.

NUMA POMPILIO CONSULTANDO Á LA NINFA EGERIA.

en una poética gruta situada en el fondo de un bosque y cuenta Ovidio que á la muerte del rey fué tan grande el dolor de la ninfa, que sus lamentos turbaban el culto de Diana en las selvas de Aricia, donde se habia refugiado la inconsolable Egeria y la diosa compadecida de sus tormentos la trasformó en una fuente cuyas aguas no debian jamas agotarse. ¹

Así Numa, esposo afortunado de una Ninfa, ayudado por sus consejos y los de las Musas, instituyó los ritos sagrados é hizo trocar á un pueblo belicoso el ejercicio de las armas por los hábitos y tareas de la paz. ² Comprendiendo, sin embargo, que para domeñar los rudos instintos y corregir las violentas costumbres de su pueblo se necesitaba algo más que los humanitarios preceptos de la filosofía, contóle cien extraños prodigios que por voluntad de los dioses decia haber presenciado é impresionóle con el relato de formidables visiones.

Atribúyese tambien á Numa la fundacion y la organizacion del colegio sacerdotal de los Pontífices que se cree fué presidido por él mismo y cuyo jefe ejercia las funciones de intérprete y adivino, ó como dice Plutarco, hierofante. No solo debia éste presidir los sacrificios públicos, sino que debia tambien vigilar los privados, cuidando de que en ellos no se infringiesen las reglas del ritual y enseñar á todos la manera de honrar á los dioses y aplacar su enojo, para lo cual intervenia en los sacrificios ofrecidos á los Manes y en las ceremonias fúnebres, enseñando á conocer los prodigios que habian de considerarse como una órden suprema de hacer expiaciones religiosas. Á fin de obtener del cielo la revelacion de estos secretos, dedicó el rey un altar á Júpiter Elicio en el monte Aventino, consultando al dios por medio de los agüeros, que es como si dijéramos por la interpretacion de los fenómenos meteorológicos. Tito Livio hace observar muy oportunamente que, merced á este sistema, el pueblo sabia dónde instruirse en tan altas materias y la religion no se exponia al peligro de contaminarse con el olvido de los ritos nacionales y la introduccion de los extranjeros. ³

Tambien fundó el celeberrimo colegio de las Vestales, que presidia el susodicho Pontífice Máximo y al cual incumbia la custodia del fuego sagrado que ardia incesantemente en el ara del templo de Vesta.

¹ Met., XV. 485.

²

Conjuge qui felix Nympha, ducibusque Camenis

Sacrificos docuit ritus, gentemque, feroci

Adsuetam bello, pacis traduxit ad artes.

OVID., Met., lib. XV, 3.

³ Lib. I, 20.

Después de lo que en otro capítulo hemos dicho hablando de Hestia, ya no se extrañará que añadamos ahora que cada ciudad tenía su diosa Vesta como tenía sus Penates. Los romanos creyeron siempre haber tomado su culto de los latinos de Alba la Longa. Numa encomendó á cuatro vírgenes el servicio de ese templo; mas Servio Tulio, ó según otros Tarquino Prisco, aumentó su número hasta seis. Debían hacer voto de castidad, consagrándose al sacerdocio por espacio de 30 años. Los diez primeros los empleaban en el estudio de sus deberes, los otros diez en ejercerlos y los diez últimos en enseñarlos á las novicias. Trascurrido este tiempo, se les permitía casarse; pero, según tradición, fueron tan desgraciadas las que se aprovecharon de esta licencia, que casi ninguna se atrevía á ofrecer á un esposo los restos marchitos de su pretérita hermosura.

En cambio, el piadoso Numa les otorgó extraordinarios privilegios. Así, por ejemplo, érales permitido hacer testamento aun en vida de sus padres y administrar sus bienes sin intervencion de curador; precedíanlas los lictores, distincion reservada á los principales magistrados y si por azar encontraban á su paso á un criminal conducido al suplicio, *ipso facto* quedaba éste en libertad.

La magnífica tragedia *Norma*, de Romani, ha inspirado á Bellini una sublime partitura que ha vulgarizado la estrecha y rigurosísima regla á que vivían sujetas las vestales por lo que respecta á la castidad. La que violaba este voto era enterrada viva en una gruta situada al norte de Roma cerca del Quirinal y en la cual no había más que un lecho, una lámpara encendida, un mendrugo de pan, un jarro de agua, otro de leche y un poco de aceite. Metíase á la sacrílega en una litera que se cerraba herméticamente y en la cual la llevaban cruzando el foro en toda su extension, con gran terror del pueblo que se apartaba como asustado del fúnebre cortejo. Al llegar al lugar del suplicio los lictores abrían la litera, mientras el Pontífice Máximo oraba en voz baja alzadas las manos al cielo. Cuando había terminado su plegaria, sacaba de la litera á la infeliz vestal, que iba cubierta con un tupido velo, hacía bajar á la gruta por una escala de mano y retirábase juntándose á los demás sacerdotes. Luego quitábase la escala, volvíase á colocar la losa en su puesto, nivelábase el terreno y... solo Dios presenciaba el final de tan horrible tragedia. En cuanto al cómplice del sacrilegio se le azotaba públicamente hasta que exhalaba el último suspiro.

Ya ven nuestros lectores como no todo era sensual y alegre en el paganismo romano.

Cuando una vestal dejaba apagar el fuego sagrado, el Pontífice Máximo la azotaba hasta hacerle brotar sangre de las espaldas. Contábase que Vesta había

obrado algunos prodigios para probar la inocencia de algunas vestales calumniosamente acusadas. Así por ejemplo, habiendo sido presa cierta ocasion una sacerdotisa llamada Emilia por el crimen de negligencia en la vela del fuego sagrado, postróse ante el ara rogando fervorosamente á la diosa que volviese por su inocencia y de pronto, con estupor de todos los circunstantes vióse que se habia prendido fuego á la blanca estola de la vestal y que comunicándolo al ara volvía á encender en ella la extinguida lumbre. El pueblo prorumpió en grandes aclamaciones y los sacerdotes que ya se aprestaban á castigar el sacrilegio, prosternáronse entonando un himno á la diosa.

Cuando se extinguía esa llama sagrada, no podía encenderse otra vez sino frotando una rama purificada hasta que de ella brotase fuego. Este se renovaba anualmente el día primero de marzo.

En el Prytaneo de Atenas, que era un conjunto de edificios situados en la falda N. E. de la Acrópolis y en uno de los cuales residían los *prytanes* ó magistrados supremos mantenidos y alojados á expensas de la república, se conservaba también el fuego sagrado y de él debía tomarse la llama para encender de nuevo el de los otros Prytaneos cuando casualmente se apagasen.

El suplicio de Antígona presenta en Grecia una evidente analogía con el de las vestales delincuentes. El cuidado que tenían los antiguos de dejar alimentos para un día á los que condenaban á ser enterrados vivos, procedía de la superstición de que así evitaban la contaminación que habría producido en la localidad el cadáver del condenado á perecer de hambre.

Tito Livio refiere ¹ que durante el consulado de C. Sulpicio Longo y P. Elio Peto, que fué en el año 419 de la fundación de Roma, 333 antes de la Era Cristiana, la vestal Minucia, cuya virtud se habia puesto en tela de juicio á causa de su extremada afición á las galas y atavíos con que gustaba de realzar su gentileza, fué acusada ante los pontífices por un esclavo. Dictóse un decreto ordenándole que renunciase el desempeño de su ministerio y vedándole otorgar la libertad á sus esclavas. Siguió sus trámites la causa y finalmente se dictó la sentencia condenándola á ser enterrada viva, como se efectuó cerca de la puerta Colina á la derecha del camino empedrado, en el campo que llamaron *del Crimen*, probablemente — dice el historiador — á causa del que esta vestal habia cometido.

Ovidio en sus *Fastos* ² cuenta otra bellísima historia referente al mismo asunto, bien que fué otra la heroína y muy distinto el desenlace. Claudia Quinta

¹ Lib. VIII, cap. 15.

² Lib. IV, ver. 305 y siguientes.

era originaria del antiguo Clausus y si grande era el lustre de su alcurnia no era ménos brillante el atractivo de sus gracias. Claudia era honesta, mas por tal no la tenian: un rumor calumnioso habia manchado su honra. Acusábanla sus vistosas galas, sus elegantes trenzas y los harto livianos propósitos que osaba profertir hasta en presencia de los severos ancianos. Porque tenia conciencia de su pureza se atrevia á arrostrar los embustes de la fama. Pero ¡los hombres somos tan propensos á creer el mal! Claudia sale de la multitud de las irreprochables matronas; toma en sus manos el agua pura del rio; tres veces se moja con ella la cabeza y otras tantas alza las manos al cielo. La muchedumbre la contempla absorta creyendo que pierde la razon; pero Claudia, postrándose de hinojos, fija los ojos en el rostro de la diosa y suelta la cabellera pronuncia estas palabras:

—Poderosa Cibéles, madre fecunda de los dioses, no desoigas mi plegaria. Se acusa mi castidad. Si me condenas, me confesaré culpable y acatando un juicio divino sufriré la muerte. Pero, si no he faltado, tú has de manifestar con evidentes señales la inocencia de mi vida y á fuer de casta cederás á manos castas.

Dijo y sin hacer el más leve esfuerzo puso en movimiento la nave de la diosa que siguiendo benigna á Claudia justificóla por completo. Una inmensa aclamacion manifestó el júbilo de la muchedumbre á la vista de tan gran prodigio: el pueblo victoreaba á la doncella justificada por el cielo.

Creemos que basta lo dicho para probar que tambien las vestales tuvieron sus leyendas. Ello no deja de ser notable que tan á menudo se perdiesen esas sacerdotisas por achaque de coquetería.

Volviendo á la diosa, hemos de recordar que Ovidio dice textualmente: «esta es la tierra; una y otra alimentan un fuego eterno¹». Poetas é historiadores se aplicaron á porfía á desarrollar en Roma esta teoría con arreglo á la doctrina pitagórica, explicando de paso que Numa habia dado la forma redonda al templo de Vesta, poniendo en medio el fuego como para imitar el universo en aquel precioso edificio cuyo techo de bálago se vió convetido en una preciosa cúpula de bronce en tiempo de Augusto y hoy es una humilde cubierta de tejas.

Desde el 7 al 15 de junio celebrábanse las fiestas llamadas *Vestalia*, durante las cuales se hacia la limpia del templo. Solo las mujeres podian en aquella octava llevar ofrendas á la diosa y aun para esto debian ir descalzas. Todos

¹ *Fast.*, lib. VI.

esos días se consideraban *nefastos*, absteniéndose por consiguiente los romanos en esa temporada de contraer matrimonio, de hacer contratos, de peinarse y de cortarse las uñas. ¹ El día 9 todos los molineros llevaban al templo sus jumentos muy galanamente enjaezados y cubiertos de hermosas guirnaldas, lo cual nos recuerda la fiesta que el día de San Antonio celebran los arrieros católicos del mediodía de Europa.

Crefase que en ese templo donde ardía perfectamente el fuego como un símbolo de pureza ó como una imagen del calor eterno que sostiene la vida en el universo, se custodiaba el famoso Palladium ó estatua de Palas, llevada por Eneas de Troya á Italia y que se consideraba como un prodigioso talisman para asegurar la grandeza y prosperidad del Estado.

Tambien fueron instituidos por Numa los tan renombrados colegios sacerdotales de los Feciales, los Salios y los Augures.

Eran los Feciales los conservadores de la paz, no siendo lícito romperla hasta que habian ellos agotado por completo los medios de impedir la ruptura de las hostilidades. Si no podian evitarla por la intransigencia del enemigo, ponian á los dioses por testigos de la justicia de sus propósitos, rogándoles con terribles imprecaciones que cayesen todas las consecuencias de la lucha sobre la parte que la hubiese provocado y luego declaraban solemnemente la guerra, siendo de notar que, sin su expreso consentimiento, nadie, ni el mismo rey, podia atreverse á entrar en campaña.

Esa institucion, adoptada por todas las razas itálicas, remontaba probablemente á los primitivos tiempos del culto de Júpiter, adorado como dios de la Justicia y nos proporciona desde tan remotos siglos un dato más del carácter formalista de aquel pueblo, tan propenso á considerar todas las cuestiones en el punto de vista jurídico. Los Feciales invocaban el *Dios Fidus*, esto es, al dios de la fidelidad y perseguidor de la superchería y la perfidia. Su distintivo era un puñado de yerba arrancado en la cima del Capitolio, representacion del suelo patrio y un guijarro sagrado ó *fulgurita*, pedazo de tierra vitrificado por el rayo que simbolizaba el poder de la divinidad vengadora. ¹ Cuando habian de declarar la guerra, echaban una lanza en territorio enemigo.

En cuanto á la institucion del colegio de los Salios, explicábase de esta manera. En el octavo año del reinado de Numa declaróse en Roma una terrible epidemia que estaba haciendo estragos en todo el territorio italiano. Llenóse el

¹ OVID, *id.*, *id.*

¹ TIT. LIV., I, 24. Describiendo el combate de los Horacios y Curiacios dice que las mismas fórmulas y ceremonias emplearon los feciales de Albano que los romanos.

pueblo de espanto al saber la aparicion del temido azote; pero el rey le dijo un dia que cobrase ánimo, pues acababa de caer del cielo un escudo de bronce, que, segun la Ninfa Egeria y las Musas le habian revelado, habia de preservar á Roma de toda suerte de calamidades, por lo cual convenia que sin pérdida de momento se mandasen fabricar otros once escudos exactamente iguales al que acababa de enviarles el cielo, á fin de que este no pudiese nunca ser robado por los enemigos de la nacion. Además, debian consagrarse á las Musas el lugar donde habia caido aquel divino presente y las praderas que lo rodeaban, y el manantial que las regaba debia consagrarse á las Vestales, encargándoles que fuesen todos los dias á sacar de su límpida corriente el agua que necesitaban para la limpia de su templo. Así se hizo, cesando como por encanto la epidemia, con lo que el pueblo quedó plenamente convencido de la veracidad de este discurso. Para la custodia de los escudos sagrados creó Numa el colegio de los Salios, los cuales en el mes de marzo los llevaban procesionalmente por las calles de Roma, vistiendo purpúreas túnicas, cubierta la cabeza con un casco de bronce é hiriendo con el plano de sus espadas cortas el escudo sagrado que alzaban en la mano izquierda. Mientras duraba el desfile de la procesion, avanzaban los Salios ejecutando una graciosa danza con rítmicos y cadenciosos pasos: por esto se les llamaba *salios*, del verbo *salire* que significaba *saltar*.

P. Scipion *el Africano* perteneció á esta antigua corporacion sacerdotal ¹.

Incumbíales á los Augures observar la voluntad de los dioses, prediciendo lo futuro segun el vuelo, el canto y el apetito de las aves. Era tan extremada la supersticiosa confianza que tenian los romanos en estos indicios, que no se ejecutaba ningun acto importante de la vida pública sin que fuesen previamente consultados. Cuando estallaba la tempestad, ellos debian tambien conjurar el rayo y calmar con sus imprecaciones la cólera celeste. Tambien les incumbia ofrecer las expiaciones en nombre del Estado ó de la ciudad. Más adelante iremos viendo como la suerte de esta institucion estuvo tan enlazada con la credulidad pública, que su prosperidad é influencia fueron progresivamente decayendo á medida que fué aumentando la despreocupacion romana.

Al principio los patricios monopolizaron el augurado, ejercido en tiempo de Rómulo por el mismo rey y tres sacerdotes en representacion de las tribus, número que Numa elevó al de seis, nombrando cinco en vez de tres para ayudarle en tan augustas funciones ². Mas en el año 302 antes de J. C., los tribunos de la plebe

¹ TIT. LIV. lib. XXXVII, cap. 33.

² CICERON, *De Rep.*, II, 9 § 16 y II, 14 § 26.



ROCA TARPEYA.

J. Seix editor.

Q. y Cn. Ogulnius, despues de haber buscado mil pretextos para acusar á los patricios ante el pueblo, imaginaron un proyecto de ley muy adecuado para enardecer no solo á la muchedumbre, sino tambien y muy principalmente á los más notables de la clase plebeya, que ya solo podian apetecer la honra del sacerdocio para haber alcanzado las más insignes y envidiadas de la república. Debían elegirse en aquella sazón cuatro pontífices y cinco augures y los tribunos pidieron que se nombrasen todos del orden de los plebeyos. Originóse de ahí una reñida discusion en la cual los patricios defendieron con desesperada tenacidad el monopolio tradicional de que disputaban y los plebeyos, recordando las glorias que habian proporcionado á Roma los ciudadanos de su orden desde que se les habia considerado dignos de ejercer el consulado y otros altísimos cargos de la república, reservados antes á sus contradictores, exclamaban:—¿Qué puede tener de extraño y chocante que aquel que engalanado con los mismos ornamentos que Júpiter Óptimo y Máximo subió al Capitolio despues de atravesar la ciudad en un carro dorado, se presente á vuestros ojos llevando el *capis* ó el *lituus* ó inmolando con la cabeza velada una víctima y tomando los augurios en lo alto de la ciudadela?—Procedióse á la votacion y la nueva ley fué aprobada por una gran mayoría de votos, con no escaso despecho de la clase patricia, que vió perdida la última trinchera en la cual se habia refugiado su orgullo de casta.¹

«De pié, vuelto el rostro hacia el inmutable septentrion, morada de los dioses etruscos, el augur describia con el *lituus* ó baston encorvado una línea—*cardo*—que pasando sobre su cabeza del norte al mediodía cortaba el cielo en dos regiones, la region favorable del este y la region siniestra del occidente. Una segunda línea—*decumanus*, derivado de la cifra X—cortaba en cruz la primera y las cuatro regiones formadas por estas dos líneas se subdividian hasta el número de diez y seis. Todo el cielo así dividido por el báculo del augur y sometido á su contemplacion—*contemplari*—se convertia en templo—*templum*.

«La voluntad humana puede trasportar el templo acá abajo y aplicar á la tierra la forma del cielo. Por medio de líneas paralelas al *cardo* y al *decumanus*, el augur formaba á su alrededor un cuadrado. Varron nos ha trasmitido la fórmula por medio de la cual se describia un *templum* para tomar los augurios en el monte Capitolino. El templo existia lo mismo cuando se le habia designado simplemente con palabras que cuando se habia alzado su recinto. Sus límites eran en uno y otro caso igualmente sagrados é inviolables. Siempre tenia su entrada única al mediodía y su santuario al norte. Sin embargo, no toda morada sagrada

¹ TIT. LIV., lib. X, cap. 6 y sigs.

era *templum* ó *fanum*. El templo etrusco era un cuadrado que tenía una sexta parte más de largo que de ancho. Las tumbas y aun muchas veces los edificios civiles y las plazas públicas tenían la misma forma y el mismo carácter sagrado. Así eran en Roma las curias del Senado, los Rostros y lo que se hallaba próximo á ello en el Campo de Marte, todo el emplazamiento del altar del dios. Las ciudades eran templos también; Roma fué cuadrada en sus orígenes—*Roma quadrata*—y en la misma forma encontramos los recintos primitivos de muchas de las más antiguas ciudades de la Etruria. Las colonias aplican la forma de su metrópoli á sus nuevas moradas y, como se hace con los arbolillos trasplantados, se orientan en un nuevo suelo como en el suelo paterno. Hasta los ejércitos, que son á manera de colonias móviles, presentan cada noche en la forma y la posición de sus campamentos la imagen sagrada del *templum* de donde sacaron los auspicios. El pretorio del campo romano, con su tribunal y *auguraculum* era un cuadrado de doscientos pies.

» También las tierras se dividían según las reglas del arte de los arúspices. Los límites de los campos se trazaban haciendo el *cardus* y el *decumanus*. »¹

En cuanto á la dedicación de los templos, despréndese de muchos pasajes de Tito Livio que se hacía con muchas ceremonias, presididas generalmente por el jefe del ejército que había hecho voto de edificarlos, ó por un cónsul designado por la suerte, ó por los duumviros encargados de los sacrificios.

Más adelante hablaremos con la detención debida y en lugar más oportuno de los *auspicios* y de algunos agüeros famosos en la historia romana.

Numa se complacía mucho en la sociedad de los sacerdotes, pasando la mayor parte de su tiempo entre ellos para tratar de cosas sagradas.

Todas estas circunstancias fueron causa de que muy pronto se convirtiese el tipo de ese piadoso monarca en protagonista de una multitud de leyendas. Así, contábase entre otras cosas que ántes de ser encerrado el monte Aventino en el recinto de Roma, sus caudalosos manantiales y sus frondosas selvas eran frecuentemente visitados por las divinidades silvestres Pico y Fauno y sabiéndolo Numa se apoderó de ellos no soltándolos hasta que le hubieron revelado muchos sucesos futuros y la expiación para evitar el fuego celeste.

Según otra tradición, los dos cautivos dioses hicieron descender del Olimpo con sus conjuros al mismo Júpiter, quien trató de desconcertar á Numa con la ambigüedad de sus respuestas. Preguntándole éste cómo debía conjurarse el rayo, repuso el Padre de los dioses:—Corta una cabeza....—De cebolla, replicó el rey.

¹ MICHELET, *Histoire romaine*, Introd. cap. V.

—Prefiero la de un hombre, añadió Júpiter. —Os ofreceré sus cabellos, respondió Numa. —Y una alma, prosiguió el dios. —De pescado, dijo presuroso el monarca. Júpiter se sonrió y respondióle: —Está bien, acepto esas ofrendas expiatorias.¹

Decíase que la Ninfa Egeria le había sugerido á Numa esas sutiles respuestas que tanto habian complacido al Tonante. No deja de ser bastante candoroso todavía ese modo bonachon de tratar á los dioses y esa manera de concebirlos tan francotes y sencillos que un simple mortal pudiese burlarlos y hacerlos servir á su talante.

Numa fué el primero que edificó en Roma un templo á *Fides*, que es como si dijésemos á la *Lealtad* ó á la *Conciencia*, considerándola como atributo y emanación de Júpiter, como padre de la luz y de la justicia en todas las relaciones sociales. Su culto estaba encomendado á los tres Flamines de Júpiter, Marte y Quirino, los cuales debían ascender al Capitolio en un carro cubierto y debían ofrecer el sacrificio envuelta la diestra en un blanco lienzo. Lo primero significaba el sumo cuidado con que debía guardarse la Fe y lo segundo la pureza inmaculada que debía tener el asiento de la fidelidad.²

Data igualmente de Numa el culto de Roma al dios Término, personificación del orden social y de la Propiedad, por manera que esta divinidad y la Fe venían á ser dos concepciones jurídicas que en cierto modo constituían la portada del politeísmo romano, condensando lo que tenía de más original y característico.

A 23 de febrero, que en los tiempos de la monarquía era el último del año, dedicado á los Manes, se celebraban las fiestas llamadas *Terminalia*, del nombre del dios Término. Los campesinos se reunían entonces ofreciendo los sacrificios en comun y celebrando juntos un gran banquete en el cual se entonaban himnos en loor de esta antigua deidad itálica.

Cuando Tarquino el Soberbio hizo la dedicatoria del Capitolio, quiso apartar las estatuas de los dioses para hacer plaza á la de Júpiter; mas la del dios Término y la de la Juventud no pudieron ser arrancados de su sitio. Consultados los augures acerca de tan raro suceso, declararon que con él querían significar los dioses que las fronteras de Roma no retrocederían jamás y que su juventud sería eterna.

Otra de las más importantes reformas llevadas á cabo por Numa fué la del calendario, pues ordenó que en vez de empezar el año por el mes de Marzo, que

¹ OVID., *Fast.*, III, 295 y siguientes.

² TIT. LIV., I, 21.

era el consagrado á Marte, empezase por el de enero—*Januarius*—dedicándolo á Jano, dios de la paz y genio tutelar de las artes de la civilizacion, en quien han visto los mitólogos una divinidad cosmogónica representando el creador de la vida orgánica y tambien el sol. Como éste abre en el cielo las puertas de levante y de poniente, representáronle con dos caras. Teníanle tambien por patrono de los rios, los manantiales y todas las corrientes de agua é invocábanle como creador para el logro de la generacion humana, con el nombre de Consivius. En suma, esta deidad venia á ser una especie de demiurgo, vagamente concebido y toscamente delineado por aquella ruda mitología.

Inventáronse muchas leyendas para explicar el origen de una piadosa costumbre que consistia en abrir las puertas del templo de este dios en tiempo de guerra y cerrarlas en tiempo de paz. Andando el tiempo fueron muchos los templos dedicados á Jano en la Ciudad Eterna, todos en los sitios más populosos y frecuentados.

Siendo Jano la divinidad tutelar de todas las puertas, lo fué tambien de los puertos de mar, resultando de todo ello que tuvo el triple carácter de dios cosmogónico, guerrero—*Janus Quirinus*—y marino—*Janus Portunus*, esposo de Venilia, diosa del mar y de las fuentes é inventor de la construccion de buques. Además era el rey fabuloso y la mitológica personificacion de la *Edad de oro*.

Ovidio, en el libro I de sus *Fastos* ha explicado perfectamente el carácter de esta antigua divinidad y el culto que se le tributaba¹. Finge allí el poeta que el dios se le aparece dignándose responder á sus preguntas con celeste benevolencia, lo cual da lugar á un diálogo sumamente instructivo para los aficionados al estudio de la religion romana.

—¿Á qué vienen, pregunta el vate, esos votos de felicidad y esas afectuosas palabras que trocamos al empezar el año?

Y Jano le responde:

—Siempre va unido un presagio al principio de todas las cosas; toda primera palabra es oída con temerosa atencion; el ave que primero se descubre es la que dicta el agüero.

—¿Qué significan los dátiles, los arrugados higos y la blanca miel que los romanos se ofrecen entonces mutuamente?

—Son otros tantos presagios. Indícase por medio de esos regalos el de que se encuentre en el destino el agradable sabor del presente y que el año esté exento de toda amargura.

¹

Me Chaos antiquos, nam res sum pissca, vocabant.

Vers. 102.

Preller hace remontar á una fecha más remota la costumbre de los aguinaldos de año nuevo, diciendo que provienen del culto que tributaban los sabinos á la antigua diosa Strenia, que venia á ser allí lo que Hygieia en Grecia y Salus en Roma. Ya en tiempo del rey Tacio se cogian—dice—en el bosque sagrado de esa diosa unas ramas que se llevaban al Capitolio como presagios de felicidad. De ese viejo culto sabino se habia conservado la costumbre de enviar á los amigos, ramas, follaje y ramos de laurel y de olivo, acompañados de otros presentes que solian consistir en dulces, higos, dátiles y tortas de miel, amen de las bellotas que recordaban la antigua vida selvática y algunos viejos ases con la cabeza y la nave de Jano en memoria de la afortunada época de Jano y Saturno. Á fin de reunir todas estas cosas en una elegante miniatura, servíanse comunmente de unas graciosas lamparillas de arcilla ó de bronce ornadas con una Victoria en cuyo escudo se leia la inscripcion: *Annum novum Faustum Felicem, mihi ó tibi sit* y rodeada de una hoja de olivo, una bellota, un as con la cabeza de Jano y otras medallas. Los patronos opulentos eran los que recibian de sus clientes mayor cantidad de regalos de esta clase y hasta los mismos emperadores no se desdeñaban de recibirlos de sus fieles súbditos. El sombrío Tiberio hubo de poner coto por un edicto especial á la multitud de presentes y votos que se le dirigian y que el dia primero de año no bastaba á reunir. Pero la gran solemnidad de ese dia era la inauguracion de las tareas de los nuevos magistrados. Levantábanse al despuntar el alba saliendo al aire libre en busca de agüeros favorables, vestian luego el traje de su oficio, recibian los votos de su séquito y los de los senadores y despues subian al Capitolio, seguidos del senado, el orden ecuestre y una inmensa muchedumbre. Allí ofrecian al dios supremo del Estado, á Júpiter O. M. el sacrificio tradicional, presidiendo en seguida la primera session del senado. El segundo dia de cada mes era *nefasto* ó de mal agüero: así reservábanse para el tercero las demás ceremonias, en honor de los emperadores. Aquel era el dia de los votos: los principales magistrados, secundados por los pontífices, celebraban esas ceremonias oficiales en toda la haz del imperio.

Esas fiestas dedicadas á Jano al empezar el año, titulábanse *Agonales*.

Tan benéfica y eficaz fué la influencia de Numa Pompilio en las costumbres del pueblo romano y en las de sus vecinos, que no hubo en su reinado ni guerras ni sediciosos tumultos y los poetas, para encarecer la paz que se disfrutaba en esa época venturosa, llegaron á decir que las arañas tejian sus redes en los anillos de los escudos y las lanzas y las espadas se gastaban no por el uso, sino enmohecidas por la inaccion.

Ese monarca ejemplar expiró dulcemente cuando ya tenía más de ochenta años de edad, acompañando su cadáver todo el pueblo romano deshecho en lágrimas. No había querido Numa que fuese quemado su cuerpo y enterráronle por consiguiente al pié del Janículo en un ataud de piedra, metiendo en otro igual á su lado los libros que había escrito relativamente á la religion y cuyas doctrinas había enseñado á los sacerdotes. Al cabo de 400 años, abriendo unos aldeanos una zanja muy profunda al pié del Janículo en un campo del escriba L. Petilius encontraron dos sarcófagos de piedra de ocho piés de longitud por cuatro de anchura con las tapas selladas con plomo. Ambos tenían inscripciones griegas y latinas indicando que contenian, el uno el cuerpo de Numa y el otro sus libros. El propietario del terreno mandó abrir los sarcófagos: el de Numa se encontró enteramente vacío; el otro contenia dos paquetes atados y cubiertos de pez conteniendo cada uno siete volúmenes, en tan perfecto estado de conservacion que parecian enteramente nuevos y escritos la mitad de ellos en griego y la otra en latin. Los unos trataban del derecho de los pontífices y los otros de filosofía. Los amigos de Petilio se apresuraron á leerlos y tanto se habló de ellos que el pretor de la ciudad quiso enterarse de su contenido y viendo que *la mayor parte de sus principios se hallaba en abierta oposicion con el culto establecido*, anunció á L. Petilius su intencion de echarlos al fuego, pero notificándole que estaba dispuesto á permitirle el empleo de todos los medios legales, de todas las influencias y arbitrios que creyese más eficaces para lograr su restitution si tenia empeño en recobrarlos. Aprovechando tan amable condescendencia acudió Petilio á los tribunos de la plebe reclamando los preciosos volúmenes que el azar acababa de regalarle; pero esos magistrados se inhibieron de conocer del asunto declarando que solo el Senado tenia competencia para ello y habiéndolo avocado á sí este alto cuerpo, el pretor manifestó en su presencia que estaba pronto á jurar que los tales libros no solo no convenia que fueran leidos, pero ni siquiera conservados. Entonces el Senado ordenó que se quemaran en la plaza de los Comicios, dándose al propietario, á título de indemnizacion, la suma que fijasen el pretor y la mayoría del colegio de los tribunos. Petilio rehusó la indemnizacion y los libros fueron quemados en presencia del pueblo, en el sitio designado y en una hoguera encendida por los victimarios. ¹

¡Oh inestabilidad de las cosas humanas! ¡Quién había de decirle á Numa Pompilio, el prototipo de los reyes piadosos, que cuatro siglos despues de su muerte habían de ser quemados sus libros por heterodoxos! *Tempora mutantur.*

¹ TIT. LIV., lib. XL, cap. 29.

Si tratásemos de precisar el papel, á todas luces importantísimo, que desempeñó Numa en la historia religiosa de Roma, nos bastaría recordar que substituyó el naturalismo de los tiempos primitivos con las tradiciones y los ritos de los sabinos. Todos los historiadores han hecho notar que el genio romano se mostró mucho más apto para asimilarse las creencias y prácticas religiosas de los demás pueblos que para crear nuevos mitos. Los latinos les prestaron los de Fauno, Pales, Dia y otros que revelaban la selvática ingenuidad de aquellas tribus montaraces; Numa introdujo en su Estado una serie de divinidades que personificaban las más elevadas nociones de la moral y del derecho y estableció una severa disciplina y una solemne liturgia que prestaron á la sociedad un tinte verdaderamente teocrático, infiltrando la influencia del espíritu religioso en todos los actos de la vida pública y privada.

Por de contado que el naturalismo, ó sea el culto de las fuerzas naturales deificadas, debió de conservarse mucho tiempo en las comarcas agrestes y solitarias, mientras que en los centros de poblacion y en las llanuras, donde es más accesible el terreno, hubo de sentirse más pronta y directamente la influencia de los elementos exóticos que fueron agregándose á las viejas concepciones religiosas del Lacio. El politeismo romano, considerado en su esencia, no tiene pues un verdadero carácter original y espontáneo: fué formándose por aluvion. Lo que hay en él de indígena, propio y característico es la liturgia y sobre todo el prurito constante de hacer representar á los dioses las ideas y principios fundamentales de la moral y el derecho. El Olimpo griego era una asamblea imaginada por los poetas: el Panteon romano un senado reunido por los sacerdotes y los jurisconsultos; los dioses de los helenos amaban, luchaban, sentian, en suma, como los personajes épicos de Homero: las divinidades del politeismo romano tenian la augusta é impasible gravedad de las concepciones teológicas. La religion en Grecia era la poesía de lo infinito; en Roma era una institucion social.

No importa que los romanos hayan adoptado andando el tiempo los dogmas, las tradiciones y los ritos de los griegos; que hayan adorado á Zeus con el nombre de Júpiter, á Afrodita con el de Vénus, á Ares con el de Marte, á Artemis con el de Diana, á Hermes con el de Mercurio, á Deméter con el de Ceres, á Hádes con el de Pluton, á Poseidon con el de Neptuno, etc. Todas estas deidades, como otras muchas que fueron aceptando los vencedores del mundo al compás que iban sojuzgando las naciones, hubieron de modificar su genuino carácter al pasar de las risueñas regiones de la Hélade al territorio romano. Los ingenios más esclarecidos del Lacio se habian amamantado en las fuentes de la cultura griega; los filósofos de las márgenes del Tíber bebían sus inspiraciones en las

escuelas inmortales de los pensadores griegos y sin embargo, en las obras de unos y otros se advierte la confirmacion de la gran verdad reconocida por todos los historiadores, á saber, que los romanos se asimilaban las ideas de las naciones extranjeras, mas no las copiaban servilmente: las aceptaban modificándolas con arreglo á su propio carácter y sus peculiares necesidades. En esto y solo en esto consistia su originalidad. En los capítulos sucesivos iremos viendo los elementos que concurrieron á la formacion de ese ecléctico politeísmo que se ha denominado romano y que vino á compendiar y refundir en cierto modo todas las idolatrías, para entregarlas más adelante á la demoledora causticidad de los incrédulos y al triunfante desprecio de los Cristianos.

Entretanto, lo que podemos dejar sentado como un hecho de todo punto incontrovertible es que la religion fué en Roma una grande y poderosa institucion política, y que las instituciones, los ritos y hasta las supersticiones que formaban su lógico é inevitable cortejo, fueron en todos tiempos un poderosísimo instrumento de dominacion para las supremas autoridades de la república y el imperio y para los patricios y los sacerdotes que dirigian aquella grandiosa organizacion social.

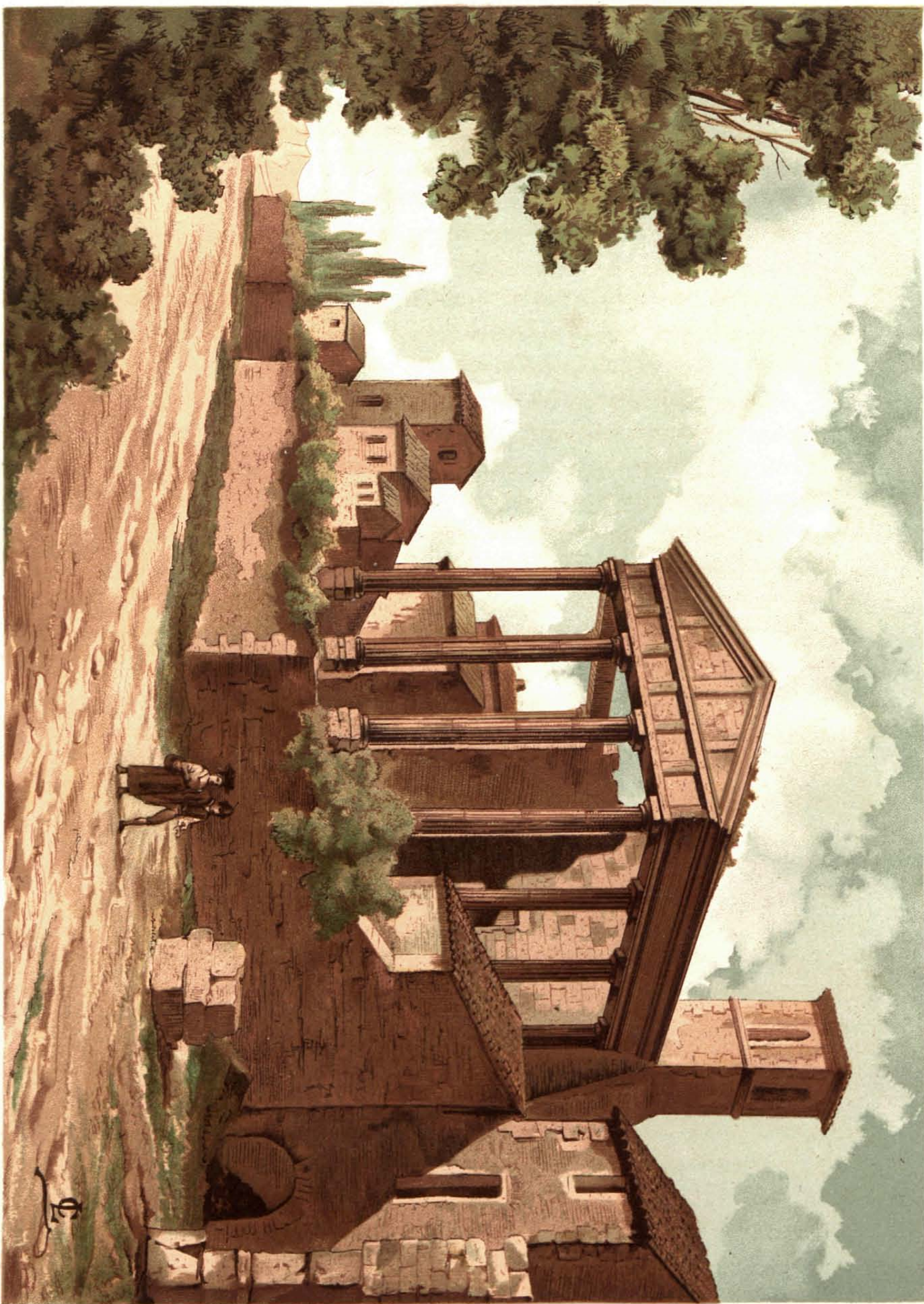
Si quisiésemos formarnos del antiquísimo culto naturalista una idea algo más concreta que la que pueden sugerirnos las alusiones á los extraños símbolos y á los bosques y manantiales sagrados que acá y acullá mencionan incidentalmente los poetas antiguos, nos bastaria fijarnos en este pasaje de Apuleyo:

Generalmente el viajero piadoso que encuentra en su camino algun bosque sagrado ó algun lugar santo, implora el favor del cielo y detiene un momento sus pasos..... Y en verdad que no puede haber nada más digno de suspender su marcha: el altar ornado de flores, la gruta sombreada por el follaje, la encina cubierta de cuernos, la haya coronada de pieles, el collado consagrado por un seto, el tronco que la azuela desbastó, el césped zahumado por la libacion, la piedra untada con perfumes, son cosa insignificante; algunos notan estos objetos y los adoran, mas la multitud los desconoce y pasa de largo. ¹

¡Qué diferencia de esas rústicas prácticas religiosas á las imponentes ceremonias instituidas por Numa Pompilio!

Sin embargo este gran legislador habia conservado alguno de los principales caracteres del culto primitivo, como v. gr. la tradicion de celebrar los sacrificios al aire libre, sobre una ara muy tosca de madera ó sobre un banco de césped y

¹ FLORIDES, I.



El Seix editor

TEMPLO DE HERCULES EN CORI

la de ofrecer á los dioses tortas y otros pacíficos presentes, mejor que cruentos sacrificios.

Este culto primitivo, propio de todos los pueblos indo-europeos y á cuyo desenvolvimiento y distintivo carácter cooperaron mancomunadamente el elemento sabino, el etrusco y otros, combinóse tambien más tarde en el politeismo griego, que infiltró en la severa teología indígena la gracia hechicera y el poético idealismo de la helénica mitología. El instinto estético no estaba muy desarrollado en aquel pueblo práctico y positivista que ni llegó á tener una epopeya nacional: por esto al dar una forma artística á sus leyendas religiosas las vaciaron en los moldes clásicos de Grecia, bien que conservándoles hasta cierto punto su genio peculiar, como más arriba lo expusimos.

Así adaptaron la leyenda de Heracles al dios sabino Semo-Sancus—de *sancio* y *sanctus*—deidad tutelar del juramento, llamado por esta razon *Dius Fidius*—de *Fides* y *Fædus*—personificación de la verdad y la justicia en la tierra y de la luz en el cielo, por cuyo motivo le adoraron al aire libre y dejaron una ancha abertura en el techo de su templo. Así tambien adoptaron el culto de la sensual Afrodita greco-fenicia trasformándola en la diosa Vénus, imagen y prototipo de toda terrestre hermosura; pero genio tutelar al mismo tiempo de todas las relaciones sociales con el nombre de Concordia. Hubo un tiempo en el cual habia huido de Roma el pudor y habiéndose consultado á la sibila de Cumas, ésta ordenó que se alzasen templos á Vénus. Hízose así y la diosa agradecida trocó los corazones tomando el nombre de *Verticordia*, esto es, la diosa que aparta los corazones del amor impuro.¹ Eligiéronse entonces cien matronas y sacáronse por suerte los nombres de diez de ellas para que á su vez nombrasen la más casta de todas á fin de encargarle la inauguracion de la imagen, recayendo la eleccion en Sulpicia, hija de Servio Patérculo y esposa de Quinto Fulvio Flaco.² No podia ser más radical y profunda la metamórfosis de la antigua Afrodita.

Más adelante iremos viendo otros ejemplos de estas trasformaciones.

No fué la concordia la única virtud personificada por los romanos, pues tambien quemaron incienso á la *Equidad*, la *Clemencia*, el *Pudor*, la *Providencia*, la *Piedad*, etc., pudiendo decirse que estas abstracciones personificadas fueron los verdaderos dioses creados por el genio romano, que se aplicó siempre con mayor predileccion á reglamentar minuciosamente los ritos y ceremonias de la liturgia que á delinear y esculpir las figuras de sus divinidades, como lo hizo el

¹ OVID., *Fast.* lib. IV, ver. 157 y siguientes.

² VAL. MAX. VIII, 12.

pueblo griego. Por esto se advierte que si en Grecia el prurito de representar á los dioses de una manera plástica en telas, mármoles y libros hizo intérpretes del cielo á los poetas y los artistas, en Roma la severidad de la disciplina religiosa engendró el predominio de la clase sacerdotal, convirtiéndola en una poderosa teocracia. Así se explica el grande empeño que tuvieron los patricios en conservar el monopolio de los cargos del sacerdocio y el afán con que procuraron siempre los plebeyos arrebatárles esa grande arma de dominacion social.

Otro de los caracteres esenciales del politeismo romano es su estrecho enlace con la agricultura, que fué, como es sabido, el arte al cual desde más remotos tiempos y con mayor predileccion consagró su actividad aquel vigoroso pueblo.

Ya hemos tratado de Tellus y Consus, de Acca Larentia y los Hermanos Arvales. Tócanos ahora hablar de Saturno, que es sin duda una de las deidades en cuyo carácter han hecho más hincapié los evhemeristas para justificar la bondad de su sistema. En otros capítulos recordamos que los fenicios le adoraron con el nombre de Molock y los griegos con el de Kronos; pero Eusebio sostiene que fué un monarca asiático llamado Bel y antes y despues de este grande escritor hanle considerado muchos como un hábil y ambicioso semita que, habiendo proporcionado á sus pueblos una dilatada era de paz y prosperidad, fué adorado como personificacion de la Edad de Oro, venerándole los semitas con tanto fervor como á Júpiter—Zeus los pelasgos y los helenos. Esta version explicaria la metamórfosis que experimentó esta deidad convirtiéndose en genio tutelar de la agricultura, así como su compañera Ops fué la personificacion de la tierra fecunda. Más adelante confundiéronse estas divinidades con Kronos y Rhea Cibéles.

Saturno es la única deidad romana que tiene algunas sombras y léjos de épica figura, como Jano es la única que tiene algunos visos y apariencias de cosmogónica. Verdad es que si los romanos no tuvieron un verdadero poema épico nacional, su historia fué una grandiosa y continuada epopeya y los episodios y peripecias de esta epopeya real se hallan vigorosamente reflejados en su ecléctica mitología.

En cada jornada de ese drama inmenso que tuvo por escena el mundo y por actores á naciones enteras, aparece una nueva civilizacion con su culto, sus artes, sus industrias, que iban á fundirse en el crisol de aquella potencia colosal y esencialmente unificadora.

Pero no anticipemos noticias y consideraciones que en otro lugar podrán tratarse más oportuna y provechosamente y prosigamos nuestro interrumpido relato.

Es indudable que la más egregia divinidad, no solo de esa mitología natu-

ralista, sino de todo el Olimpo romano, fué Júpiter, á quien apellidaron *Diovis* y *Jovis*, nombres derivados de la voz sanscrita *Dyaus*, de la cual ya hemos hablado al tratar de Zeus y á cuyo propósito bástanos ahora recordar que significa la luz del día y la serenidad del cielo.

En este concepto fué adorado Júpiter como deidad tutelar del derecho, con los epítetos de Diespiter—*Diovis Pater*—padre de la luz y metafóricamente de la verdad y tuvo por sacerdotes á los Feciales.

Fácilmente se concibe toda la serie de ideas que de una manera lógica é inmediata deriva de esta concepcion primordial. En el orden filosófico y jurídico debia Júpiter personificar todo bien y toda armonía: la serenidad en los cielos, la calma apacible en la tierra, el orden en la sociedad, la paz en las familias, la tranquilidad en la conciencia, el imperio de la razon y la justicia en el mundo moral: en una palabra, hacia el mismo papel que respectivamente representaron Brama, Oromazes y Osiris en el dualismo de la India, Persia y Egipto.

Por analogía y en su calidad de deidad celeste por excelencia, adoráronle los romanos como dios del rayo, del relámpago, de la lluvia, de los truenos y los vientos, con los epítetos de *Fulminator*, *Fulgurator*, *Pluvius*, *Tonitrualis*, *Tonnans*, etc. Como *Jovis* era sinónimo del cielo, pasar la noche *sub Jove* valia lo mismo que pasarla, como decimos nosotros, al raso ó á cortinas verdes. Ya hemos visto la astucia de que se valió Numa para recabar de Júpiter que le revelase el medio de conjurar el rayo y que los Feciales llevaban consigo una fulgurita al trasladarse al territorio enemigo.

Como dios de la lluvia los agricultores no podian ménos de poner bajo su amparo las cosechas, implorando su auxilio á fuer de padre de la fecundidad y protector nato del cultivo. Así celebraban en la primavera y el Otoño, bajo la advocacion de Júpiter *Frugifer* y *Ruminus*, animadas y bulliciosas fiestas campestres que eran motivo de extraordinario regocijo y copiosas libaciones.

Por la misma razon le apellidaron tambien los romanos *Liber*, considerándole como patrono de la viticultura y de la fertilidad de los campos. Designábase con la misma palabra al vino y á Baco, encarnacion latina de Dionysos. Más adelante veremos que tambien dieron el nombre de *Libera* á Deméter y Perséfone.

Como deidad guerrera y protector especial de Roma, tituláronle: *Victor*, *Invictus*, *Triumphator*, *Stator* y *Feretrius*. Sin duda son estas dos últimas advocaciones las más antiguas, pues con ellas le edificó Rómulo dos templos. Este era el dios *Optimus Maximus* á quien dedicó Tarquino el templo del Capitolio, que era adonde se dirigia la ostentosa pompa triunfal de los generales victoriosos.

Como árbitro universal, pedíanle los romanos la revelacion de lo futuro, cual lo hicieron los griegos con Zeus en Dodona y tenian por mensajeras de su voluntad á las aves y otras mil señales que inventaba la impostura y la crédula supersticion aceptaba con profundo convencimiento.

Tambien se le adoró como divino caudillo de la liga latina con el nombre de *Latialis* ó *Latiaris*, bajo cuya denominacion le fueron dedicadas las *Ferias Latinas*. Los evehmeristas pretenden que Júpiter Latialis fué la apoteósis de Latinus, suegro de Eneas.

En el hogar, fué Júpiter hospitalario; para los oprimidos, Júpiter Vengador; para los mancebos, Júpiter Joven; para el Estado, Júpiter Conservador; etc., epítetos que corresponden á la idea que hemos apuntado respecto á esta deidad como nocion de toda bondad y dechado de toda perfeccion moral. Casi no necesitamos hacer notar cómo se trasparenta en el conjunto de estas nociones una instintiva tendencia monoteista.

Sin duda por su calidad de dios de la luz dedicáronle el color blanco. En efecto, sacrificábanle animales blancos; blancos eran los cuatro caballos de su carro y vestidos de blanco debian ir los cónsules cuando al tomar posesion de su cargo subian á ofrecerle un sacrificio en el Capitolio.

Ya que hemos recordado la teoría dualista no será fuera de propósito mencionar al sabino *Summanus*, deidad terrorífica que parece una especie de vaga reminiscencia de Siva, Set y Arimanes. Era el dios de la noche y de las tempestades nocturnas y sacrificábanle, para aplacar su enojo, dos carneros negros en un altar del Capitolio.

Juno fué la hermana y la esposa de Júpiter en Roma, como Hera lo fué de Zeus en Grecia. Ambas representaban la concepcion femenina de la Divinidad en virtud de aquella tendencia instintiva del Politeismo á descomponerla en parejas, tendencia que hemos hecho notar al exponer el sistema mitológico de los caldeos y los fenicios. Al igual que su egregio consorte, fué Juno la soberana del cielo y de los dioses y por consiguiente genio tutelar de las mujeres, por lo cual se la llamó *Virginalis*, *Matrona*, *Opigena* y *Sospita*; de los matrimonios, en los cuales se la invocaba con los nombres de *Jugalis*, *Pronueba*, etc. y de los nacimientos, con motivo de los cuales se la adoraba bajo la advocacion de Juno *Lucina*.

Refiérese á este culto una leyenda sagrada que explicando el origen de las Lupercales relata Ovidio en estos términos:

«¿Qué esperas, joven esposa? Ni la virtud de los simples, ni las plegarias, ni los cantos mágicos te harán concebir. Presenta resignada tu seno á los golpes de una mano que te hará

concebir y muy pronto el nombre de abuelo halagará los oídos del padre de tu esposo. Hubo un tiempo en que nuestras romanas, como perseguidas por una influencia funesta, rara vez lograban obtener los dulces frutos del himeneo. —¿De qué me ha servido, exclamaba Rómulo, el rapto de las sabinas? ¿De qué me ha servido, si mi injuria en vez de acrecentar nuestras fuerzas no produjo otro resultado que encender la guerra? Más nos hubiera valido no tener mujeres. —Extendíase en la falda del Esquilino un antiguo bosque consagrado á Juno. Á él acuden todas con sus maridos, postrándose de hinojos. De súbito, agítanse las copas de los árboles y ¡oh prodigio! se oye la voz de la diosa diciendo desde el fondo de la espesura: — Madres latinas, juntaos con el velludo macho cabrío. Muda y consternada quedó la multitud al oír tan misterioso oráculo. Pero un augur *recien llegado de la Etruria* y cuyo nombre con el tiempo se ha olvidado, tiene la ocurrencia de inmolar un macho cabrío, corta su pellejo á tiras y azota á las mujeres que, obedientes al precepto del oráculo, se le ponen delante para recibir sus golpes. Al presentar la luna por décima vez sus cuernos en el firmamento, el esposo ya era padre..... » ¹

Nótese que Juno era la diosa de las *Calendas*, ó sea del periodo del mes en que la luna se halla en cuarto creciente, al paso que Júpiter era el dios de los *Idus*, esto es, de los días en los cuales brilla la luna llena.

Á veces parece confundirse algun tanto esta diosa con Flora y Pomona. Más adelante ya tendremos ocasion de explicar, por medio de curiosos ejemplos históricos el culto variadísimo que se le tributaba y en el cual se ven reflejadas las modificaciones que fué sucesivamente experimentando la concepcion de esa antiquísima divinidad que dió su nombre al mes de Junio.

Algo parecido al de Juno fué el culto que los primitivos italianos tributaron á Matuta, que es como si dijésemos matutina, diosa tambien de la luz y de los partos.

En otro capítulo relatamos los trágicos amores de Zeus y Semele, de los cuales nació Dionysos, ó Baco cual le llamaron los romanos. Este fué confiado en su niñez á los cuidados de Ino, esposa de Athamas, de quien tuvo á Learco y Melicerta. Pero Athamas ya estaba casado antes con Nefelee, la cual ya le habia hecho padre de los famosos Frixo y Hele—de los cuales hablamos al referir la leyenda de los Argonautas.—Irritadas Juno y Nefelee por la infidelidad de Athamas y por la complicidad de su mujer en la de Júpiter, se vengaron enviándole una locura furiosa, en uno de cuyos arrebatos mató á su hijo Learco. Ino, desfavorida, se echó al mar con Melicerta, siendo entrambas trasformadas en divi-

¹ FASTOS, lib. II, ver. 427 y siguientes.

nidades marinas. Ino con el nombre de Leucothoe y Melicerta con el de Palemon. Lleváronlas las ondas hasta la desembocadura del Tíber; donde se veía un frondoso bosque habitado por las terribles Menadas; preguntóles Ino cómo se llamaban los pobladores de aquel territorio y respondieronle que eran una colonia de arcadios gobernada por Evandro. Pero Juno, que había jurado la ruina de aquella odiada criatura, presentóse á las Menadas con la apariencia de simple mortal y encendió su enojo persuadiéndoles que el objeto de Ino era descubrir sus ritos misteriosos y que el niño que llevaba consigo debía pagar la pena de su sacrilega audacia. Furiosas las Menadas se precipitan al oír esto sobre Ino, que clama pidiendo auxilio á los dioses del país y Hércules aparece ahuyentando con su sola presencia á aquella irritada turba. Carmenta le ofreció la hospitalidad y á fuer de ninfa profética le aseguró que estaban terminados sus trabajos, vaticinándole que sería adorada en Grecia con el nombre de Leucothoe y en Roma con el de Matuta.¹ Este relato explica perfectamente la trasformacion del mito.

Flora cuenta tambien entre las más antiguas deidades itálicas: es la diosa de las flores y por analogía de la Primavera y de la juventud frívola y alegre, por lo cual se le tributó un culto licencioso que la asemejó bastante á Vénus. Los romanos le dieron por esposo á Céfito, confundiéndola con la griega Cloris. En su lugar oportuno hablaremos de los *Juegos Florales*.

Vertumno era tambien un antiguo dios itálico de la primavera y aun más del otoño. Simbolizaba la fecunda movilidad del año, por lo cual le compararon á Proteo y representábanle como un jardinero llevando frutos en el seno y una hoz en la mano. Los jardineros le ofrecían las primicias de sus jardines y guirnalda de capullos de flores. Presidía su culto un flamin especial llamado *flamen vertumnalis*. Había una leyenda mitológica que representaba la trasformacion de las plantas y su paso de la flor al fruto. Era la referente á los amores de Vertumno y Pomona, diosa de los frutos, idilio deliciosamente relatado por Ovidio.²

Titulóse asimismo diosa de las flores á Feronia, deidad adorada por los etruscos y por los antiguos latinos, que tenía su principal santuario en Tarracina, cerca del monte Soracto, donde se celebraba una gran feria el día de su fiesta, llevándole todos los pueblos de los alrededores las primicias de sus cosechas. Era tambien la divinidad tutelar de los libertos ó esclavos emancipados.

Pero el culto más genuinamente indígena del suelo itálico, despues del de Júpiter, fué el de Marte, representante del elemento viril en el naturalismo pri-

¹ OVID., *Fast.*, lib., VI, ver. 485 y siga.

² *Metamórf.*, lib., XIV, ver. 623 y siga.

mitivo donde Pales simbolizaba las tradiciones del Pastoreo. Por esto se transformó tan presto en dios de los combates é inspirador del ardimiento guerrero. En la primera época consagróronse ya á este dios la higuera, la encina y otros árboles, así como el lobo y el pico—del cual hablaremos luego—el buey y el corcel de batalla. Como deidad agrícola al par que guerrera, sacrificábanle rebaños de carneros y teníanle por patrono de las yeguas y las carreras del circo. Por otra parte, Caton en su famosa obra de agricultura ¹, nos presenta á esta divinidad como especial protectora de los labradores y la cria de ganados, al describir la ceremonia de la purificacion de las tierras, en la cual debia pronunciarse la siguiente plegaria, despues de haber ofrecido una libacion de vino á Jano y á Júpiter.

—¡Oh Marte, padre nuestro, yo te conjuro que nos seas propicio á mí, á mi casa y á mis dependientes! Para ello he hecho pasear una triple víctima en torno de mis campos, de mis tierras y de mi fundo para que apartes y alejes las enfermedades visibles é invisibles, la esterilidad, la devastacion, las calamidades y las intemperies; para que hagas crecer y prosperar mis frutos, mis granos, mis viñas y mis árboles; para que conserves el vigor á mis pastores y á mis rebaños y nos concedas salud y prosperidad á mí, á mi casa y á mis gentes. Para purificar mis campos, mis tierras y mis bienes y ofrecer un sacrificio expiatorio, te ruego te dignes aceptar esas tres víctimas.

Adorábanle los sabinos como dios del matrimonio y de la vida conyugal, circunstancia que ha servido para explicar que en las Calendas de marzo y en las de junio le invocasen las matronas al propio tiempo que á Juno Lucina.

Llamáronle, como dios de la guerra, *Gradivus*; como dios campestre, *Silvano* y como dios de las relaciones civiles, *Quirino*. Estos tres caracteres bastan para hacernos comprender que en un pueblo tan belicoso y que tanto honró la agricultura y cultivó la jurisprudencia, por necesidad habia de adquirir muy pronto este dios una importancia casi igual á la del Padre de los dioses.

Representábase á Marte con el casco en la cabeza y la lanza en la diestra, ya á pié, ya en un carro de batalla.

Andando los tiempos confundióse esta divinidad con el dios Ares de los griegos.

En otro capítulo hablaremos de las modificaciones que experimentó el culto de esta divinidad. Por ahora bástanos hacer constar que «Marte ocupó desde muy antiguo un puesto principal entre los dioses del Lacio, pues su culto agradaba á aquellas belicosas tribus. Palas era adorada entre los hijos de Cecrops,

¹ *De re rustica*, cap. CXLI.

Diana entre los cretenses de Minos. Vulcano en la isla donde reinó Hipsípilo, Juno en Esparta y en Micenas, reino de los Pelópidas y el dios coronado de pino en la cumbre del Menalo. Marte era adorado en el Lacio porque preside la guerra y para aquella nación feroz la guerra era el primer manantial de toda gloria y poderío... En Albano le habían dedicado el tercer mes del año, los faliscos el quinto, los hérnicos el sexto. La ciudad de Aricia y aquella cuyos altos muros había edificado Telégono — *Túsculo* — contaban el tiempo como los de Albano; los laurentinos contaban este mes como el quinto, el rudo equicola como el décimo, los habitantes de Cures le habían dedicado el cuarto, como el belicoso peligno fiel á las tradiciones de sus antepasados los sabinos.¹

Quirino se apellidó Marte entre los sabinos, de quienes lo tomaron los romanos, cuyo Marte adorado en el Palatino y padre de Rómulo y Remo era originario de Albano. Más arriba hemos visto como se confundió con esta divinidad el fundador de Roma. Numa adoptó el culto de Quirino, consagrándole uno de los flamines y Tulio Hostilio le dedicó otro colegio de Salios.

Silvano era el Fauno de las selvas, protector de los pastos y del ganado á quien los aldeanos y los pastores ofrecían un cerdo ó un macho cabrío en rústicos altares, considerándole como protector de los rebaños y de los animales monteses y como grande amigo de las plantaciones y terror de las bestias feroces. Representábanle en la forma de un anciano jovial y vigoroso, á quien los poetas supusieron perdidamente enamorado de la bella Pomona. Como dios de las selvas, que tanto debieron de abundar en la primitiva Italia, vino á ser la divinidad tutelar de las fronteras y por consiguiente de los lindes de la propiedad particular. Más adelante Silvano fué identificado con el dios Pan de los griegos, cuyas aventuras y caracteres se le atribuyeron.

Ya hemos hablado de la jugarreta que se permitió hacer el piadoso Numa Pompilio á Fauno y á Pico. Este último fué una deidad muy citada en las leyendas mitológicas y en los comentarios de la escuela alegorista. Si por una parte había un rey legendario llamado Picus, hijo de Saturno y padre de Fauno, el ave trepadora de este nombre estaba consagrada á Marte, convirtiéndose á veces en genio silvestre, protector de los bosques y los terrenos cultivados. Algunos sabios modernos lo han comparado con el halcón de los Vedas, haciendo notar de paso el parentesco mítico que existe entre el *picus* y el *corvus pica* y recordando que la palabra védica *vrika* significa lobo y cuervo para sentar la hipótesis de que acaso nació de ella la confusión que se nota entre la loba que ama-

¹ OVID., *Fast.*, lib. III, ver. 79 y siguientes.

mantó á los heróicos gemelos y el pico que en la misma leyenda se ofrece á alimentarlos. Dicen estos autores que el pico, la urraca y el lobo personifican igualmente al dios en las tinieblas, al demonio, la nube, el cielo de la noche, la estacion lluviosa y el invierno; de la noche y del invierno nace el nuevo sol que alimentan la loba ó el ave fúnebre; el pico penetrante del ave que de él toma su nombre representa en la nube la chispa del rayo y en la noche y en la estacion del invierno tan pronto simboliza la luna que disipa la oscuridad como el rayo solar que sale de las tinieblas. La leyenda latina pone en relacion á Picus, con Picumnus, Pilumnus, el pilum y el pistor; pero el eruditísimo mitólogo L. Preller dice á este propósito que Picumnus fué el inventor del arte de los abonos al cual debió su nombre de Sterculinus y Pilumnus creó el arte de majar el trigo, por lo cual se le consideró como el patrono de los panaderos y dió su nombre al *pilum*—mano de almirez ó de mortero—lo cual envuelve una distincion enteramente popular entre dos aves que se confunden muy á menudo, el pico y la abubilla, ave de paso que los egipcios veneraron y antiguamente fué el símbolo del gozo y del amor filial.

Virgilio, en el libro VII de la *Eneida*, refiere con muy poéticos colores la entrevista de Eneas y sus compañeros fugitivos de Troya con Pico, rey de los latinos, á quien debian presentarse coronados de ramas de olivo, ofreciéndole presentes y pidiéndole su alianza. Levantábase en el punto más elevado de la ciudad un vasto y majestuoso edificio sostenido por cien columnas: era el palacio de Pico, rodeado de bosques y penetrado de santo horror por una antigua religion. Allí iban los reyes á recibir el cetro; aquel templo era para ellos el santuario de la justicia donde se celebraban los festines sagrados, se inmolaban los carneros y los magnates del Estado tomaban asiento en torno de largas mesas. Veíanse en el vestíbulo antiguas estatuas de cedro representando á los antepasados del monarca: Italo, Sabino el plantador de la viña, llevando en la mano la encorvada podadera, el viejo Saturno, el bifronte Jano, y los demás reyes de la nacion desde su origen. Colgaban de las sagradas puertas del palacio los despojos del enemigo, carros cautivos, hachas, penachos, los goznes inmensos de las puertas conquistadas, jabalinas, escudos y espolones arrancados á las naves. En medio de aquellos trofeos apareció Pico vestido con la trabea, llevando en la diestra el baston augural y en la mano izquierda un escudo; Pico, el gran domador de caballos cuyas fantásticas aventuras relataremos al hablar de la Magia romana.

En otro capítulo hemos tratado extensamente de Heracles, famosa divinidad de los griegos á la cual parece corresponder el Semo Sancus ó Dius Fidius de

los sabinos. Al principio fué una deidad campestre y pastoril como Fauno y Silvano, despues el dios de la buena fe por quien se juraba en los actos solemnes, empeñando la palabra ante sus altares y el protector de los viajeros. Más adelante confundióse á estas divinidades con el griego Heracles, al cual los romanos llamaron Hércules, consagrándole un culto completamente helénico y el diezmo de sus beneficios, lo cual pobló la Ciudad Eterna de templos y altares dedicados á ese dios que por su carácter varonil y guerrero no podia ménos de tener muchos devotos en aquel belicoso pueblo.

Horacio ha descrito con encantadora gracia el culto de Fauno en una oda que dice así:

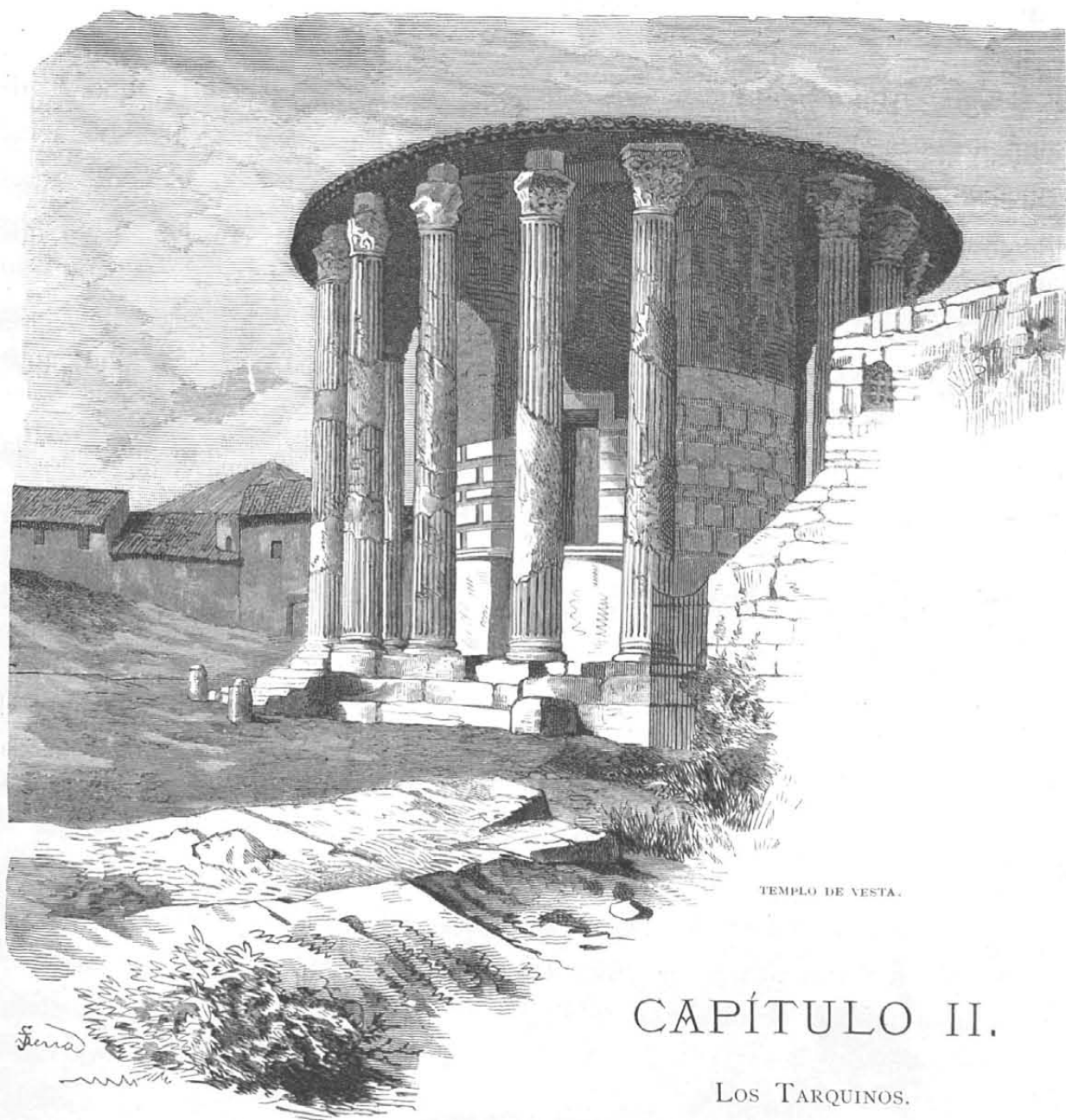
«¡Oh Fauno, amante de las ninfas fugitivas! visita bondadoso mi humilde morada y sea fausta tu venida para tus jóvenes discípulos de mis establos; yo te inmolo cada año un cabrito; la copa grata á Vénus te brinda olas de vino y el incienso humea en tu antiguo altar.

»Cuando las nonas de diciembre vuelven á traer tu fiesta, trincan los rebaños sobre el mullido césped; los aldeanos se esparcen por los prados con el buey ocioso; el lobo se mezcla con los corderos sin atemorizarlos; las selvas esparcen las hojas á tu paso, y el viñador hiere tres veces con el pié y lleno de júbilo esa tierra que tantas veces maldijo.»¹

¹ Oda XVIII, lib. III.



LA LOBA CAPITOLINA.



TEMPLO DE VESTA.

CAPÍTULO II.

LOS TARQUINOS.

Tulo Hostilio y su trágica muerte.—Anco Marcio.—Tarquino Prisco.—Servio Tulio: prodigios que anunciaron su glorioso destino.—Tarquino el Soberbio.—Portentos acaecidos en su reinado.—Junio Bruto.—Proclamación de la república.—Influencia de los etruscos en la civilización y las supersticiones de los romanos.—Los libros de la Sibila.—El culto de Apolo.—Júpiter Capitolino.—Diana.—El himno secular de Horacio.—Sus odas á Diana.—Minerva.—Los Dioscuros.—La Buena Diosa.—Céres.—El culto de Vénus.—El de Priapo.—Sátira de Horacio y oda de Cátulo relativas á esta divinidad.

SUCEDIÓ á Numa el belicoso Tulo Hostilio, príncipe tan diferente de su antecesor, que decia ser indigno de un monarca ocuparse en asuntos religiosos. Con todo, después de haber alcanzado muy señaladas victorias que ensancharon considerablemente las fronteras de Roma, fué atacado de la peste y desde entonces sus facultades mentales dieron muestras de haber sufrido profundo menoscabo. Entregóse á frívolas supersticiones y el vulgo, no acertando á explicarse tan deplorable fenómeno, lo achacó á causas sobrenatu-

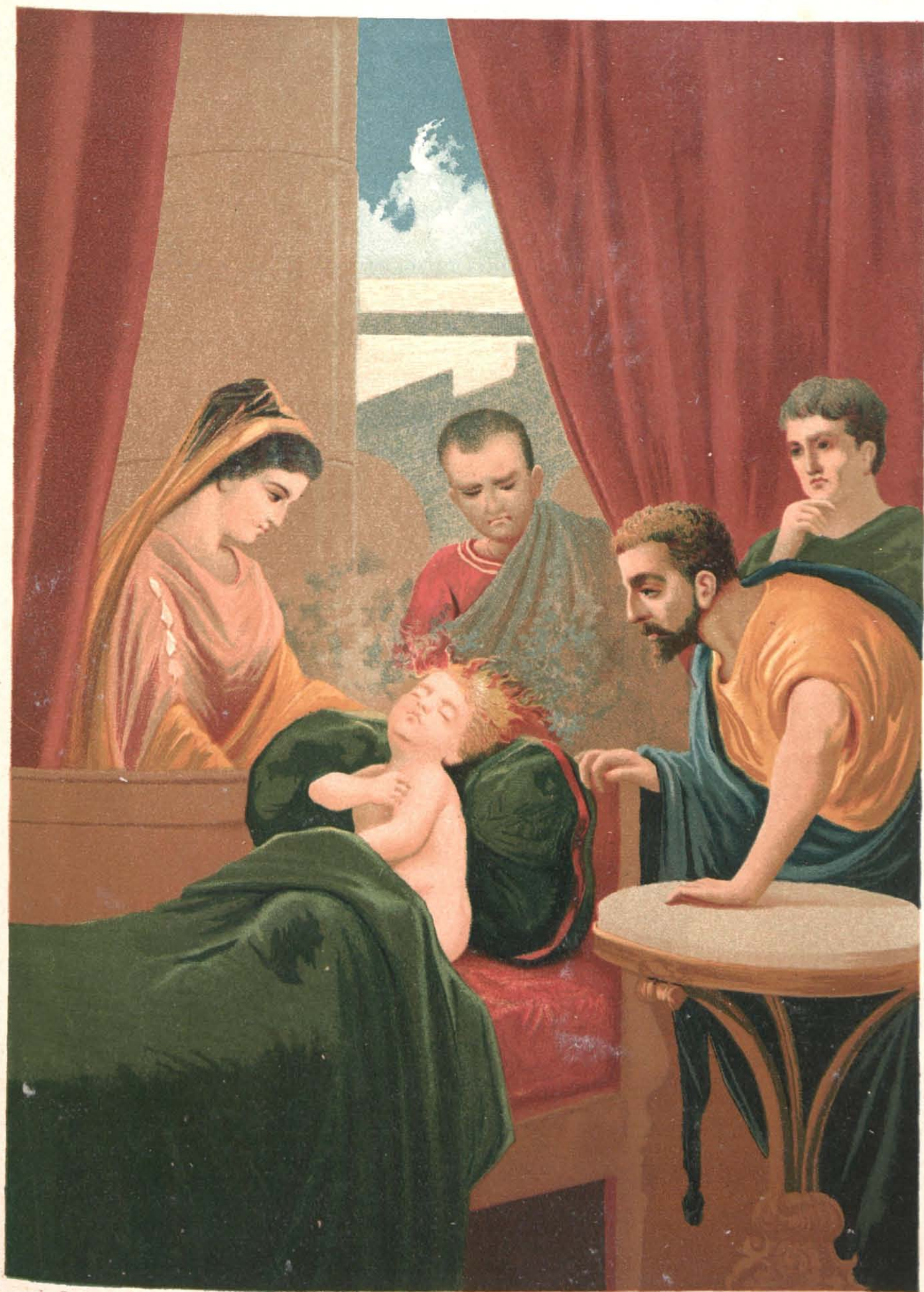
rales, llegando á propalarse que el rey habia encontrado un libro de Numa y habiendo querido ofrecer á Júpiter un sacrificio misterioso que en él se explicaba, habia olvidado algunos ritos esenciales y la divinidad en castigo de su profanacion le habia lanzado un rayo, abrasando al rey juntamente con el palacio que habitaba.

Á su muerte eligió el pueblo á Anco Marcio, ratificando el senado la eleccion como era costumbre hacerlo. Este monarca hizo escribir y exponer al público los preceptos de Numa referentes á las ceremonias religiosas.

Sucedíole por aclamacion popular el opulento Lucumon, hijo de Tarquinius, que por esta razon se tituló Tarquino Prisco. Fué el tercer rey extranjero que tuvieron los romanos y el primero que se rodeó de una pompa fastuosa y verdaderamente regia. Á él se debió la introduccion de los Juegos del Circo, los cuales consistian entonces en carreras de caballos y luchas de atletas, casi todos procedentes de la Etruria, así como el ornato y engrandecimiento de Roma.

Tarquino Prisco sojuzgó muchos pueblos latinos y ocupábase en dedicar un magnífico templo á Júpiter Capitolino en agradecimiento de las victorias que le habia otorgado, cuando acaeció en su palacio un extraordinario prodigio que maravilló sobremanera á todos, así en la ciudad como en la corte. Mientras estaba durmiendo en el real alcázar, un niño llamado Servio Tulio, vióse de repente su cabellera circundada de una aureola de llamas. Como á la vista de tal portento los espectadores profririeran voces de asombro, acudieron todos para enterarse de la novedad y trataron de apagar aquel fuego milagroso; pero Tanaquilda, que así se llamaba la reina, mujer muy versada en el arte de la adivinacion, prohibió que se acercase nadie al niño mientras se hallase dormido y llamando á su esposo manifestóle que aquellas llamas eran un agüero celeste que vaticinaba una gloria inmensa para el niño y para la monarquía.

Desde aquel dia tratáronle los reyes como si fuera un príncipe de su estirpe y despues de haberle dado una excelente educacion casáronle con su hija. Los dos hijos de Anco Marcio, que habian visto con enojo la elevacion de Tarquino, y temian que despues de éste pasase la corona á su afortunado yerno, compraron á dos pastores para que se presentasen al rey con achaque de someterle el fallo de un litigio y mientras les estaba escuchando lo matasen de un hachazo. Los lictores prendieron á los asesinos, propagóse la nueva y el pueblo acudió alborotado á palacio; pero la ambiciosa Tanaquilda, que no queria ceder su plaza, cogió á Servio de la mano, recordóle los insignes beneficios que debia al difunto monarca para incitarle á vengar su muerte y supo inflamar su ánimo evocando



J. Seix-editor.

SERVIO TULIO.

1.

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

la memoria del prodigio que en su niñez le habia anunciado la grandeza de su destino. Á todo esto la muchedumbre amotinada pedia á grandes voces por el rey; mas Tanaquilda consiguió sosegarla diciéndole que estaba algo mejor, bien que debilitado por la herida y presentándole como virey á Servio Tulio. Aplaudió el pueblo la designacion y cuando ya se habia acostumbrado á obedecerle, apareció un día el yerno de Tanaquilda rodeado de una fuerte escolta y apoderóse del trono.

Servio Tulio estableció el censo, distribuyendo todos los ciudadanos en varias clases, segun su respectiva fortuna y engrandeció y embelleció notablemente la ciudad, á la cual quiso dotar de un magnífico templo dedicado á Diana, movido por la impresion que le habian hecho las descripciones del famoso templo de Éfeso. Inducíale tambien á ello una mira política, que era la de hacer sentir la hegemonía de Roma, obligando á todos los latinos á contribuir á la ereccion del edificio, como habia contribuido á alzar el de Éfeso la piedad de las ciudades asiáticas.

Esta porfía dió márgen á un acontecimiento que pone muy de relieve la sencilla supersticion de la época. Convencidos de la esterilidad de sus esfuerzos, habian acabado los latinos por renunciar á sus pretensiones de supremacía, cuando un sabino despertó de improviso esta ambicion entre los suyos. Acababa de nacer en su establo una vaca de extraordinaria belleza y los adivinos habian augurado que el que inmolasen tan hermosa víctima á la diosa Diana conseguiria con solo ello asegurar la supremacía á su afortunada patria. Esta prediccion llegó á oídos del ministro del templo de la diosa. Presentóse el buen sabino en Roma muy ufano por llevar del diestro aquel hermoso animal cuya fama se habia extendido por todas partes; mas el sacerdote recibióle con gesto escandalizado, increpándole duramente por haber tenido la audacia de presentársele sin haberse antes purificado. Corrido el labriego por la reprimenda, voló al fondo del valle para lavarse en las aguas del Tíber; mas no bien habia vuelto las espaldas cuando el astuto sacerdote sacrificaba la vaca ante el altar de Diana. Romanos y sabinos quedaron profundamente convencidos de que esta grosera superchería habia asegurado el predominio de Roma.

Entretanto, la ambicion de Tulia, esposa de Tarquino, indujo á éste á conspirar para apoderarse del trono que creia pertenecerle por derecho de herencia y soliviantando los ánimos de los ricos con el recuerdo del reparto de tierras que habia hecho Servio Tulio, promovió una sedicion en la cual fué asesinado este bondadoso monarca, cometiéndose con este motivo tales excesos y abominaciones que, segun la enérgica frase de Tito Livio, no parecia sino

que se quería apresurar el triunfo de la libertad con el horror á la monarquía.¹

Tarquino, justamente apellidado *el Soberbio*, se entronizó por la usurpacion y reinó por el terror. Este abominable tirano cuyos crímenes llegaron á hacerse proverbiales, dedicó á Júpiter el famoso templo del Capitolio. Ya hemos relatado la anécdota referente al dios Término, cuya resistencia á dejarse arrancar de su pedestal se interpretó como un presagio de la perpetuidad del imperio. Acaeció entonces otro prodigio no ménos memorable y fué que al abrir los cimientos del templo se encontró una cabeza humana perfectamente conservada, lo que interpretaron los adivinos y los que se hicieron venir de la Etruria, como un seguro presagio de que allí debía estar la cabeza del imperio.

Para alzar aquel soberbio edificio llamó el rey á muchos obreros etruscos, haciendo trabajar tambien en la construccion al pueblo romano, el cual si bien contribuyó gustoso á esa obra piadosa, no llevó ya con igual paciencia que se le emplease en otros muy pesados y dilatadísimos trabajos públicos, como la construccion de las galerías del Circo y la de las grandes cloacas de la ciudad.

Mientras se estaban ejecutando esas obras monumentales, vióse salir una serpiente de una columna de madera, llenando de terror á todos los habitantes del palacio real. Vivamente impresionado Tarquino por el suceso y creído de que el tal agüero envolvía una amenaza para su familia, no se contentó con interrogar á los adivinos etruscos, á quienes solía consultarse acerca de los presagios que se manifestaban públicamente, sino que resolvió pedir la interpretacion del prodigio al oráculo de Delfos. No atreviéndose á confiar tan delicada comision á un extraño, la encargó á dos hijos suyos, á quienes hizo acompañar por Junio Bruto. Debía éste su injurioso cognombre á la imbecilidad que todos le atribuían y que él había sabido fingir maravillosamente para escapar de la saña del tirano que había sacrificado á muchas personas muy calificadas de Roma y entre ellas á un tío del mismo Junio. Excusado es decir que el supuesto idiota sirvió durante la travesía de hazme-reir á los dos príncipes. Una vez en el santuario no supieron resistir la tentacion de interrogar al oráculo por su cuenta y lo hicieron suplicándole que les revelase cuál de ellos heredaría el trono paterno y el oráculo les respondió que de los jóvenes que le consultaban aquel poseería el poder supremo que primero besase á su madre. Los dos príncipes convinieron en guardar secreto el oráculo; mas Junio Bruto, *el imbécil*, dándole otra interpretacion, hizo que caía y besó la tierra, madre comun de los mortales.

¹ LIB. I, cap. 46.

De esta, como de muchas otras anécdotas, podría decirse que fué inventada con mucha posterioridad á la época en que se supone acaecido el suceso, pues el oráculo se realizó puntualmente en la persona del astuto y animoso Junio Bruto.

En efecto, cuando la virtuosa Lucrecia se suicidó para lavar la afrenta que le habia hecho Sexto Tarquino, Bruto arrancó del seno de la infeliz matrona el puñal homicida y echando la máscara del fingimiento juró exterminar la raza de los Tarquinos y no tolerar que volviese á sentar su planta en Roma ningun tirano. Aquel puñal, sangriento trofeo de la más heroica virtud, pasó de mano en mano inflamando los ánimos de los concurrentes que fueron repitiendo el terrible juramento y tras esta escena estalló la tremenda revolucion que acabó en Roma con el despotismo y la monarquía.

Junio Bruto y Tarquino Colatino fueron los primeros cónsules de la república romana, la cual dedicó al primero una estatua de bronce en el Capitolio con la espada desnuda en la mano, para recordar que habia echado para siempre la tiranía de Roma.

Veamos ahora cuál fué la influencia de los Tarquinos en el culto romano. Nuestros lectores ya habrán advertido que en su época —614 á 509 antes de J. C.— fué cuando se introdujo en la civilizacion de aquella monarquía el elemento etrusco, por medio del cual penetró indirectamente y por primera vez en el Lacio la influencia de la cultura griega. Que merced á su propia iniciativa y al favor de la civilizacion helénica ya habia adquirido un gran desenvolvimiento la de la Etruria, no podemos dudarlo, cuando los historiadores romanos al hablar de ésta nos dicen que era á la sazón poderosísima en la tierra y más aun en el mar.¹

Esa comarca singular y aun hoy no muy conocida, de la cual era oriunda la dinastía de los Tarquinos, componíase de tres ligas de ciudades independientes unidas por el lazo federal. Pisa, Luca y Florencia se hallaban enclavadas en el territorio de ese estado federativo, que desde el siglo IX se llamó ducado de Toscana y que con mucha razon se envanece con el dictado de *Jardin de Italia*. Sus habitantes, llamados tambien Tuscos y Tirrenos, se dedicaron á la agricultura y al comercio marítimo, alcanzando en ambas industrias un grado de prosperidad que llegó á causar su ruina, ocasionando la afeminacion de sus costumbres. Fueron grandes maestros en el arte augural y el del aruspicio, no ménos que en arquitectura, en la cual se distinguieron por la solidez y colosales proporciones de sus obras, como de todo ello dan clara muestra los episodios del

¹ TIT. LIV., I, 23.

tiempo de los Tarquinos que en las anteriores páginas relatamos. Fueron asimismo sobresalientes en el arte de la alfarería, como lo prueban los muchos vasos que aun hoy admiramos en los principales museos arqueológicos del mundo y que se designan por razón de su origen con el epíteto de *etruscos*.

No se limitaron los Tarquinos á llamar á Roma á los augures y arúspices etruscos y á confiar á los arquitectos de la Etruria la erección del grandioso templo de Júpiter Capitolino, pues también depositaron en este edificio los famosos libros sibilinos que habían hecho venir de Cumas, la más antigua de las colonias griegas de Italia y Sicilia y fundadora de Nápoles y otras importantes ciudades, á la cual sojuzgaron los campanios—417 antes de J. C.—vendiendo sus habitantes como esclavos.¹

Cuando Virgilio hace relatar á Eneas sus maravillosas aventuras á la reina Dido, pone en sus labios estas palabras atribuidas al sacerdote de Apolo:

—Cuando allí te hayan trasportado tus naves y hayas llegado á la ciudad de Cumas, visitarás los lagos divinos de Lucrino y el Averno y sus selvas sonoras y la inspirada sacerdotisa que en su peñascosa caverna canta los destinos de los mortales y confía á tenues hojas los sagrados caracteres de sus palabras fatídicas. Todos los oráculos que la vírgen ha trazado en esas hojas son alineados ordenadamente por ella, quedando luego en el fondo del antro cuya puerta se cierra despues. Allí quedan inmóviles y sin que nada los aparte de sus puestos. Pero si girando la puerta sobre sus goznes el viento agita y dispersa aquellas leves hojas, la Sibila se desdeña de recoger los oráculos que revolotean en su antro y de ordenarlos para restablecer su sentido. Entonces vuélvese el consultante sin respuesta, maldiciendo el antro de la sacerdotisa.

En su oportuno lugar trataremos con la debida extension de este y otros famosos oráculos de la antigua Roma.

Respecto á la introducción de los Libros Sibilinos en la Ciudad Eterna, contábase una curiosísima leyenda. Una anciana extranjera y completamente desconocida fué á encontrar un día á Tarquino el Soberbio presentándole nueve libros, que decia contener una colección de oráculos divinos y proponiéndole su adquisición. Esta circunstancia picó la curiosidad de Tarquino; mas habiéndose informado del precio lo reputó exorbitante y mofóse de la vieja diciéndole que chocheaba. Esta, sin desconcertarse por la burla del monarca, pidió un brasero y en cuanto lo tuvo delante echó en él tres de sus libros. Cuando las llamas los hubieron enteramente consumido, volvióse al rey y preguntóle si queria comprar por el mismo pre-

¹ TIT. LIV., IV, 44.

cio los seis volúmenes restantes. Tarquino se echó á reir celebrando la ocurrencia y la vieja por toda contestacion echó al brasero tres libros más y encarándose con su porfiado interlocutor preguntóle de nuevo si por el mismo precio que le habia pedido por los nueve queria comprarle los tres que le quedaban. Viendo entonces el rey que por su terquedad iban á desaparecer todos y que la vieja no se daria á partido, cesó de chancearse y aceptó el trato. En cuanto á la vieja, no bien hubo cobrado el precio de sus tres volúmenes, desapareció, no volviendo á saberse más de ella. ¹

Para la custodia de estos libros proféticos, cuyos oráculos se consultaban en todos los casos graves para el bien público, se instituyó un colegio sacerdotal que al principio solo constó de dos individuos, luego de diez y en tiempo de Sila llegó á quince, llamándose por esta razon *quindecemviro*s, subsistiendo hasta el reinado de Teodosio. Su cargo era vitalicio y llevaban como distintivo la toga *Prætecta*, que era la que vestian los adolescentes al llegar á la edad de 16 años y estaba orlada en la fimbria con una angosta faja de púrpura.

Como se ve, la imaginacion popular trasformaba á Tarquino, como á Numa, en un personaje legendario, por la influencia que habia tenido en el desenvolvimiento de las doctrinas religiosas. Esos libros, tan decantados en todos tiempos, los debió probablemente el monarca á la benevolencia de su amigo Aristodemo, tirano de Cumas.

Sea como sea, este hecho señala ya la introduccion en Roma del culto de Apolo que, como en otro lugar dijimos, fué el que más eficazmente contribuyó á la cultura de los pueblos y que por cierto existia desde mucho antes en las regiones meridionales de Italia. Con dificultad se habria encontrado otro que más profundamente hubiera podido helenizar la religion de los romanos. El ritual helénico se observaba rigurosamente en el colegio de los quindecemviro, del cual siempre formaban parte dos griegos en calidad de intérpretes.

Tratándose de apreciar el carácter de la religion romana en esta época, no debe echarse tampoco en olvido la introduccion del culto de Júpiter Capitolino. Aquel soberbio templo erigido en la cumbre de la escarpada colina del Capitolio, era una grandiosa manifestacion de la arrogancia romana que entonaba un cántico de victoria despues de avasallar á los pueblos latinos y el dios que en su recinto se adoraba diferia muchísimo de la tosca deidad á la cual tributaron sencillo culto los primitivos romanos. Este era un genio de la Naturaleza; aquel el dios del Estado: el uno fué espontánea creacion del sentimiento religioso, en

¹ AULO GELIO, *Noches Aticas*, lib. I, cap. 19.

tanto que el otro fué obra del orgullo patriótico que, por querer avasallarlo todo, hasta pretendía monopolizar al soberano de los dioses.

Hasta entonces la religion habia respondido á las necesidades de una sociedad patriarcal; pero desde esa época ya fué trasformándose hasta tomar el carácter de una institucion política.

Diana fué tambien una de las diosas que desde más remotos tiempos tuvieron en Italia templos y bosques dedicados á su culto, siendo el más famoso de ellos el de Aricia, á orillas del lago Nemi—*Lacus nemorensis*. Ovidio relata los bárbaros ritos que en aquel santuario se practicaban. «En el valle de Aricia y rodeado de una frondosa selva hay un lago, objeto de un culto antiguo. Allí fué donde desapareció Hipólito, destrozado por sus furiosos corceles, razon por la cual no penetra jamás ningun caballo en esa espesura. Vense muchas bandeletas colgadas de los matorrales y muchos cuadros votivos que recuerdan los beneficios de la diosa. Muy á menudo llégase al santuario una mujer venida de Roma ceñida de flores la cabeza y con antorchas encendidas, en testimonio de que fueron oidas sus plegarias. En esa selva reina el más valeroso en el combate y el más ágil en la carrera; mas para reinar ha dado la muerte: su sucesor deberá dársele tambien un dia. Óyese allí el confuso murmullo de un arroyuelo que se desliza por un lecho de guijarros y en cuyas ondas no puede apagarse la sed sino á pequeños sorbos. Pertenece á Egeria, ninfa querida de las Musas, esposa y oráculo de Numa.»¹

Esta curiosa confusion entre Diana y la ninfa Egeria proviene de que ambas eran diosas benéficas y tutelares de los nacimientos, la salud y los manantiales.

Aricia era una antigua ciudad del Lacio, situada al pié del monte Albano, en la vía Apia y fue primeramente colonia y despues municipio romano. Ese combate singular que debia sostener allí el candidato al sacerdocio de *rex-nemorensis* es el único rasgo de barbarie que se nota en ese culto y aun se adoptó la costumbre de encargar este peligroso cometido á un esclavo fugitivo.

Aquellas bandeletas y antorchas y aquellos ex-votos de que nos habla Ovidio, eran el resultado de los votos hechos por las parteras. Como Diana era la personificacion de la luna, por lo cual la representaban con una antorcha en la mano y la diosa de la caza y de los bosques, acabó por confundirse con la Artemis de los griegos. En tiempo de Servio Tulio las ciudades de la liga latina le dedicaron en el monte Aventino un grandioso templo al cual regaló ese monarca una imágen de la diosa, copia de la de Éfeso.

¹ FASTOS, III, 260 y siguientes.

Existia en Roma una antigua tradicion segun la cual la Sibila habia ordenado que para la conservacion y engrandecimiento del imperio se celebrase cada 110 años una fiesta en honor de los dioses y particularmente de Diana y Apolo. Esa fiesta duraba tres dias y en el último de ellos un coro de mancebos y doncellas cantaba en el templo de Apolo en el monte Palatino un himno dedicado á los dos gloriosos hermanos. El año 736 de Roma, reinando el emperador Augusto, encargóse Horacio de componer ese himno que figura en la coleccion de sus obras con el título *Carmen sæculare*. Es una bellísima composicion que da una idea cumplida del carácter cívico de la religion romana y que por este motivo reproducimos aquí, seguros de que no han de llevarlo á mal nuestros lectores. Dice de este modo:

LOS DOS COROS.

Febo y tú, Diana, reina de las selvas, radioso ornamento del cielo, divinidades siempre adorables y siempre adoradas, oid nuestras plegarias en estos dias solemnes en que la Sibila ordena que vírgenes escogidas y castos niños celebren á los dioses protectores de las siete colinas.

CORO DE MANCEBOS.

Alma de la Naturaleza, Sol, tú cuyo carro resplandeciente dispensa ó quita la luz, astro siempre igual y siempre nuevo ¡ojalá no veas nada que supere á Roma!

CORO DE DONCELLAS.

Tú que abres el seno maternal al hombre maduro para la vida, dulce Ilithya, Lucina ó Genital, sea cual fuere el nombre con que quieras ser invocada, protege á las madres, multiplica sus hijos, haz prosperar los decretos del senado referentes al matrimonio y que la ley conyugal sea en nueva prole fecunda.

LOS DOS COROS.

El círculo de ciento diez años volverá á traer estos cantos y estas fiestas que nuestros nietos celebrarán por espacio de tres dias y tres noches de regocijo. Y vosotras, Parcas verídicas, cuyo inmutable destino jamás ha desmentido los oráculos, añadid nuevas prosperidades á nuestras dichas pasadas. Haced que abundante en mieses y en ganados la tierra corone la frente de Céres y que las auras de Jove y saludables corrientes fecunden todos los gérmenes de vida.

CORO DE MANCEBOS.

Depon tus flechas ¡oh Apolo! y escucha benigno á los jóvenes romanos que te imploran.

CORO DE DONCELLAS.

¡Oh reina de los astros, luna en creciente! oye la voz de las doncellas romanas.

LOS DOS COROS.

Si Roma es obra vuestra; si por vuestro mandato un grupo de troyanos abandonó su ciudad y sus hogares, arribando á la playa etrusca conducidos por el piadoso Eneas que, sobreviviendo á su patria, les abrió paso á través de las llamas de Ilion para darles más de lo que habian abandonado: ¡oh dioses poderosos! infundid á la juventud docilidad de corazon y pureza de costumbres, á la apacible ancianidad el reposo y al pueblo de Rómulo el imperio, numerosa prole y gloria en todas las cosas. Haced que el ilustre descendiente de Vénus y de Anquíses que hoy os sacrifica toros sin mancha gobierne el universo, vencedor del enemigo pertinaz y clemente con los vencidos. Ya por mar y tierra el medo teme su poderoso brazo y las haces romanas; ya el escita y el indio, antaño tan arrogantes vienen á pedir sus órdenes. La paz, la buena fe, el honor, la antigua probidad, la virtud tanto tiempo olvidada osan mostrarse de nuevo y la dichosa Abundancia ha reaparecido con su cuerno fecundo.

CORO DE MANCEBOS.

Dios de los augüres, dios del arco refulgente ¡oh Apolo! amado de las nueve Camenas, tú cuyo arte saludable reanima los cuerpos exánimes, si miras con ojos propicios el monte Palatino, prolonga los destinos de Roma y del Lacio concediéndoles nuevos y más alortunados lustros.

CORO DE DONCELLAS.

Tú á quien adoran en la cumbre del Aventino y del Alcido ¡oh Diana! escucha las plegarias de los quince pontífices y atiende benévola á las preces de los niños.

LOS DOS COROS.

Júpiter, dioses que nos oís, regresamos á nuestros hogares fortalecido el ánimo por una sólida esperanza despues de haber cantado las glorias de Febo y de Diana.

No hemos de anticipar aquí reflexiones y comentarios que estarán muy en su lugar cuando tratemos de la poesía del siglo de Augusto; mas no podemos excusarnos de hacer notar cuán injusta y calumniosa vulgaridad cometen los que pretenden que el Paganismo no tenia sino acentos de sensualidad y molície para departir con los dioses. Artemis, Hestia y Athena en Grecia como Diana, Vesta y Minerva en Roma, aun prescindiendo de otras muy señaladas divinidades, prueban superabundantemente que en todos los siglos ha sentido el corazon humano un impulso irresistible hacia la perfeccion ideal que le niega el mundo.

El mismo Horacio, el poeta elegante y correcto por excelencia y cuyo ingenio sobresalía en el arte de cantar con discreta pompa tan altísimos asuntos, exclama en otra parte refiriéndose á Diana:

«Cantad, doncellas, á la casta Diana.... Celebrad á la diosa que se complace en las márgenes de los ríos, en las frescas espesuras que coronan la cima del Alcido, en las umbrías selvas del Erymanto y al verde Drago.» ¹

En otra oda le dirige este poético apóstrofe:

«Custodia de los bosques y las montañas, vírgen que *tres veces invocada* escuchas á la jóven esposa en los dolores del parto y la salvas de la muerte, yo te consagro ¡oh triple diosa! el pino que descuella sobre mi techo campestre: todos los años te ofreceré bajo su follaje un tierno jabato que ya pretende herir con oblicuo colmillazo.» ²

Minerva, antigua divinidad itálica, fué honrada en muy remotos siglos por los etruscos como la diosa de todos los inventos, mas generalmente se la adoró como genio tutelar de las artes de la inteligencia, si bien llegó á establecerse una distincion entre esta diosa, que se confundió con la Pallas de los griegos y la deidad guerrera á la cual más propiamente dieron el nombre de Minerva. Como los etruscos, adorábanla los romanos en las alturas, habiéndole consagrado templos en la cumbre del Aventino, el Capitolio y el monte Celio. Créese que su primitivo culto se organizó á la manera etrusca y que más tarde se helenizó como los otros.

Antiquísimo fué tambien el culto de los Dioscuros en Italia, particularmente entre los etruscos. Al describir las fiestas que anualmente se dedicaban á los dos gloriosos héroes refieren los antiguos las milagrosas apariciones que les atribuian sus devotos, entre los cuales contaban principalmente los militares, pues Cástor y Pólux eran los patronos del órden ecuestre, así como de los caballos y los navegantes, segun lo explicamos ya al tratar de los dioses de Grecia.

Hemos citado á Ops ó Rhea, la *Buena Diosa*, á la cual designaron tambien con el nombre de Cibéles, los egipcios con el de Isis y los fenicios con el de Astarté. Los griegos y los romanos la apellidaron tambien respectivamente Deméter y Céres. El culto de Rhea, con el título de *Madre de los dioses*, que se le dió, seguramente por su antigüedad, empezó al propalarse la milagrosa aparicion de su estatua en Cibéles, ciudad de Frigia, tres siglos antes del sitio de

¹ Oda 21, lib. I.

² Oda 22, lib. III.

Troya y á esa época se ha atribuido la fundacion de los *Misterios* que en otro capítulo explicamos.

Aunque su culto fué antiquísimo en Italia, helenizóse como tantos otros, confundiendo esta diosa con Deméter, del mismo modo que Liber se confundió con Dionysos y Libera con Perséfone, tomando el nombre de Proserpina, por manera que acabó por ser uno de los más profundamente marcados con el sello de la civilizacion griega. Pero conviene advertir que Liber y Libera eran los dioses de la jovialidad y la abundancia, personificacion del buen humor y la fecunda produccion del suelo, careciendo de la mística significacion del *Jaccos* de los griegos. Liber fué adorado tambien como protector de la propiedad rural y como símbolo de la libertad del municipio, á lo cual se ha atribuido la costumbre de erigirle una estatua en los mercados.

En cuanto á la antigüedad de este culto en Roma, sabemos por Tácito que en tiempo del dictador A. Posthumius, trece años despues de la expulsion de los Tarquinos se hizo voto de emplear los despojos conquistados á los enemigos del Lacio en la construccion de un templo dedicado á Ceres, Proserpina y Baco.¹ Ciceron atribuye el origen de este culto á los griegos, añadiendo que al objeto de conservar fielmente sus ritos se hacian venir de Nápoles y de Velia ó Elea, ciudad de la Lucania, las sacerdotisas que debian practicarlos.²

Si se considera que la agricultura y la legislacion tuvieron un origen casi comun, pues la invencion de la una hizo necesario el establecimiento de la otra, no se extrañará que los antiguos las atribuyesen entrambas á Deméter ó Ceres, Rhea ó la Tierra, que con todos estos nombres la hemos visto designada. Aun diferenciándose de esta fué apellidada reina de todas las cosas, distributriz de las riquezas, madre de todas las plantas y de todos los animales, etc., por lo cual solian rodearla de todos los atributos relativos á la agricultura. Pintábanla á veces coronada de espigas y otras llevándolas en la mano; ya empuñando el cuerno de la abundancia, ya con jarros llenos de espigas, etc.

Cuenta Ovidio que cuando Ceres fué á querellarse á Júpiter del rapto de su hija Proserpina, rogándole que castigase ejemplarmente á Pluton, el soberano de los dioses le dijo:

—No debemos avergonzarnos de tenerle por yerno, pues ni yo le aventajo en el lustre del nacimiento y si yo reino en los cielos y Neptuno posee el imperio de las aguas, las vacías regiones del caos obedecen á este tercer hermano. Sin

¹ *Anal.*, lib. II, 49.

² *Orat. Pro Balbo.*

embargo, si tan inflexible es tu resolucion, que aun persistas en romper los lazos del himeneo que ya los une, haré por complacerte, con tal que se halle en ayunas, pues de otro modo quedaria indisolublemente unida al rey de los infiernos.

Así diciendo, ordenó á Mercurio que se pusiese las alas y volase inmediatamente al Tártaro. Obedeció el mensajero de los dioses y volviendo al cabo de pocos instantes refirió lo que habia visto, añadiendo:

—La doncella ha roto el ayuno con tres granos de aquellos que el fruto cartaginés—la granada—cubre con una corteza flexible.

Al oir estas palabras volvió Ceres á afligirse cual si en el mismo momento le hubiesen robado su hija y exclamó desesperada:

—Ya no puedo habitar el cielo; ordena que me reciban tambien á mí en el valle del Tenaro.

Sin duda habria realizado su designio si Júpiter no le hubiese prometido que su hija pasaria la mitad del año en el cielo. Fué tan grande su gozo al escuchar esta promesa que se trasparentó en el acto en la serenidad de su rostro y adornóse la cabeza con una guirnalda de espigas, en tanto que los campos que habian tornado yermos en tiempo de su afliccion, se cubrian de abundantes mieses y el trigo rebosaba de todos los graneros. ¹

Era muy natural que la diosa campestre por excelencia fuese popularísima en un pueblo esencialmente agricultor como el romano y que las campiñas se llenasen allí de templos á ella consagrados y los poetas latinos agotasen para ensalzarla todos los recursos de su ingenio. Por otra parte, su leyenda, que ya explicamos al tratar de la griega Deméter, prestábase admirablemente para lucir vates y artistas todas las galas de la humana fantasía.

Metafóricamente confundióse su nombre con los del pan y el trigo. Bien conocido es el proverbio: *Sine Baco et Cerere, friget Venus*.

Habíanle consagrado la adormidera—el *Cereale papaver* de Plinio—que solia figurar entre sus atributos como símbolo de fecundidad; mezclado con las espigas y tambien las serpientes, que Ovidio pinta provistas de alas, tirando del carro en el cual iba la diosa llevando en una mano las riendas y en la otra una antorcha encendida. ² Varron llama al buey *ministro de Ceres y compañero del hombre en los trabajos de la agricultura* ³ y en consideracion á tan elevados títulos no era permitido en Roma sacrificar este animal á la diosa tutelar de este

¹ FASTOS, lib. IV.

² FASTOS, lib. IV, ver. 561-562.

³ *De re rustica*, II, 5.

arte insigne. Lo más frecuente era sacrificarle cerdos y ovejas menores de dos años.

Al tratar de la mitología griega dedicamos un capítulo entero al culto de Afrodita y no ha mucho hemos hablado de la identificación de esta diosa con la Vénus romana. Comentando el nombre de esta han recordado los eruditos que *Vana*, en sanscrito, significa amable. En latín, *Venustas* quiere decir la hermosura agraciada, por manera que Vénus es el símbolo y el compendio de toda hermosura, elegancia y ornato. Su culto fué muy extendido en Italia desde remotos tiempos, considerándola, según la famosa frase de un poeta moderno que aquí sienta á maravilla, como el genio tutelar de *la juventud del año y la primavera de la vida*, esto es de las flores, los jardines y el amor; de la Naturaleza risueña y la alegre juventud. Más adelante se la adoró bajo muchas diferentes denominaciones, modificándose la significación primitiva del mito en la forma que en sus respectivos lugares iremos viendo.

Habíanle consagrado los romanos el mes de abril. Como dice Ovidio, «esa augusta deidad ejerce sobre el mundo entero su soberanía; ninguna puede gloriarse de poseer un imperio más extenso que el suyo, pues el cielo, la tierra y el mar están sujetos á sus leyes: todas las especies se unen á su mandato; ella ha creado todos los dioses; ella desarrolla la semilla de los árboles y las mieses; ella ha juntado en el recinto comun de las ciudades á los hombres que antes se odiaban entre sí como feroces enemigos; ella ha aproximado los dos sexos que iban buscándose. ¿Quién reprodujo toda la raza de las aves, sino el incentivo del placer?... Vénus fué la primera que enseñó al hombre á deponer la rusticidad y á pulirse y aliñarse. Los primeros versos fueron cantados por un amante al dintel de una puerta inexorable; ablandar á una ingrata hermosura fué el primer triunfo de la elocuencia. Vénus es la madre de las artes: infinitas son las invenciones que el deseo de agradar inspira.»¹

Príapo, de quien hemos hablado también al enumerar las principales deidades helénicas, pasó á Roma con Vénus, representando el exuberante sensualismo oriental y figurando en el cortejo de Vénus y el de Baco lleno de frutos el regazo y con el cuerno de la abundancia en la mano. Teníanle los romanos por protector del ganado lanar, los abejas y el vino y de todos los productos de los jardines y solían representarlo en los Hermes ó mojones de los caminos y los predios rústicos. También se ha visto en él un emblema de la eterna fuerza de regeneración que anima y renueva sin cesar la Naturaleza.

¹ *Fastos*, lib. IV, ver. 91.

Horacio, en una sátira de la cual tendremos que hablar más adelante, pone en boca de Príapo ese gracioso razonamiento:

«Yo fui un día tronco de higuera, inútil madera por cierto. No sabía el artífice si hacer de mí un banco ó un príapo, hasta que al fin se decidió por el dios. Y heme aquí convertido en una deidad espantajo de los ladrones y los pájaros con mi diestra que les echa el guante y con esta grosera estaca tan roja. En cuanto á las aves, la caña clavada en mi cabeza las espanta arrojándolas de estos nuevos jardines.»¹

Si otras pruebas no tuviésemos del elegante y académico escepticismo de que blasonaba la culta sociedad en el siglo de Augusto, nos bastaría para comprenderlo este rasgo de jovial desenfado con que se mofa el gran poeta cortesano de la obscena deidad de los jardines.

No le trata Cátulo con ménos llaneza cuando le hace decir:

«Aunque me veis ¡oh mancebos! imagen de encina toscamente esculpida por la podadera de un labriego, yo soy quien fertilizó este cercado, yo quien ha hecho prosperar más y más cada año esta rústica choza cubierta de espadañas y juncos entrelazados. Los dueños de esta humilde vivienda, así el padre como el hijo, me tributan un culto asiduo..... En pago de tales obsequios Príapo debe proteger á los dueños de este terreno, su vergel y su viña. Guardaos pues, muchachos, de cometer aquí ningún hurto. En el predio contiguo encontrareis un opulento propietario y un Príapo negligente: id allá, este sendero guiará vuestros pasos.»

En la oda siguiente á esta, Príapo se explica próximamente en los mismos términos; pero termina con una grotesca amenaza que no osamos reproducir por su desnuda y repugnante obscenidad.

¹ SÁTIRA VIII, lib. I.





J. Seix, editor.

Casanovas P.^{to}

SERTORIO Y SU CIERVA.



CAPÍTULO III.

LA REPÚBLICA ROMANA.

Intensidad del sentimiento religioso entre los romanos. — Palabras de Maquiavelo y de Benjamin Constant. — Carácter moral de la Mitología romana. — Monopolio sacerdotal de los patricios. — Tarquino Prisco y el augur Atto Navio. — Las suplicaciones. — Los lectisternios. — Votos célebres hechos en pro de la República. — El culto de Apolo en Roma. — El de Diana. — El de Vénus. — Los dioses de Vulcano y Vesta. — Mercurio. — Los dioses romanos y la moral. — Perversion de las costumbres romanas. — Magnificencia oriental de las fiestas públicas. — Famoso proceso de la supresion de las Bacanales. — Progresos de la corrupcion de costumbres. — El primer triunvirato. — Rivalidad de César y Pompeyo. — Asesinato y leyenda de Julio César. — Sus vengadores. — Sueño de Bruto. — Su muerte. — Amores y trágico fin de Antonio y Cleopatra, la *Nueva-Isis*. — Triunfo de Octavio y establecimiento del imperio.



HEMOS llegado al periodo más heroico y admirable de la civilización romana, no contaminada todavía por la corrupción, madre de la tiranía, que más tarde habia de cubrir con los esplendores de la púrpura imperial la gangrena de un gran Estado herido de muerte en medio de su engañosa y deslumbradora grandeza.

Obligados á describir sucintamente los rasgos que de una manera gráfica retra-

tan la supersticion humana en cada una de las épocas más famosas de la Historia, pasarémos por alto los sucesos que no tengan estrecha conexion con nuestro asunto. Nada dirémos del heroismo de Horacio Codes, de Mucio Scévola y la animosa Clelia; de la caballeresca magnanimidad de Pórsena, rey de Clusium; de las interminables contiendas de los patricios y la plebe; no mentarémos las republicanas virtudes de Cincinato, el trágico infortunio de Virginia, ni la patriótica abnegacion de los Decios; no disertarémos acerca de la grandeza de ánimo de Manlio Torcuato, la terrible severidad del dictador Papirio, las tremendas luchas de Roma con los samnitas y los galos y el duelo á muerte que por espacio de tantos años riñó la gran república con su poderosa rival la africana Cartago.

Pero en la historia de esos siglos encontraremos admirables rasgos de piedad, muestras elocuentes de extraña supersticion, que no podriamos omitir en un estudio de la índole de este *Ensayo*.

Quiza no haya existido en el mundo un pueblo más profundamente poseido del temor del cielo y que con más veneracion pospusiese á la observancia de sus preceptos los bienes más preciados de la tierra. Los romanos de los buenos tiempos profesaban un respeto tan extraordinario á la santidad del juramento, que sus historias andan llenas de ejemplos de la asombrosa eficacia que tenia entonces ese acto, considerado en épocas de corrupcion como una vana formalidad. Esa grande intensidad del sentimiento religioso contribuyó sin duda muy poderosamente á la heroica fortaleza de aquel gran pueblo.

Cual Moisés, Licurgo Solon y más tarde Mahoma, supo Numa comprender que el hombre no puede dominar y dirigir á sus semejantes sino hablándole en nombre de un poder superior é indiscutible, con lo cual hizo á los romanos el insigne beneficio de sentar su civilizacion sobre un solidísimo fundamento, pues, como ha dicho Maquiavelo: «cualquiera que estudie con detenimiento la historia romana podrá notar cuanto servia la religion para mandar los ejércitos, reunir la plebe, hacer perseverar á los justos en la virtud y confundir á los perversos. De modo que si hubiese de decidirse á quién de Rómulo ó Numa debia Roma estar más obligada, deberíamos decir que á Numa, pues donde hay religion fácilmente pueden introducirse las armas y donde estas imperan solas no es ya tan fácil entronizar á aquella..... Allí donde no existe el temor de Dios, ó se arruina el Estado, ó solo se sostiene por el temor que inspira el Príncipe, y la vida de los príncipes es corta.»¹

Un pensador mucho más moderno y todavía más despreocupado, ha dicho,

¹ MAQUIAVELO, *Discorsi sulla prima decia di Tito Livio*, par. 1.^a cap. XI.

tratando el mismo asunto: «Lo decimos muy alto: cuando las ideas religiosas desaparecen del alma de los hombres, la ruina de la libertad se acerca; algunos pueblos religiosos pudieron ser esclavos; pero ningun pueblo incrédulo pudo ser libre. Un gobierno libre necesita la religion, porque ha menester el desinterés, y la incredulidad, hasta con las intenciones más puras, lo reduce y debe reducirlo todo al interés bien entendido para defender la libertad; es preciso saber inmolar la existencia y, ¿qué hay fuera de la existencia para el que allende sus límites no ve más que la nada?»¹

Ya se comprenderá que aquí no se trata de los intereses del sacerdocio, sino de la grandeza del sentimiento religioso y de su eficacísima influencia en la prosperidad de las naciones.

Considerando la cuestion desde este elevado punto de vista, la época á que nos referimos en este capítulo es la más edecuada para hacer un estudio de la religion romana, porque fué el periodo en el cual tuvo más fervorosos adeptos y en el cual se conservó más pura de toda contaminacion procedente de extrañas y corrompidas regiones.

Si se fija la atencion en el carácter eminentemente moral de las deidades romanas, en aquel dios Hércules que recogia los juramentos de los mortales, aquel egregio Júpiter que inspiraba el valor sereno, aquella Vénus que velaba por la fidelidad conyugal de las matronas, se encuentra muy justificada la bellísima frase de aquel escritor que dijo que la religion de Roma era la edad madura de los dioses, como la historia de Roma era la madurez de la especie humana. Los romanos desecharon como inmorales y absurdas muchas fábulas que los griegos veneraban como artículos de fe y gloriábanse de ello con orgullo. Roma realizó en sus buenos tiempos el ensueño que le habia costado á Sócrates la vida: no quiso respetar sino á respetables divinidades.

Ahora, si examinamos el ritual y la disciplina de ese culto, advertimos desde luego la existencia de una supersticion que fué en oriente la más expresiva manifestacion del sistema de division de castas. En los primeros tiempos de Roma, los patricios monopolizaron los cargos más elevados de la República, guardando con celoso cuidado el secreto de las fórmulas rituales de los juicios y las ceremonias del culto. La plebe fué arrancándoles uno tras otro esos grandes privilegios que se oponian como insuperables barreras á la igualdad política de los ciudadanos. Tito Livio ha descrito admirablemente la alarma y el escándalo que suscitaron en la clase patricia la atrevida propuesta de ley de C. Canaleyo

¹ BENJAMIN CONSTANT, *Du Polytheisme romain*, liv. XII, cap. II.

autorizando los matrimonios entre los individuos de ambos órdenes y el proyecto de los tribunos de la plebe encaminado á que el pueblo romano pudiese á su albedrío elegir los cónsules patricios ó plebeyos.

Estas dos proposiciones llenaron de horror y de indignacion á la clase privilegiada, á la cual habia Rómulo confiado exclusivamente el ministerio sacerdotal.

—¿Cuándo se ha visto, exclamaban, más atrevido propósito? Preténdese nada ménos que barajar las clases, introducir la confusion en los auspicios públicos y particulares, no dejar nada intacto ni puro de contaminacion y cuando hayan desaparecido todas las distinciones, nadie será capaz de conocer á los suyos ni de conocerse á sí mismo. ¿Cuál seria el resultado de esos matrimonios mixtos, en los cuales los patricios y los plebeyos se enlazarian como se unen los seres irracionales? Los que de ellos naciesen no sabrian á qué sangre ni á qué sacrificios pertenecerian, pues perteneciendo por mitad á entrambas razas carecerian por completo de unidad.

No era menor la vehemencia con que los cónsules combatian la segunda proposicion. En lo más recio del debate preguntó irritado Canuleyo en qué podia fundarse la pertinaz oposicion que se hacia á su proyecto y respondiéronle con más franqueza que cordura que se basaba en que ningun plebeyo tenia los auspicios y que los decenviros al prohibir los matrimonios entre individuos de ambos órdenes ya habian llevado la mira de impedir que los auspicios fuesen turbados por hombres de inseguro nacimiento. Estas palabras colmaron la medida, exacerbando la indignacion del pueblo, á quien se negaban los auspicios, cual si hubiese merecido la reprobacion de los dioses.¹

El resultado de todo ello fué que ambas leyes fueron á la postre aprobadas, con gran consternacion y enojo de la clase patricia.

En la misma *Historia* leemos otro episodio que demuestra el supersticioso respeto con que miraban los antiguos romanos la pureza de los ritos religiosos. Durante la censura del famoso Apio Claudio, que dotó á la ciudad de la vía que inmortalizó su nombre y de un abundantísimo caudal de agua potable, los Poticios, que cuidaban del Ara Máxima de Hércules, habian educado á algunos esclavos públicos para que se consagrasen por ellos á las ceremonias del culto. Dice Tito Livio que se referia á este propósito un suceso extraordinario y muy propio para reprimir la audacia de los innovadores en materias religiosas y fué que la familia de los Poticios, que en aquella sazon formaba doce ramas, contando hasta treinta varones en la edad de la pubertad, pereció y extinguióse completa-

¹ TIT. LIV., lib. IV (A.), 2 y 6.

mente en un año. Y aun no se limitó la cólera de los dioses á hacer desaparecer el nombre de los Poticios, sino que cayó tambien sobre el censor Apio, el cual pocos años despues quedó ciego. ¹

Estas profanaciones las veian los romanos con un santo horror que se explica perfectamente por estos y otros varios hechos que aquí podriamos citar, no ménos que por el grandioso aparato y la sabia organizacion que habían dado á los altos cuerpos sacerdotales. Los pontífices y los augures eran dos colegios extraordinariamente respetados, así por sus grandes atribuciones como por el carácter inamovible de estos cargos sagrados. Extendíase la jurisdiccion de los pontífices sobre los mismos magistrados; entendian en las causas relativas á la legitimidad de las adopciones y los testamentos y fallaban sin apelacion en todo lo que hacia referencia á las ceremonias del culto. Por lo que respecta á la de los augures Tito Livio nos la ha explicado muy bien en pocas palabras al relatar una notable tradicion religiosa del reinado de Tarquino Prisco.

Preparábase este rey á cercar la ciudad con un muro de piedras, cuando le movieron guerra los sabinos privándole de dar cima á su propósito. Tan súbita fué su arremetida que ya habían traspasado el Anio antes que al ejército romano le fuese posible acudir para atajarles el paso. Roma era presa de un terror indecible. En la primera batalla hubo grande carnicería por ambas partes, quedando indecisa la victoria; mas por fortuna se retiró el enemigo á su campo dejando á los romanos la ocasion de levantar un nuevo ejército. Convencido Tarquino de que la debilidad del suyo provenia de la insuficiencia de la caballería, resolvió añadir nuevas centurias á las tres ya formadas por Rómulo, los ramnes, los ti-cienses y los luceres, honrándolas con su nombre. Como Rómulo había consultado á los augures antes de organizar esta milicia, Atto Navio, el más célebre de aquel tiempo, pretendió que nada se podia en ella cambiar ni añadir sin previa autorizacion de los auspicios. El rey se ofendió de estas palabras y cuéntase que le dijo en son de burla:

—Escucha, adivino, consulta los presagios y dime si lo que yo proyecto es realizable.

Consultó el adivino los pronósticos y respondióle afirmativamente.

—Que me place, repuso el rey. Has de saber que pensaba que cortarias esta piedra con una navaja. Tómala pues y haz lo que esas aves han declarado posible.

Navio tomó sin vacilar la piedra y de un solo golpe la partió en dos mita-

¹ LIB. IX, cap. 29.

des. La estatua de este adivino, representado con la cabeza velada, se veía en la plaza de los Comicios, en el mismo paraje donde según la tradición había ocurrido el suceso, en la gradería que estaba á la izquierda de la sala del Senado. Decíase que también se había puesto allí la piedra para eterna memoria del prodigio. Lo positivo es que desde aquel momento adquirieron los augures tanto crédito y cobró su ministerio tanta consideración, que en lo sucesivo ya no se atrevieron los romanos á emprender ninguna cosa en la paz ni en la guerra, sin haberlos previamente consultado. Las asambleas populares, las levadas militares, las más graves deliberaciones se interrumpían ó aplazaban si no eran aprobadas por las aves.¹

Relatando el mismo autor los grandes debates á que dió lugar la proposición de ley de C. Licinio y L. Sextio, tribunos populares, para que fuesen admitidos los plebeyos al consulado, suprema magistratura reservada hasta entonces á los patricios, pone las siguientes palabras en boca de Apio Claudio Craso, nieto del decemviro y como aquel, gran campeón de la aristocracia y acérrimo adversario de toda innovación favorable á la plebe:

—¿Qué diré de la religión y de los auspicios, cuya violación es un menosprecio y un ultraje directo á los dioses? Con los auspicios se ha fundado esta ciudad, por medio de los auspicios se regulan en ella todas las cosas así en la paz como en la guerra: cosa es esta que nadie ignora. Ahora bien: según la tradición de nuestros mayores ¿en qué manos están los auspicios? En manos de los patricios, pues los auspicios no se consultan para el nombramiento de ningún cargo plebeyo. Y tan propios son de nosotros los auspicios, que no solo ha de recurrir á ellos el pueblo para el nombramiento de los magistrados patricios, sino que apelando á ellos nombramos nosotros el interrey sin la menor participación de la plebe y además los tenemos para nuestro uso privado, siendo así que ella no los emplea ni para sus magistraturas. ¿No sería pues abolir los auspicios en esta ciudad el arrebatárselos á los patricios que siempre exclusivamente los tuvieron, con esta malhadada innovación del consulado plebeyo? Así se pretende hacer burla de nuestras prácticas religiosas. ¿Qué importa que los pollos no coman, que salgan tarde de la jaula ó que una ave cante de este ó de otro modo? ¡Bagatelas! Sin embargo, respetando tales fruslerías consiguieron nuestros mayores fundar esta gran república. No parece sino que ya no tenemos necesidad de vivir en paz con los dioses, según la ligereza con que profanamos todas las ceremonias. Tómense pues de la multitud los pontífices, los augures y los reyes de los

¹ *Id.*, lib. I, cap. 36.

sacrificios; pongamos en la cabeza de un cualquiera el penacho de los flámines; entreguemos los escudos sagrados, los santuarios, los dioses y su culto á manos sacrílegas; suprimanse los auspicios para la presentacion de las leyes y para la eleccion de los magistrados y decrétese que los comicios pueden reunirse por centurias y por curias sin la aprobacion del senado... ¹

En lugar más oportuno trataremos con la debida extension de los auspicios y de los demás géneros principales de la agorería entre los romanos. Lo que hasta aquí hemos dicho encaminábase á demostrar que el sacerdocio romano, por más que llegase á democratizarse, fué siempre una institucion política, una rueda de la gran máquina gubernamental, un instrumento poderoso y una robusta columna del Estado. Los primeros magistrados solian ejercer, como hemos visto, los cargos más elevados del sacerdocio y aun así el Senado podia en ciertas ocasiones limitar el ejercicio de su ministerio.

Muchos y muy instructivos ejemplos podriamos citar de la profunda piedad religiosa de los romanos. Cuando estaba en su apogeo la segunda guerra púnica en la cual el genio militar de Aníbal puso la República al borde del abismo, este sentimiento vigorizó el patriotismo romano infundiéndole un heróico é invencible ardimiento hasta en medio de las más desastrosas contrariedades. Así atribuian á la intervencion del cielo sus mayores triunfos y las más señaladas ventajas alcanzadas sobre su formidable enemigo. Cuando se supo en la Ciudad Eterna que los ejércitos de Cartago habian sido derrotados, que el rey Sifax habia sido vencido y hecho prisionero y que las legiones romanas habian recorrido victoriosas todo el territorio de Numidia, la muchedumbre no pudiendo reprimir el gozo que la embargaba prorumpió en gritos y trasportes de júbilo por calles y plazas. El pretor, seguro de interpretar los deseos de sus conciudadanos, ordenó inmediatamente que los guardianes de los templos los abriesen todos á fin de que el pueblo pudiese visitarlos á todas horas para dar gracias á los dioses por tan insignes beneficios. ²

Más adelante, al ir á emprender la guerra contra Antíoco, los cónsules P. Cornelio Escipion y M. Acilio Glabrio recibieron del senado la orden de ofrecer inmediatamente á los dioses las grandes víctimas en todos los templos en los cuales solia celebrarse el *lectisternio*, pidiéndoles que la nueva guerra que iba á acometerse redundase en gloria y provecho del senado y el pueblo romano. Todos estos sacrificios tuvieron un éxito satisfactorio; las primeras víctimas

¹ Tit. Liv., lib. VI, cap. 41.

² Tit. Liv., lib. XXX, cap. 17.

aseguraron á la república el favor de los dioses y los arúspices anunciaron que aquella guerra debía ensanchar el territorio del imperio proporcionando á los romanos una gloriosa serie de triunfos. Habiendo desvanecido esta declaracion todos los escrúpulos religiosos, el senado se resolvió á consultar al pueblo acerca de la conveniencia de emprender la guerra. Despues de sorteadas entre los cónsules las provincias, promulgóse un senado-consulta en el cual se proclamaba que habiendo el pueblo romano declarado la guerra al rey Antíoco y á los que á sus órdenes combatian, los cónsules debian ordenar suplicasiones para el buen éxito de la empresa, haciendo voto al propio tiempo de ofrecer los *Grandes Juegos* á Júpiter y de llevar dones á todos los altares. Este voto, cuya fórmula dictó el sumo pontífice P. Licinio, lo pronunció el cónsul en estos términos:— Si la guerra decretada contra el rey Antíoco termina á satisfaccion del senado y el pueblo romanos, prometemos ¡oh Júpiter! celebrar en tu honor los *Grandes Juegos* por espacio de diez dias consecutivos y ofrecerte dones en todos los altares con las sumas que el Senado destine á este fin. Sea cual fuere el magistrado que presida estos juegos, el tiempo y el lugar de su celebracion, prometemos que estos juegos serán correctamente celebrados y los dones correctamente ofrecidos.» Luego ordenaron los cónsules dos dias de suplicasiones.¹

Así en la historia de estas grandes campañas como en la de todas las más notables peripecias que atravesó el pueblo romano en su laboriosa existencia, encontraríamos innumerables ejemplos de la fervorosa piedad con que invocaba el favor de los dioses para conciliarse su ayuda en los trances peligrosos y en las empresas arriesgadas y de éxito dudoso.

Esas suplicasiones que aquí mencionamos, lo mismo se empleaban para dar gracias á los dioses por sus beneficios que para impetrar su misericordia á fin de que preservasen á la república de alguna gran calamidad, como v. gr. la peste. Haciasen visitando los templos de los dioses mayores, á quienes enumera Ennio en estos dos exámetros de sus *Anales*:

Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana, Venus, Mars,
Mercurius, Jovis, Neptunus, Vulcanus, Apollo.

Efectuábase esta visita procesionalmente, rompiendo la marcha de la comitiva un gran número de niños y niñas de condicion libre y que tuviesen padre y madre, los cuales iban todos coronados de flores y llevando ramas de laurel en la mano. Despues de esos niños que avanzaban cantando himnos á dos coros, venian los pontífices, los sacerdotes, los magistrados, el Senado, el orden ecues-

¹ *Id.*, lib. XXVI, cap. 1 y 2.

tre y la plebe, todos rigurosamente vestidos de blanco. Las matronas tenían también á grande honra el tomar parte en estas procesiones, haciendo en ellas ostentacion de sus más lujosas galas.

En cuanto á los *lectisternios*, eran unos banquetes solemnes que se ofrecían á los dioses en las circunstancias azarosas y difíciles, presidiéndolos siete magistrados especiales que llamaban *epulones*. Para ello levantábanse en los templos, en torno de una mesa suntuosamente servida, unos lechos cubiertos de magníficos tapices y de ricos almohadones en los cuales se colocaban las estatuas de los dioses y diosas invitados al festin.

En los primeros tiempos de la república y mientras duraba aun la guerra con los volscos, Roma sufrió despues de un rigurosísimo invierno un verano tan ardoroso que se desarrolló una peste horrorosa y con este motivo se celebró por primera vez el *lectisternio* por espacio de ocho dias. Los particulares celebraron también esta fiesta solemne: todos los ciudadanos dejaron sus casas abiertas, dejando á la disposicion del primero que llegase lo que en ellas habia y ofreciendo la hospitalidad á todo el mundo, sin distincion de conocidos ó desconocidos; ablandáronse á impulsos del terror los corazones hasta el punto de no proferirse sino palabras de paz y concordia; olvidáronse los litigios y las disputas y quitáronse las cadenas á los prisioneros, no atreviéndose ya á volver á ponerse-las. ¹ Esto acaeció el 399 antes de J. C.

Parece ser que esa fiesta ya la celebraban los griegos y antes que ellos los medos y otros pueblos orientales, todos los cuales creían granjearse la ayuda de los dioses sirviéndoles esos banquetes á los cuales concurrían en efigie, dejando que luego los comiesen de verdad los sacerdotes.

En Roma eran frecuentes los votos públicos hechos en nombre del Estado. Despues de la famosa batalla de Trasimeno, memorable entre las más raras derrotas de aquel pueblo, por haber perecido en ella el cónsul Flaminio y quince mil hombres de su ejército, apoderóse un profundo é invencible terror de los romanos que ya creían tener á Aníbal á las puertas de la ciudad. Quinto Fabio Máximo, dictador por segunda vez, convocó al Senado el mismo dia que tomó posesion de su cargo y expúsole que, á su entender, Flaminio antes habia pecado por negligencia de las ceremonias y los auspicios que por ignorancia ó temeridad y que por consiguiente debíase consultar á los mismos dioses para saber con qué expiaciones podia su cólera aplacarse. Luego, merced á una medida que solo se adoptaba cuando ocurrían los más terribles prodigios, logró que se diese

¹ Id. lib. V. cap. 13.

á los decenviros la órden de consultar los libros sibilinos. Cumplido el encargo, los decenviros manifestaron al Senado que no habiéndose cumplido debidamente el voto hecho á Marte con motivo de la guerra, era preciso hacerlo de nuevo y con mayor magnificencia; que debian ofrecerse los Grandes Juegos á Júpiter y templos á Vénus Ericina y á la Prudencia, ordenar rogativas públicas y un lectisternio y prometer á los dioses una primavera sagrada si tenia la guerra dicho fin y se mantenía la república en la misma situacion en que se hallaba antes de principiar las hostilidades. Como Fabio iba á verse harto ocupado en los asuntos de la guerra para encargarse de estas cosas, el Senado, oido el parecer del colegio de los pontífices, ordenó al pretor M. Emilio que velase por el pronto cumplimiento de ellas.

Habiéndose publicado estos senado-consultos, L. Cornelio Léntulo, pontífice máximo, consultado por el colegio de los pretores, declaró que ante todo habia que consultar tambien al pueblo respecto á la primavera sagrada, pues *sin su mandato no podia hacerse ningun voto*. En su consecuencia dirigióse al pueblo esta pregunta:—Se os pregunta si quereis y ordenais que se haga lo siguiente: Si dentro cinco años la república del pueblo romano de los Quirites da feliz término, como yo lo deseo, á la guerra que ha de sostener contra los cartagineses y los galos de aquende los Alpes, hará una ofrenda á Júpiter de todo lo que la primavera haya producido en cerdos, ovejas, cabras y bueyes que no esté ya consagrado el día que fijen el pueblo y el Senado. Aquel que haga este sacrificio, hágalo cómo y cuando le plazca y de cualquier modo que lo haya ofrecido, sea legítimo. Si muere el animal que debia inmolarse, téngase por profano y no se repunte su muerte por impía: si alguno lo hiere ó mata sin quererlo, no se le impute como un crimen; si lo roban no caiga el robo sobre el pueblo, ni sobre el que haya sido víctima del delito. Si por ignorancia se celebra el sacrificio en día nefasto, considérese legítimo; así como si se celebra de noche y no de día y por manos de un esclavo y no por las de hombre libre. Si es antes del momento señalado por el Senado y el pueblo, no sea éste responsable de ello.»

Hízose voto con el mismo objeto de consagrar en los Grandes Juegos trescientas treinta y tres mil trescientas treinta y tres libras y un tercio de cobre y de inmolar á Júpiter tres hecatombes—300 toros—y á varios otros dioses bueyes blancos y otras víctimas. Habiéndose formulado correctamente estos votos, ordenáronse rogativas públicas, viéndose acudir á ellas no solo á los habitantes de la ciudad con sus esposas é hijos, sino tambien los campesinos á quienes su fortuna privada ligaba con la fortuna pública. Celebróse despues el lectisternio por espacio de tres días, bajo la direccion de los decenviros de los sacrificios. Expu-

siéronse con este motivo seis lechos: el primero para Júpiter y Juno, el segundo para Neptuno y Minerva, el tercero para Marte y Vénus, el cuarto para Apolo y Diana, el quinto para Vulcano y Vesta y el sexto para Mercurio y Ceres. Por último ofrecióse la dedicación de dos templos: el de Vénus Ericina por el dictador Fabio Máximo, á causa de haber pedido los libros sagrados que lo hiciese el primer magistrado de la República y el de la Prudencia por el pretor T. Otacilio.¹

No hemos encontrado en la historia de Roma un ejemplo más curioso ni más instructivo que éste para apreciar el grandioso carácter de las manifestaciones del sentimiento religioso en aquella gran república cuando amenazaba una terrible calamidad su fortuna ó su propia existencia. Por otra parte este episodio nos explica otra notable práctica religiosa de los romanos: la de ofrecer á los dioses la *primavera sagrada* en las grandes crisis del Estado.

Nuestros lectores ya habrán notado cómo domina en estos votos solemnes el número *tres*, al cual desde la más remota antigüedad se ha atribuido un carácter místico que, al decir de los pitagóricos y los platónicos, lo dotaba de especialísimas calidades que lo hacían particularmente agradable á los dioses. Ya hemos visto que los indios tuvieron la *trimurti*, los griegos los *tres* grandes dioses Zeus, Poseidon y Hades, las *tres* Gracias, las *tres* Parcas, las *tres* Furias, etc.

Entre las divinidades cuyo culto se introdujo en Roma en esta época, debemos citar en primer lugar á Apolo, deidad eminentemente griega que inspiraba sus profecías á las famosas sibilas. Invocábanle al principio los romanos como dios salvador en sus desazones y enfermedades y más adelante como patrono supremo de los oráculos y de las artes. La historia nos cuenta que fueron muchas veces á consultarle en su célebre santuario de Delfos y Horacio en su *Canto secular* le apellida *Augur*. El mismo poeta, en una oda—que es la 21.^a del libro I—recomienda á los romanos que ensalcen á esta divinidad, para que aparte de Roma y de César los horrores de la guerra, la peste y el hambre, haciéndolos caer sobre los bretones y los partos.

Diana, á la cual identificaron los romanos con Artemis, parece haber sido en un principio la diosa de la luna y también de los bosques, que le estaban generalmente consagrados, deidad benéfica á la cual, como á Latona, invocaban los latinos en los partos. Los poetas la invocaron frecuentemente con el nombre de Hécate como lo hicieron los griegos con Artemis y como á ésta le atribuyeron el patronato de los cazadores, lo propio que el de las mujeres y la felicidad conyugal. Los sabinos y los etruscos ya adoraban bajo su advocación á la luna.

¹ Id., lib. XXII, caps. 9 y 10.

Volvemos á hablar aquí de Diana á pesar de lo que de ella hemos dicho en el capítulo anterior porque en la época que estamos reseñando fué cuando se confundió el culto de Artemis con el de esta antigua deidad itálica, desde el lectisternio celebrado en 399 a. de J. C. que más arriba hemos citado.

Vénus, identificada con Afrodita, desempeña un gran papel en la historia religiosa de Roma, sobre todo con las denominaciones de Vénus *Victrix* y Vénus *Genitrix*, desde que Sila y Pompeyo la tomaron por patrona y César, recordando la genealogía de Eneas, de quien pretendían descender los romanos como ciudad oriunda de Troya, la tituló madre de los Julios. Esos invocaron como á celestes antepasados de su prosapia á Marte y á Vénus y el pueblo romano confundió á esta con la Victoria, al mismo tiempo que seguía adorándola con muchas otras denominaciones, entre las cuales no habia ninguna tan popular como la que la representaba como madre de las gracias femeniles y de toda amorosa voluptuosidad.

Roma no fué una potencia esencialmente marítima como Cartago, Rodas y otros grandes pueblos de la antigüedad, tan famosos por sus victorias navales como por su iniciativa mercantil y no se inspiró cual lo hicieron los griegos en las maravillas del mar para poblar su Olimpo de divinidades engendradas por las ondas y las nubes de ese piélago inmenso que en Asia y en Europa fué cuna de tantos y tan hermosos mitos. Créese que los etruscos que, como hemos visto, fueron más poderosos aun en la mar que en tierra ya tributaron culto á Neptuno mucho antes que los romanos, quienes más adelante lo confundieron con el griego Poseidon, adorándole como señor de los mares y como deidad tutelar de los ejercicios ecuestres.

En todas partes se encuentran señales y vestigios del culto del fuego como principio y conservador de la vida. En la India lo adoraron, como dijimos, los aryas, llamándole *Agni*, los persas primitivos tuvieronlo tambien por sagrado y los griegos le alzaron altares con los nombres de Hefaistos y Hestia, que los romanos trasformaron en Vulcano y Vesta. Eran los patronos y la personificación del hogar doméstico y por extension, de la vida civilizada de las ciudades.

Como símbolo del fuego era tambien Vulcano un dios destructor y esto hacia que los romanos escribiesen en las fachadas de sus casas varias fórmulas impetrando la ayuda de esta deidad para que preservase el edificio de las llamas del incendio.

Al culto de Vesta iba unido el de los Penates y los Lares, símbolo de la familia, á los cuales se hacia á cada comida una ofrenda de sal y frutos. Cada ciudad tenia su Vesta y sus Penates, que eran, como se ve, unos dioses domésticos

así de la familia como del Estado, por lo que los había públicos y particulares. Entre ellos se hallaban también los Lares, de los cuales tenían todas las familias. Estos, en las casas de los ricos se colocaban en sitios especiales que llamaban *Lararia*, los cuales se dejaban abiertos en las fiestas de familia adornándose con sus estatuas.

Mercurio fué adorado en Roma como dios del comercio, desde que este fué adquiriendo gran desenvolvimiento en los mares de África y de Levante con los grandes progresos de la República. Habíanle erigido un altar cerca de la fuente Capena á cuyas aguas atribuían á causa de esta vecindad una mágica virtud que dió lugar á una extraña superstición. Los mercaderes, para conciliarse el apoyo del dios de las astucias y bellaquerías, mojaban un ramo de laurel en la corriente de ese manantial que le estaba consagrado y rociaban con ella su cabeza y sus mercancías creyendo lavarse de este modo de cuantas culpas hubiesen podido cometer en el negocio. En el siglo de oro de la literatura romana ennoblecíose el tipo de esta deidad confundíéndose con Hermes, el mensajero de los dioses.

Un gran publicista moderno ha hecho notar que el politeísmo romano era aquel en el cual estaba la moral más íntimamente unida á la religion; mas á pesar de esto y de que combate la afirmacion de Montesquieu, segun el cual el Paganismo solo vedaba al hombre algunos crímenes groseros, no descendiendo su fiscalizacion hasta el fondo de la conciencia, conviene sin embargo en que las divinidades del Olimpo estaban harto ocupadas en sus perpetuas intrigas para descender hasta los pliegues más recónditos del corazon humano, investigar sus ocultos deseos y reprimir sus insensatos extravíos.

Pero aquí surge la importante cuestion que vimos planteada en un diálogo socrático: ¿las acciones virtuosas agradan á los dioses porque son buenas, ó son buenas porque agradan á los dioses? La respuesta depende del criterio con que se juzgue la cuestion. Segun el criterio filosófico, los dioses estaban exentos de la estricta observancia de las leyes morales *que ellos sancionan sin haberlas creado* y como la moral es independiente de la religion no obsta para el cumplimiento de las prescripciones de aquella el mal ejemplo de las deidades que velan por su observancia, ni la discordia que muchas veces las divide en dos campos irreconciliables. Segun el criterio sacerdotal, la Divinidad dictó un código del cual no puede el hombre apartarse un ápice sin incurrir en pecado. Así lo proclamaron Zoroastro en el Zendavesta, Mahoma en el Coran, etc. y así se advierte que muchas acciones indiferentes y otras realmente meritorias son calificadas arbitrariamente de pecaminosas en ciertas legislaciones, como lo vimos al tratar de las supersticiones de los indios, los persas y los egipcios. No necesitamos ponderar

cuán peligrosa y tiránica es esta manera de calificar las acciones humanas, falseando el sentido moral de los hombres en aras del capricho y el interés de una casta privilegiada.

Dice Plutarco que algunos frívolos motivos de desavenencia encendieron en los corazones de Mario y Sila un mutuo aborrecimiento, una implacable rivalidad que, alimentada luego por las sediciones y la sangre de las guerras civiles acabó por engendrar la tiranía, labrando la total ruina de la República. ¹ Se nos antoja que el célebre biógrafo tomó aquí el efecto por la causa ó cuando ménos la causa inmediata y determinante por la remota y originaria. El movimiento inicial de la decadencia del carácter y las costumbres de los romanos data de más remota fecha.

En el año 566 de la fundación de Roma, que era el 186 antes de J. C., celebróse en la Ciudad Eterna el triunfo de Cn. Manlio Vulso por las victorias que habia alcanzado sobre los galos asiáticos; solemnidad que se habia aplazado por el temor que abrigaba este general de verse citado, con arreglo á la ley Petilia, ante el tribunal del pretor. Manlio Vulso estaba seguro de que habian de tratarle los jueces con extremada severidad por acusársele de haber relajado con todos los excesos de la licencia los lazos de la disciplina militar que los romanos tenian en tan grande y justa estima. Por otra parte no se le reprochaban únicamente los desórdenes cometidos por los soldados en aquella remota provincia, sino que tambien se le echaban en cara los excesos que diariamente cometian á los ojos de sus conciudadanos. En efecto, *el lujo de las naciones extranjeras penetró en Roma con el ejército de Asia*, pues él fué quien introdujo en la ciudad los lechos adornados de bronce, los tapices preciosos, los primorosos tejidos y los muebles de lujo. En aquella época fué tambien cuando empezaron á figurar en los festines las cantatrices, los tocadores de arpa y los bailarines para divertir á los convidados; entonces cuando se emplearon todos los refinamientos de la sensualidad en los banquetes y cuando los cocineros que en otros siglos se consideraban como los últimos y los ménos útiles de los esclavos, empezaron á ser carísimos, *convirtiéndose en arte un vil oficio*. ²

Siempre el Asia se ha vengado de Europa subyugándola con sus vicios, cuando esta la hubo sojuzgado con sus armas. La ponzoña de la molicie oriental fué el vehículo de las supersticiones asiáticas, que debian contribuir no poco á la afeminación de aquellos republicanos tan fuertes por la austeridad de sus costumbres.

¹ PLUT., *Vida de Sila*.

² TIT. LIV. lib. XXXIX, cap. 6.

En el año 584 de la fundacion de R., 168 antes de J. C. se notó por primera vez la aparicion de fieras en los juegos del Circo, en donde presentaron los ediles curules P. Cornelio Escipion Nasica y P. Léntulo 63 panteras de África, 40 osos y 40 elefantes.¹ La magnificencia oriental de los espectáculos seguia lógicamente á la asiática esplendidez de los festines.

Pero nada puede dar una idea tan cabal de la corrupcion de las costumbres y de la triste decadencia á que habian llegado en aquel tiempo las prácticas religiosas, como el famoso proceso que hubo de instruirse en Roma un año despues de haber triunfado Manlio Vulso de los galos, proceso que los cónsules instruyeron por decreto especial del Senado que les encargó que hiciesen una informacion para el exterminio de las sociedades secretas. Es un dramático y curiosísimo episodio de la historia religiosa de Roma.

Habíase domiciliado en esta ciudad un griego de oscuro linaje, procedente de la Etruria, destituido de todos aquellos conocimientos con los cuales llegaron los de su nacion á conseguir tan admirable desenvolvimiento de sus fuerzas físicas é intelectuales. Era el tal una especie de sacerdote, ó mejor, un adivino y no de aquellos que predicaban públicamente su doctrina y que consagrándose al oficio de instruir al pueblo le inspiraban supersticiosos temores, sino ministro de una religion misteriosa cuyos ritos se celebraban en las sombras de la noche. Al principio no inició en sus Misterios sino á contadas personas; pero al cabo de algun tiempo ya admitió indistintamente en ellos á hombres y mujeres y para atraer mayor número de prosélitos mezcló con sus prácticas religiosas, los placeres de la mesa. Resultó de ahí que los vapores de la embriaguez, la oscuridad de la noche, la confusion de los sexos y las edades dieron muy pronto al traste con todo sentimiento de pudor, abandonándose los adeptos á toda suerte de excesos, por la facilidad con que podia cada uno de ellos entregarse á los deleites que más lisonjeaban sus livianos apetitos. El comercio infame de los hombres con las mujeres no era aun el único escándalo de esas orgías, pues la tal sociedad habíase convertido en una especie de sentina impura de la cual salian falsos testimonios, falsificaciones de firmas y testamentos, denuncias calumniosas y hasta envenenamientos y asesinatos tan secretamente perpetrados que ni se encontraban los cuerpos de las víctimas para darles sepultura. Cometíanse estos crímenes unas veces con ingeniosa astucia y otras con violencia; pero en este caso los salvajes alaridos de los adeptos y el estrépito de los tambores y los címbalos ahogaban los gritos de las personas á quienes se mataba ó se deshonoraba en aquella infame asamblea.

¹ *Id.*, lib. XLIV, cap. 18.

Esa asquerosa lepra pasó como un contagio de la Etruria á Roma. La grande extension de la ciudad, que favorecia el ocultamiento de esos desórdenes, hizo que por espacio de algun tiempo no fuesen de nadie conocidos; pero un dia el cónsul Postumio llegó casualmente á informarse de todo. Un tal P. Ebutius, hijo de un caballero romano, quedó huérfano de padre y perdiendo luego á sus tutores, fué educado por su madre Duronia y el segundo marido de ésta, llamado T. Sempronio Rutilo. Duronia amaba ciegamente á su esposo y éste, que habia administrado la tutela de modo que no le era posible hacer correctamente su rendicion de cuentas, procuraba deshacerse de su pupilo ó á lo ménos tenerlo sujeto por un lazo poderoso. Para corromperle no habia mejor medio que la iniciacion en las Bacanales. Llamó Duronia á su hijo y díjole:

—Cuando tuviste tu última enfermedad, hice voto de iniciarte en los Misterios de Baco en cuanto estuvieses curado y pues los dioses se han dignado escuchar mis ruegos, quiero cumplir mi promesa. Para ello es preciso que observes por espacio de diez dias absoluta continencia; pasado este tiempo tomarás un baño para purificarte y te llevaremos al santuario.

Habia en Roma una liberta llamada Hispala Fecenia, cortesana famosa y superior al infame oficio que habia ejercido siendo esclava y al cual habia continuado dedicándose despues de emancipada, por pura necesidad. Quiso el azar que la tal liberta morase muy cerca de la casa de Ebutius y que con este motivo entrasen ambos en relaciones, llegando ella á quererle con tal extremo que, despues de muerto su patrono, pidió al pretor y á los tribunos que le nombrasen un tutor á fin de que la autorizase para contratar y otorgó su testamento instituyendo á Ebutius su heredero universal.

Ya se deja comprender que habiendo llegado á este punto las cosas no podia haber entre ellos ningun secreto. Un dia díjole chanceándose el mozo que no se maravillase de pasar algunas noches sin verle y como ella le preguntase la causa de esta resolucion, respondió él:

—Oblígame á ello un motivo religioso; he de cumplir un voto hecho para mi curacion y es el de hacerme iniciar en los Misterios de Baco.

—¡Guárdente los dioses de hacerlo! exclamó Hispala despavorida; prefiero mil veces tu muerte y la mia.

Así diciendo, deshízose en amenazas é imprecaciones contra los que le habian dado semejante consejo. Admirado Ebutius al ver tan exaltada á Fecenia rogóle que se reportase, considerando que él no hacia más que atemperarse á las órdenes de su madre, facultada por su padrastro.

—Tu padrastro, repuso la liberta, pues no he de atreverme á acusar á tu

madre, está por lo visto muy impaciente por arrebatarte á un tiempo la honra, la reputacion y la vida.

Subió de punto la sorpresa de Ebutius al oir estas palabras y rogó encarecidamente á Fecenia que se explicase con más claridad. Entonces ella, no sin pedir antes á todas las divinidades del Olimpo que perdonasen á su amor la revelacion del secreto que habia jurado guardar, confesóle que cuando aun era esclava habia entrado en aquel santuario con su patrono; pero que desde el dia de su manumision no habia vuelto á poner los piés en aquel abominable recinto.

—Lo que yo sé, dijo, es que hay allí una escuela de toda clase de corrupciones y que de dos años á esta parte no se ha iniciado en ella á ninguna persona mayor de veinte años. En cuanto se introduce á alguno en el santuario, apodéranse de él los sacerdotes como de una víctima y llévanle á un lugar en donde mil espantosos aullidos, el sonido de los instrumentos y el estrépito de los címbalos y tambores ahogan los gritos del pudor ultrajado.

Despues de hechas estas revelaciones, suplicóle que á todo trance rompiese su compromiso y que no quisiese precipitarse á un abismo de crímenes y de deshonra, no dejándole partir hasta que le hubo jurado que de un modo ú otro evitaria la iniciacion.

En cuanto llegó á su casa el mancebo empezó su madre á explicarle todas las formalidades que debia llenar al objeto de prepararse para la ceremonia; pero él declaró categóricamente que no queria ser iniciado.

—¡Cómo! exclamó encolerizada Duronia. ¿Por no privarte diez dias de las ponzoñosas caricias de esa Hispala maldecida faltas al respeto á tu madre y á los mismos dioses?

Increpóle Rutilus con no menor aspereza afeándole su desobediencia; mas cuando estuvieron convencidos de que el mozo no habia de darse á partido á pesar de todos sus denuestos y amenazas, echáronle de la casa dándole cuatro esclavos para que le acompañasen. Ebutius se dirigió inmediatamente á casa de Ebutia, su tia paterna, á la cual refirió cuanto acababa de sucederle y á instigacion de esta digna matrona fué el dia siguiente á encontrar al cónsul Postumio, relatóndole en audiencia secreta lo que le estaba pasando. El cónsul le escuchó sin decir palabra y ordenóle que tres dias despues volviese á encontrarle; mas no bien hubo salido el jóven de la estancia mandó llamar á su suegra Sulpicia, mujer de gran reputacion y preguntóle si conocia á una matrona ya anciana que vivia en el Aventino. Habiéndole respondido Sulpicia que era amiga suya y muy respetada por su virtuosa fidelidad á las buenas costumbres de los antepasados, rogóle Postumio que la llamase á su casa porque tenia necesidad de verla. Acudió

●

efectivamente Ebutia al llamamiento y entrando al poco rato el cónsul hizo recaer como casualmente la conversacion sobre Ebutius. Oir este nombre y echar á llorar Ebutia fué todo uno. Preguntóle Postumio la causa de su afliccion y ella sin hacerse de rogar, contóle punto por punto lo que su sobrino ya habia poco antes referido.

Viendo entonces el cónsul que Ebutius no le habia engañado, despidió á Ebutia y rogó á su suegra que llamase á Hispala, que vivia tambien en el Aventino y era muy conocida en la vecindad. Al recibir el recado de Sulpicia turbóse no poco la cortesana, no acertando á explicarse el motivo que podia hacerla llamar por una tan calificada matrona; pero cuando vió en el vestíbulo de la casa á los lictores y el séquito del cónsul y luego á éste en persona, estuvo á pique de desmayarse de puro asustada. Postumio la llevó á un aposento retirado y allí, en presencia de Sulpicia, le manifestó que nada tenia que temer si se resolvia á decir verdad y que empeñaba en ello su palabra y la de su suegra, cuya virtud era proverbial. Tras esto, pidióle que le revelase lo que pasaba en el bosque sagrado de Simila, en los Misterios nocturnos de las Bacanales. Al oir estas palabras, Hispala llena de terror se puso á temblar de piés á cabeza, sin acertar á proferir una sílaba. Cuando se hubo reanimado un poco, protestó que era muy jóven todavía cuando su dueña la habia hecha iniciar juntamente con ella, pero que de muchos años á aquella parte, esto es, desde su manumision, ignoraba completamente lo que pasaba en aquellas fiestas. Alabóla el cónsul por no haber negado el hecho de la iniciacion, mas estimulándola á proseguir con igual franqueza sus revelaciones. Hispala persistió en su primera declaracion, en vista de lo cual le manifestó el cónsul que si ello se averiguaba por el testimonio de otra persona no alcanzaria la indulgencia ó el perdon que podia lograr hablando con franqueza y que ya de todo estaba enterado por declaracion del mismo á quien ella lo habia referido.

Aterrada Hispala echóse á los piés de Sulpicia, rogándole que no diese tanta importancia á una conversacion entre una liberta y su amante; pero Postumio interrumpiéndola con irritado acento exclamó:

—¿Crees por ventura estar aun bromeando con Ebutius en vez de hablar con un cónsul en la casa de una respetable matrona?

Sulpicia, compadeciéndose de Hispala la animó, procurando aplacar el enojo de su yerno y la liberta, despues de quejarse amargamente de la perfidia de Ebutius, que tan mal le habia pagado un tan señalado servicio, declaró que temia mucho la cólera de los dioses al revelar sus Misterios y mucho más aun la venganza de los hombres, que de fijo la despedazarian por su perjurio. Temerosa

●

pues de tan trágico fin, rogó al cónsul y á Sulpicia que la hiciesen relegar fuera de Italia, á algun apartado paraje en donde pudiese acabar sus dias con entera seguridad.

—Habla y nada temas, replicó el cónsul, que yo he de protegerte de manera que hasta en Roma puedas vivir sin peligro.

Entonces Hispala hizo su declaracion en estos términos:

—Primeramente solo á las mujeres se les permitia entrar en el santuario. Habia tres dias al año señalados para la iniciacion, que se efectuaba en mitad del dia. Las matronas ejercian por turno el sacerdocio. Una tal Paculla Annia, de la Campania, fué la primera que al llegar su vez habia trastornado las antiguas prácticas alegando que así se lo habia ordenado el dios, pues ella fué la primera en admitir á los hombres, iniciando á sus dos hijos Ninius y Herennius Cerrius, así como en trasladar á la noche la ceremonia que siempre se habia celebrado á la luz del dia y prescribiendo que en vez de tres dias al año hubiese cinco mensuales para las iniciaciones. Desde que fueron admitidos los hombres y se mezclaron los sexos en aquellas nocturnas asambleas, no hubo exceso ni abominacion que en ellas no se cometiese, incluso las más opuestas á las leyes de la naturaleza. Los que se prestaban con repugnancia á cometer tan repugnantes acciones, eran inmolados como víctimas. Para ellos el colmo de la devocion consistia en no retroceder ante ningun crimen. Los hombres parecia como que habian enloquecido y vaticinaban lo venidero haciendo fanáticas contorsiones; las mujeres, vestidas de bacantes y suelta la cabellera, bajaban corriendo al Tíber y llevando en la mano antorchas encendidas que no se apagaban en el agua por estar cubiertas de una composicion de cal viva y azufre natural. Tambien tenian una máquina que arrebatava á los hombres precipitándolos á sombrías cavernas y decian que se los llevaban los dioses. Esos infelices eran aquellos que se habian negado á prestar el juramento ó á asociarse á los actos perversos que allí se consumaban. Tan numerosa es hoy esa secta que bien podria formarse con ella todo un pueblo, siendo lo más notable que figuran en ella hombres y mujeres de las más calificadas familias de la República. Ha dos años tomóse el acuerdo de no admitir á la iniciacion á ninguna persona que tuviese arriba de veinte años, considerando que estas no habian de prestarse muy fácilmente á la seducion y á la deshonra.

En cuanto hubo terminado esta declaracion, Hispala se postró de hinojos, volviendo á pedir con vivas instancias que se la alejase de Italia. El cónsul rogó á su suegra que le cediese en su casa un aposento y cuando estuvo alojada en él la liberta, se tapió la escalera que le ponía en comunicacion con la calle, uniénd-

●

dolo á los del piso principal por medio de una escalerilla interior y trasportáronse allí todos los esclavos y efectos de Fecenia. Á Ebutius se le envió á casa de un cliente del cónsul. Así que Postumio tuvo á los delatores en su poder, hizo su informe al Senado, exponiéndole todas las revelaciones que habia oído y el resultado de las averiguaciones que habia practicado. No es decible la alarma que concibieron los senadores, tanto por la pública tranquilidad que podia muy fácilmente alterarse por efecto de alguna pérfida maquinacion tramada en aquellas nocturnas asambleas, como por el reposo de sus propias familias, pues todos temblaban al pensar que en sus propios hogares podian encontrarse adeptos de tan repugnante secta. Acordaron en el acto un voto de gracias al cónsul por la rara perspicacia y el profundo sigilo con que habia practicado tan importantes diligencias y encargaron así á él como á su colega que informasen extraordinariamente contra las Bacanales y los sacrificios nocturnos; que vigilasen á Ebutius y á Hispala Fecenia y que procurasen alcanzar nuevas revelaciones por medio del ofrecimiento de recompensas. Acordóse además que se hiciesen pesquisas para encontrar en Roma ó en los pueblos comarcanos á los sacerdotes ó sacerdotisas que presidian aquellas reuniones á fin de ponerlos á la disposicion de los cónsules y que se publicase en la ciudad y en toda Italia un edicto prohibiendo á todos los iniciados en los Misterios de Baco el juntarse para celebrar aquella ceremonia ú otra parecida. Ante todo debia empezarse por perseguir á aquellos que se juntasen ó se comprometiesen mediante juramento para atentar á la honra ó la vida de los ciudadanos. Tal fué en resúmen el senado-consulta que se dictó en tan graves circunstancias. Los cónsules ordenaron á los ediles curules que buscasen á todos los ministros de la secta y en cuanto les prendiesen los pusiesen á buen recaudo para proceder sin pérdida de tiempo á su interrogatorio. Á los ediles plebeyos se les encargó que velasen para impedir la celebracion de cualquier ceremonia secreta. Á los triunviros capitales se les mandó que estableciesen en todos los barrios cuerpos de guardia extraordinarios y que impidiesen toda junta nocturna y finalmente, para impedir los incendios, agregáronse á los triunviros unos quinquaviros que debian vigilar, cada cual en su respectivo barrio, las casas situadas aquende el Tíber.

Tomadas estas disposiciones subieron los cónsules á la tribuna y allí, ante la asamblea general del pueblo, Postumio despues de pronunciar la solemne fórmula de invocacion con la cual empezaban los magistrados sus arengas, diz que pronunció un enérgico discurso revelando todos los horrores de aquella infame sociedad secreta y todos los peligros que á causa de ella amenazaban á la República. El historiador de este instructivo episodio pone en los labios del cónsul las

•

siguientes palabras, que no nos creemos dispensados de reproducir en nuestro relato.

—Nada extravía el entendimiento humano como la superstición. Cuando el crimen toma el antifaz de la religión, asáltanos el temor de violar el derecho divino al castigar la perversidad humana. Pero no os acobarden semejantes escrúpulos, pues hay muchos decretos de los pontífices, muchos senado-consultos y muchas respuestas de los arúspices que bastan y sobran para desvanecerlos. ¡Cuántas veces nuestros padres y nuestros abuelos no han encargado á los magistrados que se opusiesen á toda ceremonia de un culto extranjero; que cerrasen el foro, el circo y la ciudad á los sacerdotes y á los adivinos; que buscasen y quemasen los libros proféticos y proscribiesen todo rito y todo sacrificio que no fuesen genuinamente romanos!

¡Dichosa la sociedad cuyos supremos magistrados hablan al pueblo tan viril y honrado lenguaje!

Terminada la arenga los cónsules ordenaron la lectura de los senado-consultos é hicieron anunciar las recompensas que se otorgarian á los delatores de los afiliados á tan tenebrosa sociedad. Luego prohibieron vender ó comprar nada que pudiese ayudar á la evasión de los culpables.

Apenas se habia disuelto la asamblea cuando se esparció por toda la ciudad una grande alarma que no tardó en propagarse por todo el territorio italiano. Aquella noche las guardias de los triunviros prendieron á muchos fugitivos; desnudaron las delaciones y no fueron pocos los acusados, así hombres como mujeres que se suicidaron al verse descubiertos. Calculábase que pasaban de siete mil los conjurados, cuyos jefes cayeron muy pronto en manos de la justicia y hallándose convictos y confesos fueron inmediatamente ejecutados. Los que solamente habian sido iniciados y no habian hecho mas que repetir despues del sacerdote la fórmula sacramental, comprendiendo el infame compromiso de entregarse á todos los excesos del crimen y del libertinaje, pero que no habian sufrido ni cometido ninguna de las torpezas que su juramento les imponia, quedaron presos. Todos los iniciados culpables de prostitucion ó de asesinato, de falsos testimonios, de falsificacion de firmas ó de testamentos ú otro análogo delito, fueron decapitados. Fueron muchos más los condenados á muerte que los presos. Las mujeres fueron entregadas á sus respectivas familias para que estas las ajusticiasen y las que no tuvieron quien se encargase de ello, fueron públicamente ejecutadas. Luego encargóse á los cónsules la destruccion de las Bacanales en toda Italia, sin respetar sino los altares y las estatuas desde antiguos tiempos consagrados á Baco y promulgóse un senado-consulta ordenando que en lo venidero no se cele-

brasen Bacanales en Roma ni en ningun otro punto de Italia y que si alguno por considerar importantes y necesarios estos Misterios se creia obligado á celebrarlos, hiciese su declaracion al pretor. Este debia trasladar la peticion al Senado y si esta alcanzaba al ménos cien votos favorables, se concederia el permiso, mas á condicion de que no pudiese celebrarse la ceremonia sino en presencia de cinco personas, sin poner dinero en comun para los gastos y sin que interviniese en ella ningun sacerdote ni sacrificador. Ebutius é Hispala Fecenia fueron espléndidamente recompensados. ¹

Este senado-consulta, que se encontró en 1692 en el reino de Nápoles, grabado en una plancha de bronce, se encuentra hoy día en el Museo Imperial de Viena. En realidad fué un mero paliativo, una transaccion indigna de la proverbial sabiduría del Senado y así no es de extrañar que retoñasen más tarde los excesos de las Bacanales. El mismo Tito Livio, de quien hemos tomado estos interesantes pormenores, dice en varios pasajes que los cónsules y el Senado tuvieron mucho que hacer en los años siguientes para extirpar aquellas abominaciones que incesantemente renacian, lo cual prueba cuán profunda era la corrupcion social que las habia engendrado.

Ese célebre procesó nos muestra el primer ejemplo de la existencia de sociedades secretas en Roma. No falta quien ha visto en esos desórdenes el origen y preludio de los grandes excesos que en el siglo II de la Era vulgar cometió la secta de los *gnósticos*, en los cuales debemos más adelante ocuparnos.

Nada prueba con tanta elocuencia la degeneracion del carácter romano y la espantosa corrupcion á que habian llegado las costumbres en aquel Estado, como la historia de los postreros años de la República, que nos muestra el comienzo de la agonía de aquel coloso á quien habian prometido los dioses eterna y universal dominacion sobre todos los pueblos de la tierra.

Nearco, de acuerdo con los pitagóricos y los platónicos, explicaba en Roma en el siglo III antes de J. C. que el deleite es el cebo más peligroso del mal y el cuerpo el enemigo más temible del alma, la cual no puede emanciparse de él y conservar su pureza, sino por medio de las reflexiones que la separan y alejan en la medida de lo posible de las afecciones corporales. Estas máximas, en las cuales se ve como una anticipacion de las austeras doctrinas del Cristianismo, contribuyeron muy poderosamente á arraigar en el ánimo de Caton el antiguo el amor á la frugalidad y la templanza á la cual debió en gran parte su reputacion aquel hombre extraordinario.

¹ TIT. LIV., lib. XXXIX, caps. 8 y siguientes.

Pero esas sapientísimas doctrinas se olvidaron al cundir la desmoralización y la molición, merced á la introducción del lujo asiático y á la deletérea influencia de la esclavitud, cuyo hálito venga á la humanidad ultrajada emponzoñando mortalmente á sus opresores.

Al volver Julio César de su pretura de España, puso por obra un designio político que le granjeó desde el momento gran favor y en lo sucesivo una prepotencia que debía ser funesta para Pompeyo y la República. Solicitaba su primer consulado y como veía que mientras Craso y Pompeyo estuviesen reñidos no podría adherirse al uno sin tener al otro por enemigo, aplicóse á reconciliarlos. Valiéndonos de una metáfora de Plutarco,¹ podemos decir con él que dividido el poder entre dos rivales se mantenía en Roma el equilibrio como en una nave cuyo cargamento está bien repartido; pero que en cuanto estuvo reunido y pesó enteramente sobre un solo lado, empezó á minar la República no parando hasta destruirla por completo. Decían un día en presencia de Catón que las disensiones surgidas entre César y Pompeyo habían causado la ruina de la República; mas el filósofo replicó:

—Os equivocáis: no son su discordia y enemistad, sino por el contrario su amistad y unión la primera y más funesta desgracia de Roma.

César había encontrado un medio formidable para acrecentar y fortalecer su poderío en la campaña de las Galias. Creíale todos exclusivamente dedicado á sojuzgar á los belgas, los suevos y los bretones; mas, sin que nadie lo echase de ver, hallábase realmente en medio del pueblo, dirigiendo hábilmente los más importantes asuntos y minando paulatinamente el crédito de Pompeyo. Iba conquistándole poco á poco el ejército, procurando antes que emplearlo en vencer á los bárbaros adiestrarlo en los ejercicios militares para hacerlo invencible. Al mismo tiempo tenía buen cuidado de enviar á Roma todos los tesoros, todo el botín de guerra que iba conquistando en las batallas y gracias á tan ricos despojos corrompía á cuantos juzgaba que podían serle de alguna utilidad. Los espléndidos presentes que hacía á los ediles, á los pretores, á los Cónsules y á sus mujeres le granjeaban una multitud de partidarios. Cuéntase que cuando después de pasar los Alpes fué á invernar en Luca y se trasladó á Roma, acudió á recibirle una inmensa multitud de hombres y mujeres que se disputaban la honra de ser los primeros en saludarle. Fueron entre ellos hasta doscientos senadores entre los cuales contaban Pompeyo y Craso y veíanse diariamente á las puertas de su casa ciento veinte haces de los lictores que acompañaban á los

¹ *Vida de Pompeyo.*

procónsules y pretores que iban á visitarle. Así pudo un historiador romano decir con muy gráfica propiedad que Pompeyo no supo ver que en el curso de esta guerra César sojuzgaba á los enemigos con las armas de los romanos y sobornaba á los romanos con el dinero de los enemigos.¹

Y este ejemplo fué contagioso. Vióse á los que en Roma solicitaban destinos públicos establecer públicamente mesas de banca y comprar cínicamente los sufragios de la multitud, de modo que los ciudadanos acudían á la asamblea no solo para emitir sus votos en favor del que los había comprado, sino hasta para apoyarle con la fuerza de las armas. Muchas veces no despejaron el foro sino después de salpicar con sangre la tribuna y la ciudad era de este modo presa de la anarquía, como un buque sin timón que vaga perdido á merced de los vientos. No faltaba quien se atrevía á decir públicamente que el único remedio para los males de la República era la autoridad de uno solo y que la aplicación de este remedio debía confiarse al médico que tuviese la mano más blanda, con cuyas palabras se designaba claramente á Pompeyo. Este aparentaba en sus discursos rechazar el poder absoluto; pero todas sus acciones tendían á hacerse nombrar dictador. Catón adivinó este designio y aconsejó al Senado que le nombrase cónsul único, á fin de que satisfecho con un poder más conforme con las leyes no usurpase por la fuerza la dictadura. El Senado adoptó este criterio, prorogando al mismo tiempo á Pompeyo su nombramiento para los gobiernos de España y África que administraba por medio de lugartenientes que mandaban ejércitos pagados por el Tesoro público y cuyo coste no bajaba de mil talentos anuales, ó sean unos cinco millones y medio de pesetas. Pompeyo estaba tan ufano y vanaglorioso que tuvo la presunción de menospreciar á su rival y cuando le decían que si César se dirigía á Roma con su ejército sería difícil encontrar tropas para oponerle resistencia, replicaba con jactanciosa sonrisa:

—En cualquier punto de Italia que dé una patada en el suelo haré brotar legiones como por ensalmo. Esta fanfarronada le fué cruelmente echada en cara cuando César hubo pasado el Rubicon, llenando de terror á sus desprevenidos enemigos.

En medio de la general consternación todos consideraban como la postrera esperanza de la República á Pompeyo, cuyo campo estaba lleno de romanos ilustres, de famosos generales y de reyes y príncipes extranjeros. Tan profunda era la corrupción y tanto había menguado el patriotismo, que varios ambiciosos se disputaban públicamente el cargo de pontífice máximo que Julio César ejercía,

¹ PLUTARCO, *Vida de César*.

como si hubiese sido cosa tan llana derrotar á un general y un ejército que habian tomado por asalto mil ciudades, sojuzgado á más de trescientas naciones y alcanzado sobre los germanos y los galos innumerables victorias sin ser jamás vencidos, además de haber hecho un millon de prisioneros y vencido en batalla campal á otros tantos enemigos. ¹

Así pierden los hombres la dignidad y la conciencia; así pierden los pueblos la libertad, convirtiéndose en miserable turba de esclavos. Mas cuando tales cosas acaecen, ya está completamente eclipsada la noción del sentido moral. Por supuesto que con la aparición de tan funesto fenómeno coincide siempre el vergonzoso triunfo de la superstición, que tan fácilmente se enseñoorea de los ánimos enflaquecidos por la molición y exhaustos de elevados sentimientos.

No se daban punto de reposo los partidarios de Pompeyo, empeñados en que provocase una batalla definitiva que César anhelaba precisamente como el único medio que le quedaba para salir de su harto comprometida situación. Apenas llegados á la llanura de Farsalia, obligáronle á celebrar un consejo en el cual juraron no retirarse del combate hasta haber derrotado al enemigo. Á la noche siguiente, Pompeyo vióse á sí mismo en sueños entrando en su teatro, en donde le recibía el pueblo con estrepitosos aplausos y adornando con ricos despojos el templo de Vénus Victoriosa. Esta visión solo le satisfizo á medias, pues le atormentaba la idea de que César se jactaba de descender de la mismísima Vénus y que el tal sueño podía muy bien presagiar que debía adornar el templo de la diosa con los despojos de su rival. Despertáronle á deshora algunos terrores pánicos que se esparcieron por el campamento y al amanecer, cuando se relevaban las guardias, vióse de repente sobre el campo de César, en el cual reinaba profunda tranquilidad, elevarse una luz vivísima, á la cual se encendió una antorcha que fué á caer en el campo de Pompeyo. Díjose después que César había manifestado que también había visto este singular fenómeno mientras visitaba las guardias de su campamento.

La Historia nos ha conservado un rasgo característico de César en aquella jornada en la cual se disputaba el imperio del mundo y que demuestra el grado de afeminación á que habían llegado los romanos de la sociedad elegante. Cuando vió César que el ala izquierda del enemigo estaba sostenida por una numerosa caballería, temeroso del efecto que podía producir en el ánimo de sus soldados el brillo deslumbrador de las armas, llamó del cuerpo de reserva á seis cohortes que colocó detrás de la décima legión — que era aquella en la cual tenía él mayor

¹ PLUT. *V. de Pompeyo*.

confianza —y les mandó que permaneciesen quietas, sin mostrarse al enemigo; pero que en cuanto empezase á cargar la caballería se pusiesen en primera fila y en vez de lanzar desde léjos la jabalina como solian hacerlo los más valerosos, impacientes por desenvainar la espada, las dirigiesen á la visera del casco para herir á los contrarios en los ojos y el rostro. —Esos gentiles mancebos, tan celosos de su hermosura, decia César, no resistirán el brillo del hierro tan cerca de sus ojos.

Y así fué en efecto. Pompeyo, en vez de hacer cargar inmediatamente al ala derecha, volvía á todas partes los ojos para ver cómo se portaba la caballería, lo que le hizo perder un tiempo precioso. Esta empezó al fin á desplegar sus escuadrones á fin de envolver á César y echar sobre su infantería la poca caballería de su ejército. Entonces hizo César la señal convenida; abrió la caballería sus filas y las cohortes que habia ocultado detrás de la décima legion y que constaban de tres mil hombres, embistieron á su vez, apuntando sus jabalinas al rostro de los caballeros. Estos, que eran bisoños y no esperaban tener que habérselas con semejante género de esgrima, no tuvieron valor para resistir los golpes que les asestaban á la cara y á los ojos y cubriéndose el semblante con las manos huyeron vergonzosamente del campo. Los soldados de César, sin dignarse perseguirlos, cargaron á la infantería, que habia quedado descubierta á causa de esta fuga y atacáronla por el flanco mientras la décima legion la embestia de frente. Incapaz de resistir este doble choque y viéndose rodeada despues de haberse hecho la ilusion de rodear al enemigo, desbandóse en todas direcciones.

No nos incumbe relatar la tristísima odisea del gran Pompeyo y su trágico fin, que sin duda son una de las más elocuentes enseñanzas y más patéticos episodios de la historia antigua; pero no podemos pasar por alto algunas tradiciones referentes á esa famosa batalla de Farsalia, ganada por Julio César el año 48 antes de J. C.

Contábase que habia anunciado la victoria una multitud de presagios, siendo el más notable de ellos el que se observó en Trales, ciudad del Asia Menor. Habia allí en el templo de la victoria una estatua de César erigida en un terreno muy duro y empedrado por añadidura y sin embargo vióse brotar junto al pedestal una hermosa palmera. En Padua, Cayo Cornelio, hombre muy versado en el arte de los agüeros, hallábase ocupado aquel dia en la contemplacion del vuelo de las aves, con lo cual vino en conocimiento de que se estaba dando la batalla y dijo á los que le rodeaban que por último iba á resolverse el litigio, pues ya se habia trabado la lucha. Luego, habiendo continuado un rato sus

observaciones, levantóse alborozado exclamando:—*¡Tú vences, oh César!* Viendo que todos se admiraban de la profecía, quitóse la corona y juró que no volvería á ponérsela hasta que se hubiese justificado su predicción.

Contaban también los romanos que mucho antes había tenido Cicerón un sueño en el cual le pareció que llamaban al Capitolio á los hijos de los senadores, porque Júpiter debía elegir á uno de ellos para sentarlo en el trono de Rómulo. Los ciudadanos habían acudido en tropel rodeando el templo. Los niños todos, vestidos con la pretexta, estaban sentados en silencio. De repente ábrense las puertas, levántanse todos y desfilan ante el dios, quien después de contemplarlos sucesivamente á todos los va despidiendo muy cariacontecidos; mas al acercarse el joven César, Júpiter tiende la mano y exclama:—*Romanos, ese es el caudillo que pondrá término á vuestras guerras civiles.* Este sueño grabó tan profundamente la imagen del niño en la memoria de Cicerón, que ya no volvió á apartarse de ella, atribuyéndose más tarde á este suceso el hecho de que el gran orador aceptase los ofrecimientos de amistad de César.

No necesitamos explicar á nuestros lectores el desastrado fin de este hombre tan grande en su heroísmo y talento como en sus ambiciosos designios. Bruto, que no tenía otro propósito que emular la gloriosa conducta de su inmortal homónimo, Casio y los demás conjurados que acabaron con la existencia de aquel ilustre caudillo, cayeron en el renuncio de pensar que aun era posible la libertad en aquella degradada República y todos fueron víctimas de tan funesta obcecación.

Antes de cometer el atentado habían discutido los conjurados si sería conveniente deshacerse de Antonio después de muerto Julio César; pero Bruto se opuso enérgicamente á ello diciendo que una empresa tan atrevida y que no tenía otro objeto que el mantenimiento de la justicia y las leyes debía ser pura de toda injusticia. Sin embargo, como temían el extraordinario vigor de Antonio y la grande autoridad de su cargo, encargaron á algunos de los conjurados que siguiesen sus pasos á fin de que cuando hubiese entrado César en el Senado y llegase el momento de dar el golpe, entretuvieran á Antonio so pretexto de tener que hablarle de algun asunto importante. Todo se realizó puntualmente como se había tramado. Antonio, despavorido en los primeros momentos disfrazóse con el vestido de un esclavo y se escondió; pero luego viendo que los conjurados no atentaban á la vida de nadie y que se habían retirado al Capitolio, persuadióles que bajasen á la ciudad, dándoles su hijo en rehenes y aquella misma noche Casio cenó en su casa y Bruto en la de Lépido.

Al día siguiente, convocó al Senado, propuso una amnistía general y pidió

que se señalasen provincias á Bruto y á Casio. El Senado confirmó ambas proposiciones, decretando al propio tiempo que se mantendrían todos los actos de la dictadura de César. Antonio salió del Senado cubierto de gloria, pues todos creían que había conjurado la guerra civil, manejando con la prudencia de un político consumado unos asuntos erizados de dificultades y que podían ocasionar grandes turbulencias. Pero infatuado con la lisonjera opinión que de él se había formado el pueblo, abandonó muy pronto aquel camino, pensando que nadie podría disputarle el primer lugar en Roma si conseguía destruir la autoridad de Bruto. Cuando llevaron el cuerpo de César á la pira, pronunció según costumbre la oración fúnebre del difunto y viendo al pueblo muy conmovido y lleno de aflicción al oír sus palabras, mezcló de improviso con el elogio de César cuanto le pareció más idóneo para excitar la compasión é inflamar el ánimo de su auditorio. Al concluir desplegó la túnica de César, toda llena de sangre y acribillada á estocadas, calificando con grande energía de perversos y parricidas á los autores del crimen. De tal manera se exaltó entonces la muchedumbre, que sin ir más lejos improvisó en el Foro una pira con las mesas y los bancos que hubo á mano, quemando allí mismo los restos del dictador y luego tomando tizones encendidos derramóse por la ciudad, jurando que había de abrasar á los conjurados en sus propias casas. Estos se vieron obligados á huir de Roma, quedando Antonio investido de la autoridad suprema que luego hubo de compartir con el joven Octavio César, hijo de la sobrina del dictador y más tarde primer emperador de Roma con el nombre de Augusto.

Aquel arrebató del furor popular se explica muy bien teniendo en cuenta que Julio César fué el inventor de la diabólica política que funda en un hipócrita cariño á la democracia todo el edificio de la tiranía, política que desgraciadamente ha tenido en todos tiempos afortunados imitadores y que por razón de su origen se designa con el nombre de *cesarismo*.

Antonio y Octavio se declararon pues vengadores de César, uniéndose para exterminar los últimos restos del republicanismo romano. Bruto y Casio anduvieron algún tiempo errantes por varias regiones á fin de reunir elementos para contrarestar los liberticidas propósitos de los nuevos tiranos. Cuando se disponían para salir de Asia, aconteció á Bruto una extraordinaria aventura. Como hombre de grande austeridad y muy aficionado al trabajo, no dormía nunca de día y acostábase siempre tarde. Desde que la guerra y la política le cargaron con la grave responsabilidad de velar por la salvación de la República, aun fué más riguroso consigo mismo, no permitiéndose más reposo que el de dormir algunos momentos después de la cena, dedicando el resto de la noche al despa-

cho de los negocios más urgentes. Si éste concluía temprano, y le quedaba algún tiempo, lo empleaba en leer hasta las 12 de la noche, á cuya hora solían retirarse á sus tiendas los centuriones y los demás oficiales. La noche era lóbrega; la tienda de Bruto no estaba iluminada sino por una luz débil y vacilante; reinaba en el campamento profundo silencio y el general se hallaba ensimismado en hondas reflexiones, cuando le pareció oír que alguien entraba en la tienda, alzó la cabeza y al vago fulgor de una lámpara próxima á apagarse vió un espectro horrible, de proporciones desmesuradas y asqueroso semblante. Al pronto se sintió poseído Bruto de un terror inexplicable; pero luego al ver que el espectro permanecía quieto cerca de su cama, sin hacer el menor movimiento ni proferir una palabra, atrevióse á decirle:

—¿Quién eres, un hombre ó un dios? ¿Qué me quieres y á qué has venido?

—Bruto, respondió el fantasma, soy tu mal genio: en Filipos me verás.

—Está bien, repuso Bruto sin inmutarse; allí te veré.

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando el fantasma desapareció como por encanto. Bruto llamó á sus criados; mas diciéndole estos que nada habían visto ni oído, continuó dedicándose al despacho de sus negocios.

Así que amaneció, fuese á la tienda de Casio y relatóle la vision que había tenido. Casio, que hacia gala de profesar las doctrinas de Epicuro y discutia muy á menudo con Bruto acerca de estas materias, le respondió muy sensatamente:

—Nosotros opinamos que no sentimos ni vemos siempre en realidad lo que creemos ver y sentir, porque nuestros sentidos, que reciben con suma facilidad toda clase de impresiones, son muy engañosos y nuestra imaginacion, que es más voluble todavía, las excita sin cesar, imprimiéndoles una multitud de ideas que jamás existieron. Son como una cera blanda que se amolda á todas las formas que se le quieren dar y nuestra alma, poseyendo en sí misma lo que produce la impresion y lo que la recibe, puede muy bien sin más que su propia potencia variar y diversificar estas formas. Bien claramente lo demuestran las diversas imágenes que nos presentan los sueños mientras dormimos; la imaginacion las excita con el más leve movimiento y luego les hace tomar toda clase de afecciones ó figuras fantásticas. Lo característico de esta facultad consiste en su movilidad incesante y este movimiento constituye la imaginacion y el pensamiento. Pero lo que te pasa tambien á ti es que tu cuerpo, debilitado por un trabajo excesivo, hace que sea tu espíritu más impresionable. La existencia de los genios no tiene nada de verosímil y dado que los hubiese, seria ridículo creer que toman el aspecto y la voz del hombre y que su poder se extiende hasta nosotros.

Sin embargo, no me pesaria que existiesen, á fin de que pudiésemos poner nuestra confianza no solo en las armas, los caballos y las naves que tenemos, sino tambien en la ayuda de los dioses, que no dejarian de ayudar á los caudillos de la más santa y bella empresa que vieron los nacidos.

Tras esto púsose en marcha el ejército y viéronse incontinenti dos águilas que hendiendo juntas los aires bajaron á posarse en el suelo cerca de los primeros estandartes. Alimentadas desde entonces por los soldados, acompañaron al ejército hasta Filipos, en donde desaparecieron la víspera de la batalla.

De sensatas hemos calificado las razones de Casio; pero no hay duda que, para aceptarlas sin restricciones, seria preciso negar con los materialistas la existencia de la Divinidad, con tan diversos nombres adorada en todos los siglos, pues de otro modo no se concebiria la insensata pretension de poner límites al poder de Aquel á quien tan gráficamente han llamado los masones *El gran arquitecto del universo*. Por otra parte no se explican fácilmente todos los fenómenos psicológicos que aparecen revestidos de un carácter sobrenatural. La mera negacion es un procedimiento muy cómodo; mas tiene el defecto de ser poco convincente y aunque muchas veces se expliquen estos casos por una pasajera alucinacion de los sentidos, esto no autoriza para afirmar que nada existe en el mundo fuera del orden puramente material. Hechos registra la historia cuya relacion con el mundo sobrenatural no podrian negar los escépticos sino probando que fueron inventados con posterioridad á la época en que se supone que acontecieron. Si fuera lícito negar todo lo misterioso que en el mundo acaece, acabariamos por negar todo crédito al testimonio de nuestros sentidos, pues tambien abundan y no poco los arcanos en el mundo físico. Bien se nos alcanza que en ciertas ocasiones la desconfianza es una necesidad; mas de la duda á la negacion va mucha distancia: aquella es un gran auxiliar para la formacion del criterio científico, al paso que esta arguye muchas veces la soberbia de un entendimiento perezoso que no quiere confesar su propia impotencia.

En las *Memorias* de un general de Napoleon I, se encuentra un caso muy parecido á la vision de Bruto.

«Vais á reiros de mí, dice, pero no importa.... La víspera de la batalla de Eylau estaba yo profundamente dormido, cuando me despertó de súbito un leve rumor y al abrir los ojos ví que me estaba contemplando una mujer hermosísima y ricamente ataviada, la cual me dijo: — *Serás gravemente herido, pero no temas, que de esta no has de morir*. Vivamente impresionado por tan extraña aparicion, iba á responderle; mas la hada ya habia desapare-

cido.... El día siguiente recibí treinta sablazos, salvándome, como se dice, por milagro. Es un suceso rarísimo, pero rigurosamente histórico.»¹

Podría decirse que aquí no hubo sino una extraña coincidencia, que hizo bueno el vaticinio; con todo no se nos negará que esta explicación no tiene más valor que el de una mera conjetura.

Sea como fuere, no pararon en lo que llevamos explicado los presagios de aquella campaña. Contábase que al ofrecer Casio un sacrificio se aterraron los circunstantes viendo que el lictor que delante de él llevaba las haces le presentaba la corona al revés. Decíase también que poco tiempo antes la Victoria de oro de Casio que llevaban en andas en una procesión, cayó al suelo por haber tropezado uno de sus portadores. Todos los días pasaba sobre el campamento un gran vuelo de aves de presa y viéronse aparecer muchos enjambres de abejas en un punto de las trincheras que los adivinos mandaron cercar dejándolo fuera del recinto, á fin de poner término con su expiación al supersticioso terror *que empezaba ya á hacer flaquear los principios epicúreos de Casio* y que se había completamente enseñoreado del ánimo de los soldados.

Aquel temeroso espectro que se había aparecido á Bruto volvió á visitarle la víspera de la batalla, aunque esta vez se desvaneció sin dirigirle la palabra. Sin embargo, Publio Volumnio, hombre muy versado en la filosofía y que desde el principio de la guerra había acompañado siempre á Bruto no cita esta aparición, aunque refiere otros varios prodigios.

Ya es sabido que, por efecto de una mala inteligencia, los republicanos perdieron la batalla de Filipos que llevaban ganada al principio y que Bruto y Casio se suicidaron no queriendo sobrevivir á su derrota.

Desde aquel día todo cambió en Roma, tan bien preparada para la servidumbre. Julio César fué deificado, aceptando Antonio el cargo de primer sacerdote de la nueva divinidad por complacer á Octavio.² Y en verdad que no deja de ser curiosa esta apoteosis del famoso dictador, á quien nadie vió jamás renunciar á una empresa ni diferirla siquiera por efecto de supersticiosos escrúpulos. Cuando se disponía á atacar á Juba y á Escipión huyó la víctima que se tenía preparada para el sacrificio y este hecho que todos consideraron como un fatalísimo agüero no hizo la menor mella en su ánimo, ni le privó de continuar enérgicamente la campaña. En otra ocasión cayóse al bajar de la nave é interpretando en su favor

¹ *Souvenirs militaires et intimes* du général vicomte de Pelleport. Paris, 1857.

² PLUT. *Vida de Antonio*.

aquel siniestro presagio, exclamó: — *Ya te tengo, Africa*, acción que fué imitada por Guillermo el Conquistador, quien habiéndose caído al desembarcar con sus normandos en Inglaterra, exclamó para que no lo tomasen los suyos por un mal agüero: — *He cogido esta tierra con mis manos y vive Dios que es nuestra toda*. Cuéntase también que deseando César eludir las predicciones que parecían vincular los triunfos en la tierra africana en la ilustre familia de los Escipiones, llevaba siempre consigo á un oscuro descendiente de tan generosa estirpe, á quien se había puesto un apodo denigrante á causa de la infamia de sus costumbres.

Pocos episodios registra la Historia tan interesantes y tan llenos de trágica grandeza como los que motivó la lucha empeñada entre Antonio y Octavio después de su victoria para decidir á cuál de ellos debía pertenecer el imperio del mundo. No necesitamos manifestar que nos ceñiremos á referir sucintamente los hechos que por su especial carácter no podemos eximirnos de recordar en este libro.

Al partir Antonio para combatir á los partos envió una orden á Cleopatra, reina de Egipto, para que pasase á Cilicia á justificarse de las imputaciones que sobre ella pesaban de haber ayudado á Bruto y Casio en su reciente y desventurada campaña. Delio, que así se llamaba el mensajero encargado de esta comisión, al ver la peregrina hermosura de la reina y la rara discreción de su entendimiento comprendió al punto que no quería nunca desagradar á semejante mujer, porque caería en los lazos de su fascinadora coquetería. Dominado por este pensamiento, consagróse á hacerle la corte, instándola vivamente que fuese á Cilicia, presentándose de modo que realzase sus atractivos y exhortándola á que no temiese á Antonio, á quien le pintó como el más bondadoso y humano de los generales. Cleopatra le creyó con tanta mayor facilidad, cuanto que la experiencia de lo que le había pasado con Julio César y con Cneo, hijo de Pompeyo, la inducía á esperar que no había de costarle mucho cautivar el corazón de Antonio. En efecto, aquellos la habían conocido en los primeros años de su juventud, cuando aun no tenía ninguna experiencia de la vida, en tanto que Antonio la iba á ver á la edad en la cual la belleza de la mujer se halla en el apogeo de su esplendor y su entendimiento en el período de mayor claridad y agudeza.¹ Llevóse consigo ricos presentes y considerables sumas de dinero y rodeóse de aparato magnífico y del cual solo era capaz la soberana de un Estado tan floreciente como el suyo; pero ella fundaba sus mayores esperanzas en el prestigio de sus atractivos personales.

¹ Esto pasaba en 41 antes de J. C., en cuya fecha tenía Cleopatra 28 años.

Á cada momento recibia cartas de Antonio y sus amigos diciéndole que apresurase el viaje, mas ella no hizo el menor caso de estas misivas, y se puso á navegar tranquilamente por el Cidno en una nave que tenia de oro la popa, de púrpura las velas y de plata los remos. Marcábase el ritmo cadencioso de estos al sonido de flautas unido al de varias liras y caramillos. La reina, magníficamente ataviada á la manera que pintaban á la diosa Vénus, estaba muellemente acostada bajo un dosel recamado de oro y rodeada de graciosos niños vestidos de cupidillos, que agitaban en torno de ella el aire con preciosos abanicos. Las mujeres de su servidumbre, todas dotadas de sorprendente hermosura y vestidas de Gracias y Nereidas, estaban las unas junto al timon y las otras en los cordajes. Ondeaba por las márgenes del rio una nube embriagadora producida por los perfumes que se quemaban en la nave, á la cual seguia por tierra una inmensa muchedumbre atraida por tan extraordinario espectáculo. Tan grande fué la emocion que produjo la llegada de la reina que en un abrir y cerrar de ojos quedó desierta la plaza por haber corrido todo el pueblo á contemplar aquella poética embarcacion, dejando solo á Antonio en su tribunal y clamando que Vénus habia llegado para divertirse con Baco en bien del Asia. En cuanto hubo Cleopatra desembarcado, Antonio la invitó á cenar; pero ella replicó rogándole á su vez que accediese á hacerlo en su compañía y Antonio, que se picaba de galante, aceptó el convite. Allí quedó materialmente deslumbrado por el esplendor de un festin que, al decir de los historiadores, no ha tenido igual en tiempo alguno.

Aquella mujer diabólica logró subyugar de tal manera su espíritu que, traidor á su patria, le hizo donacion de varios Estados y degradando su respetable carácter vistióse á la usanza oriental, en tanto que ella se acostumbró á no parecer en público sino vistiendo las ropas consagradas á la augusta hermana de Osiris y aun no contenta con esto dió audiencia á su pueblo ostentando el dictado de *Nueva Isis*.

Estos excesos sirvieron admirablemente á Octavio para deshacerse de su importuno rival, harto desacreditado á los ojos de los romanos para que tomasen su defensa. Contóse que la guerra fué precedida de muchos y muy terribles agüeros. Pisauro, colonia fundada por Antonio á orillas del mar Adriático, desapareció tragándola la tierra. En Alba una estatua de mármol erigida á Antonio estuvo varios dias cubierta de un sudor tan copioso que no hubo medio de secarlo; estando Antonio en Patras cayó un rayo en el templo de Hércules y lo abrasó; en Atenas y en el lugar llamado Gigantomaquia, un torbellino de viento arrebató la estatua de Baco trasportándola al teatro. Antonio pretendia descen-

der de Hércules y gloriábase de imitar á Baco en todos sus actos, de manera que así como Cleopatra se titulaba *la Nueva Isis*, él se hacia llamar *el Nuevo Baco*. Por esta razon fueron muy comentados estos hechos acaecidos á las efigies de ambas deidades. La misma tempestad, desencadenándose sobre Atenas, derribó dos estatuas colosales de Atalo y Eumenes en cuyos pedestales habia inscrito el nombre de Antonio, respetando las demás. Pero lo que causó mayor alarma fué que en la galera capitana de Cleopatra, que ella llamaba *Antoniada*, habian hecho un nido unas golondrinas y luego acudieron otras que las echaron matando á sus pequeñuelos.

Estas aventuras de Marco Antonio y Cleopatra tienen alguna semejanza con las de Aquiles y aquella Penthesilea, hija de Ares y Otrera y reina de las amazonas, que despues de la muerte de Héctor voló á auxiliar á los troyanos y fué muerta por el impetuoso héroe, quien al contemplar su grande hermosura lloró sobre su cadáver, matando á Thersito que hacia burla de su dolor. Antonio no mató á Cleopatra; pero causó su muerte, por haberse prendado de ella despues de haberla buscado para castigarla.

Mientras tan siniestros presagios se observaban contra la fortuna de Antonio, César saliendo de su tienda antes de amanecer el dia de la batalla de Accio, encontró á un hombre que llevaba un asno del diestro. Preguntóle cómo se llamaba y el aldeano respondió: —Me llamo Eutico y mi asno Nikon, lo cual se tuvo por buen agüero, porque Eutico quiere decir *feliz* y Nikon *victorioso*. Por esto cuando Octavio hizo adornar más tarde aquel lugar con los espolones de las galeras que habia apresado, mandó erigir dos estatuas de bronce representando la una al campesino y la otra su jumento.

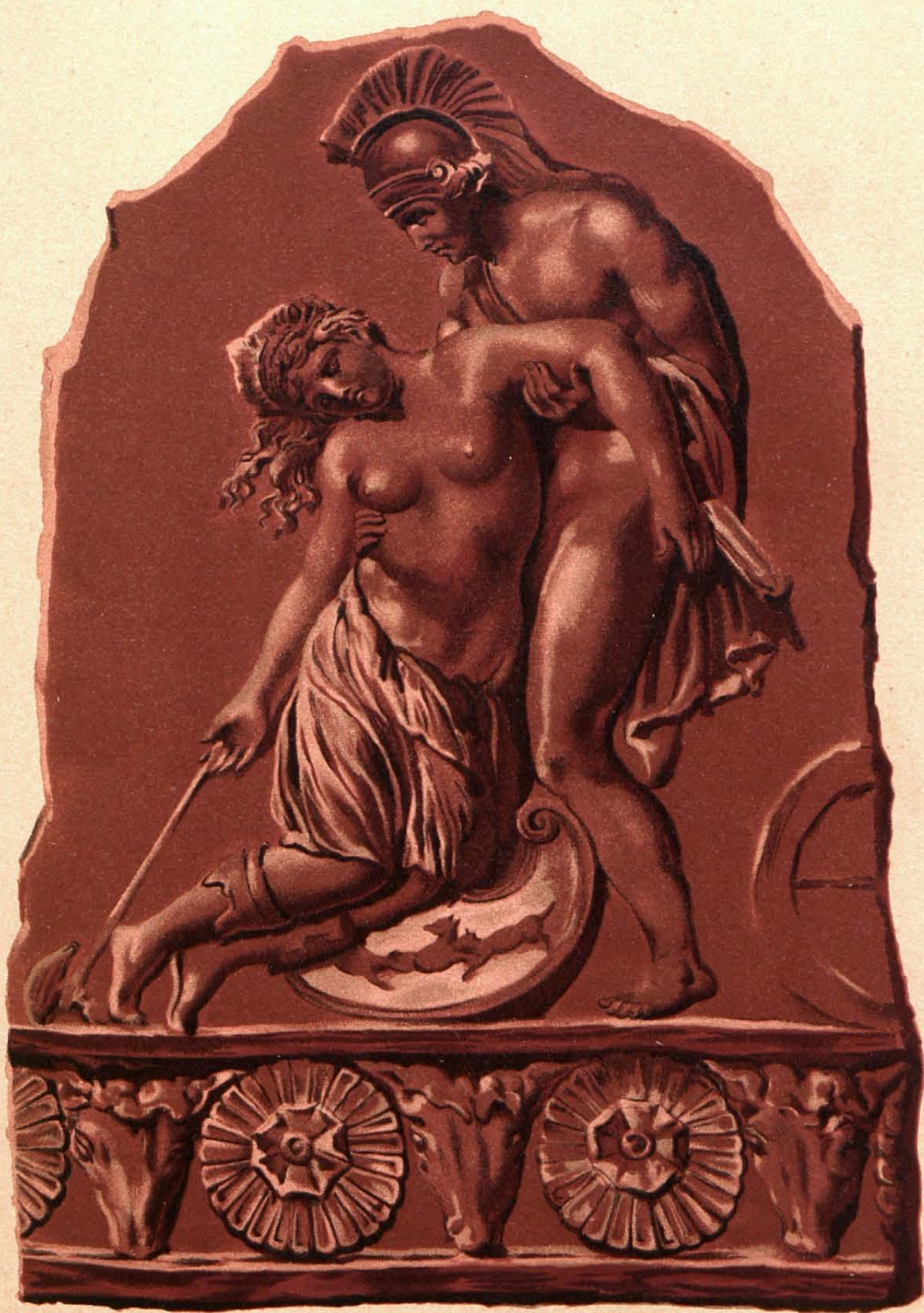
Desde esa memorable batalla de Accio á cuya pérdida tanto contribuyó Cleopatra, primero empeñándose en que se diese un combate naval cuando Antonio tenia asegurada en tierra la victoria y luego fugándose con sus naves en lo más recio de la pelea, la causa de su amante estaba irremisiblemente perdida. La reina y el triunviro procuraron por todos los medios conseguir el perdon de Octavio; pero ella que no tenia grandes esperanzas de conseguirlo, dedicóse al estudio de los venenos, acabando por descubrir que la muerte más dulce era la causada por la picada del áspid, que sumerge en un delicioso letargo en el cual se opera sin dolor el tránsito de esta á la otra vida. Luego hizo construir cerca del templo de Isis unos sepulcros magníficos y de grandiosas proporciones, haciendo que llevasen allí lo mejor de sus tesoros, como metales preciosos, esmeraldas, perlas, ébano, marfil y cinamomo, despues de lo cual hizo llenar esos monumentos de materias inflamables. Á todo esto continuaban las hostilidades, pues Octa-

de imitar a Baco en todos sus actos, de manera que cuando se titulaba *la Nueva Isis*, él se hacía llamar *el Nuevo Baco*. Por eso como fueron muy semejantes estos hechos acaecidos á las efigies de estos dioses. La misma desgracia desencadenándose sobre Atenas, derribó sus estatuas colosales de Baco y Hércules en cuyos pedestales habia inscrito el nombre de Antonio. Como a las demas. Pero lo que causó mayor alarma fué que en la galera de Cleopatra, que ella llamaba *Antoniada*, habian hecho un nido unas palomas y luego acudieron otras que las echaron matando á sus pequeños.

Esas cosas que á Antonio y Cleopatra tienen alguna semejanza con las de Ares y Afrodita, Hércules, hija de Ares y Otrera y reina de las amazonas, por donde se ve que Hércules vino á auxiliar á los troyanos y fué muerto por el mismo Ares, quien al contemplar su grande hermosura lloró sobre su cadáver. Por eso que hacia burla de su dolor. Antonio no mató á Cleopatra por eso, por haberse prendado de ella despues de haberla herido, para lo mismo.

Mientras tan que se peleaban se observaban contra la fortuna de Antonio, Cesar saliendo de la batalla antes de amanecer el día de la batalla de Accio, encontró á un hombre que llevaba un asta del diestro. Preguntóle como se llamaba y el soldado respondió: — Me llamo Eutico y mi amo Nixon, lo cual se tuvo por buen agüero, porque Eutico quiere decir *feliz* y Nixon *victorioso*. Por esto cuando Octavio hizo adornar mas tarde aquel lugar con los espolones de las galeras que habia apresado, mandó erigir dos estatuas de bronce representando la una al campesino y la otra su jumento.

Desde esa memorable batalla de Accio á cuya pérdida tanto contribuyó Cleopatra, primero empenándose en que se diese un combate naval cuando Antonio tenia asegurada en tierra la victoria y luego fugándose con sus naves en lo más recio de la pelea, la causa de su amante estaba irremisiblemente perdida. La reina y el triunviro procuraron por todos los medios conseguir el perdon de Octavio; pero ella que no tenia grandes esperanzas de conseguirlo, dedicóse al estudio de los venenos, acabando por desear que la muerte más dulce era la causada por la picada del aspid, que causaba un delicioso letargo en el cual se opera sin dolor el tránsito de esta á la otra vida. Luego hizo construir cerca del templo de Isis unos sepulcros magníficos y de grandiosas proporciones, haciendo que llevasen allí lo mejor de sus tesoros, como metales preciosos, esmeraldas, perlas, ébano, marfil y cinamomo, despues de lo cual hizo llenar esos monumentos de materias inflamables. Á todo esto continuaban las hostilidades, pues Octa-



J. Seix, editor

J. Planella P^{to}

PENTHESILEA MUERE EN BRAZOS DE AQUILES.

Cerámica griega. Barro cocido del Museo del Louvre

Biblioteca Nacional de España



vio iba acercándose con su ejército á Alejandría. Antonio le envió un cartel de desafío, mas su rival le contestó que no tuviese empeño en batirse en duelo, pues otros medios tenia para deshacerse de la vida. Antonio, desesperado, resolvió venderla muy cara y aprestóse á combatir vigorosamente á su colega por mar y tierra.

Dícese que aquella noche, mientras la ciudad estaba sumida en el silencio y la consternacion, oyóse de súbito una lejana armonía de toda clase de instrumentos, acompañada de los penetrantes alaridos, las danzas de los sátiros y los cánticos de regocijo que solia haber en las fiestas de Baco. Parecia una procesion báquica que cruzaba estrepitosamente la ciudad avanzando hacia la puerta que miraba al campo de Octavio. Aquel cortejo misterioso salió por último de la ciudad por dicha puerta. Los que comentaron este prodigio conjeturaron que el dios á quien Antonio habia siempre procurado imitar, le abandonaba á su fatal destino.

Al dia siguiente al amanecer Antonio presentó batalla á Octavio; pero su armada y su caballería se pasaron al enemigo. Volvióse furioso á la ciudad, gritando que Cleopatra le hacia traicion; la reina despavorida, encerróse en el recinto de las tumbas, haciéndole decir que habia muerto y él entonces se traspasó con su propia espada. Como la herida no le habia causado instantáneamente la muerte, rogó á los que habian acudido á auxiliarle que lo acabasen de matar; pero todos huyeron espantados del aposento. Antonio murió teniendo aun el consuelo de despedirse de Cleopatra, la cual le puso en la tumba dando muestras del más profundo desconsuelo.

Octavio, despues de llorar el triste fin de su rival hizo todo lo imaginable para conseguir que Cleopatra consintiese en entregarse á fin de hacerla entrar en Roma detrás de su carro triunfal. Deseoso de halagarla, aunque muchos reyes é ilustres caudillos le habian pedido el cadáver de Antonio para tributarle honras fúnebres, no quiso quitarlo á la reina, que celebró sus funerales con regia magnificencia.

Cleopatra, que estaba informada de las intenciones de Octavio, pidióle permiso para ir á hacer efusiones fúnebres en la tumba de Antonio, cubrió la tumba de flores, besóla derramando amargas lágrimas y mandó que le preparasen un baño, despues sentóse á la mesa haciéndose servir una opípara comida. Aun no habia esta terminado, cuando entró en el comedor un labriego con un cesto en la mano. Los soldados de la guardia le preguntaron qué llevaba y él apartando las hojas que cubrian el cesto les enseñó unos higos hermosísimos. Alabáronlos los soldados y el rústico, sonriéndose maliciosamente, les invitó á que comiesen

de ellos, con que tranquilizada la guardia lo dejó pasar. Cuando Cleopatra se levantó de la mesa escribió una carta enviándola á Octavio, hizo salir á todos de su aposento ménos á sus dos camaristas y cerró la puerta. No bien empezó Octavio á leer la carta cuando los tiernos ruegos que le dirigia suplicándole que la dejase enterrar al lado de Antonio le hicieron comprender lo que habia hecho y envió inmediatamente á averiguar lo que hubiese ocurrido. Sin embargo, la muerte de Cleopatra fué tan rápida que al llegar los enviados de Octavio encontraron á los soldados de la guardia completamente ignorantes de todo. Entraron corriendo en el palacio y encontraron á la reina exánime en un lecho de oro, cubierta de sus reales vestiduras. Una de sus camaristas yacia muerta á sus piés; la otra, aunque sintiendo ya las ansias de la muerte, estaba arreglando la diadema de su soberana que se le caia de la cabeza.—*¡Magnífico!* exclamó irritado un oficial de Octavio.—*Si, magnífico*, respondió la camarista y *sobre todo muy digno de una mujer descendiente de tantos reyes*. Así diciendo cayó muerta á su vez á los piés de la cama.

Octavio se hizo seguir el dia de su triunfo por una estatua de Cleopatra con un áspid que le mordía el brazo. Con todo, admirado de su magnanimidad, mandó que la enterrasen al lado de Antonio con una magnificencia digna de su categoría y que se hiciesen unas buenas exequias á sus fieles camaristas.

Aconteció esta famosa tragedia el año 30 antes de J. C., quedando el antiguo reino de Egipto convertido en provincia romana.

Octavio se veia libre de todos sus rivales: el imperio estaba fundado.





MEDEA.

CAPÍTULO IV.

LAS CIENCIAS OCULTAS EN ROMA.

Orígen y supuesto poder de la magia. — Los magos y los sacerdotes en la antigüedad. — Catón y las *Ciencias Ocultas*. Favorino satirizando á los astrólogos. — La adivinación legal en Roma. — Los agoreros intrusos. — Credulidad de Paladio. — Predicciones célebres. — Augusto perseguidor de la magia. — La hechicera, descrita por Horacio. — Los emperadores persiguen á los magos, astrólogos y adivinos. — Supersticiosa credulidad de Tiberio, Neron, Vespasiano y Adriano. — Alejandro Severo y muchos de sus sucesores creen en la magia y la astrología. — Los Clásicos romanos y las *Ciencias Ocultas*. — Los *lares* y los *lemures*. — El culto de los vientos y las tempestades. — Los dioses del mundo inferior. — Júpiter *Elicio*.



PODRÍAMOS definir en sucintos términos la *Magia* diciendo que es un arte misterioso ó, si se quiere, una ciencia oculta, con cuyo auxilio pretende la impostura avasallar las fuerzas de la naturaleza. Como estas las han considerado todas las religiones como dependientes del soberano albedrío de la Divinidad, siempre se ha tenido la tal profesion por misteriosa y execrable, sin que á sus detractores se les haya ocurrido parar mientes en la singular contradicción en que caían al vituperar con horror y es-

cándalo las prácticas que diariamente aplaudian en los templos á causa de admitirlas el culto legalmente reconocido.

Ya lo hemos dicho al tratar de las supersticiones de los griegos: los magos no fueron más que los rivales de los sacerdotes; los ministros de una religion misteriosa porque estaba proscrita y que celebraban en las sombras de la noche ó en el recato de un escondido local los ritos que la secta vencedora no les permitia celebrar á la luz del dia y á la faz de un pueblo á quien se habia obligado á renegar de sus antiguas deidades, convertidas por la nueva ortodoxia en genios infernales, en númenes maléficos, en diabólicas potestades.

Pero la *Magia* deriva tambien de otra causa profundamente característica en el Gentilismo. Con arreglo á la noción que los antiguos se habian formado de la Divinidad, érale dado al hombre violentarla, sometiéndola á su antojo y de ahí las exorbitantes pretensiones de los magos, que hoy asombran y escandalizan á toda persona medianamente ilustrada. Ya hemos visto cuán terribles maceraciones se imponia la piadosa mansedumbre de los anacoretas de la India para dominar las fuerzas naturales; pero recuérdese la soberbia impía de Ravana, que despues de sujetarse por un increíble espacio de tiempo á crueles pruebas se prevale del poder que sus méritos le granjearon para atreverse á medir sus fuerzas con las del mismísimo Indra. Los griegos y los romanos no se conformaban jamás con los agüeros desfavorables que las víctimas les presentaban, repitiendo con infatigable constancia los sacrificios hasta que aparecia un signo propicio que desvaneciese la mala impresion causada por los anteriores aruspicios.

Únicamente el Cristianismo ha proclamado la omnipotencia de un Dios á quien solo aplaca el arrepentimiento, á quien solo agrada la mansedumbre y ante el cual solo la humildad es grande y santa y gloriosa.

Ese supuesto poder de los magos alcanzaba á todo: á arrancar á las constelaciones de los astros los arcanos de lo venidero; á descubrir en las entrañas de la tierra los escondidos tesoros que avara recela; su varilla prodigiosa evocaba los muertos haciéndolos salir de la tumba envueltos en sus sudarios para departir con los mortales acerca de los misterios de la otra vida.....

Así dice Odin:—Yo sé palabras que ningun hijo de hombre conoce: palabras que desvanecen el pesar y los sufrimientos, que embotan el filo de las armas, quebrantan las cadenas, apaciguan la tempestad y curan las heridas; yo encanto los vientos que agitan las nubes y los calmo con una sola mirada. Bástame trazar algunos caracteres sagrados para evocar los habitantes de las tumbas y rociar con agua al recién nacido para hacerlo invulnerable. Yo revelo la naturaleza de los dioses, los hombres y los genios; yo despierto el deseo hasta en el

corazon de la más recatada doncella; yo sé hacer que me quiera eternamente aquella á quien yo amo y poseo un secreto que no descubriré sino á mi hermana ó á la mujer que me haya tenido en sus brazos.

Tal era el lenguaje de los magos, cuya soberbia manifestaba audazmente la impía y jactanciosa pretension de usurpar los tributos de la Divinidad. Los progresos de la civilizacion han dado al traste con tan desatinada presuncion; pero en ciertas épocas el sacerdocio ha continuado embaucando á los incautos, monopolizando el ejercicio del poder sobrenatural, mientras obligaba con sus persecuciones á los hechiceros á cultivar en secreto sus artes ocultas. Preciso es confesar que la natural propension del espíritu humano á prendarse de todo lo anormal y misterioso, ha hecho en todos tiempos que fuese extremadamente productiva esa profesion tan enérgicamente anatematizada por todas las religiones de la tierra.

Por lo demás, hay mucho que decir acerca de los calificativos con que se ha designado á las personas que pretendieron dominar á su antojo á la madre naturaleza. Aun prescindiendo de que el hecho extraordinario que se llamó milagro del cielo cuando pretendia el sacerdocio haberlo alcanzado con sus plegarias se denominó obra diabólica si éste no reivindicaba su paternidad y la ignorancia la achacaba al arte de los hechiceros, debe tenerse en cuenta que hay en la historia tipos y sucesos diversamente juzgados segun la variedad de los tiempos. Hemos explicado algunos ritos que parecen tenebroso engendro del mismísimo infierno y que sin embargo subsistieron por espacio de muchos siglos como la más pura y correcta manera de tributar la adoracion á la Divinidad; Homero llama diosa á Circe y Diodoro, Teócrito y Virgilio la designan con el epíteto de maga; Orfeo y Anfiton fueron considerados por mucho tiempo como seres semi-divinos y más tarde se atribuyeron al poder de la magia los portentos que de ellos referia la tradicion helénica.

Ese epíteto de *mago* ha sido muy á menudo una manifestacion de la intolerancia religiosa, prodigándose como una tremenda acusacion de impiedad que casi siempre traia consigo una condenacion capital. Desde los indios, que llamaron á la magia la ciencia de los ángeles caidos, hasta los cristianos, que han identificado á cada uno de los dioses del Paganismo con uno de los demonios del infierno, todas las religiones han calificado de magos á sus rivales, designando á sus ministros con el nombre de tales en son de horror y vilipendio. Tal fué la suerte de los caldeos al ser vencidos por los persas; la de los magos despues de la persecucion que en otro lugar relatamos; la de los etruscos y los sabinos al ser subyugados por los romanos; la de los primitivos cristianos, víctimas de

su fervor por una religion que debia trasformar la faz del mundo y era considerada por los poderosos de la época como una magia abominable y tal ha sido en fin, el triste síno de las deidades adoradas por las naciones septentrionales de Europa y el de la tan asendereada raza judaica.

En Roma, como en Grecia, no sufrió la magia tantos ataques de los filósofos ni se vió tan expuesta á los sarcasmos de los poetas despreocupados como la religion oficial, fenómeno que se explica perfectamente si se considera cuán eficaz debia ser el velo del misterio para preservarla de las diatribas de los incrédulos y cuán arraigada tendria que estar la supersticion en el ánimo de los cuidados que recurrían á la ciencia de los magos en vez de impetrar el auxilio de los sacerdotes.

Sin embargo, no dejaron de oirse de cuando en cuando algunas voces elocuentes condenando con entereza las supercherías de las *ciencias ocultas*. Caton, en el capítulo V de su *Economía rural*, dice tratando de los deberes de los mayordomos: «Aleje á los parásitos; no consulte á arúspice ni á augur; á astrólogo ni á adivino.»

Caton, floreció, como es sabido, en los siglos III y II antes de J. C. Aulo Gelio que, segun se cree, vivió en el siglo II de nuestra Era, zahirió á los astrólogos con singular talento y vehemencia, siendo muy dignas de leerse sus reflexiones, como un curioso compendio de los argumentos aducidos por la despreocupacion antigua contra el charlatanismo de los explotadores de la ignorancia.

«Un dia, dice, oí al filósofo Favorino razonar en griego con suma elocuencia contra aquellos que titulándose caldeos ó genethlianos se jactan de predecir lo venidero por la situacion ó el movimiento de los astros.... He aquí aproximadamente sus principales argumentos. No es la ciencia de los caldeos tan antigua como ellos pretenden, atribuyéndole imaginarios fundadores. Todo este charlatanismo ha sido invencion de algunos impostores que con tales embustes tuvieron la maña de ganarse holgadamente la subsistencia. Han visto que muchas cosas en la tierra experimentaban la influencia del cielo, que el Océano sigue á la luna y crece y decrece con ella y esto les ha bastado para inducirnos á creer que todos los acontecimientos que acá suceden están enlazados con las estrellas y subordinados á su influencia. ¡Qué desatinado absurdo! No hay duda que el movimiento del Océano concuerda con el curso de la luna; pero ¿debemos deducir de esto que el litigio suscitado entre dos propietarios ribereños acerca de la propiedad de la corriente de agua ó entre los dueños de dos predios vecinos acerca de la pared medianera haya de depender del cielo cual si á él le uniera una misteriosa cadena? Pero supongamos que existe ese vínculo entre las cosas del cielo y las de la

tierra. Aun así ¿podría descubrirlo el entendimiento humano en el decurso de tan efímera existencia? Todo lo más que podría hacer sería formular algunas conjeturas groseras, sin fundamento ni enlace, vagas y arbitrarias, mediante la observación de lo que pudiese distinguir su vista al través de la niebla que vela los objetos. Mucho, á fe, se estrecharía la distancia que separa á los dioses de los hombres si á estos les fuera dable descifrar los arcanos de lo venidero.

»Mas ¿qué diremos de la observación de los astros, base y fundamento de la ciencia astrológica? Si los primeros astrólogos, los caldeos, en sus largas peregrinaciones observaron las estrellas, sus movimientos, sus órbitas y sus conjunciones y han descubierto la influencia de todas estas cosas, ejerced en buen hora la astrología, pero en la misma latitud en que lo hicieron los caldeos, pues su ciencia no puede ser aplicable á todas las latitudes. La inclinación y la convexidad del globo divide el cielo en zonas y círculos innumerables: principio vulgar que nadie ignora y por consiguiente, aun admitiendo que los dioses y los hombres sientan la influencia de los astros, no podemos ménos de advertir que estos no producen en todas partes á un tiempo el calor y la helada, sino que esparcen por el globo una gran variedad de temperaturas haciendo reinar á la vez la tempestad y la bonanza. ¿Por qué, pues, no habría de ser también distinta su influencia en los acontecimientos según que estos se realizasen en Caldea ó en Gétulia, en las márgenes del Danubio ó en las riberas del Nilo? Es imperdonable inconsecuencia creer que la atmósfera cambia de estado y de naturaleza según la inclinación del cielo y que, sin embargo, los astros ejercen la misma acción sobre los terrenos acontecimientos y anuncian de igual modo lo venidero, sea cual fuere el punto desde el cual se les observe. Por otra parte ¿á quién no se le ocurre que esas estrellas comunmente llamadas *erraticæ* y que Nigidius llama *errones* observadas según unos por los caldeos y los babilonios y según otros por los egipcios, han de ser mucho más numerosas de lo que se ha dicho? ¿No es posible que haya otros planetas de igual influencia, que solo imperfectamente nos es dable distinguir ó que escapan á la percepción del hombre por su exigüidad ó por su inmensa distancia? Astros hay solo perceptibles para los habitantes de una parte del globo y completamente ignorados de los que moran en otro hemisferio.

»Pero, dando de barato que solo hayan tenido que observarse ciertas estrellas, en una latitud determinada, pregunto yo, ¿cuál será el término de la observación? ¿Qué periodo de tiempo se considerará suficiente para comprender lo que anuncian las constelaciones, sus revoluciones ó su tránsito? Porque la astrología ha procedido sin duda de esta manera: ha observado en qué estado del cielo y bajo qué constelaciones nació el sugeto cuyo horóscopo debe trazarse y á

medida que el tal ha ido entrando en años se han ido observando también su fortuna, sus costumbres, su genio, los varios accidentes que le han acontecido y por último su muerte, apuntándose todas estas cosas á medida que iban sucediendo. Entonces, después de una larga experiencia, ha sido juzgado que, en igualdad de circunstancias, otro hombre tendría las mismas inclinaciones y el mismo destino. ¿Es así cómo se ha procedido, cómo se ha compuesto el arte de la astrología? Pues yo afirmo que con semejante procedimiento no podía llegarse á ninguna conclusión práctica. Ó sino díganme cuántos años, cuántos siglos se han necesitado para recorrer tan dilatado círculo de observaciones. Todos los astrólogos convienen en que las estrellas errantes, que son las que revelan el sino de los mortales, no reaparecen en la misma situación respectiva sino á la postre de un infinito número de años y ya se comprenderá que ni es posible observarlas en tan prolongado espacio de tiempo, ni puede existir por tanto tiempo un libro que registre tan multiplicadas observaciones.

»Hay más todavía. Es obvio que la constelación bajo la cual fuimos concebidos no es la misma que reinaba nueve meses después en el instante de nuestro nacimiento y esto nos precisa á hacer una doble observación por cada individuo si es verdad, como pretenden los astrólogos, que nuestros destinos varían según la disposición y los movimientos de las mismas estrellas. Y aun debería tenerse en cuenta la constelación reinante el día que se unieron los esposos, pues su influencia debió ser decisiva en el carácter y el destino del niño que había de nacer de ella. ¡Qué digo! mucho antes que viniesen al mundo el padre y la madre ya hubo de conjeturarse lo que debían ser los que más adelante naciesen de ellos y así sucesivamente remontando la serie de los tiempos de una manera indefinida. De manera que por poco sólida que sea la base de este arte, cien siglos antes de nosotros, ó mejor, desde el primer día del cielo y del mundo, descendiendo luego hasta nosotros, los astros han debido anunciar por medio de señales sucesivas que han ido renovándose de una á otra generación, la suerte y la condición del niño que nace en este día. Pero ¿cómo es posible creer que cada una de las condiciones de los planetas no esté destinada á influir sino en la vida de un hombre, de un solo individuo y que esta disposición no reaparezca sino á la vuelta de muchos siglos, en tanto que las señales que anuncian á ese hombre el mismo destino se renuevan perfectamente y á cortos intervalos á cada generación á pesar de haber variado el aspecto de los cielos? Sí así es, si admitimos que esa diversidad en todas las épocas, desde los tiempos más remotos, anuncia los primeros destinos del hombre futuro, esa diversidad perturba la observación y enreda y confunde la ciencia.

»De buen grado les hubiera perdonado Favorino á los astrólogos su opinion acerca de los accidentes producidos por agentes externos é independientes de nuestra voluntad; mas no podia llevar con paciencia que sostuviesen que nuestras determinaciones, nuestras libres y diversas voluntades, nuestros apetitos y nuestras aversiones, los súbitos impulsos que hasta en las cosas más insignificantes nos llevan hacia un objeto ó nos apartan de él proceden de lo alto y que el cielo es quien mueve é impulsa nuestra voluntad.—De suerte, decia él, que cuando determinais ir al baño, ó cuando resolveis no hacerlo, no podeis atribuir estos fenómenos á vuestra libre voluntad, sino á un efecto del movimiento alternativo de los astros errantes. Así los hombres no son ya, como generalmente se cree, animales dotados de razon, sino juguetes, ridículos muñecos destituidos de espontaneidad y de libre albedrío: los planetas llevan las riendas y conducen el carro. ¡Cómo! ¿se ha podido predecir con certeza quién seria vencedor de Pirro ó Manio Curio! Entonces todo viene á reducirse á un juego de azar. Si saben las cosas grandes, ignoran las pequeñas, que son ménos perceptibles; pero si tal es su pretension, les preguntaré qué grandeza presentan nuestros pequeños intereses y nuestros destinos en el ancho seno de la naturaleza, en la universalidad de los seres. Les preguntaré tambien: si el instante en que el hombre nace y experimenta la influencia de los planetas es tan rápido y tan efímero que no puedan nacer muchos niños en aquel mismo momento, hallándose el cielo en igual estado para todos y quedando por consiguiente sujetos tambien todos á un mismo destino si cuando nacen dos hermanos gemelos no experimentan entrambos la misma influencia astrológica. Ese instante que vuela y se desvanece, escapando hasta el pensamiento ¿cómo seriais capaces de calcularlo y distinguirlo? ¿No confesais que en las precipitadas revoluciones de los días y las noches, los instantes más cortos engendran grandes cambios? Por último, Favorino les presentaba este argumento: Varias personas de distintos sexos y de diferentes edades, nacidas bajo diversos movimientos planetarios y á gran distancia unas de otras mueren juntas y por efecto de un mismo acontecimiento, en el fondo de un abismo, bajo un techo que se desploma, en el saco de una ciudad ó en el naufragio de una nave en la cual iban embarcados... ¿Podria suceder esto si el instante del nacimiento decidiese del destino de los hombres? Tal vez me replicarán que si esos tales nacieron en diversas épocas, en cambio pudieron experimentar los efectos de un mismo concurso de causas astrológicas que los sometiese á un destino igual en vida y en muerte. Pero entonces yo replicaré á mi vez preguntando en qué consiste que nunca se reuna semejante igualdad de concursos planetarios para producir varios Sócrates, Antistenes y Platones, semejantes en el nacimiento,

el cuerpo, el ingenio, las costumbres, la vida y la muerte. Si esto es imposible no serán capaces de explicar cómo puede ser igual la muerte para varios individuos que tuvieron diferente nacimiento y diversa existencia.

»Por otra parte Favorino aun les hacia gracia de un poderoso argumento, pues no les preguntaba: ya que para el hombre el origen y la causa de la vida, de la muerte y de todos los acontecimientos está en el cielo, en los planetas, ¿qué diremos de las moscas, los gusanos, los erizos y otra multitud de animalejos que viven en la tierra ó en el mar? ¿Experimentan al nacer las mismas influencias que el hombre? ¿Hállase sujeta su muerte á las mismas leyes? Esta pregunta hubiera puesto á los astrólogos en la alternativa de confesar que el movimiento de los cuerpos celestes regula los destinos de las ranas y los mosquitos ó de explicar por qué influyen los astros en el destino del hombre y no en el de los demás animales.

»Yo he relatado todo esto en pobre y árido estilo; pero Favorino, cuyo ingenio es bien conocido, poseía el donaire y la riqueza de la elocuencia griega, brotando de sus labios las palabras con singular abundancia y brillante atractivo. De cuando en cuando nos advertía que estuviésemos prevenidos para que esos hipócritas no lograsen sorprender nuestra credulidad con esas verdades que andan barajadas con los embustes de sus discursos. Porque lo cierto es que propalan lo que nunca vieron, ni definieron, ni comprendieron. No parece sino que en medio del laberinto de sus azarosas conjeturas avanzan paso á paso entre la verdad y la mentira, como rodeados de densas tinieblas. Á fuerza de tentativas aconteceles alguna vez tropezar con la verdad sin darse cuenta de ello; pero las más de las veces explotan la excesiva confianza de los que les consultan sorprendiendo así hábilmente la verdad; por esto adivinan mucho mejor lo pasado que lo venidero. Pero, en resolución, todas estas verdades que les proporcionan el azar ó la astucia están, con respecto á sus mentiras, en la relacion de una á mil.

»Esta opinion que Favorino manifestó en mi presencia la profesan tambien muchos de nuestros antiguos poetas que zahirieron tambien el mentido y capcioso arte de la astrología. Véase, sino, lo que dice Pacuvio ¹. *Si hay hombres capaces de predecir lo venidero, esos tales son iguales á Júpiter*. Y Accio ² dice tambien: *No doy ningun crédito á los augures que llenan de palabras los oídos del prójimo para llenar de oro sus casas*.

»Como esos poetas, deseaba Favorino apartar á la juventud de los fabricantes de horóscopos y de todos esos adivinos que pretenden poseer el arte ma-

¹ Este poeta floreció el siglo III antes de J. C.

² Siglo II id.

ravilloso de leer en lo venidero. Su conclusion era esta: una de dos, ó bien esas gentes han de predecirnos bienes ó deben vaticinarnos males: si es lo primero y os engañan, os causan el pesar del desencanto; si es lo segundo y sale acertado el pronóstico, empezareis á ser desgraciados antes de realizarse, por el solo temor de la desgracia que os amenaza. Si fué favorable el agüero y acaba por realizarse, aun así habréis sufrido dos inconvenientes: el de la ansiedad con que habréis esperado su confirmacion y el de no haber gozado el placer de la agradable sorpresa que el destino os reservaba. De todo lo cual deducia que lo más discreto es no tener ninguna clase de relaciones con los que se dedican á hacer profecías.¹

Este discurso, dotado de todo el vigor del buen sentido, puede repetirse á los impostores de nuestra época, ya que para mengua de una generacion que tanto blasona de despreocupada, aun hay quien cree en tan necios absurdos.

El mismo lenguaje usaron Ciceron, Ennio, Plinio el antiguo y otros grandes pensadores de Roma; pero como la credulidad del vulgo es infinita en materia de supersticiones y en este punto pertenecen al vulgo muchos que presumen de ladinos y despreocupados, los astrólogos, los magos y adivinos de todo jaez continuaron haciendo su agosto á pesar de los irrefutables argumentos de los filósofos y los sangrientos epigramas de los poetas satíricos.

Ya hemos visto hasta qué punto sancionaban y reglamentaban las leyes romanas la adivinacion ejercida en provecho y utilidad del Estado, circunstancia que no podia ménos de legitimar á los ojos de los supersticiosos la curiosa credulidad que los llevaba á consultar á esos charlatanes, que en muchas ocasiones ejercieron una funesta influencia en los sucesos políticos de la república y el imperio. Cuando Catilina pretendia conseguir á todo trance, que el procaz y licencioso Cornelio Léntulo tomase parte en su conjuracion, le envió una cohorte de adivinos y pseudo-profetas que acabaron de corromperle, explicándole varias predicciones y oráculos que decian haber sacado de los libros sibilinos y que, segun ellos, anunciaban que Roma debia tener por señores á tres Cornelios.— Dos de ellos, decian, han cumplido ya su destino, que son Cinna y Sila: tú eres el tercero á quien la fortuna llama á ocupar el trono.²

Esa plaga de los magos y agoreros *extra-legales* dió mucho que hacer en todas épocas á los gobiernos de Roma. Tito Livio refiere que en el año 321 de la fundacion de aquella ciudad, que fué el 431 antes de J. C., hubo una sequía tan extraordinaria que se veian muertos en los alrededores de los manantiales y los

¹ AULIO GELIO, *Noches áticas*, lib. XIV, cap. I.

² PLUTARCO, *Vida de Cicerón*.

arroyos rebaños enteros, en tanto que muchos otros eran atacados por la inmunda enfermedad de la sarna, contagiando luego á los hombres del campo y por último á los de la ciudad. Mientras sufrían los cuerpos tan cruel y repugnante epidemia, invadió los ánimos una multitud de ideas supersticiosas procedentes casi todas de extranjeras naciones. Todos los que especulaban con la credulidad humana dieron en profetizar introduciendo en las casas nuevos y extraños sacrificios, llegando á tal punto el escándalo que los principales ciudadanos se escandalizaron de ver en todas las calles y en todas las capillas emplearse prácticas exóticas é inusitadas para apaciguar la cólera de los dioses. Entonces se tomaron severas disposiciones, ordenándose á los ediles que velasen para que solo fuesen adorados los dioses de Roma con arreglo al culto nacional.¹

Este horror que inspiraban á los romanos los ritos inusitados con que se tributaba culto á exóticas deidades, procedía en gran parte del que les infundían los sortilegios y maleficios en los cuales creían ciegamente, pues tales les parecían todas las prácticas religiosas no usadas ni admitidas por el sacerdocio. Podríamos citar muchísimos textos que dan fe de esta medrosa creencia de los romanos en el poder de la hechicería, creencia que se halla vivamente descrita en las primeras páginas de la hermosa novela *la Metamórfosis* de Apuleyo. Paladio, en su tratado de agricultura, aconseja muy gravemente el empleo de varias operaciones mágicas para preservar los vegetales de la injuria de los metéoros y los animales dañinos.²

Esta fe en lo sobrenatural era tan robusta que, cuando los progresos de la filosofía minaron el prestigio de la adivinación oficial, la credulidad pública puso en boga la ciencia falaz de los caldeos y aunque fueron perseguidos por las autoridades, presto cobraron extraordinario ascendiente entre las más opulentas y calificadas familias, las cuales no acometían ninguna empresa de importancia sin consultar á los astrólogos orientales. Ellos informaban acerca de la conveniencia de los enlaces que se proyectaban, ellos sacaban el horóscopo de los recién nacidos, ellos decidían si debía ó no emprenderse un negocio, por manera que con achaque de vaticinar el éxito de los asuntos acabaron por ser los árbitros y los directores de las más ilustres familias del patriciado. Léanse las biografías de los emperadores romanos relatadas por Suetonio y se verá cuán extendida debía estar en Roma esta superstición cuando los astrólogos eran admitidos y consultados con tanto empeño hasta en el palacio de los Césares. Los triunfos y la muerte de estos, la futura elevación de los que debían sucederles en la gobernación del

¹ TIT. LIV., lib. IV. cap. 30.

² *De re rustica*, lib. I, cap. 35.

mundo, fueron muchas veces vaticinados por los profetas de cámara. Tácito refiere que los astrólogos fomentaban pérfidamente los ambiciosos designios de Oton diciéndole que los cuerpos celestes le vaticinaban inmarcesible gloria y exclama indignado que esa clase de hombres es funesta para los príncipes, á los cuales hacen traicion y para los ambiciosos á quienes engañan; pero que no obstante la prescripcion legal que sobre ellos pesaba constantemente no habia medio de sacarlos jamás de Roma. Cuenta asimismo que el departamento reservado de Popea estaba siempre lleno de astrólogos, *la peor clase de huéspedes que puede frecuentar la casa de un emperador*. Uno de ellos, llamado Tolomeo, que acompañó á Oton en España, le habia predicho que sobreviviria á Neron; luego, prevaleiéndose del cumplimiento de su vaticinio, le persuadió que subiria al trono. Fundábase al decir esto en los rumores que á la sazón circulaban y en las conjeturas de los hombres políticos que basaban sus cálculos en la vejez de Galba y la juventud de Oton; pero éste atribuia todo el mérito de la prediccion á la habilidad del astrólogo y tomábala como un aviso del cielo *merced á la manta del espíritu humano que nada cree tan firmemente como lo que ménos alcanza á comprender*.¹

Pero nada puede dar una idea tan clara de la influencia que llegaron á adquirir los astrólogos y los adivinos en la alta sociedad romana, como el relato que hace Suetonio de los prodigios que auguraron la futura grandeza de Augusto. Habiendo caido antiguamente un rayo en los muros de Velitres, habia dicho el oráculo que un ciudadano de esta poblacion llegaria al poder supremo. Animados por esta prediccion, los habitantes de esta ciudad emprendieron contra los romanos una guerra encarnizada que los puso al borde de su total ruina. Mucho tiempo despues se comprendió que el tal oráculo se referia á la futura grandeza de Augusto. Julio Marathus referia que pocos meses antes de su nacimiento todos los habitantes de Roma observaron un prodigio que significaba que la naturaleza iba á dar á luz un rey para el pueblo romano. Asustóse el senado con la prediccion y prohibió que se criase á los niños que naciesen aquel año; pero las familias interesadas en el asunto lograron que no se llevase á los archivos el senado consulto. Refiriéndose luego á un tratado acerca de las *Cosas divinas* que habia escrito Asclepiades Mendes añade Suetonio que Atia, madre de Augusto, fué una noche á ofrecer un sacrificio solemne en el templo de Apolo y habiéndose dormido mientras se retiraban las otras mujeres, tendióse junto á ella una serpiente, retirándose al cabo de un rato. Al despertarse Atia

¹ TÁCITO, *Hist.* I, 22.

purificóse como si acabase de salir de los brazos de su marido y desde este momento llevó impresa en el cuerpo la imagen de una serpiente, mas de un modo tan indeleble que no se atrevió á presentarse nunca más en los baños públicos y al nacer Augusto al cabo de diez meses se le tuvo por hijo de Apolo. Antes de tenerlo soñó Atia que sus entrañas ascendían hacia los astros y abrazaban toda la extensión de la tierra y los cielos, en tanto que Octavio, padre de Augusto, soñaba también por su parte que salía un rayo de sol del seno de su esposa. El día de su nacimiento deliberábase en el senado acerca de la conjuración de Catilina y habiendo acudido tarde Octavio á la sesión á causa del parto de su mujer, el senador Nigidio Fígulo, hombre muy versado en la astrología, no bien supo la causa de este retardo y la hora del nacimiento declaró que acababa de nacer el señor del universo.

Más adelante, hallándose Augusto en Apolonia en compañía de Agripa, subieron entrambos al observatorio del astrólogo Theogenes, quien al consultarle Agripa le predijo una serie de prosperidades tan admirables y maravillosas que Augusto, temeroso de que la estrella de éste eclipsase la suya, no quiso manifestar el día ni las particularidades de su nacimiento hasta que hubo de ceder mal de su grado á las reiteradas instancias del astrólogo. Apenas le hubo éste oído cuando alzándose de su asiento se postró adorándole como á un dios. Esta escena infundió tal confianza á Augusto que hizo publicar su horóscopo y acuñar una medalla de plata con el signo de Capricornio, que era la constelación reinante el día de su nacimiento.¹

Verdad es que Suetonio en el mismo libro nos dice que cuando Augusto después de la muerte de Lépido obtuvo el supremo pontificado, hizo reunir y quemar más de dos mil volúmenes de predicciones griegas y latinas que andaban en manos de todos, á pesar de ser muy contestable su autenticidad, no conservando sino los libros sibilinos, de los cuales aun no escogió sino algunos que guardó en dos cofrecitos dorados bajo la estatua de Apolo palatino.²

Este dato es muy importante, pues da una idea cabal de lo muy arraigada que estaba la credulidad, en punto á la eficacia de las ciencias ocultas, en esa época que todos los autores han pintado como extraordinariamente ilustrada con relación á los siglos anteriores de la civilización romana.

Horacio tiene una sátira en la cual pone en boca de Príapo un relato que no obstante la exageración poética consiguiente á esta clase de composiciones,

¹ Suetonio, *Vida de Octavio Augusto*, cap. 94.

² Id., *id.*, cap. 31.



J. Seix editor.

SUPPLICIO DE L. PITUANUS.

nos entera de las impías profanaciones y las prácticas repugnantes que en ese brillante reinado se atribuían á las hechiceras. «Los ladrones y los animales acostumbrados á frecuentar estos lugares, dice, no me causan tanta pena y tanto tedio como esas viejas asquerosas que con sus filtros y sus fórmulas mágicas perturban la mente de los hombres. No me es posible deshacerme de ellas, ni privarlas en cuanto muestra la luna su hermoso semblante de venir aquí á recoger huesos y plantas venenosas. Yo he visto con mis propios ojos á Canidia, alzando su negro vestido, descalza, esparcidos los cabellos, aullando con Saganá la mayor. Sus lívidos semblantes daban miedo; pusiéronse á arañar la tierra con las uñas y á destrozar con los dientes una oveja negra. La sangre caía en el foso para hacer subir las sombras de los muertos que debían responder al conjuro. También había una muñeca de lana y otra de cera; aquella era mayor y parecía querer castigar á esta, que estaba en actitud suplicante, servil y parecía como que esperaba la muerte. Entretanto una bruja evoca á la cruel Hécate y la otra á Tisifona y entonces habríais visto errar las serpientes y los perros infernales y la luna sangrienta para no presenciar tales impiedades desaparecer tras los grandes sepulcros...»¹

Por supuesto que esas profesiones de mago, astrólogo y adivino tenían sus quiebros, porque los emperadores se recelaban mucho de todos esos agüeros y vaticinios que se referían con suma frecuencia á los más graves negocios de Estado y á veces hasta á la sucesión del trono. Durante el segundo triunvirato expulsóse de Roma á todos esos cultivadores de ciencias ocultas; Tiberio hizo dictar un senado consulto reproduciendo la misma orden de proscripción y uno de los acusados, llamado L. Pitunius, fué precipitado de la roca Tarpeya y otro llamado P. Marcius fué llevado por orden de los cónsules fuera de la puerta Esquilina, en donde le ajusticiaron con un antiguo suplicio del tiempo de la República.²

Sin embargo, refiérese de este sombrío y extravagante tirano que estaba entregado en cuerpo y alma á la astrología y que el rayo le asustaba de tal manera que, cuando oía tronar ó solamente veía nublarse el cielo se ponía una corona de laurel, rindiendo tributo á la preocupación vulgar de que este vegetal tenía la virtud de preservar del fuego del cielo.³ Este era el mismo príncipe que había prohibido las ceremonias religiosas importadas del extranjero, como los ritos egipcios y judaicos, obligando á los que los practicaban á quemar sus

¹ HORACIO, *Sát.*, VIII, lib. I.

² TÁCITO, *Anal.* lib. II, cap. 32.

³ SUET. *Tib.*, 69.

vestidos y todos los objetos de su culto; el mismo que habia diseminado á la juventud hebrea, pretextando necesidades del servicio, por las provincias más insalubres, expulsando de Roma al resto de la nacion judía y á todos los afiliados en semejantes sectas, só pena de eterna servidumbre; el mismo, por último, que habia desterrado á todos los astrólogos, no permitiendo su vuelta sino cuando le hubieron prometido que cesarian de ejercer ese arte ¹ cuyo carácter misterioso alarmaba la suspicacia del despotismo. Tácito nos ha explicado las luchas supersticiosas de ese famoso tirano y los crueles procedimientos que empleaba con los cuitados que se preciaban de poderle revelar los ocultos decretos del destino. Siempre que se le ocurría el capricho de consultar á un astrólogo, subía á la parte más elevada de su casa que dominaba un terreno cubierto de sendos peñascos. Un atlético liberto que no sabia leer y era el único que se hallaba en el secreto, le llevaba, conduciéndolo por escarpados rodeos, el hombre cuya ciencia se proponía el emperador poner á prueba. Si éste al terminar la entrevista creía que áquel cuitado era un ignorante ó un impostor, el liberto arrojaba al mar al astrólogo sepultando con su cuerpo en el seno de las olas el secreto del César. Por los mismos senderos llevaron un día á presencia de éste á Thrasylo, quien prometió á Tiberio el imperio del mundo, revelándole muy hábilmente lo venidero. Maravillado éste de sus respuestas, preguntóle si se habia sacado su propio horóscopo y qué pensaba del año y el día en que estaba. Observó de nuevo el astrólogo la posicion de los astros, ó mejor, miró en torno suyo, advirtiéndole su situacion, demudóse y declaró por último que el momento era crítico y que casi tocaba á su última hora. Entonces Tiberio le abrazó, tranquilizándole respecto al peligro que habia entrevisto y considerando desde entonces sus predicciones como un oráculo, le honró siempre más con su íntima confianza. ²

Muchos ejemplos citan los historiadores romanos de la intolerancia de los Césares con los magos y los astrólogos; ³ pero no abundan ménos los testimonios de la supersticiosa credulidad con que consultaban los señores del mundo á los cultivadores de las ciencias ocultas. De Tiberio nos cuentan, además de lo que acabamos de relatar, que apeló á los auxilios de la magia para acabar con el infortunado, valiente y virtuoso Germánico y que junto al palacio de éste se habian encontrado fragmentos de cadáveres humanos arrancados del sepulcro, cenizas sangrientas, talismanes, caracteres mágicos, tablillas de plomo en las cuales se habia grabado el nombre de Germánico, cual si no hubiese inspirado

¹ Suet. *Tib.*, cap. 36.

² Tácito, *Anal.*, VI, 21.

³ *Id.*, *id.*, XII, 22; XVI, 30; II, 27; VI, 29; XII, 59, etc.

entera confianza el veneno que se le habia propinado para cortar el hilo de su gloriosa existencia. ¹ De Neron nos dice Plinio ² que se habia hecho instruir por famosos encantadores *con la mira de reinar sobre los dioses como lo hacia sobre los hombres* y Suetonio que cuando aquel monstruo de crueldad y de lujuria hubo consumado el asesinato de su madre, confesó que la sombra irritada de Agripina le perseguia por todas partes y que las Furias blandian ante sus ojos sus vengadores azotes y sus ardientes antorchas. Entonces, para apaciguar los manes de la víctima, les ofreció un sacrificio mágico. ³ El ilustrado Vespasiano fulminaba enérgicos edictos de expulsion contra los adivinos al propio tiempo que recompensaba pródigamente sus predicciones cuando le eran favorables ⁴; el pusilánime y sanguinario Domiciano los consultaba con suma frecuencia pagándoles con la última pena cuando no eran de su agrado las respuestas de los infelices agoreros ⁵; el enciclopédico Adriano picóse tambien de astrólogo hasta el punto de escribir la noche de las Calendas de Enero lo que le debia acontecer en todo el año; ⁶ Alejandro Severo, el grave y virtuoso emperador que no desistió de la idea de erigir un templo á Jesucristo sino ante la oposicion de todo el sacerdocio romano, segun el cual los libros sagrados vaticinaban que el dia que esto se hiciese quedarian desiertos los templos de los dioses, el César humanitario é ilustrado que habia hecho inscribir en todos los monumentos públicos la sublime máxima evangélica: *No hagais al prójimo lo que no quisierais que os hiciesen á vosotros* ⁷ instituyó cátedras de astrología en sus Estados; el generoso y moderado Diocleciano, habiéndole predicho una druidesa que se sentaria en el trono imperial cuando hubiese muerto un jabalí, asesinó á un prefecto del pretorio llamado *Aper*, nombre que en latin es igual al de la fiera que le habia designado el oráculo de las Galias. ⁸ Dion Casio nos cuenta que Marco Aurelio, el príncipe filósofo por excelencia, tenia á su lado á un mago egipcio llamado Armeffis, el cual hizo caer una abundante y benéfica lluvia sobre el ejército romano que estaba á pique de perecer de sed en una fatigosa marcha. Pertinax y Didio Juliano fueron muy dados tambien á estas prácticas supersticiosas; Caracalla em-

¹ TÁC., ANAL., II, 69.

² *Hist. Nat.*, XXX, 1-2.

³ *Neron*, cap. 24.

⁴ DION. CAS., LXVI, 9.

⁵ SUET. *Vida de Dom.*

⁶ SPARTIAN, cap. 15.

⁷ LAMPRIDIO, caps. 42 y 50.

⁸ FLAVIO VOPISCO, *Vid. de Numeriano*.

pleó la nigromancia para consultar al alma de su padre y á la del emperador Cómodo. Este príncipe congregó á muchos magos, astrólogos y arúspices que le halagaban y explotaban á más y mejor, de modo que acabó por comprenderlo y, un día que tuvo barruntos de que se conspiraba para destronarle, consultó á los adivinos, pero sin llamar á ninguno de sus habituales asesores en achaque de magia y astrología. Nada dirémos de Heliogábalo, porque es bien sabida su pasión por las ideas y usanzas orientales. El autor de la historia de Teodosio cuenta que durante el reinado de Valens un tal Paladio, sujeto muy aficionado á la magia, declaró en el tormento que pocos días ántes se habia celebrado un secreto conciliábulo en el cual por medio de nefandos sortilegios se habia averiguado el destino del emperador y el nombre del que debia sucederle en el solio, nombrando á cuantos habian asistido á la junta. Dióse orden de prenderlos y todos cantaron de plano, confesando que habian tomado parte en la reunion varios filósofos y personas de alta alcurnia. Para alcanzar sus fines habian improvisado una trípode con unas ramas de laurel, consagrándola con sendas imprecaciones y raras ceremonias; luego habian colocado encima de ella una fuente fabricada con la aleccion de diferentes metales, poniendo en torno de ella y á distancias respectivamente iguales todas las letras del alfabeto. El mago más experto de la asamblea adelantóse entonces embozado en un sudario y llevando en la mano un manojo de verbena y empezó sus invocaciones inclinando la cabeza ya á un lado ya á otro hasta que se detuvo suspendiendo encima de la fuente una sortija colgada de un hilo. No bien hubo terminado su invocacion cuando se agitó la trípode, movióse el anillo y tocando sucesivamente varias letras las fué alineando sobre una mesa cual si hubiese ido colocándolas por su orden una mano invisible. De esta manera fué apareciendo la respuesta redactada en versos heróicos que todos los asistentes leyeron con estupor, viniendo en conocimiento de que el nombre del futuro emperador empezaria con las letras THEOD, de lo cual dedujeron que el predestinado era Teodosio, secretario del emperador. Valens, á quien lisonjeó muy poco semejante curiosidad, castigó severamente á cuantos habian asistido á la reunion y proscribió á todos los magos y filósofos de Roma, muriendo muchos de ellos y llenándose de terror la gente supersticiosa de todo el imperio.

Cuando tales cosas pasaban en los palacios de los emperadores y los grandes, nada tiene de particular que los hechiceros y adivinos pululasen por las calles y plazas, por los puertos y caminos del imperio; que los astrólogos tuviesen desmedida influencia en las más ilustres y opulentas familias del patriciado; que la ciencia se resintiese del malhadado influjo de esta moda corruptora y que

hasta la medicina se convirtiese en una colección de vocablos bárbaros y misteriosos, en un vil y despreciable charlatanismo; que en las obras literarias menudeasen los hechizos y los encantamientos; que los sacerdotes pretendiesen curar con exorcismos las dolencias que los curanderos no lograban extirpar con sus amuletos; que la ignorancia achacase á los sortilegios sus derrotas y que se perpetrasen los más horrendos crímenes para realizar las operaciones mágicas con las cuales se pretendía lograr la complicidad del cielo en las abominaciones de la tierra.

Horacio ha descrito con todo el vigor de su genio extraordinario estas nefandas escenas en la oda V de su libro de los *Epodos*:

«—¡Ah! por todos los dioses que gobiernan la tierra y el género humano, dime ¿por qué esos preparativos? ¿Por qué me diriges tan feroces miradas? Y tú, ruégote por tus hijos, si por ventura Lucina te asistió en un verdadero alumbramiento, ruégote por ese vano ornamento de púrpura y por Júpiter á quien ultrajas, que me digas por qué me estás mirando con esos ojos de madrastra ó como una fiera por el cazador herida?

» Así se quejaba el niño con voz temblorosa: arráncale el vestido, desnúdanle poniendo en descubierto aquel cuerpo delicado capaz de enternecer el despiadado corazón de un tracio. Canidia, con la cabellera suelta y coronada de víboras, manda quemar en un fuego mágico la higuera silvestre arrancada en los sepulcros, el fúnebre ciprés, las plumas y los huevos de la lechuza empapados en sangre de sapo, las yerbas que producen Colcos y la Iberia, fecunda en venenos y huesos arrebatados á las fauces de una perra hambrienta.

» Entretanto Sagana arremangadas las faldas, riega toda la casa con agua del Averno: sus cabellos se ponen de punta como los dardos del erizo marino, como las cerdas del jabalí hostigado por la jauría. Veya, á quien nunca intimidaron los remordimientos, cava fatigosamente la tierra, abriendo un hoyo en el cual debe morir el niño, enterrado hasta la barba como el nadador cuya cabeza aparece sobre las aguas teniendo ante los ojos los alimentos dos ó tres veces renovados en el curso de un día interminable, hasta que habiéndose extinguido sus pupilas fijas en los vedados alimentos, su tuétano y su hígado secados se trasformarán en breva amoroso....»

Ovidio dice de una hechicera que á su mandato se velaba el cielo con densas nubes ó llovía un rocío de sangre; que de noche revoloteaba cubierta de plumas; que su acento hacia entreabrir la tierra y evocaba de sus antiguos sepulcros los sombras de los muertos.¹

Juvenal nos da una idea de lo profundamente arraigada que estaba la fe supersticiosa en la ciencia adivinatoria al zaherir con los poderosos rayos de su

¹ Los Amores, *Blg.* VIII.

grande ingenio satírico los vicios de las mujeres de su tiempo. Dice que el caldeo le inspira tal confianza que las palabras que brotan de sus labios son como otros tantos oráculos de Júpiter Ammon, lo cual no deja de ser muy ventajoso desde que ha enmudecido el de Delfos y la especie humana está condenada á no poder disipar las tinieblas de lo futuro. El más famoso de todos esos impostores, dice, es aquel que muchas veces proscrito trazó con mano complaciente y en mercenarias tablillas la muerte de un gran ciudadano, temido del rival de Oton. De aquí el crédito inmenso de todo aquel que se ha visto cargado de cadenas en las mazmorras del campo pretoriano. Según ella, no es posible que sea hombre de genio el astrólogo que no fué nunca perseguido: el más ilustre es aquel que vió de cerca la muerte y que por gracia especial fué solamente enviado á las Cicladas ó que escapó de las peñas de Serifo. A éste es á quien consulta con preferencia respecto al anhelado fallecimiento de su madre—por supuesto despues de haberle interrogado acerca del de su marido—; á éste es á quien preguntó cuándo morirán su hermana y sus tios, si debe su amante sobrevivirle, etc. Huye, le dice el poeta á su amigo, de esa otra que lleva en la mano unas efemérides más relucientes que el ámbar, que no consulta ya á nadie, porque es tan instruida que los demás la consultan á ella, que se niega á seguir á su esposo al ejército, volviéndose á sus lares si así se lo ordenan los números de Thrasylo. Si se le antoja hacer una milla de camino su libro indica la hora de partida. Si se frotó un ojo y le escuece no hay cuidado que busque ningun remedio sin consultar antes su grimorio ó libro de hechicería; cuando enferma no toma ningun alimento fuera de las horas señaladas por su *Petosiris*, obra celeberrima que debia el nombre á su autor, grande astrólogo egipcio. Si es pobre, vaga alrededor del circo en busca del adivino, presentándole la mano y la frente, pero si es rica manda por un augur de renombre á los confines de la India y la Frigia, sin reparar en gastos, ó consulta á los más consumados astrólogos ó á los ancianos encargados de purificar los lugares públicos heridos por el rayo.¹

Vamos á hablar de otra supersticion enlazada con la magia. Hay una ave llamada *quebrantahuesos*, del latin *ossifraga*, y tambien águila de mar, que suele morar en los montes muy poblados y enhiestos, sobre todo en el litoral y dotada de tanta fuerza y voracidad que rompe con el pico hasta los huesos de sus víctimas y muchas veces se le ha visto arrebatrar y devorar á los niños, lo cual ha sido causa de que los campesinos y los pescadores la hayan temido en todos tiempos atribuyéndole el fantástico carácter de ave-vampiro. Ovidio dice que

1 JUVENAL, *Sát.* VI.

esas aves espantosas descienden de aquellas que burlaron el hambre de Fineo, que tienen la cabeza enorme, la mirada fija, el pico aguzado por la rapiña, blanco el plumaje y ganchudas las garras; que despedazan con el pico las entrañas aun no alimentadas sino con la leche materna y que les place embriagarse con sangre. Llamábanlas *strix* á causa del siniestro chillido con que espantaban á los humanos en la callada noche. Esas aves, ora se reprodujesen entre sí como los demás animales, ora fuesen obra de un poderoso encanto, viejas trasformadas por un canto de los marsos, tan hábiles en la magia y los hechizos, se precipitan sobre la cuna de Proca, tierno infante de cinco días, á cuyos vagidos acude presurosa la nodriza encontrándole con el rostro lleno de arañazos. ¿Qué hacer? Su rostro tenia el color de las hojas que tardan en caer y perecen secadas por el soplo del invierno. Desesperada la nodriza invoca el auxilio de Grane, la amiga de Jano, que tiene el poder de apartar el bien y el mal del dintel de las casas y la ninfa la tranquiliza acudiendo al lado del niño y reanimando el valor de sus desconsolados padres. Toca tres veces con una rama de madroño las puertas y los dinteles de la vivienda, riega sus umbrales con una agua dotada de poderosas virtudes y teniendo en la mano las entrañas de una trucha de dos meses, exclama: —Abandonad, aves nocturnas, las entrañas de ese niño; recibid en cambio otra víctima de su misma edad; tomad corazon por corazon, fibra por fibra; os abandonamos una existencia para salvar otra mas preciosa. » Hecha esta ofrenda, expone al aire las entrañas, prohibiendo mirarlas á los que presencian el sacrificio; luego deja un ramo de escaramujo ó rosal silvestre, presente de Jano, junto á la ventana del aposento del niño. Desde aquel momento no volvieron ya las terribles aves á aproximarse á su cuna y tornaron en cambio las rosas de la salud á alegrar su fresco semblante. ¹

Q. Serenus recomienda como amuleto eficacísimo cuando el ave *strix* tiene al niño en sus garras, el empleo del ajo, cuyo olor penetrante le es insufrible. El ave de presa, el ave solar de la noche se convierte siempre en hechicera. Aldobrandi refiere una antigua supersticion segun la cual las brujas trasformadas de noche en gatos chupan la sangre de los niños, en lo cual han visto los alegoristas una imagen de la noche que hace desaparecer el color rojo, que es en cierto modo la sangre del sol. Tambien tienen ese carácter maléfico y demoníaco los murciélagos comunes y los vampiros ó murciélagos monstruosos de las Indias, á los cuales ruega un himno del *Rig-Veda* que no chupen la sangre, circunstancia que podria darnos la clave de la filiacion y procedencia de esta supersticion ro-

² FASTOS, lib. VI, ver. 131 y siguientes.

mana.¹ De ahí procede sin duda la enemiga de los niños contra el murciélago, asunto que trataremos más adelante en lugar más oportuno.

Esa rama de arbusto espinoso que usa la ninfa á guisa de varilla mágica pertenecía á la planta benéfica de la cual se hace una tisana que cura la intoxicación producida por la mordedura de los reptiles y que llevada á manera de amuleto los aleja. Los romanos creyeron mucho en la mágica virtud de las plantas. Según Plinio, las que la tenían más eficaz eran las yerbas cogidas cerca del agua antes de amanecer, sobre todo para curar las tercianas. Catón aconsejaba á los aldeanos que para curarse las dislocaciones partiesen en dos mitades una caña verde y la aplicasen sobre la parte lastimada cantando unas palabras extrañas á las cuales atribuía mágica virtud y haciendo con los fragmentos de dicha caña una ligadura cuya eficacia les garantizaba. Lo mismo dice que debe hacerse con las fracturas de huesos.²

Estas palabras sacramentales, que variaban según las circunstancias, eran esencialmente indispensables en los encantamientos, sobre todo en la confección de los filtros—que los caldeos y los griegos primitivos designaban con la misma palabra que los venenos—y en los hechizos que se hacían fabricando una figurilla de cera, picándola y echándola al fuego para que el original á quien representaba sintiese dolores en las partes donde se hería al muñeco ó pereciese si éste se quemaba. Parece ser que este sortilegio se usaba ya mucho antes de florecer la magia en Roma, pues Platón dice en su libro *de las Leyes*:—Es inútil empeñarse en demostrar á ciertos espíritus profundamente obcecados que no tienen por qué asustarse de las figurillas de cera que encuentran en los dinteles de sus casas, en las encrucijadas ó en las tumbas de sus antepasados, así como emplear el tiempo exhortándoles á que desprecien estas cosas, porque tienen una fe confusa en la verdad de tales maleficios.....

Si buscásemos los vestigios más remotos de la magia romana, quizá los encontraríamos en *la antigua ceremonia de los nocturnos lemures*, como dice Ovidio, en la cual se apaciguaba con ofrendas á los silenciosos manes. Hacia la mitad de la noche, cuando el silencio convidaba al sueño, cuando no se oía ni el ladrido de los perros, ni los variados cantos de las aves, el hombre fiel á los ritos antiguos y temeroso de los dioses, dejaba el blando lecho. Descalzo y haciendo castañetear los dedos á fin de ahuyentar las sombras que se habrían alzado á su paso si hubiese andado sin hacer ruido, lavábase tres veces las manos en el agua de una fuente, metíase en la boca unas habas negras y volvíase luego escupiénd-

1 GUBERNATIS, *Mit. zoolog.*, 2.^a par. cap. II.

2 *De re rust.*, cap. 160.

dolas y diciendo:—Arrojo estas habas y con ellas me redimo á mí y á los míos, fórmula que repetía nueve veces consecutivas sin mirar hacia atrás, convencido de que la sombra las recogía y continuaba su camino sin ser vista. Zambullía de nuevo las manos en el agua, hacía resonar el cobre, conjuraba á la sombra que abandonase su techo y después de haber dicho nueve veces:—Salid, manes paternos, miraba detrás de él y creía haber cumplido todos los ritos de la ceremonia.

Contábase que procedía esta de que habiéndose aparecido Remo, después de la muerte violenta que le dió su hermano, á Faustulus y Acca pidiéndoles que hiciesen celebrar con una fiesta solemne el aniversario de tan trágico suceso, lograron estos que Rómulo accediese á su petición, llamándose desde entonces *Remuria* el día en que se llevaban ofrendas á las tumbas de los antepasados. Más tarde trocóse la primera letra de esta palabra y llamáronse también *lemuria* las almas de los difuntos. En esos días cerraban los antiguos sus templos y no se celebraban matrimonios, porque la que en ellos se casaba, fuese soltera ó viuda, no podía vivir mucho tiempo, de donde provino un dicho popular según el cual las malas mujeres se casaban en mayo.¹

Demonio llamaban los romanos al alma humana que después de haber pagado su tributo á la vida se separa del cuerpo y también *lemur*. Cuando eran espíritus benéficos se les daba el nombre de *lares* y cuando expiaban errantes los crímenes de una existencia culpable, se les designaba con el de *larvas*. Si no se creía saber el paradero final de esas almas, se las llamaba *manes*.² Esa denominación de demonios se la dió Platon en su *Timeo*; Festo los llama dioses ó demonios inferiores, guardianes de las casas y Servio, comentando estas creencias, dice que procedían de la antigua costumbre de enterrar los muertos en las casas, que dió pábulo á la supersticiosa teoría de que también quedaban en ellas sus almas como genios custodios del hogar y propicios á sus respectivas familias. Suetonio refiere que después del asesinato de Calígula, el cadáver de aquel monstruo de crueldad y de lascivia fué llevado ocultamente á unos jardines en donde lo quemaron á medias enterrándolo á toda prisa y que se contaba que los guardas de aquel lugar despertaban todas las noches azorados por terribles fantasmas y que en el edificio donde se cometió el atentado se oyó también un horrísono estrépito hasta que sus hermanas hicieron exhumar sus restos y reducirlos á cenizas dándoles conveniente sepultura. No tiene nada de particular que los crímenes y

¹ OVID., *Fast.*, lib. V.

² APULEYO, *de deo socratis*.

sangrientas locuras de Calígula le hubiesen valido la reputacion de larva, amedrentando al vulgo con el recuerdo de sus excesos y maldades.

En Italia se adoraba á los vientos y las tempestades, sacrificándose á aquellos víctimas blancas cuando se consideraban benéficos y negras cuando se creían funestos. Para preservar los viñedos de su perniciosa influencia colocaban entre las cepas un cuadro en el cual habia un racimo pintado, consagrándolo con religiosos ritos. También creían, como los griegos, que se podían desatar ó conjurar las tempestades por medio de cantos mágicos. Tito Livio refiere en varios pasajes que cuando los generales romanos iban á exponerse á un gran peligro invocaban en su auxilio á los vientos y las tempestades. Pero la deidad protectora de Roma, la divinidad misteriosa que velaba por la metrópoli del orbe era la *Diva Angerona*, á la cual representaban con el índice sobre los labios, como significando que debía callarse su nombre. También adoraban á la Némesis griega y para preservarse de los hechizos y sortilegios mojaban el índice de la mano derecha humedeciéndose luego con él la parte del cráneo situada debajo de la oreja del mismo lado, creyendo que la saliva era un excelente preservativo para semejantes casos y que esta parte del individuo tenia una relacion muy especial con la diosa.

Profesaban los romanos las mismas ideas que los griegos respecto al mundo subterráneo y á las penas y recompensas que en él se decretaban; pero creíanse obligados á observar con religiosa escrupulosidad todos los ritos prescritos para el entierro y las fiestas de los muertos, convencidos de que de este respeto dependia la suerte de las almas en el otro mundo.

Tellus, Céres, Consus y Acca Larentia son las antiguas deidades del mundo inferior que representan en la mitología romana el candor primitivo de los agricultores que más esperaban bienes que desdichas del fecundo seno de la tierra, del cual brotaron despues Orco y Dis-Pater, monarcas del tenebroso imperio de las sombras. Orco era un siniestro guerrero armado de punta en blanco que remataba alevosamente á los heridos en el campo de batalla, ó ya trasformado en genio nocturno cernia sus negras alas sobre los pueblos llamando á las casas que habitaban las víctimas que las Parcas inflexibles le habian destinado. Dis-Pater era el esposo de Proserpina y á entrambos se les llamaba dioses manes, denominacion que se daba también á su lóbrego imperio. Mania, que fué primitivamente una personificacion de la tierra, convirtiéndose andando el tiempo en una aterradora deidad á la cual se ofrecían sacrificios humanos que en épocas de más cultura se sustituyeron con unas muñecas que se colgaban delante de las casas y llamaban *manix*.

Preller, el sabio investigador de los orígenes de la mitología romana, hace notar que los etruscos tuvieron también dos dioses masculinos de la muerte, de los cuales el uno correspondía á Dis-Pater y se llamaba Mantus—de donde dice que se han derivado tal vez Mantua y otros nombres de ciudad.—El otro responde al Orcus latino, al dios terrible de la muerte: solo que los etruscos solían darle el nombre de Charun (Caronte). Era esta la deidad violenta y espantable que destroza desapiadada todos los lazos, que no perdona á la juventud ni á la belleza; en una palabra, la imagen común y popular de la muerte. Era una aparición horrible y monstruosa y se lo representaban armado ya de una espada, ya de un gigantesco martillo, con el cual figuró muy á menudo en los sangrientos juegos del anfiteatro cuando se recogían los cadáveres de los gladiadores y los condenados. Los etruscos llamaban aquerónica á toda una parte de su literatura sacerdotal que trataba de las almas de los muertos, de su culto y de todo lo referente al mismo.

Recuerda el mismo autor que Ennio fué el primer poeta romano que habló en sus cantos de la migración de las almas y que más tarde Virgilio, guiado por antiguas creaciones, incorporó á su Eneida esa hermosa y profunda pintura de los infiernos, digna de especialísima atención, no solo por su originalidad, sino también por la influencia que ha tenido en todos los cuadros del mismo asunto, incluso el poema del Dante. Todos los poetas posteriores, dice, han imitado á Virgilio al hablar de los infiernos; pero antes se han asimilado la forma que el fondo de su concepción. Por lo demás, estos poetas eran harto aficionados á las escenas horribles y á las aventuras, porque era el síno del Paganismo en su decadencia ir cayendo cada día más adentro en la sima de la sombría superstición. Lo que le llama la atención y no sin motivo por cierto, es encontrar en Estacio la idea de un príncipe de los demonios oculto en el fondo del Tártaro y dominando á las demás potestades del mundo subterráneo, imagen que de seguro procedía de Oriente y en la cual se ha visto al Belcebú de la Biblia.

Tito Livio, Tácito y Plinio refieren varios casos del terrible voto á los dioses infernales que solía hacerse en Roma en las grandes calamidades públicas cuyo término se esperaba obtener mediante el sacrificio espontáneo de una ó varias víctimas humanas. Así pereció el famoso Decio en la guerra de los samnitas, después de haberse hecho ofrecer á sí mismo y al ejército enemigo á las deidades del infierno. Esta práctica con la cual se hacía caer sobre una ó algunas cabezas la presunta irritación de los dioses, trae á la memoria aquel cordero que los hebreos echaban al desierto cargado de maldiciones, ofreciéndolo á Jehová como una víctima expiatoria.

Si nos fijamos un poco en el carácter de la magia, habrémos de convenir en que fué un lógico é inevitable fenómeno la coincidencia de su apogeo con el desprestigio de la religion oficial. El hombre necesita creer en algo sobrenatural para llenar el vacío que encuentra su razon fuera del mundo material que le rodea; cuando duda de Dios teme á las potestades diabólicas; cuando no le inspiran confianza los sacerdotes, cae en las redes de los hechiceros, porque siempre hay quien acecha la ocasion de explotar su flaqueza. La magia convirtió los antiguos demonios de la teoría platónica en esos terribles espíritus infernales que aun hoy son la pesadilla del mundo cristiano; la magia llegó á imperar sobre el mundo entero en tiempo de Plinio, evocando á los muertos, matando ó perjudicando de mil maneras á los vivos; la magia reemplazó á los oráculos ya caidos en descrédito, improvisando á centenares los agoreros y adivinos que especulaban con la credulidad de los hombres, sobre todo en los momentos de general alarma y de públicas calamidades. Su grande época de progreso y de influencia social y política fué el periodo que trascurió desde dos siglos ántes de J. C. hasta el definitivo triunfo del Cristianismo, aunque su origen remontaba á los primeros tiempos de Roma, pues sabemos por Tito Livio que Rómulo consultaba á los adivinos y Numa Pompilio dedicó un altar en el monte Aventino á Júpiter Elicio para que revelase el significado de los prodigios anunciados por el rayo y otros fenómenos al sumo pontífice que habia instituido para dirigir los sacrificios ofrecidos á los dioses celestes y á los manes y las ceremonias fúnebres.¹

Ese Júpiter Elicio ó *fulgurator* ha dado mucho que hablar á los eruditos y á los sabios. Ovidio, que no acepta la etimología de Tito Livio, opinaba que esta denominacion procedia de la creencia en que estaban los etruscos y los romanos de que el rayo podia atraerse—*elici*—del cielo á la tierra por medio de plegarias y ceremonias mágicas. De este y otros datos han deducido algunos que los etruscos habian conocido el para-rayos; pero no parece que hubiesen llegado á hacer sino observaciones útiles acerca de la electricidad, particularmente acerca del origen terrestre de algunos rayos que van de la tierra á las nubes. No desconocemos que la muerte de Tulo Hostilio, herido por el rayo en castigo de su inobservancia de los ritos religiosos, cuando trataba de evocar á Júpiter, tiene bastante analogía con la de los inexpertos observadores que han perecido víctimas de su audaz y poco ilustrada curiosidad. Pero la tal version podria muy bien encubrir un regicidio perpetrado con la complicidad ó la tolerancia del sacerdocio.

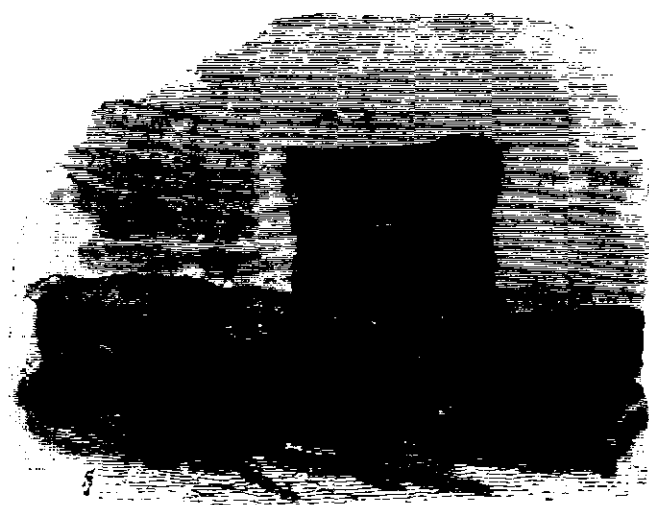
¹ TIT. LIV., lib. I, cap. 20.

Si se tiene en cuenta el tristísimo estado moral, político y social en que se hallaba el mundo romano en tiempo del imperio, se comprenderán las causas del prodigioso desenvolvimiento que alcanzaron en esa época las ciencias ocultas. Aquella corte corrompida, frívola, recelosa, en la cual imperaban los libertos enriquecidos con mil bajos y reprobados medios, los mimos, los gladiadores y los cocheros del circo, cuando no los repugnantes bardajes del tirano; aquellos emperadores que al par que hacían gala de la más cínica relajación de costumbres exigían de sus oprimidos súbditos que les tributasen honores divinos; aquellos senadores y caballeros, degenerados descendientes de los conquistadores y legisladores del mundo, que se veían condenados á la proscripción ó al último suplicio cuando sus palacios, sus jardines, sus tesoros ó la belleza de sus mujeres tentaban la concupiscencia del César; aquella desmoralizada soldadesca que hacía y deshacía emperadores á su antojo, llevando su cínico desenfreno hasta el punto de poner á pública subasta la púrpura y el cetro; aquella plebe convertida en asquerosa chusma por la disolución y la holgazanería, que llevaba en triunfo al abominable tirano de cien naciones con tal que le diese pan para vivir ociosa y sangrientos espectáculos con que distraer el tedio de su desocupada existencia, nos obligan á considerar aquel periodo histórico como uno de los más calamitosos que haya pasado la humanidad sobre la tierra.

Se comprende que en tan horrible situación; todos los que no tenían suficiente virilidad de espíritu para hallar *un baluarte inexpugnable en el fondo de su conciencia*, no supiesen resistir *firmes como la roca en el mar, en medio de la perpetua corriente que todo lo arrastra en este mundo donde todo pasa*, como lo aconsejaba á sus contemporáneos el emperador filósofo Marco Aurelio, uno de los pocos Césares que trataron como hombres á sus innumerables súbditos. Ahora bien: ¿qué debían hacer esos cuitados exhaustos de todo terrenal apoyo y de toda fuerza interior que les diese fortaleza y constancia? No les quedaba otro recurso que echarse en brazos de la superstición, buscando en las regiones sobrenaturales la ayuda que el mundo les negaba. El secreto de la resignación es la esperanza. Los hombres de alta posición y de prestigio social devoraban las afrentosas lágrimas de la servidumbre, acechando la ocasión de vengar sus ultrajes en una de esas mil conjuraciones que, cuando obtenían buen éxito, no hacían más que derribar un tirano en provecho de otro que muy á menudo le aventajaba en crueldad é infamia. Pero los que no podían poner tan altas sus miras, no osaban esperar ninguna mejora en su triste situación y viendo que no les era dable consagrarse á las nobles especulaciones del pensamiento en una sociedad esclavizada, ni servir útilmente á la patria en aquel monstruoso imperio donde no reinaba

más ley que el despotismo del César, ni otra igualdad que la de la general y ominosa servidumbre, ó procuraban ahogar las quejas de su oprimido corazón con el estrépito de las orgías y acallar la voz de su indignada conciencia con la embriaguez de los deleites sensuales, ó empleaban su inquieta y encadenada actividad solicitando del mundo sobrenatural el comercio nefando, absurdo y degradante que les ofrecían las ciencias ocultas. El hombre había llegado á desconfiar de cuanto le rodeaba: de sus semejantes, que podían delatar sus quejas, del poder social que no le daba ninguna garantía, de los dioses que permanecían sordos á sus ruegos y despreciábase á sí mismo al considerar su propia impotencia. Sin embargo, necesitaba que un prodigio le redimiese de tan horrible situación..... ¿Quién había de obrarlo?

Confesemos que había para darse al mismo infierno. Y así lo hizo. Filosóficamente considerado, el advenimiento del Cristianismo fué la verdadera y gloriosa redención de una sociedad decrepita y desesperada.

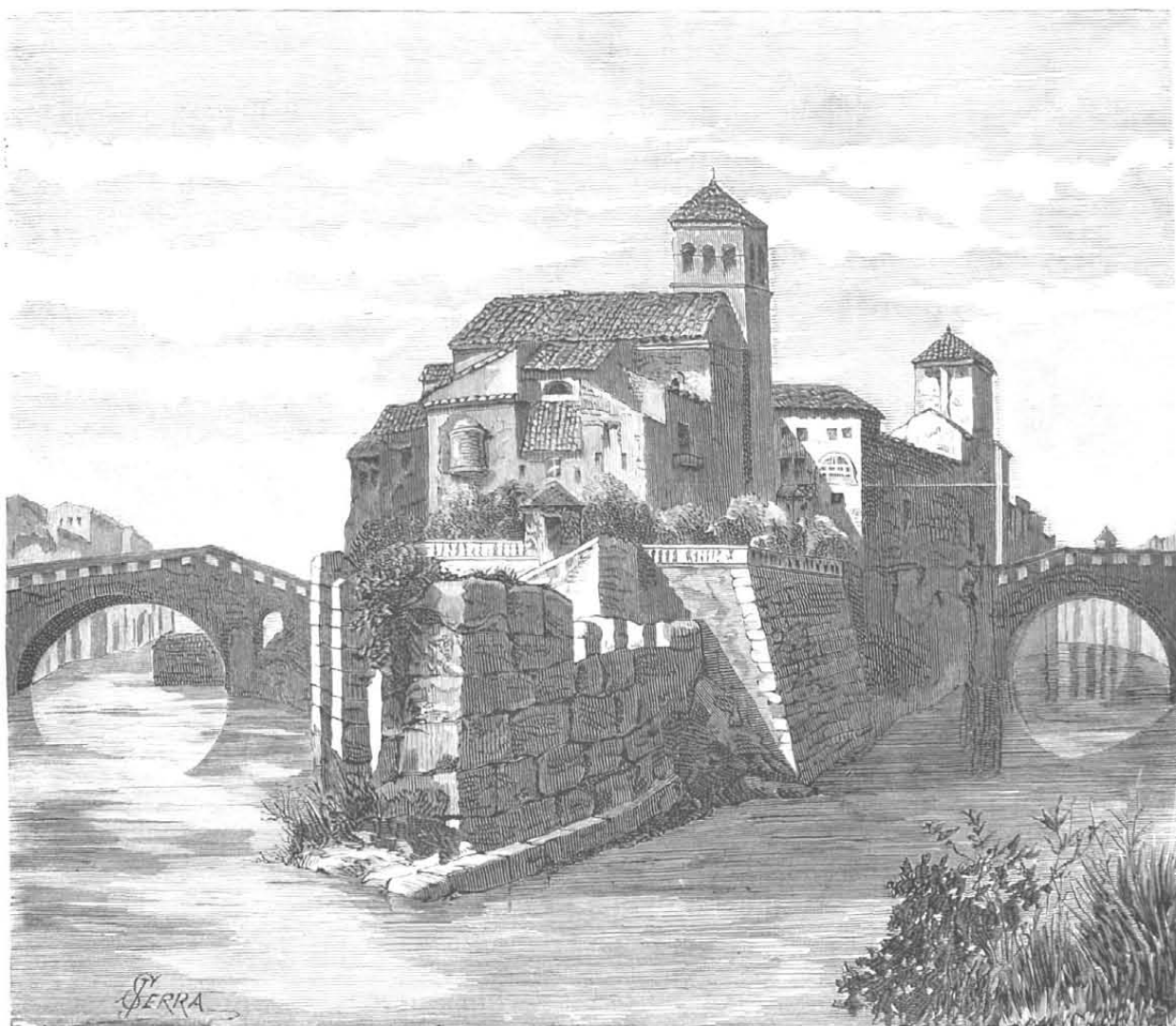


SEPUERO DE SEDON.



ROMA. GALERIA DE DOMICIANO.

J. Seix editor.



ISLA DEL TÍBER.

CAPÍTULO V.

LOS MISTERIOS DEL POLITEISMO ROMANO.

Los *Misterios* de Grecia en Roma.—El culto nacional y las ceremonias extranjeras.—*Bona Dea*.—Sus *Misterios*.—Sacrilegio de Publio Clodio.—La sátira VI de Juvenal.—Los ritos de la *Buena Diosa* celebrados por los hombres.—Un milagro en el templo de la *Buena Diosa*.—Los coribantes romanos.—Los tauróbolos.—Juliano *el Apóstata* y el culto de Cibeles.—Las *Tesmeforias* en Roma.—Supresión de las asambleas nocturnas.—El ayuno de Ceres.—Las fiestas dedicadas á esta diosa.—Causas de la decadencia de los *Misterios* en Roma.—Esfuerzos de los ecléticos para rehabilitar el Politeísmo.—Los gnósticos, los valentinianos, los ofitos, los pepucianos, Filon, Alejandro de Paslagonia y los *Misterios* del Paganismo.—El sacerdocio y la filosofía.



UANDO se habla de *Misterios* suscitase al punto el recuerdo de aquellos tan famosos que los griegos celebraban en Eleusis y que circunstanciadamente hemos descrito en el capítulo XVI de este *Ensayo* histórico. Si hemos de dar crédito á algunos reputados historiadores de Roma, los tales misterios no se celebraron en ningun tiempo en la metrópoli del mundo. Claudio, despues de abolir *la cruel y atroz religion de los druidas* que

Augusto solo habia vedado á los ciudadanos, hizo grandes esfuerzos para hacer pasar del Ática á Roma los Misterios eleusinos; mas fueron estériles á lo que parece sus tentativas. ¹

Sin embargo, ello es indudable que más tarde se introdujeron en Roma varios de los ritos misteriosos que en Grecia se practicaban, constando que en tiempo de Alejandro Severo se celebraron en Roma ceremonias nocturnas muy parecidas á los Misterios, lo que aconteció en los Juegos Seculares, en los cuales se sacrificaba precisamente á Céres, á Proserpina y á las divinidades infernales. Cítanse además varias inscripciones que parecen indicar que en Roma ó en sus colonias hubieron de celebrarse ritos análogos á los que Grecia dedicaba á Deméter eleusina, aunque algunos pretenden que no los habian consagrado los romanos á ésta, sino solamente á su hija Proserpina.

Sea de ello lo que fuere, no cabe negar que los romanos fueron tan aficionados por lo ménos como los griegos á las ceremonias misteriosas, que tanto se prestaban á la satisfaccion de las pasiones clandestinas y de los criminales y monstruosos antojos. Aquel proceso escandalosísimo á que dieron lugar los excesos cometidos en las Bacanales, demuestra que la creciente relajacion de costumbres de la sociedad romana habia llegado ya antes del imperio hasta el punto de convertir á los dioses en cómplices y encubridores de sus más repugnantes abominaciones. El enérgico senado-consulta que entonces se dictó suprimiendo tan nefandas asambleas, no fué más que un paliativo que suspendió por algun tiempo los estragos de esas prácticas corruptoras, pues al cabo de algun tiempo reaparecieron estas, propagándose en la era imperial y cobrando extraordinaria popularidad, gracias á la corrupcion de las costumbres y á los progresos de la supersticion popular.

Aun no habia trascurrido medio siglo desde la promulgacion del senado-consulta que acabamos de recordar, cuando C. Cornelio Hispalo, pretor de los extranjeros, publicó un edicto ordenando á los caldeos que dentro el término de diez dias saliesen de Roma y de Italia, «atento á que esos viles impostores, especulando con la credulidad y la ignorancia, validos de su pretendida adivinacion astrológica, vivian á expensas de la obcecacion que propagaban con sus embustes.» Tambien desterró á sus respectivas naciones á varios aventureros que, con achaque de enseñar el culto de Júpiter Sabazio, se aplicaban á corromper las costumbres romanas. ²

¹ SUTONIO, *Claudio*, Cap. 25.

² VAL. MÁX., lib. I, cap. III, 2.

En la era republicana los romanos eran mucho más celosos por la integridad del culto nacional que en tiempo del imperio. Cuéntase del cónsul L. Emilio Paulo que, viendo que á pesar de haber prescrito el senado que se demoliesen los templos de Isis y de Serapis ningun obrero se atrevia á ejecutar esta órden, quitóse la pretexta y dióles él mismo ejemplo empezando á derribar la puerta de uno de esos templos á hachazos. ¹

Dedúcese de muchas inscripciones, que el culto de Baco, así en sus manifestaciones públicas como en sus secretos conciliábulos, continuó subsistiendo hasta los postreros momentos del paganismo entregándose sus adeptos á todos los extravagantes excesos y furiosos trasportes que los poetas, los filósofos y los estadistas de todos tiempos habian tan severamente condenado.

En cuanto á los Misterios de Vénus y Adónis, nos autorizan á creer que no estuvieron tampoco exentos de malicia unos versos de Ovidio, en los cuales el gran preceptor en achaque de galantería, recomienda esas fiestas á los jóvenes romanos, como particularmente favorables á los amorosos designios. ² Estas ceremonias no cesaron sino con la existencia legal del Gentilismo, pues siguieron practicándose hasta el siglo iv de nuestra Era.

Tributaban los antiguos romanos sencillo culto á Maya, llamada tambien *Bona Dea*, deidad campestre que se ha asimilado á Fauna, asociándola á Vulcano, como para significar que á impulsos del calor aparecen las flores y se forman y maduran los frutos. Considerábanla, al igual que á Juno, como la diosa tutelar de la virtud de las matronas, contándose de ella que no habiendo querido ceder á los incestuosos deseos de su padre Faunus, éste la azotó con una rama de mirto, logrando despues satisfacer su anhelo transformado en serpiente, por lo cual habia en el templo muchos de estos reptiles domesticados. Algunos sabios han comparado esta diosa á Medea, por guardarse en su templo toda clase de simples.

Cuéntase que no solo estaban rigurosamente excluidos los hombres de los Misterios de la Buena Diosa, sino que hasta debian velarse en ellos todos los cuadros en los cuales hubiese representado un individuo de este sexo. Celebrábanse en casa del cónsul y en presencia de las vestales, ejerciendo la madre ó la esposa de este alto magistrado la presidencia de esos ritos y sacrificios que se realizaban para el bien del pueblo romano. Así lo refiere Plutarco, á quien debemos el interesante relato de un hecho relacionado con estos Misterios y que por su

¹ VAL. MÁX., § 3.

² *Ars amandi*, Cant. I, ver. 75.

naturaleza scandalizó á la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, dando pábulo á toda suerte de sátiras y murmuraciones.

Parece ser que habia á la sazón en Roma—62 antes de J. C.—un jóven patricio tan renombrado por su opulencia como por su talento oratorio y que en punto á cinismo é intrepidez tenia pocos rivales entre los más afamados libertinos. Ese insigne calavera, que se llamaba Publio Clodio, amaba á Pompeya, esposa de Julio César, la cual por su parte no se mostraba tampoco indiferente á sus galanteos; pero su suegra Aurelia la vigilaba muy de cerca, más recelosa y despierta que Argos, por manera que ni agotando todas las trazas de su ingenio pudieron nunca lograr los dos amantes la dicha de tener una sola entrevista. Llegó en esto el día de los Misterios de la Buena Diosa, de la cual dice Plutarco que la llamaron los griegos *Gynecea*—diosa de las mujeres—y que era aquella de las madres de Baco á quien no es permitido nombrar. En semejante festividad los hombres que habitaban la casa en la cual debían celebrarse los Misterios salían todos, dejando solas á las mujeres que, retiradas en un sitio apartado, practicaban varias ceremonias á tenor de lo preceptuado para los Misterios órficos, realizándose las principales de noche y alternando con ellas las diversiones y los conciertos. Tocábale aquel año á Pompeya presidir la fiesta. Clodio, que era barbilampiño, disfrazóse como las doncellas que tocaban la lira en los festines de los patricios y dirigióse audazmente á casa de su amada. Las puertas estaban abiertas de par en par y salió á recibirle en el vestíbulo una esclava de Pompeya que estaba en el secreto, dejándole al poco rato para ir á avisar á su ama. Viendo Clodio que tardaba mucho en volver, no se atrevió á quedarse solo en aquel sitio, temeroso de despertar la curiosidad y entró en la casa dejándose guiar por la suerte y huyendo de la luz para no ser conocido; pero el palacio era muy vasto y errando de este modo quiso la mala ventura que topase con él una sirvienta de Aurelia. Como era la tal jóven y alegre, púsose á bromear y retozar con él, como era costumbre en semejante día; pero viendo su obstinado silencio y su inexplicable esquivez, dió en sospechar, lo llevó á la sala y preguntóle quién era y de dónde venía. Clodio le respondió que estaba esperando á Abra, que así se llamaba la esclava de Pompeya; mas el sonido de la voz delató su sexo. No bien lo hubo oído la sirvienta cuando echó á correr despavorida gritando con todas sus fuerzas que habia entrado un hombre en la casa. Espantáronse las mujeres; mandó Aurelia que cesasen las ceremonias y se velasen todos los objetos sagrados, hizo que cerraran todas las puertas y registróse todo el palacio en busca del sacrílego profanador de los Misterios hasta que se encontró á Clodio, muy corrido y temeroso en el aposento de la doncella que le habia

introducido, echándole ignominiosamente de la casa la irritada y mujeril asamblea. Tras esto, volviéronse todas á sus respectivos domicilios relatando á sus maridos esta escandalosa aventura con la indignacion que pueden suponer nuestros lectores.

Al dia siguiente no se hablaba en Roma sino del sacrilegio de Clodio. Todos clamaban que debia castigársele de una manera ejemplar en desagravio de la ofensa que habia inferido no solo á muchas y muy respetables familias, sino tambien á la ciudad y á los dioses. Citóle un tribuno de la plebe acusándole de impiedad y los más ilustres senadores tomaron la palabra achacándole otros no ménos horribles excesos y en particular el comercio incestuoso que, segun voz pública, tenia con su propia hermana, mujer de Lúculo. Sin embargo, el pueblo se puso de su parte, irritado por la saña con que le combatian sus contrarios; que fué para él una gran suerte, pues de tal modo llegaron á inflamarse los ánimos, que el tribunal acabó por temer que le hiciese mal tercio la indignacion de la plebe. César, por su parte, repudió inmediatamente á Pompeya; pero llamado á declarar contra Clodio, manifestó que no tenia ningun conocimiento de los hechos que se imputaban al acusado, declaracion que á todos asombró en extremo.—Entonces ¿por qué repudiaste á tu mujer? le preguntó el acusador.—Porque ni se ha de sospechar de la mujer de César, respondió éste ¹.

Tocante al carácter órfico de estos Misterios, puede decirse que fué una de las manifestaciones más elocuentes de la profundísima relajacion de las costumbres romanas en la época del imperio. Los campesinos adoraban á la Buena Diosa con el sencillo fervor con que siempre habian adorado sus mayores á las divinidades campestres; pero en los grandes centros de poblacion y sobre todo en la metrópoli; hacíase alarde en estas ceremonias de toda la cínica y depravada disolucion á que puede llegar la más corrompida de las sociedades.

Juvenal, en su sátira contra las mujeres—la VI—describe estas escenas con un vigor y una crudeza incomparables.

«Bien conocidos, dice, son los Misterios de la Buena Diosa, cuando la flauta despierta lúbricos furores, cuando embriagadas por el vino y por los toques de la corneta las mujeres saltan desmelenadas invocando á gritos á Priapo cual las Menadas. ¿Cómo arden impacientes sus sentidos, cómo profieren libidinosas exclamaciones, cómo resbala sobre sus regazos el generoso mosto! Laufella, llevando en la mano su ajada corona, provoca á las más viles cortesanas y alcanza el premio de la lubricidad; pero á su vez tributa homenaje á los furiosos trasportes de Medullina. Repútase por más noble á la que lleva la palma en esta lucha.

¹ PLUTARCO, *Vida de César*.

Allí no se anda con simulacros : todo se hace al vivo y tales son las posturas que fueran capaces de derretir en Príamo el hielo de los años y de dar al traste con los achaques del mismísimo Nestor. Crece en tanto la exaltacion y advirtiéndolo las mujeres que están solas, prorrumpen unánimes en un clamor inmenso : — *La diosa lo quiere, dejad entrar á los hombres.* ¿Duerme acaso mi amante? Vayan al momento á despertarle. ¿No está? Vengan los esclavos. ¿No los hay? Llamen á un faquín. Esa mujer no temería ni á los mismos brutos.»

Más adelante exclama el mismo poeta :

«¿Qué altar no tiene hoy su Clodio? Os oigo decir: buenas cerraduras y buenos guardianes. Pero y á esos guardianes ¿quién los guarda? La mujer es astuta y ellos serán los primeros seducidos.»

En la sátira II nos explica asimismo que tambien los hombres celebraban estos Misterios, al decirle á un afeminado de la época:

«Poco á poco te irán acogiendo esos sacerdotes que en sus secretas asambleas cargan su cabeza con largos penachos y su cuello con numerosos collares y que se hacen propicia la Buena Diosa sacrificándole una jóven trucha ó presentándole la ofrenda de una gran copa de vino. Mas por una siniestra compensacion las mujeres son excluidas del misterioso recinto cuyas puertas se abren de par en par solo para los varones. — *Léjos de aquí, sexo profano,* exclaman, *aquí no han de resonar los instrumentos de vuestras músicas.* No de otro modo celebraban los Baptos sus nocturnas orgías, á la luz de las antorchas, acostumbrados á fatigar en Atenas á su Cotyto. El uno pasea oblicuamente sobre sus cejas un alfiler ennegrecido pintándose los ojos; el otro bebe en un Príapo de vidrio, junta sus largos cabellos en una redicilla de oro, viste una túnica azul bordada ó verde, clara y lisa y hácese servir por un esclavo que no jura sino por Juno. Aquel tiene en la mano un espejo, trofeo del impúdico Oton, fastuoso despojo de Auruns, en el cual contemplaba su belicosa apostura cada vez que marchaba al ataque. ¡Oh memorable hazaña, digna de figurar en los anales de nuestro siglo! ¡Un espejo como bagaje en una guerra civil!..... Allí no se observa ningun pudor en el lenguaje, ninguna decencia en la mesa; allí reina toda la deshonestidad de los Misterios de Cibéles...»

Esta descripcion y sobre todo estas últimas palabras han inducido á pensar que acaso Cibéles y la Buena Diosa no eran sino una sola y misma divinidad. Sainte-Croix cree tanto más fundada esta conjetura cuanto que Maya era la Tierra, cuyo culto habia estado unido al de Saturno ó el Cielo entre los primitivos italianos. Además, los nombres de *Fauna* y *Fatua* que á la diosa le daban, referíanse al arte de predecir lo venidero, razon por la cual los romanos le habian



J. Serx editor

UN MILAGRO EN CASA LA BUENA DIOSA INSPIRADO DEL CUADRO DE MR. HECTOR LEROUX

dado por esposo un adivino. Ya hemos visto en otro capítulo que los griegos también habían atribuido á la Tierra el don de vaticinar lo futuro.

Todos esos cultos exóticos y misteriosos que tanto habían contribuido á esa corrupcion que Juvenal nos describe en el reinado de Domiciano, cooperaron muy poderosamente al desprestigio y la ruina del Paganismo, asaz minado ya por las burlas de los filósofos y los argumentos y anatemas de los cristianos.

Cuéntase á propósito de esta deidad una curiosa anécdota que se relaciona á un tiempo con la historia política y con la de la supersticion de los postreros años de la república. Cuando Ciceron descubrió la terrible conjuracion de Catilina que debía pasar la ciudad á sangre y fuego, no pudo volver á su domicilio cuando salia del senado despues de revelar aquel complot á los Padres Conscriptos, porque casualmente se estaban celebrando en él los Misterios de la Buena Diosa. Con este motivo acompañóle el pueblo á casa de un vecino y grande amigo suyo, en donde estuvo reflexionando largo rato sin acertar á resolverse acerca de la conducta que debía observar en tan grave coyuntura. Por una parte, la moderacion de su carácter y el temor de que le acusasen de que había abusado de su poder castigando con excesivo rigor á hombres de tan ilustre alcurnia y que contaban con muchos amigos muy poderosos, no le permitian imponerles la pena que merecia la enormidad de sus crímenes; por otra parte amedrentábase el peligro á que exponia á la ciudad si les trataba con harta indulgencia, pues los conjurados podian envalentonarse en tanto que él pasaria plaza de pusilánime á los ojos del pueblo. Mientras Ciceron se hallaba en esta incertidumbre, las mujeres presenciaron un raro prodigio en tanto que ofrecian el sacrificio en los Misterios. El fuego del altar, que estaba casi enteramente apagado, despidió de repente vivísimos destellos que no se comprendia cómo podian brotar de las cenizas y las abrasadas cortezas del ara. Al ver esas milagrosas llamas, aterraronse las mujeres, apartándose unas y tapándose otras el rostro como temerosas de contemplar semejante espectáculo. Las vestales, por el contrario, lejos de intimidarse, aconsejaron á Terencia, esposa de Ciceron, que fuese á encontrar inmediatamente á su marido y lo apremiase para que cuanto antes pusiese por obra las resoluciones que había tomado para la salvacion de la patria, asegurándole que la diosa había hecho brillar aquella luz como un presagio de seguridad y de gloria para él. Terencia, que era mujer de varonil y ambicioso carácter y que, como dice el mismo Ciceron, antes compartia con su marido el cuidado de los negocios públicos que no le confiaba sus asuntos domésticos, apresuróse á manifestarle el prodigio que acababa de ocurrir y la interpretacion que de él habían dado las vestales,

Estudiando M. de Sainte-Croix las causas de la decadencia total de los Misterios, señala como la primera razón de su descrédito el prurito que tenían los órficos de iniciar á todo el mundo y luego la imprudente conducta de los sacerdotes de Cibéles, á quienes se veía en todas partes hechos unos energúmenos, dedicándose á una escandalosa mendicidad y haciéndose despreciables con la torpeza de sus costumbres. Siempre llevaban consigo su divinidad, los objetos de su culto y las provisiones de boca, presentándose á los ojos del público cual una iglesia nómada, ó mejor, como una tribu de titiriteros. No sin razón dijo pues Apuleyo, por boca de Lucio metamorfoseado en asno y obligado á servir á aquellos fanáticos haraganes, que era en una pieza su templo y su granero. ¹

Cuando el politeísmo luchaba ya en sus últimas trincheras, acorralado por la creciente marea del Cristianismo triunfante y hundido en el descrédito por la befa de los escépticos y por los coléricos reproches de los desheredados de la tierra, hizo esfuerzos sobrehumanos para rehabilitarse y uno de ellos fué la selección de las divinidades y las tradiciones que parecían más idóneas para sostener la lucha con los nuevos principios religiosos que empezaban á enseñorearse de todas las conciencias. Entonces los eclécticos volvieron los ojos al venerable Egipto, cuyos majestuosos templos, cuyas severas deidades y tremendas iniciaciones parecían gozar de mayor vitalidad y prestigio que las creencias y las prácticas religiosas de Europa, contaminadas por el sensualismo asiático. Pero el mal no tenía remedio. Todo se había corrompido y deshonorado: el charlatanismo explotaba procazmente la curiosidad soez de las turbas, profanando en espectáculos callejeros los ritos y ceremonias que antaño se celebraban en el misterioso recinto de los santuarios y tal fué el abuso que de estas cosas se hizo, que todos acabaron por tomarlas como frívolo pasatiempo ó como un medio de satisfacer torpísimos apetitos, haciendo bueno el dicho de Cicerón, según el cual tanto valía decir Misterios como abominación y escándalo. Cuando de este modo se hallaron convertidas estas antiguas ceremonias en tumultuosas asambleas, foco de inmoralidad y de escepticismo, los emperadores, alarmados por aquel peligro social, resolvieron extirparlo publicando al efecto varios edictos que no fueron muy puntualmente observados, hasta que Teodosio decretó la supresión general de los Misterios y la demolición de los templos en los cuales se celebraban. Este edicto se promulgó cuando hacía como cosa de diez y ocho siglos que se habían establecido los Misterios en Grecia.

Muchas de sus prácticas sobrevivieron á este decreto de proscripción. Un

¹ *Metamórf.*, lib. VIII.

escritor del siglo pasado explica de qué manera todas las sectas de los Gnósticos habian copiado muchas cosas de los Misterios del Paganismo, tales como existian en aquel tiempo. Habiéndose separado de la Iglesia principalmente por odio al judaismo, cuyas huellas se habian conservado en las primeras sociedades cristianas y tambien á causa de un celo mal entendido por un espiritualismo más elevado, hicieron mayores esfuerzos que algunos Padres de la Iglesia para conciliar los dogmas cristianos con las ideas de la filosofía reinante, mezcla del sistema platónico y el pitagórico. Esta doctrina, que parecia idónea para sostener y hasta para realzar el crédito del Paganismo, habia penetrado en los santuarios, por manera que los hierofantes la enseñaban al igual que los filósofos. Los sectarios que pretendian introducirla en el Cristianismo, imitaron á los que la habian introducido ya en el culto pagano, conformándose en su manera enigmática de enseñar, en las prácticas de su culto y en las formas de iniciacion ó admision en su sociedad, con las prácticas establecidas en los Misterios. Esta conducta les proporcionaba dos ventajas, pues en primer lugar les granjeaba la adhesion de los hombres instruidos, de los filósofos mal avenidos con la extrema sencillez del Cristianismo y que, arrastrados por el gusto dominante de su siglo, no querian renunciar á sus altas especulaciones y á sus enigmáticas doctrinas, cuyo mérito principal consistia en ser inaccesibles al vulgo; luego no se exponian de este modo como los cristianos al odio y la persecucion de los gentiles. Merced á los muchos puntos de semejanza que se advertian entre su doctrina y la filosofía del siglo, no se les podia considerar como enemigos declarados de la religion dominante y de los dioses que Roma y el imperio adoraban y con la ayuda del sigilo y de las varias analogías que conservaban sus prácticas con las de los Misterios, beneficiaban el respeto que estos inspiraban á los paganos, poniéndose de este modo al abrigo de las persecuciones á favor de este velo que nadie osaba levantar.

Valentin, famoso heresiarca del siglo II, propagó por Oriente una especie de sincretismo místico cual el que acabamos de mentar, explicando que existian dos mundos, visible el uno é invisible el otro y que en este último habia un espacio infinito y luminoso que confundia con Dios, emanando de él treinta esencias divinas y eternas que llamaba *Eons*, tales como el *Espritu*, la *Verdad*, el *Verbo*, la *Vida*, la *Iglesia*, etc. El mundo visible habíalo creado, segun él, un artífice de naturaleza secundaria, á quien llamaba *Demiurgo*, nombre con el cual designaban los platónicos al creador de los mundos. Tertuliano, combatiendo los desvaríos de esta secta, la acusa explícita y categóricamente de haber plagiado las ceremonias de los Misterios eleusinos.

También hubo en este siglo una secta que llamaron de los *Ofitos*—de la voz griega *ophites* que significa serpiente—la cual no admitía en sus juntas sino á los que blasfemaban del Mesías, porque había nacido para aplastar la cabeza de la serpiente. Esos herejes habían dado en la flor de creer y pregonar que el tal reptil había prestado á la humanidad un inestimable servicio enseñándola á discernir el bien del mal y partiendo de este principio guardábanlo con gran veneración en una cesta. Al celebrar sus Misterios soltaban al reptil y si éste subía á la mesa, enroscándose en torno de unos panes que en ella se colocaban, teníanlo por buen agüero, los cortaban y los distribuían entre los asistentes. ¹

S. Epifanio habla de una secta titulada de los *Pepucianos*, que confiaba á las mujeres las funciones sacerdotales y las de la magistratura y celebraba iniciaciones en las cuales hacía aparecer fantasmas y se degollaba á un niño.

Hasta los cristianos se vieron precisados en los primitivos tiempos de la Iglesia á imitar los Misterios de los gentiles, ya que no en sus abominables prácticas, en las misteriosas alegorías con que velaban el sentido de sus máximas, ocultándolo á los catecúmenos. Justificaban esta precaución diciendo que de este modo evitaban las profanaciones y herejías de los que aun no se hallaban suficientemente instruidos en la nueva doctrina y las persecuciones que les habría acarreado la imprudencia de los conversos, cuya fortaleza no estaba bien probada todavía.

Aquel célebre Filon á quien llamaron *el Platon judío*, que pretendió amalgamar los principios bíblicos con las doctrinas de los filósofos espiritualistas de Grecia, adoptó la teoría de las castas sacerdotales de Oriente y de la escuela pitagórica, al decir:—Léjos de nosotros los hombres de corto ingenio; cierran los oídos; trasmitimos misterios divinos á los que han recibido la sagrada iniciación..... Iniciados vosotros por los oídos purificados, acoged todo esto en vuestra alma y no lo reveleis á ningún profano... » ²

Al explicar los Misterios del politeísmo griego hemos citado unas palabras de Cicerón, según el cual ántes se aprendía en ellos la naturaleza de las cosas que la de los dioses, dato importantísimo del cual se deduce que los primeros mistagogos griegos, vieron, como los egipcios, en las fábulas místicas, una alegoría de los principales fenómenos de la naturaleza. Los estóicos fueron más allá todavía, pues no tanto se fijaron en estos efectos como en sus causas, ó sea, en los poderes ó fuerzas de la materia. Los neo-platónicos, que profesaban el prin-

¹ ORÍGENES, *Contr. Cels.*, tom. 1.; S. EPIFANIO, *Adv. Hæres.*, tom. 1. *Oper.*

² *De cherubim.*

cipio de que la ignorancia es una impureza que contamina el espíritu, no podían menos de ensalzar con entusiasmo estas antiguas ceremonias, justificándolas con un sinnúmero de razonamientos que jamás se les hubieran ocurrido á los egipcios ni á los griegos.

Cuéntase de Alejandro de Paflagonia, célebre impostor que floreció también en el siglo II de nuestra Era y en el cual debemos ocuparnos en el capítulo siguiente, que instituyó una fiesta en la cual se imitaban las ceremonias del santuario de Eleusis, y que duraba tres días, dándose en ellos tres distintas representaciones. En la última desempeñaba Alejandro el papel de Endimion, á la vez que presidía en calidad de hierofante las misteriosas ceremonias con que embaucaba á sus adeptos y la hermosa Rutilia, que representaba á la luna, descendía á ponerse al lado de su amante. Un rato después salía Alejandro revestido de su traje de ceremonia y entonaba el cántico del himeneo, respondiéndole á coro todos los circunstantes.

Al emplear estas supercherías para fascinar á sus contemporáneos, Alejandro no hizo más que imitar á los sacerdotes del Paganismo que, como ya hemos visto, no se desdénaban de emplear, para seducir á la muchedumbre, los mismos medios que tanto reprobaban cuando recurrían á ellos los magos. El sacerdocio arrebatava de este modo el monopolio de un poderoso instrumento á sus enemigos, como lo hizo también el día que no pudiendo luchar con el poder de una filosofía inexorable, procuró vencer á los apóstoles de la duda arrancándoles el privilegio de propagarla. Cuando la ironía de los escépticos minó los cimientos del templo, el sacerdocio salió á recibir á sus formidables adversarios, los introdujo en el tabernáculo y confesóles que no moraba en él deidad alguna; pero exigiéndoles que no revelasen el secreto á la multitud. El Politeísmo, batiéndose en retirada, aceptaba la alianza de la filosofía, á condición de que ambos debían conspirar juntos á un fin común: el de mantener perpetuamente cerrados á la luz de la verdad los ojos del vulgo.

Por el pronto fué un expediente muy socorrido, pero al cabo había de trascender al público esa hipocresía incalificable, dando al traste con los postreros vestigios de veneración que pudiesen quedar en los ánimos hacia aquel cúmulo de absurdos y contradicciones en los cuales basaba el sacerdocio su prosperidad y prestigio. Así, los mismos medios que se habían arbitrado para retardar la caída del Politeísmo, contribuyeron, con terrible eficacia á precipitar su completa y definitiva ruina.

En los capítulos siguientes veremos cómo se consumó esta, explicando la decadencia y la desaparición legal de las varias instituciones religiosas que, por es-

pacio de tantos siglos, habian sido la fuerza y el orgullo del politeismo. Nunca se ha visto más claramente patentizada la verdad de aquel gran principio segun el cual la sociedad humana rechaza siempre las instituciones que considera ineficaces para satisfacer sus necesidades, cuando la novedad de estas le indica que su actividad debe variar de rumbo. Todo pasa, todo envejece, todo huye para sepultarse en la insondable sima del olvido en este mundo nuestro donde no hay nada que no sea fugaz y transitorio.



FANTASÍA DE GESSNER.



TEMPLO DE ESCULAPIO EN EPIDAURO.

CAPÍTULO VI.

LOS ORÁCULOS ROMANOS.

Roma y los oráculos griegos. — Las suertes de Preneste. — El templo de la Fortuna en Antium. — El templo de Esculapio en Roma. — La Sibila de Cumas. — Los auspicios y los augurios. — Anécdotas históricas. — Los sueños proféticos. — Ejemplos célebres. — Explicación científica que se ha dado de este fenómeno. — Antigüedad de la ciencia augural. — El oráculo del lago Averno. — Aventuras de Alejandro de Paflagonia. — Decadencia de los oráculos. — Condenación legal de los magos, agoreros y adivinos y de los sacrificios gentílicos. — Los emperadores cristianos proscriben el culto gentílico. — Ruina de los oráculos.



DESDE el día que Grecia quedó completamente sojuzgada por los romanos y sus turbulentos habitantes se vieron precisados á consumir en los gimnasios, teatros y academias la febril actividad que en otros tiempos habian consagrado á las luchas políticas, el oráculo de Delfos y todos los demás que tanto oro y tanto prestigio habian valido al sacerdo-

cio helénico perdieron muy pronto su antiguo esplendor, cayendo en una rápida decadencia que no cesó hasta su definitiva supresión decretada por el Cristianismo triunfante. Los romanos tenían sus libros sibilíticos, sus adivinos etruscos, sus arúspices y sus augures y por lo tanto, no necesitaban esos oráculos de una nación por ellos avasallada, aunque á veces no se desdenasen de consultarlos.

Por otra parte, Roma tenía también sus oráculos como todos los pueblos de la antigüedad. Fué entre ellos celeberrimo el del templo de la Fortuna, sito en Preneste, poblacion del Lacio. Contábase que uno de sus más ilustres vecinos había hecho saltar unas peñas, encontrando debajo de ellas unas varillas que llamaron *suertes*, en las cuales había grabadas en caracteres antiguos varias palabras, expresando la voluntad de la diosa. Representaban á ésta sentada y teniendo en el regazo á sus hijos Júpiter y Juno. Después de ofrecerle el sacrificio se la interrogaba sacando una de esas varillas que un niño barajaba ántes. Cada año se celebraba su fiesta el día 11 de abril, señalándose el día en que podría consultarse al oráculo. Créese que este culto de la Fortuna *Primigenia*—la primera creada—remontaba á una remotísima antigüedad; pero los romanos que, como hemos visto, eran celosísimos por la pureza de su religion, tardaron mucho en admitir como legales esos sortilegios. Cuando Lutacio, el que terminó la primera guerra púnica, quiso consultar á este oráculo ántes de entrar en campaña, el Senado se lo prohibió, declarando que los magistrados de la república no debían apelar á los auspicios extranjeros, sino atenerse á lo que decidiesen los de la patria.¹ En la segunda guerra púnica, la heroica defensa de Preneste hizo popular su oráculo entre los agradecidos romanos. Tiberio, después de prohibir que se consultase secretamente á los arúspices, quiso suprimir los oráculos más próximos á Roma; pero hubo de renunciar á ello espantado por un prodigio que vino muy á punto á proteger á ese antiguo y famoso santuario y fué que á pesar de haberse llevado las suertes á Roma en un cofre sellado, desaparecieron de él como por ensalmo, no volviendo á encontrarse hasta que lo volvieron á Preneste.²

En Antium, patria de Neron, había otro templo dedicado á la Fortuna, en el cual se veneraban dos imágenes de esta divinidad, guerrera la una y pacífica la otra. Á lo que parece, interpretábanse como respuestas de oráculo los movimientos que hacían al llevarlos en andas, rara especie de adivinación usada en Oriente y en Egipto y Cartago.

¹ VAL. MÁX. Libro I, cap. III, 1.

² SERTONIO, *l. cit.*, cap. XLIII.

Tibur, antigua y floreciente ciudad del Lacio — hoy Tívoli — situada en la margen izquierda del Anio, que forma allí una magnífica cascada y en la cual tuvo Horacio una bellísima quinta que immortalizó en sus versos, poseyó igualmente un famoso oráculo en su templo de Hércules.

Plinio el Joven habla de otro oráculo que recuerda el de Preneste por revelar lo venidero por medio de sortilegios: era el de Clytomno, dios de un río de la Umbría. Dice que el templo era muy antiguo y gozaba de mucha veneración; que la imagen del dios estaba vestida á la romana y que su presencia y su poder los señalaban las *suertes*. En torno de ella veíase una multitud de capillas, cada una de las cuales estaba dedicada á un arroyo ó manantial, tributario de la deidad titular del templo.

Roma tenía en la isla del Tíber un templo dedicado á Esculapio y ya se deja entender que el dios de la Medicina no había de mostrarse avaro de oráculos, exponiéndose á que los magos y hechiceros le quitasen la clientela. Fontenelle cita una lápida de mármol allí encontrada, en la cual se refieren tres milagros obrados por aquella *acreditada y agradecida* deidad. Uno de estos ex-votos dice de este modo, literalmente vertido del griego:

«En ese mismo tiempo dió un oráculo á un ciego llamado Cayo, diciéndole que se acercase de hinojos al santo altar y adorase; que luego fuése del lado derecho al izquierdo y que poniendo por último la mano sobre el altar, la llevase á los ojos. Hízolo así puntualmente y recobró la vista. El pueblo mostró al ver este prodigio el gran júbilo que sentía viendo tales maravillas en el reinado de nuestro emperador Antonino.»

Por lo que respecta á los otros dos milagros, parece que consistieron en la curación de una pleuresía y una hemorragia que los médicos consideraban como casos desesperados y para las cuales prescribió el dios un cocimiento de piñas con miel, vino y unas cenizas. Fontenelle hace notar que, así este dios como la mayor parte de los que daban oráculos en Italia, eran de origen griego y que si bien los particulares tenían fe en algunos de ellos, sobre todo en Esculapio, el Estado no les hacía gran caso, por manera que á pesar de verles devolver la vista á los ciegos, el habla á los mudos y el oído á los sordos, no les habría consultado jamás para ningún asunto político, pues ya tenía para estos casos las sibilas y los arúspices. Porque los oráculos no podían faltar en una forma ú otra entre los gentiles, atento á que, como ha dicho Maquiavelo ¹, la vida de su religión

¹ *Discorsi*, lib. I, cap. XII.

estaba fundada en las respuestas de los oráculos y en la secta de los adivinos y los arúspices, de modo que todas las demás ceremonias, sacrificios y ritos, dependían de ellos; lo cual dimanaba de la convicción en que estaban los paganos de que fácilmente podían los dioses conceder lo que se dignaban vaticinar á los hombres.

En otro capítulo hemos hablado de la Sibila de Cumas, cuyos oráculos se conservaban en el Capitolio; mas habiéndose incendiado este edificio en tiempo de Sila, se enviaron embajadores á muchas partes para irlos recogiendo y luego los quinceviroviros ó magistrados encargados de consultar los libros sibilíticos, compusieron otros que Augusto mandó ocultar bajo el pedestal de la estatua de Apolo Palatino.

Virgilio, en el libro VI de la *Eneida*, hace penetrar á Eneas «en el antro inmenso y tenebroso de la formidable Sibila, á la cual el dios de Délos infunde su espíritu poderoso y el fuego de su alma profética, descubriéndole lo venidero.» En esta escena la Sibila habla y obra como la Pitonisa de Délfos, apareciendo como una clásica reminiscencia del más helénico y delicado de los poetas romanos.

Era Cumas una antigua ciudad eolia que los etruscos, vencedores de las colonias griegas de Italia, incorporaron á su triple confederación. Los romanos, que recibieron de la Etruria tantos elementos de civilización, acabaron por emanciparse de sus antiguos dominadores, adquiriendo la hegemonía de la confederación latina que ántes había pertenecido á Alba. En la prolongada y sangrienta lucha que se empeñó entre los etruscos y los romanos, Cumas fué la constante aliada de éstos, trasmitiéndoles preciosos elementos de la civilización griega, entre los cuales cuentan algunos respetables sabios de nuestro siglo el primitivo alfabeto latino ¹. De los griegos tomó Roma entonces sus reformas constitucionales, el sistema de pesos y medidas, el sistema monetario y... los oráculos.

Varrón refiere que los de Cumas estaban escritos en hojas de palmera, parte en verso y parte en signos alegóricos ó geroglíficos, aquéllos en lengua griega y unos y otros encaminados á la propagación y observancia de los ritos religiosos de Grecia.

Conocíanse también varias colecciones de profecías etruscas é indígenas; pero ninguna alcanzó tanta boga y reputación como la de Cumas. Por otra parte, cuando á causa del incendio del templo de Júpiter se nombró una comisión para

¹ MOMMSEN, *Unter ital. Dialekt*; KIRCHOFF, *Memorias de la Acad. de Berlín, 1863*; FR. LÉNORMANT, *la Propagation de l'alphabet phénicien*.



TEMPLOS DE LAS SIBILAS Y DE VESTA EN TIVOLI.

J. Seix editor.

recopilar de nuevo los oráculos sibilíticos, hubo de hacerse un largo y detenido expurgo de ellos, porque todos los pueblos y no pocos particulares pretendían poseerlos á granel, llegando á más de dos mil el número de los recogidos.

Eran famosísimos en Roma los *auspicios* y los *augurios* que deducían del vuelo y el canto de las aves, llamándose respectivamente áuspices y augures á los adivinos que los interpretaban, bien que andando el tiempo se confundieron unos y otros en la segunda de estas denominaciones. En los auspicios entraba también la adivinación por el apetito de las aves sagradas y en los agüeros la que se hacía por la interpretación del significado de los fenómenos meteorológicos. Esos sacerdotes representaron un gran papel en la historia romana, pues los consultaban sus compatriotas en los comicios consulares, al acometer una empresa importante así en el orden civil como en el militar, por manera que no habrían osado los generales dar al ejército la orden de principiar el ataque sin que los dioses les hubiesen prometido ántes la victoria. Sin embargo, cuando estaban bien convencidos de la conveniencia de una acción, no dejaban de hacerla aunque fuesen desfavorables los auspicios; mas en tal caso procuraban salvar las apariencias de modo que no pareciese que obraban en menosprecio de la religión. Así lo hizo el cónsul Papirio en una jornada en la cual derrotó completamente á los samnitas. Fué el caso que Papirio tenía la firme convicción de que iba á alcanzar la victoria y el príncipe de los augures afirmóle todavía más en ella, diciéndole que las aves sagradas habían comido muy bien; pero cuando estuvo dispuesto el ejército para entrar en combate, supo el cónsul que le habían engañado. Como no era de ánimo débil y asustadizo, sino muy viril y entero, replicó que el ejército ya había aceptado el primer agüero y que si era falso, allá se las compondría con los dioses el que tal embuste había fraguado. Acto continuo mandó poner en primera línea á los augures, *dando la casualidad* que un soldado romano mató de un flechazo al príncipe de esos sacerdotes en lo más recio de la pelea, con que dijo el cónsul que todo lo habían ordenado los dioses á maravilla, pues el ejército, con la muerte de aquel mentiroso, se había purgado de toda culpa, evitando la cólera del cielo.

No fué tan prudente y sufrido el impetuoso P. Claudio, quien ántes de empeñar un combate naval en la primera guerra púnica, quiso consultar, según costumbre, los auspicios y como le dijese el augur que las aves sagradas no querían salir de la jaula para comer los granos que les ofrecían, replicó montado en cólera: — *Si no quieren comer, que beban*, y mandó echarlas al mar. Por supuesto que el impío caudillo fué derrotado en castigo de su temeridad, ya que no de su sacrilegio, pues ya podía haberse figurado que los suyos habían de consi-

derar como otro malísimo agüero aquella accion que él tenia por muestra de un ánimo despreocupado é inaccesible á las supersticiones del vulgo.

Á propósito de auspicios notables contábase tambien que Tiberio Graco, en sazón que tenia muy preocupado el ánimo por la idea de las grandes reformas que habia proyectado, consultó un dia en su casa los auspicios al rayar el alba, teniendo el disgusto de no obtener sino respuestas por todo extremo desfavorables. Al salir á la calle tropezó dislocándose un dedo. Un poco más léjos vió volar hacia él tres cuervos que graznaban desaforadamente é hicieron caer á sus piés una teja. No quiso hacer caso de estos presagios y rechazado del capitolio por el Supremo Pontífice Escipion Nasica, fué muerto en la refriega promovida por los enemigos de la reforma social.

Dirigíase el Sumo Pontífice Metello á su quinta de Túsculo, cuando de súbito se le aparecieron dos cuervos que le cerraron el paso, obligándole con su importuna tenacidad á volver á Roma. Á la noche siguiente incendióse el templo de Vesta y Metello tuvo ocasion de salvar el Paladio de las llamas.

Tambien tuvieron los romanos grandísima fe en los presagios, de los cuales dijo Valerio Máximo que estaban muy íntimamente relacionados con la religion, pues no se atribuian al azar, sino á la Providencia divina.

Despues del saco de Roma por los galos, deliberaba el Senado si debia reedificarse la ciudad ó si seria mejor que sus habitantes se trasladasen á Veyes, cuando acertó á pasar un centurion con sus cohortes y gritó al llegar á la plaza de los Comicios: — *¡Alto! Plantad la bandera; estamos bien aquí.* Al oir estas palabras dijeron los senadores que aceptaban el presagio y abandonóse la idea de pasar á Veyes.

Cecilia, esposa de Metello, buscaba, siguiendo una antigua costumbre, un presagio de himeneo para su sobrina y, sin echarlo de ver, lo dió ella misma. Hacia mucho rato que se hallaba en una capilla sin que llegase á sus oidos ninguna palabra que conviniese á su intento. La sobrina, cansada de estar en pié, rogóle que le dejase tomar asiento un rato y ella le respondió: — *Toma mi puesto, te lo cedo con mucho gusto.* Estas palabras, dictadas por la benevolencia, fueron efectivamente un no engañoso presagio, pues poco tiempo despues Metello, viudo de Cecilia, contrajo matrimonio con su sobrina.

Marco Bruto, celebrando su aniversario despues de haber asesinado á César, quiso citar un verso de Homero y por más que hizo no le fué posible recordar sino uno que dice: *Febo y el Destino decretaron mi ruina*, en lo cual se vió despues un presagio de la derrota de Filipos, porque en esta jornada habian tomado Antonio y Octavio el nombre de Apolo por contraseña.

Cuando M. Craso se disponia á salir de Carres con su ejército para ir á atacar á los partos, presentáronle una clámide oscura en vez de la clámide blanca ó encarnada que los generales solian ponerse sobre la armadura al dirigirse al combate; los soldados acudieron tristes y silenciosos en vez de prorumpir en gritos de júbilo como acostumbraban hacerlo en casos tales; un primipilo tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para arrancar del suelo su águila y otro, despues de conseguirlo con grandes trabajos, vió con terror que se volvia atrás sin nadie tocarla. Valerio Máximo, de quien copiamos estas anécdotas ¹, exclama á este propósito: «¡Grandes prodigios por cierto! pero mayores fueron aun las desdichas. Tantas y tan soberbias legiones destrozadas; tantas banderas caidas en poder del enemigo; toda la gloria de las armas romanas pisoteada por la caballería de los bárbaros; un hijo de rarísimo mérito degollado á la vista de su padre; el cuerpo del general expuesto en un monton de cadáveres á la voracidad de las aves de presa y de las bestias feroces: ¡terrible espectáculo! pero no podria atenuarlo sin faltar á la verdad. Así se enciende la cólera de los dioses cuando se les desprecia; así es castigada la razon humana cuando se antepone á la voluntad divina.»

De Cneo Pompeyo cuenta el mismo autor que recibió de Júpiter varios avisos para que no empeñase con Julio César una batalla decisiva: al partir de Dyrachium cayó un rayo delante del ejército; aparecieron de súbito inmensos enjambres de abejas, privando á los soldados de ver las banderas, apoderóse de estos una vaga y repentina melancolía, despertando por la noche á impulsos de súbitos terrores y las víctimas huyeron del pié de los altares. Pero—dice—las leyes irresistibles del Destino no permitieron á esa alma, tan sabia en otros conceptos, apreciar en su justo valor la importancia de tales prodigios. Los desprecio y aquel crédito inmenso, aquella fortuna excesiva para un particular, todos esos títulos tan gloriosos que desde su primera juventud habia reunido á despecho de la envidia, todo desapareció en el breve espacio de un dia. Contóse que en tal ocasion las estatuas de los dioses giraron sobre sí mismas en los templos sin que nadie las tocase; un belicoso clamor y un gran estrépito de armas resonaron en Antioquía y en Tolemaida con tal fuerza que la poblacion corrió alarmada á las murallas; en Pérgamo oyóse como un prolongado redoble de tambores en el fondo de los santuarios; en el templo de la Victoria de Tralles, debajo de la estatua de César, brotó de repente una palmera: pruebas bien claras de que los dioses se interesaban á la vez por la gloria de César y por la salvacion de Pompeyo.

¹ Lib. 1.

En Roma, como en Grecia, dábase también muchísima importancia á los sueños, como revelación celeste de lo venidero.

Refieren sus historiadores que en la noche que precedió la batalla de Filipos, Artorio, médico de Octavio, creyó ver en sueños á Minerva, ordenándole que encargase al general que, no obstante el delicado estado de su salud, no dejase de pelear al día siguiente. Obedeció Octavio esta orden y bien le anduvo, pues mientras dirigía á los suyos desde su litera con sobrehumana fortaleza de ánimo, Bruto se apoderaba de su campo, en donde indefectiblemente le hubiera hecho prisionero si no hubiese acatado tan sumiso Octavio el mandamiento del oráculo.

Otro sueño refiere Valerio Máximo, diciendo que se halla también íntimamente relacionado con la religión pública. Un día que se iban á celebrar los Juegos plebeyos, un padre de familia cruzó el circo Flaminió azotando á un esclavo que conducía al suplicio. Entonces Júpiter aparecióse en sueños á un hombre del pueblo llamado Atinio, mandándole que fuese á decir á los cónsules que no estaba satisfecho del que había abierto los últimos Juegos del circo y que si no se expiaba esta falta volviéndolos á empezar con más cuidado, caerían sobre Roma grandes calamidades. Atinio, temiendo descontentar á los magistrados inspirándoles escrúpulos, no se atrevió á revelarles el suceso. Al cabo de poco tiempo murió su hijo á consecuencia de una violenta y repentina enfermedad y vió nuevamente en sueños al padre de los dioses, quien le preguntó si no se creía aun bastante castigado por el menosprecio que de sus órdenes había hecho. Todavía permaneció callado Atinio; pero muy presto hubo de arrepentirse de su terquedad, pues quedó tullido de piés á cabeza. Espantado entonces y cediendo á las reiteradas instancias de sus amigos, hízose llevar en litera al tribunal de los cónsules y luego al Senado en donde refirió cuanto le había sucedido, llenando á todos de indecible asombro, que subió de punto cuando le vieron volverse por sus piés á su casa cual si nunca hubiese estado tullido.

Cayo Graco tuvo también un sueño anunciándole la triste suerte que le esperaba, pues vió la sombra de su hermano, que le decía:—*El hado indeclinable lo ordena; morirás como yo cuando fui rechazado del Capitolio.*

Antes de tomar posesión de su cargo de tribuno, que le ocasionó efectivamente un fin tan desastroso como el de su hermano, Cayo refirió este sueño á diferentes personas y el historiador Celio dice haberlo oído contar á varias de ellas en vida del famoso tribuno.

W. Scott hace muy atinados comentarios acerca de estas apariciones nocturnas, diciendo con mucha razón que un estado de viva ansiedad y de grande

efervescencia hace que se entregue el espíritu á la idea de este comercio sobrenatural. La proximidad de una batalla de dudoso éxito, la convicción de que de ella pendían el destino suyo y el de su patria, debían tener fuerza bastante para evocar ante los inquietos ojos de Bruto el espectro de su amigo César, á quien habia asesinado y cuya muerte le parecia tal vez entonces ménos justificable que en los idus de marzo, ya que en vez de afianzar la libertad de Roma no habia hecho más que ocasionar el renovamiento de las guerras civiles y en último resultado la total ruina de la libertad.

« Nada tiene de milagroso, dice, que el ánimo viril de Marco Bruto, en medio de la soledad y de las tinieblas, torturado probablemente por el recuerdo de los favores que le habia prodigado aquel grande hombre á quien habia muerto para vengar los agravios de la patria sacrificando al amigo, hubiese puesto ante sus ojos la aparicion que dijeron ser su mal genio y que le prometió volverle á ver en Filipos. Los mismos intentos de Bruto, sus conocimientos militares, podían haberle hecho prever que la guerra civil debia decidirse en ese lugar ó en sus contornos y aun admitiendo que su imaginacion hubiese creado esa parte de su diálogo con el espectro, nada hay en esta historia que no pueda considerarse como un sueño animado que, en el estado de absorcion en que se hallaba Bruto, podia llegar casi al grado de ilusion que producen los sueños ordinarios. Es muy fácil de concebir que Bruto, imbuido de ideas platónicas, estuviese dispuesto á creer que habia visto una verdadera aparicion sin que le viniese en mientes analizar el hecho, así como es muy natural pensar que aunque nadie hubiese visto el tal espectro, sus contemporáneos no hubiesen juzgado necesario apreciar el testimonio de un hombre tan eminente apelando al severo exámen que habrían indudablemente aplicado á otro hombre de ménos talla é importancia política. »

M. Brierre de Boismont, en su magnífica obra referente á las alucinaciones, dice que estas no consisten solamente en la reproduccion de las ideas habituales á los individuos, sino que muchas veces son tambien reminiscencias, recuerdos de sensaciones depositados por un largo espacio de tiempo en el cerebro y recordadas por la conocida ley de la asociacion, á las cuales una causa física ó moral comunica toda la vivacidad de las sensaciones actuales. Para él es indudable que las formas sensibles que los pintores y los escultores dieron á los espíritus de los libros sagrados, formas tan generalmente esparcidas en las obras, los edificios religiosos, los cuadros y los retratos, fueron el origen de las figuras de santos, ángeles y demonios que se han visto en muchas apariciones. No es de extrañar, por consiguiente, que cuando por cualquiera disposicion del organis-

mo las personas supersticiosas ó poco ilustradas se hallan expuestas á las alucinaciones, aparezcan estas formas.

Algunos han querido atribuir exclusivamente los sueños y el sonambulismo á la accion del cerebro en las alucinaciones nocturnas; pero á su juicio esta teoría es completamente inadmisibile, pues si bien considera indispensable el concurso del cerebro, no cree ménos necesario el del espíritu, partiendo del principio de que en tales estados existen impresiones internas y externas, ejerciendo en ellos el elemento psicológico una influencia evidente. En conclusion y despues de analizar muchos casos notables, acaba por sentar el principio de que en algunos de ellos la alucinacion nada tiene de extraordinario, pudiendo considerarse como un fenómeno casi normal y que siendo compatible con la razon, es muy fácil concebir como pudieron alucinarse tantos hombres célebres por obra de determinadas influencias, sin que por esto hayan sufrido un verdadero ataque de enagenacion mental.

Tocante á los presentimientos, bien podria afirmarse que las más veces son hijos del procedimiento inductivo de la inteligencia, que pasa del análisis de los hechos concretos á la síntesis ó fórmula general relativa á los sucesos venideros.

Es bien sabido que un adivino le habia dicho á César que se recelase de los idus de marzo y que diciéndole en son de burla el general que ya habia llegado aquel dia tan nefasto, respondióle el adivino:—*Ya llegó, pero no ha transcurrido todavía*. Es indudable que el tal adivino pudo tener algun barrunto de la conjuracion, como aquel profesor de literatura griega llamado Artemidoro de Gnido que poco ántes de consumarse el atentado le entregó un papel revelándole el peligro, papel que por desgracia no tuvo aquél ocasion de leer en tan críticos instantes. Pero no podriamos decir ciertamente otro tanto de la misma Calpurnia, la esposa de César. La noche antes, hallándose acostado con ella el dictador, despertó sobresaltado por el estrépito de todas las puertas y ventanas de la casa que se habian abierto de repente sin que nadie las tocase y mirando en torno vió á la luz de la luna á su mujer que proferia en sueños dolorosos gemidos y voces inarticuladas. Despertóla y refirióle ella entonces que habia soñado que acababan de asesinar á su marido y que lo tenia en sus brazos cubierto de sangre. Cuando amaneció, rogóle Calpurnia con vivas instancias que no saliese á la calle ó al ménos que consultase á los arúspices. César acabó por alarmarse, pues sabia que su esposa era mujer de claro entendimiento y que nunca habia dado muestras de flaqueza de espíritu. Consultó las entrañas de las víctimas y los signos fueron desfavorables. Entonces resolvió enviar á Antonio al Senado aplazando la sesion; pero los conjurados tuvieron maña para disuadirle de su propósito.

Referíase igualmente que en la noche anterior al crimen, un grande amigo de César, llamado Cinna, habia creído verle en sueños invitándole á cenar y que habiéndose él negado á ello le habia cogido la mano llevándolo consigo mal de su grado. En cuanto supo que el pueblo quemaba el cuerpo de César, corrió á tributarle los últimos obsequios; mas quiso su mala suerte que hubiese otro Cinna entre los conjurados y tomándole por éste, el pueblo lo hizo trizas, dando con ello un terrible desengaño á Bruto y á sus partidarios, que huyeron de la ciudad en donde habian creído conquistar tantas simpatías con su atentado.

Plutarco, despues de recordar el triste fin de Bruto y Casio, menciona el gran cometa que despues de la muerte del dictador brilló refulgente por espacio de siete noches y la sequía y la elevada temperatura que aquel año agostaron en flor todos los frutos.

Estos sueños que acabamos de relatar no tienen tan fácil explicacion como los hechos que más arriba referimos y parecen relacionados con otros muchos que han citado en nuestra época los fisiólogos como los más profundos arcanos de nuestro sér.

Esta cuestion nos trae á la memoria las notables reflexiones que sugiere al ilustre autor de *Pablo y Virginia*. «La opinion de que á veces se nos presenta en sueños la verdad, la han profesado todos los pueblos de la tierra. Los más ilustres varones de la antigüedad han participado de ella, pudiendo citarse como ejemplo á Alejandro, César, los Escipiones, los dos Catones y Bruto, que por cierto distaban mucho de ser ánimos apocados; esto prescindiendo de que el Antiguo y el Nuevo Testamento nos dan muchos ejemplos de sueños que se han realizado punto por punto. Yo de mí sé decir que no necesito acerca de este particular sino de mi propia experiencia, pues más de una vez he tenido ocasion de experimentar que los sueños parecen avisos que nos da alguna inteligencia que se interesa por nosotros y que es tarea bien excusada el combatir ó defender con razonamientos los fenómenos que escapan á la sagacidad humana.»

En su lugar correspondiente hablaremos de las teorías que se han formulado en nuestra época para explicar tan misteriosos sucesos.

Sería interminable el catálogo de los prodigios que en Roma se consideraban como agüeros de gran trascendencia política. Julio Obsequens, escritor de los últimos tiempos del paganismo, escribió todo un libro coleccionando los portentos que en el suyo relataba Tito Livio y en verdad que los hay entre ellos mucho más ridículos y grotescos que realmente terroríficos. Su interpretacion correspondia antes á los augures romanos que á los arúspices etruscos, aunque no debe ol-

vidarse que de la Etruria sacaron los patricios de Roma todas las reglas de la ciencia augural, siendo muy de notar que la mayoría de estos prodigios se observó en poblaciones del territorio etrusco y que en este se han notado indicios «de una influencia asiática directa y profunda, capaz de justificar la opinion de Herodoto que creía procedente de la Lidia á una parte cuando ménos de esta nacion. La conformidad que hoy se ha notado entre la ciencia de los arúspices etruscos y la de los adivinos caldeos, en cuanto á la importancia y al sentido de ciertos prodigios, sobre todo el del nacimiento de los monstruos, es asaz importante para que se vea en él antes el indicio de una trasmision, que la relacion fortuita de dos invenciones independientes.....»¹

Dedúcese de los fragmentos llegados hasta nosotros de la literatura augural en caracteres cuneiformes, que los caldeos conocieron todas las clases de adivinacion que mencionan los clásicos romanos, á saber, la ciencia de los *augurios* y los *auspicios* basada en la observacion de las aves, el *aruspicio*, que se hacia con las entrañas de las víctimas y la explicacion de los prodigios y los sueños.

Esa supersticion del aruspicio pasó de Babilonia á la Armenia, la Fenicia, Cartago y la Palestina, tomando sobre todo especial incremento en el Asia Menor y de allí á Grecia y la Etruria, de donde la tomaron finalmente los romanos.

Estos copiaron de la disciplina fulgural de los etruscos el arte de trasformar en oráculos los rayos, arte procedente tambien de la Caldea, en donde los sacerdotes los habian clasificado metódicamente.

Etrusco era tambien el famoso oráculo del lago Averno, en la Campania, situado en el fondo del golfo de Baia, cerca del promontorio situado entre Cumas y Puzzolo y formado en el cráter de un volcan apagado. Rodeábanlo enhiestos peñascos que en remotísimos tiempos se vieron cubiertos por una selva consagrada á Hécate. Sus aguas exhalaban unos gases mefíticos á los cuales se atribuia la funesta propiedad de matar las aves que intentaban volar encima de ellas, de donde le vino el nombre de aornos—*sin aves*—que le dieron los griegos. Fué celeberrimo este lago en la antigüedad por haberse supuesto que comunicaba con las regiones infernales. Agripa lo unió en tiempo de Augusto al lago Lucrino, haciendo construir al propio tiempo un túnel que iba de allí á la poblacion de Cumas y del cual aun quedan extensas ruinas, con el objeto de convertirlo en puerto militar para todas las flotas del imperio, mas parece que no tuvo bastante capacidad para ello ese gran receptáculo. En esos dos lagos, reunidos se dió el famoso simulacro de la batalla de Accio. Un terremoto que

¹ F. LÉNORMANT.—*La divination et la science des présages chez les Chaldéens*, cap. VII.

hizo surgir el monte Nuovo destruyó esas obras que el rey Fernando II de Nápoles quiso continuar viniendo á suspenderlas los acontecimientos políticos que han transformado á Italia en estos últimos años. Ese pintoresco lago está rodeado de colinas cubiertas de castaños y de naranjos y las insalubres lagunas que lo rodeaban están convertidas en ricos viñedos.

En sus orillas ofreció Aníbal un sacrificio á Pluton y en ellas coloca Virgilio la escena del descenso de Eneas á los infiernos.

En sus alrededores abundan las ruinas, frecuentadas, al decir de los naturales del país, por la famosa hada *Morgana*, sucesora de Hécate ó Proserpina.

Virgilio pone estas palabras en boca del sacerdote inspirado por el oráculo de Febo:

—Cuando te hayan llevado allí tus buques y te encuentres en la ciudad de Cumas, visitarás esos lagos divinos llamados el Averno y el Lucrino y sus rumbrosas selvas y la sacerdotisa inspirada que bajo la cavernosa peña canta los destinos de los mortales y confía á livianas hojas los caracteres sagrados de sus palabras fatídicas. ¹

En el segundo siglo de nuestra Era floreció un famoso impostor llamado Alejandro de Paflagonia, dotado de muy sagaz entendimiento y de arrogante apostura, que desde muy niño se educó al lado de un renombrado mago que recorría el mundo vendiendo filtros y sacando horóscopos. Á la muerte de su preceptor, heredó su numerosa clientela y juntándose con otro atrevido charlatan llamado Cocconas, continuaron la vida nómada, explotando la credulidad de los pueblos, hasta que en la Macedonia aprendieron el arte de domesticar las serpientes y compraron una de monstruosas dimensiones que destinaban á figurar en sus sesiones públicas. En Abonótica escondieron unas láminas de cobre en un antiguo templo de Apolo que estaban derribando, despues de escribir en ellas que Esculapio y su padre debían ir muy pronto á habitar la población. Cuando sus moradores tuvieron conocimiento de este que creían aviso del cielo, se apresuraron á edificar un templo para aquellos dioses, que tan buenos sentimientos se dignaban manifestarles.

En ese tiempo murió Cocconas de una picada de víbora y Alejandro proclamóse profeta, dejándose crecer el pelo y la barba, vistiendo una luenga túnica de púrpura y haciéndose pasar por hijo de una diosa. Había fabricado una cabeza cuya boca se abría y cerraba por medio de un hilo y con ella y con su serpiente fué una noche al templo que se estaba edificando y dejó en una fuente próxima

¹ *Eneida*, libro III, ver. 442 y sig.

un huevo en el cual habia encerrada una pequeña serpiente. Al día siguiente trasladóse al foro con aire agitado y blandiendo una hoz y encaramóse á un altar exclamando que un dios habia honrado aquel paraje con su presencia. Aturdido el pueblo por tan inesperada revelacion, postróse y oró en tanto que Alejandro pronunciaba con grande énfasis unas palabras latinas que nadie entendia y que todos consideraban por consiguiente como vocablos dotados de mágicas virtudes. Luego corrió hacia el lugar donde habia escondido el huevo y metiéndose en el agua empezó á cantar las alabanzas de Apolo y de Esculapio, invitando á éste á mostrarse á los mortales; luego metiendo una copa en la fuente sacó el misterioso huevo, exclamando:

—¡Pueblo, he ahí vuestro dios!

La multitud prorumpió en gritos de júbilo al ver que Alejandro, rompiendo el huevo, hacia salir de él una serpiente que se enroscaba en sus dedos. Rodeóle al punto el pueblo todo, pidiéndole quien la salud, quien riquezas ó honores.

Animado por este triunfo, Alejandro hizo pregonar al día siguiente que el dios á quien habian visto tan pequeño la víspera ya tenia su tamaño natural.

Echóse en la cama ricamente vestido, teniendo oculta en el seno su gran serpiente que se le habia enroscado en el cuello y tenia escondida la cabeza detrás de la que él habia fabricado. El aposento estaba bastante oscuro, la afluencia de personas que habian acudido á ver el prodigio era inmensa y hacíanlas entrar por una puerta y salir por otra sin darles mucho tiempo para presenciar aquel raro espectáculo. Fabricáronse muy pronto imágenes del dios en cobre y en plata. Alejandro, viendo el buen éxito de sus supercherías, anunció audazmente que la nueva deidad daría oráculos á quien se los pidiese por escrito en esquelas cerradas. Desde entonces fueron acudiendo los consultantes al nuevo templo, en donde les devolvian sus cartas juntamente con la contestacion del dios, sin que fuese posible conocer que se hubiese violado el secreto de la correspondencia.

Todos quedaban tan satisfechos de su celeste corresponsal que le recompensaban su trabajo colmándole de ricos presentes, sin echar en olvido á su afortunado profeta.

Más adelante atrevióse á decir que el mismo Esculapio iba á responder al público y dedicóse á dar oráculos, ya en prosa ya en verso, en aquel estilo ambiguo que solia caracterizar á esta clase de contestaciones. Díjose que el emperador Marco Aurelio, hallándose en guerra contra los germanos, le habia hecho pedir un oráculo y que éste habia ordenado que se echasen dos leones vivos al Danubio, con lo cual se tendria la seguridad de una paz próxima, precedida de una brillante victoria. Ejecutóse al pié de la letra este mandato; pero los leones

pasaron el río á nado y los bárbaros los mataron, derrotando en seguida vergonzosamente al emperador. Como despues se le hiciesen cargos á Alejandro á causa de este suceso, replicó muy fresco que él habia predicho la victoria, pero sin designar quién habia de ser el vencedor.

En otra ocasion, un ilustre personaje hizo preguntar al dios qué preceptor debia dar á su hijo y fuéle respondido:—*Pitágoras y Homero*. Quiso la desgracia que de allá á poco tiempo muriese el niño y el pobre padre exclamaba con resignado acento:—*Bien lo habia vaticinado el oráculo al darle dos profesores que ha tantos siglos murieron*. Por supuesto que si el niño hubiese vivido se habria dicho que el dios entendia referirse á los dos ilustres varones, lumbreras de la filosofía y de la poesía helénicas, sino á sus obras inmortales.

Ese grande impostor fué colocado despues de su muerte entre los semi-dioses y se le erigieron estatuas y altares como á los emperadores divinizados.

Plutarco, que floreció en el siglo I de nuestra Era, dice positivamente que en su tiempo existian aun los oráculos de Trofonio y de Delfos; que el templo de éste se hallaba á la sazón en un estado de esplendor y magnificencia que no habia alcanzado en tiempo alguno. Sin embargo, esos santuarios, á pesar de su alta condicion de sucursales del cielo, sufrieron algunas veces las duras consecuencias de los trastornos de la tierra, á causa de las guerras y los saqueos que arrebataron sus tesoros y sus joyas artísticas y mataron ó dispersaron á sus sacerdotes, haciendo enmudecer la voz misteriosa que por espacio de tantos siglos habia resonado en su recinto expresando la voluntad de los dioses. Los oráculos experimentaron todos los vaivenes, alternativas y peripecias que sufren todas las instituciones humanas en este mundo de lucha y de inestabilidad perpetuas. Sea como fuere, ello es que el célebre oráculo de Delfos subsistió y dió respuestas á los consultantes hasta el reinado de Constancio, padre de Constantino, esto es, hasta principios del siglo IV de nuestra Era. Consta igualmente que varios otros oráculos existian y eran consultados todavía en los siglos II y III despues de J. C., careciendo por lo mismo de todo fundamento la asercion de los que pretenden que con la venida del Mesías enmudecieron *ipso facto* los oráculos de los gentiles. Estos no podian cesar ni cesaron en efecto hasta la completa ruina del paganismo. Constantino derribó pocos templos; pero prohibió que se sacrificase en ellos á los dioses, que fué lo mismo que respetar los edificios como obras de arte al mismo tiempo que se les negaba todo carácter legal, declarándose ilícitos los actos para los cuales se habian erigido.

En el libro IX, título 18 del Código romano, hay varias disposiciones legales condenando severamente á los magos, agoreros, adivinos y demás inventores

de milagros y profecías. Según la ley 3.^a de este título, dictada por Constantino, el arúspice ó adivino que fué á casa de otro á ejercer su reprobada industria, debía perecer en la hoguera y aquel que lo hubiese llamado para consultarle, debía ser deportado á una isla, siendo por añadidura confiscados todos sus bienes. El acusador de semejante crimen no debía incurrir en la nota de delator, por considerar el sumo imperante que era su accion digna de recompensa. Á tenor de lo prevenido en la ley 5.^a del mismo título, aquel que consultase á los arúspices, astrólogos ó augures, ó demás adivinos maléficos, *así llamados á causa de la magnitud de sus crímenes*, debía sufrir la pena capital. Los comentadores dicen que esta debe entenderse por la decapitacion; pero algunos piensan que tambien puede referirse á la muerte en la hoguera ó á la que sufrían los reos echados á las fieras del circo. *Sileat omnibus perpetuò divinandi curiositas*, dice enérgicamente el rescripto. La 6.^a condenaba igualmente á la pena capital á los que invocasen ó consultasen en detrimento de alguno á los Manes ó dioses infernales, ordenacion que, según Salyceto, rezaba tambien con los que encantaban figurillas de cera para echar sortilegios contra el prójimo. La ley siguiente declara abolidos todos los privilegios fundados en la dignidad por lo que respecta á los que cultivan las ciencias ocultas, *á los cuales se debe considerar siempre y en todas partes como enemigos del género humano*, quedando por consiguiente sujetos á la prueba del tormento y á todas las penas dictadas contra los magos, astrólogos y adivinos. La 8.^a asimila el crimen de aprender las ciencias ocultas al de enseñarlas, partiendo del principio de que tan culpable es el maestro como el discípulo en las artes ilícitas.

En el título XI del libro I, el mismo emperador ordena la clausura de los templos en los cuales se ofrecen sacrificios á los dioses, conminando con la pena de muerte á los contraventores y con la de cincuenta libras de oro á los jueces negligentes en exigir el riguroso cumplimiento de esta ley.

Ya hemos hablado en otro capítulo del extremado rigor con que habian perseguido algunas veces los emperadores las prácticas del Politeísmo, que se enlazaban más de lo justo con la política. Desde Constantino añadióse á este motivo de proscripcion el odio que los fieles de la nueva Iglesia profesaban á sus antiguos perseguidores y la intolerancia con que el fervor cristiano trataba á los sectarios del vencido Gentilismo.

En otro capítulo trataremos de la insensata reaccion que trató de hacer el emperador Juliano para resucitar el Politeísmo; contentándonos por ahora con hacer algunas indicaciones referentes al asunto en que actualmente nos ocupamos. Quedaban todavía muchos oráculos cuando subió al trono este emperador,

quien no solo se aplicó á conservar en lo posible todo su esplendor y prestigio, sino tambien á restablecer cuantos pudo de los que estaban ya arruinados.

Á 5 millas de Antioquía levantábase un famoso templo dedicado á Apolo, en un amenísimo sitio llamado Dafne y cuyo oráculo era el más popular de toda la Siria. Adriano, antes de ceñir la corona, habia ido á consultarlo, leyendo sus futuros destinos en una hoja que empapó en el agua de una fuente que se llamaba Castalia como la del santuario de Delfos. Temeroso, cuando ocupaba ya el solio, de que esas milagrosas aguas revelasen á otro mortal un síno igual al que á él le habian predicho, mandó cegar la fuente, arrojándose á ella una enorme cantidad de piedras. Juliano, á quien debió escandalizar tanta ingratitude, hizo desenterrar todos los cuerpos cuyos restos profanaban aquellos alrededores, embelleciéndolos para facilitar su frecuentacion y realzar su abatida pujanza.

No contento con esto, tomó el papel de profeta del oráculo de Didimo, tomándolo tan por lo serio como su papel de sumo pontífice que ejercia con gran celo y extremado ardor filosófico. Valens, asaz indiferente, con sus puntas y ribetes de arriano, permitió que cada cual profesase en sus Estados la religion que fuera más de su gusto, con lo cual reaparecieron todas las extravagancias de los ritos paganos con su singular cortejo de bacanales, Misterios, oráculos y demás ceremonias y supersticiones del Politeismo.

Valentiniano, cediendo á las instancias de los griegos, afligidos por la proscripcion de su culto, permitióles que por excepcion continuasen ejerciéndolo en su territorio.

Teodosio hizo cerrar todos los templos paganos, empezando por los de Egipto, á los cuales no pudo valerles su venerable antigüedad para preservarlos de la destruccion. El sofista pagano Eunapio quejándose amargamente de la ruina del famosísimo templo de Serapis, exclama que algunos hombres que jamás habian oido hablar de la guerra, habian desplegado sin igual heroismo contra las piedras de ese templo y más aun, contra las ricas ofrendas de que estaba lleno; que en aquellos santos lugares se habian aposentado unos monjes, hombres infames é inútiles, que, con tal que vistiesen un hábito negro y sucio ya podian atribuirse una autoridad tiránica sobre el espíritu de los pueblos y que los tales monjes en vez de tributar su culto á los dioses que se veian con las luces de la razon, dábanla por adorar cabezas de bandidos castigados por sus crímenes, que guardaban supersticiosamente, despues de haberlas salado para preservarlas de la corrupcion. Preciso es confesar que si en esa época no habia libertad bastante para ejercer públicamente las prácticas del Politeismo, habíala

más que sobrada para criticar la reforma cristiana y hacer burla sangrienta de los cenobitas y de las reliquias por ellos custodiadas.

Parece ser que en ese templo de Serapis se encontraron muchos caminos subterráneos y no pocos aparatos dispuestos para embaucar á las gentes; así, habia al oriente del templo una ventanilla por la cual penetraba un rayo de sol que en un momento dado venia á caer precisamente en los labios del ídolo. También tenían en el templo un simulacro del sol que era de hierro y atraído por un iman suspendido de la bóveda se elevaba hacia Serapis. Entonces decian los sacerdotes que el sol saludaba al dios y cuando el simulacro de hierro volvía á caer y el rayo de luz dejaba los labios de la divinidad, decian que el astro habia terminado su visita y salia del templo para continuar su interrumpida carrera.

En esa interesantísima y nunca bastante estudiada época en la cual se realizó la transición del decrepito y desacreditado Politeísmo á la religion monoteísta, que solo excepcionalmente habian profesado hasta entonces los persas y los hebreos, sin duda hubieron de descubrirse muy grandes supercherías.

Cuéntase que Teófilo, obispo de Alejandría, enseñó á los fieles de aquella iglesia las estatuas huecas y los caminos ocultos como los del templo de Serapis de que se valian los sacerdotes del gentilismo para sus oráculos. En otras partes encontróse á los cuitados que servian de instrumento para la realización de esas imposturas. Algunos de ellos fueron sometidos á la prueba del tormento, con arreglo á las leyes que anteriormente citamos, declarando todas las trampas y embustes de que se valian para engañar á sus parroquianos.

También apelaban los sacerdotes romanos y los egipcios al arte de usar un estilo ambiguo y oscuro cuando se les pedia un oráculo de notoria trascendencia, como hemos visto que lo hacian los griegos cuando explicamos los oráculos del politeísmo helénico. Macrobio refiere que cuando Trajano concibió el designio de hacer la guerra á los partos, aconsejaronle que consultase al oráculo de Heliópolis, para lo cual bastaba enviarle un billete cerrado. El emperador, que era de suyo asaz desconfiado, envió en efecto el billete, pero sin escribir en él ni una palabra; mas el dios envióle por toda contestación otra esquila en la cual no habia escrito sino el sobre.

Entonces Trajano le escribió nuevamente, preguntándole si volveria á Roma despues de haber dado cima á su empresa.

La deidad ordenó entonces que cogiesen una parra del templo y la llevasen hecha pedazos á Trajano. Los gentiles se hicieron lenguas de la sabiduría y prevision del oráculo, porque Trajano murió precisamente en esa expedición y sus huesos fueron llevados á Roma, que fué lo que queria indicar el oráculo.

Fontenelle, comentando el hecho, hace notar que sin duda debían estar todos muy enterados del belicoso designio del emperador, deduciendo de ahí el objeto de su pregunta, no debiendo por tanto extrañarse la contestación del oráculo, concebida por cierto en términos tan generales que no podía menos de resultar muy pertinente y juiciosa. En efecto, si Trajano hubiese regresado á Roma victorioso, pero herido ó habiendo perdido parte de su ejército; si éste hubiese sido derrotado; si hubiese surgido en él alguna división; si se hubiese introducido la discordia en las huestes de los partos ó en Roma, durante la ausencia del emperador; si aquellos hubiesen sido completamente batidos ó en parte ahuyentados ó abandonados por algunos de sus aliados, en todos estos casos la alegoría de la parra era igualmente aplicable y habríase encontrado de la misma manera atinada y profunda. Tal vez la vuelta de los tristes despojos del emperador á Roma fué la única explicación que ni remotamente se le había ocurrido al oráculo egipcio.

Esta anécdota del reinado de Trajano nos trae á la memoria otra bastante curiosa que refiere Spartianus en la vida del emperador Adriano. Cuando murió Neron, Adriano fué comisionado para dar parte de este acontecimiento al futuro emperador Trajano, quien le distinguió desde entonces con sus favores hasta el punto de excitar la envidia de los demás cortesanos. Temeroso Adriano de las consecuencias de esta animosidad, apeló á un sortilegio para saber algo de ellas, abrió la *Eneida* de Virgilio y encontróse con los versos 808 y siguientes del canto VI, que dicen:

«¿Quién es aquel anciano que aparece á lo léjos con la corona de olivo en las sienes y los objetos sagrados del culto en la mano? Yo le conozco por su cabellera y su blanca barba; es un rey, es el primero que cimentará en las leyes la naciente grandeza de Roma: de su pequeña ciudad de Cures y del humilde campo de sus padres será llamado al gobierno de un poderoso imperio.»

Otros pretendían que la predicción se la habían hecho los libros sibilíticos. Lo positivo es que Adriano tenía gran fe en las viejas instituciones del gentilismo, pues cuando estuvo en Grecia se hizo iniciar en los Misterios de Eleusis y tuvo á grande honra presidir los juegos de los atenienses.¹

Alejandro Severo, cuando Heliogábalo le tendía asechanzas, fué á consultar al oráculo de la Fortuna en Preneste y contestóle con aquellos famosos versos

¹ Spartianus, XII.

del canto VIII de la *Eneida*: *Si logras vencer un día á los rigurosos destinos, tú serás Marcelo*. Alejandro, que á pesar de su filosófica moderación ponía muy altos los puntos, no perdió ripio para asegurarse la codiciada posesión del trono y habiendo tenido noticia de que había en Oriente una doncella de ilustre prosapia á la cual había vaticinado el horóscopo que sería esposa de un emperador, no tuvo sosiego hasta que la hubo conocido y casóse con ella en cuanto pudo.

No hay duda que la circunstancia de no ser nacionales en Roma los oráculos y la ruina del Politeísmo habían de causar necesariamente la desaparición de ellos; pero aun sin mediar tan poderosas razones era de todo punto inevitable la catástrofe. Los sacerdotes habían abusado con insoportable impudencia de su posición y los cristianos y los filósofos, burlándose á porfía de las ambiguas y enfáticas contestaciones que daban á los consultantes las más renombradas deidades y del aparato teatral con que trataban de disfrazar la hueca trivialidad de sus conceptos, habían alzado el velo que ocultaba á los ojos de la obcecada muchedumbre toda la torpeza de aquellos misterios. En una palabra, los oráculos, como tantas otras instituciones del Politeísmo, desaparecieron ante los anatemas de la Iglesia y los decretos del brazo seglar cuando ya habían caído á impulsos de la sátira que los había puesto en ridículo á los ojos de toda persona sensata y medianamente despreocupada. La Iglesia los anatematizó, el imperio los proscribió; la opinión pública los pulverizó con el sarcasmo y el menosprecio, derribando los ídolos y dispersando á los sacerdotes en medio de la universal rechifla de las gentes.



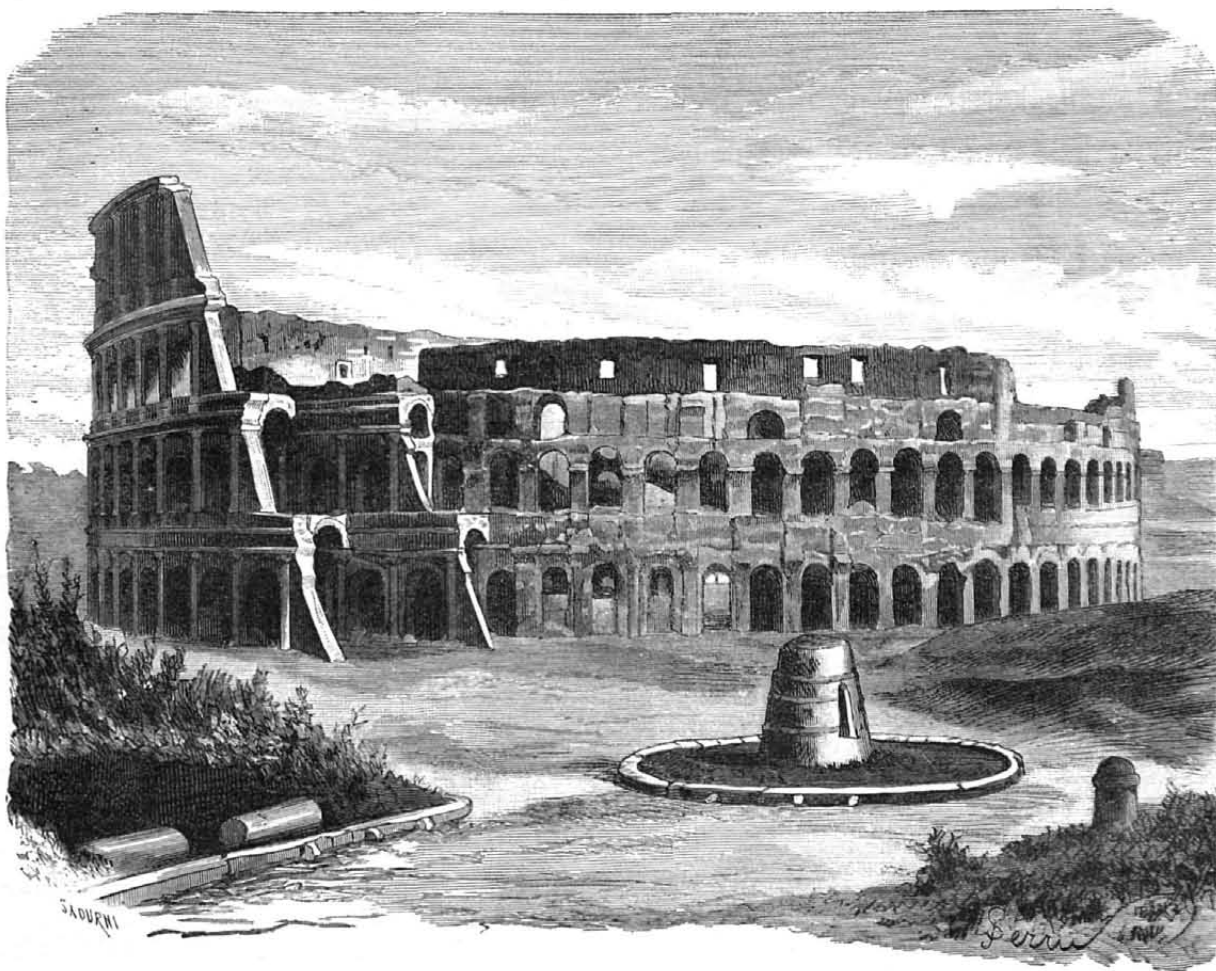
VASO ETRUSCO.



J. Seix editor.

J Serra p^{to}

FUNDICION ROMANA. TRIPODE DE BRONZE. Museo Napoleon III. en el Louvre.



ANFITEATRO DE FLAVIO.

CAPÍTULO VII.

LOS FILÓSOFOS ROMANOS Y LA SUPERSTICION.

La civilización y las creencias en Roma.—Influencia del helenismo.—La censura romana y la filosofía.—Los platónicos, los académicos y los estóicos.—Carácter social de los filósofos romanos.—Materialismo de Lucrecio.—Despreocupación ilustrada de Cicerón, Ovidio, Propertio, Virgilio y Séneca *el Antiguo*.—Anécdota de Plinio.—Discreción de Plutarco.—Heroísmo filosófico de Catón.—La filosofía y la superstición en tiempo del Imperio.—El purgatorio de Virgilio.—Misticismo de Séneca *el Filósofo*.—El quietismo en la antigüedad.—Analogías notables entre la filosofía romana y los Evangelios.—Cometido social que se atribuían en Roma los filósofos.—Ideas notables de Séneca, Juvenal y Publio Syro.—La filosofía y la política imperial.—Amargas lamentaciones de Persio.—Epigrama de Marcial, sátira de Juvenal y quejas de Séneca y Epicteto.



DESDE el momento que las guerras, el comercio y el progreso de las artes y las letras habían facilitado las comunicaciones entre los Estados, haciendo más accesible á todos la ciencia que antes había sido patrimonio de una casta privilegiada, por necesidad debieron dilatarse las fronteras morales de los pueblos, fusionándose en lo posible sus ideas y sus creencias, bajo la dirección del que estuviese dotado de mayor iniciativa para guiarlas y caracterizarlas. Grecia no tuvo tiempo para realizar esta elevada tarea,

que á nadie con más legítimos títulos incumbia; pero hízolo por ella Roma, su discípula, con aquel don admirable que poseia de asimilarse las teorías, las doctrinas y las creencias de los demás pueblos, fundiéndolas en el crisol de su inmensa unidad, como si hubiese previsto que así habian de ser más fácilmente depuradas el día que la humanidad realizase una evolucion colectiva y más trascendental en el camino del progreso.

De los griegos de Italia y de los etruscos recibieron los romanos la civilizacion helénica, asimilando, como en otros capítulos hemos visto, sus antiguas deidades á las del Olimpo, aceptando los graciosos mitos con que aquella se complació en engalanar las rústicas fábulas de su primitivo culto y admitiendo las elegantes formas del arte griego y la aguda metafísica de aquel pueblo ingenioso por excelencia.

Solo dos caracteres conservaron incólumes los romanos, como sello de su civilizacion indígena; los ritos públicos y privados de su religion y el respeto al derecho, que no dejaron menoscabar como en Grecia por las irreverentes salidas de tono de los sofistas. El romano era esencialmente casuista: aquella frase terrible: *dura lex, sed lex*, puede considerarse como un formidable compendio, como una rigurosa síntesis de la veneracion que á las leyes profesaba aquel pueblo tan amante de la correccion, tan austero y tan exclusivamente prendado de todo lo que tiende á enaltecer la criatura y á acrecentar la fortaleza física y moral de los individuos y las naciones.

Más práctico y positivo, ménos poeta y soñador que su maestro, aplicóse á hacerse propicios los númenes celestes, prescindiendo en sus primeros tiempos de las teatrales ceremonias y los misteriosos ritos á que tan aficionados se mostraron siempre los griegos y que casi no utilizó sino como un elemento estético para embellecer sus obras artísticas y literarias. Su culto, como hemos tenido ya ocasion de notarlo, estaba organizado como una alta institucion nacional; su sacerdocio era una magistratura y la lucha que hemos explicado entre los patricios y la plebe con motivo de la participacion que ésta queria tener en los auspicios, prueba hasta qué punto llevaba el respeto á la disciplina aquel pueblo tan amante de reglamentarlo todo, sometiénolo á la dependencia de una organizacion jerárquica, así en lo privado del hogar como en las relaciones del derecho público.

No necesitamos recordar que, infatuados los griegos por la soberbia que les inspiraba su floreciente civilizacion, calificaban desdeñosamente de *bárbaros* á todos los pueblos de la tierra que no pertenecian á su raza y comunidad política y que los romanos fueron tambien incluidos en este ominoso catálogo por espa-



J. Seix Editor.

J. Planella P.^{te}

URNA FUNERARIA. MUSEO NAPOLEON III.

cio de muchísimos años. Horacio nos cuenta que cuando Roma hubo sojuzgado á Grecia, esta subyugó á su vez á sus feroces vencedores y prestó sus artes al agreste Lacio. Así se suavizó la rudeza del antiguo estilo saturniano, cuyo grosero carácter pulió la lima del buen gusto, lo cual no fué parte á impedir que conservase hasta el siglo de Augusto muchos vestigios de su rusticidad nativa. Los romanos tardaron muchos años en saborear las bellezas de las obras maestras de Grecia, no llegando á comprender todos los primores y excelencias de las creaciones de Thespis, Esquilo y Sófocles hasta que la feliz terminacion de las guerras púnicas les dió vagar para consagrarse á tan sosegadas y apacibles tareas.¹ Entonces fué cuando Livio Andrónico tradujo los trágicos griegos, cuyas insignes creaciones reemplazaron en la escena latina las rústicas farsas atelanas y las antiguas composiciones dramáticas de los etruscos. Sin embargo, la cultura griega no se introdujo realmente en Roma hasta que los esclavos de aquella ilustrada comarca empezaron á dirigir la educacion de los vástagos de las más ilustres familias de la Ciudad Eterna, iniciándolos en los secretos del arte oratorio, tanpreciado en aquella gran república donde tan activa era la vida política y en las reglas de la gramática y la poesía helénicas.

En la historia de Roma hay algunos hechos que patentizan elocuentemente la extremada severidad con que velaban sus magistrados por la conservacion de sus instituciones y costumbres tradicionales y el celo con que procuraban preservarla de peligrosas novedades. En el consulado de Fannio Estrabon y M. Valerio Mesala, dictóse un senado-consulta contra los filósofos y retóricos latinos, concebido en estos términos: «El pretor M. Pomponio ha consultado al Senado acerca de los filósofos y los retóricos de quienes se habla en la ciudad. El Senado ha decretado que el pretor Pomponio, en bien de la república y bajo su responsabilidad, tome las medidas necesarias para evitar la presencia de tales gentes en Roma.»

Algunos años despues, los censores Cneo Domicio Enobarbo y Lucio Licinio Craso, promulgaron un edicto que decia de este modo: «Se nos ha manifestado que algunos hombres han introducido un nuevo género de enseñanza; que la juventud frecuenta sus escuelas; que se titulan retóricos latinos y que los jóvenes pasan ociosamente con ellos el día entero. Nuestros mayores ya señalaron las escuelas que sus hijos debian frecuentar y lo que en ellas debian aprender. Estas novedades, tan opuestas á los usos y costumbres de nuestros antepasados, no nos placen, ni nos parecen buenas; por lo tanto, hemos creído que debiamos

¹ HOR., *Epist.* I, lib. II, ver. 156 y siga.

manifestar nuestro juicio á los profesores y á los discípulos: eso nos desagradaba.»¹

Bien sabidas son la indignacion y alarma con que vió Caton el Antiguo la boga que alcanzaban en Roma los filósofos griegos Carneades y Diógenes y la prisa que se dió en persuadir al Senado que despidiese pronto á aquellos hombres peligrosos, enviándolos á su patria á cuidar de la educacion de los hijos de los griegos. Un gran publicista de nuestro siglo ha hecho respecto á este famoso episodio de la historia de la filosofía en Roma estas atinadas reflexiones:

«La filosofía, desde su principio se presentaba con desfavorables apariencias. Caton no sabia que juzgándolas tomando por modelo á un sofista las juzgaba mal y que un siglo más tarde, aquella filosofía que él queria proscribir, mejor conocida y profundizada, seria el único asilo de su nieto contra las traiciones del destino y la insolente clemencia de César..... Caton debió de regocijarse de su pasajero triunfo. Los diputados atenienses fueron bruscamente despedidos; dictáronse frecuentes y severos edictos contra las doctrinas extranjeras, pero todo en vano: el impulso estaba dado y nada era capaz de detenerlo..... Cuando la filosofía volvió del destierro, tuvo tanta más influencia cuanto que venia de más léjos y que se habia adquirido con más dificultad..... Los más ilustres capitanes se hicieron acompañar en sus expediciones por filósofos y así Antíoco el académico fué el compañero de Lúculo. Sila hizo trasportar á la capital la biblioteca de Appollicon de Téos, que Andrónico de Rodas se encargó de ordenar y á ella debieron los romanos el conocimiento de las obras de Aristóteles de quien Andrónico era sectario. Caton de Utica, siendo tribuno militar en Macedonia, hizo un viaje al Asia con la sola esperanza de lograr que el estóico Atenodoro abandonase su retiro de Pérgamo y fuése á consolarle del tedio y el tumulto de los campamentos. Por último, Ciceron, durante su larga, activa y gloriosa carrera, no cesó de consagrar á la filosofía todos los momentos que pudo hurtar á sus deberes de orador, de soldado y de ciudadano. Íntimo amigo de Diodoro desde sus primeros años, discípulo despues de Posidonio y de Panetio y protector de Cratipo, no cesaba de repetir que debia sus conocimientos y hasta su elocuencia más á la filosofía que á la retórica. Pero los entendimientos que con tanto entusiasmo se entregaban á la filosofía, raras veces estaban preparados á las especulaciones abstractas por estudios anteriores, resultando de ahí que la filosofía penetró en la cabeza de estos nuevos discípulos, como si dijésemos en masa y en conjunto. No se identificó con el resto de sus opiniones y su influencia fué á un

¹ AULO GELIO, lib. XI, cap. 11.



J. Sain editor.

MUÈRTE DE CICERON.

L. Comelera pin.

tiempo más intensa y ménos continúa que en Grecia; más intensa en las circunstancias importantes en las cuales el hombre lanzado lejos de la rutina y de sus hábitos peculiares busca apoyos, motivos ó consuelos extraordinarios; menos continua, porque la filosofía, cuando nada perturbaba el orden acostumbrado, convertíase para los romanos en una ciencia que habian aprendido, antes que en una regla de conducta aplicable á todos los instantes de la vida social. Apenas vemos en Roma á ningun individuo que se haya consagrado exclusivamente á especulaciones filosóficas, como los primeros sabios de Grecia; pero en cambio no vemos en Grecia casi nadie que haya sabido sacar de la filosofía auxilios tan eficaces como los ilustres ciudadanos de Roma en medio de los campos, de las guerras civiles, de las proscripciones y de la muerte. Esto no es decir que varios filósofos griegos no hayan soportado las persecuciones con extremada entereza; pero ésta formaba parte de los deberes de su estado y de la carrera que habian exclusivamente abrazado, en tanto que los romanos, apoyándose en la filosofía para luchar ó para morir, eran guerreros, magistrados, senadores ó conjurados. »

En suma, las tres escuelas filosóficas más florecientes en Roma fueron: la platónica, la académica y la estoica, sobresaliendo especialmente Varron y Plutarco en la primera, Ciceron en la segunda y Bruto, Caton, Séneca, Persio y el emperador Marco Aurelio en la tercera. Además, cobró durante el Imperio grande importancia el epicureismo, que ofrecia una egoista distraccion al alma dolorida por la iniquidad y un baluarte para precaverse de las iras de la tiranía. Fué moda la voluptuosidad cuando ya no fué posible hacer gala de la digna entereza de un espíritu libre.

Si hubiésemos de señalar el carácter social de los filósofos romanos, deberíamos decir que así como en Grecia tuvieron algo de políticos, merced á las libres instituciones y al amor á la discusion y á las galas oratorias que siempre alimentaron los hijos de aquel suelo, en Roma carecieron de influencia directa en los asuntos públicos, teniendo que contentarse con el modesto oficio de pedagogos asalariados en tiempo de la república por aquellos altivos patricios que hacian temblar á los primeros reyes del mundo y en la era imperial por los altaneros advenedizos que despilfarraban tesoros verdaderamente regios en espléndidos festines y maravillosos palacios, en los cuales andaban confundidos los poetas y los filósofos con los mimos y los gladiadores á la moda y con la vil turba de los clientes que se disputaban las sonrisas del patrono y las migajas que se dignaba dejar caer de su fastuosa mesa.

Con todo, hubo en la filosofía romana algunos tipos de vigorosa energía y que ejercieron sensible influencia en las ideas de sus contemporáneos. Entre ellos

debemos citar por su originalidad y osadía al poeta Lucrecio, autor del famoso poema *De natura rerum*, en el cual brillan bellezas de primer orden y que extremó las doctrinas de Epicuro haciendo una ardiente propaganda materialista «para destruir la superstición y los vanos terrores que de ella emanan.» Suyo es aquel celeberrimo verso: *Tantum Religio posuit suadere malorum!*, tanta barbarie ha podido inspirar la superstición! refiriéndose al sacrificio de Ifigenia.¹ Él es también quien ha dicho que *el vano temor de los dioses es la pesadilla de los hombres*.² Lucrecio resume sus ideas y revela sus propósitos en el magnífico panegírico que hace de Epicuro al principio de su poema: «En otro tiempo, cuando se veía á los hombres arrastrar una existencia miserable bajo el peso ominoso de la superstición y la cabeza del monstruo, apareciéndose á ellos por cima de las nubes los aterraba con su espantosa mirada, un griego, un simple mortal osó alzar los ojos y mirarle cara á cara. Nada le arredra, ni la fama de los dioses, ni el rayo, ni las amenazas del cielo que ruje con la voz del trueno: los obstáculos, lejos de enflaquecer su ánimo, lo irritan, induciéndole á apetecer con mayor anhelo la ruptura de las estrechas barreras de la naturaleza. Su genio indomable consigue dar cima á tan alta empresa; lánzase allende los inflamados confines del mundo, recorre el espacio infinito en alas del pensamiento y vuelve triunfante á enseñarnos lo que puede y lo que no puede nacer y de dónde procede que el poder de los cuerpos sea limitado y que haya para todos un término ineludible. Aquel día la superstición se vió á su vez derribada y pisoteada, y su derrota nos igualó á los dioses.»

Nótese que donde decimos nosotros *superstición*, Lucrecio dice *Religio*, que significa religión, piedad ó reverencia á los númenes. La escuela de Epicuro no hacia profesión de ateísmo, pues se limitaba, como dijimos al tratar de la filosofía griega, á sostener que no se curaban de la humanidad, ni necesitaban su adoración. Los pensadores romanos eran por regla general tolerantes y respetaban por cálculo las creencias populares, considerándolas como un utilísimo freno social. Esos alardes de franco ateísmo y esos arranques de colérica impiedad fueron un hecho aislado y es de creer que ni los aprobaron los discretos ni los comprendieron los simples de espíritu. Lucrecio pudo permitirse tan atrevidos desahogos, merced al estado intelectual de sus contemporáneos: en tiempo de Catón el Antiguo, la censura le habria dado seguramente un rato de mal pasar.

Cicerón, en sus libros *De Divinatione* y *De natura Deorum*, que deberíamos

¹ Lib. I, ver. 102.

² Lib. III, 995.



Campi. lit.

LOS AUGURES DE CICERON

J. Scix, Editor.

trascibir íntegros, si hubiésemos de recordar cuanto ha dicho ese grande hombre contra las supersticiones de su tiempo, mofóse sin rebozo de los arúspices, astrólogos y adivinos de todo jaez, diciendo que era imposible que se encontrasen cara á cara y á solas dos augures sin desternillarse de risa y añadiendo que todas esas preocupaciones podrán ser muy buenas para el vulgo, pero que el hombre de claro entendimiento debe despreciarlas profundamente y tan alto raya el atrevimiento de su ironía, que induce á dudar de la Providencia y de todo lo que no es susceptible de humana percepción. Eran tanto más notables en Cicerón estos rasgos de audaz irreligiosidad, cuanto que, como en otro lugar hemos dicho, pertenecía al colegio de los augures á quienes tan cruelmente satirizaba. Sin embargo, basta dar una ojeada á los discursos que de ese insigne orador nos han quedado para echar de ver que no hay quien le aventaje en el arte de manejar la cuerda patética, apelando al sentimiento religioso. Era una simple cuestión de estética: su soberbio entendimiento se dignaba descender al nivel del auditorio cuyos aplausos solicitaba, halagando los sentimientos y las convicciones que en el fondo de su corazón miraba con el más alto menosprecio. Su orgullo de académico no le eximia de la flaqueza de amar la popularidad, y solicitarla aun á costa de su conciencia.

Y cuenta que el grande orador no fué en esto una rara excepción. Las dos escuelas filosóficas que más boga alcanzaron entre los romanos, á saber, la estoica y la epicúrea, transigieron excesivamente con las supersticiones del Politeísmo. Los hombres verdaderamente despreocupados formaban un grupo aparte, una secta en cierto modo misteriosa, cuyos miembros, unidos por el lazo moral de su común incredulidad, no habrían osado hacer público alarde de sus convicciones. Solo de cuando en cuando se oía acá y acullá algún arranque aislado de escepticismo que parecía escapar como *ex abundantia cordis* de la pluma de los pensadores de aquel tiempo. Así por ejemplo, el poeta Ennio decía tres siglos antes de J. C.: «Es verdad que hay dioses en el cielo, lo he dicho y lo repetiré siempre; pero también creo que no hacen ningún caso de los hombres, pues si así fuera todo iría bien para los buenos y mal para los malos y por cierto que dista mucho de ser así.»¹

Ovidio dice en su *Arte de amar*: «Tomad á todos los dioses por testigos de vuestra buena fe. Júpiter desde su trono se ríe de los perjuros de los amantes, y encarga á los vientos de la Eolia que los lleven en sus alas. Cuando él engañaba á Juno, juraba por la laguna Estigia y ahora sonríe al ver que le imitan.

¹ V. CICERÓN, *De Divinat.*, II, 50.

Conviene que haya dioses, como tambien creer en ellos...»—Propertio dijo: «Júpiter se ha deshonrado á sí mismo y al Olimpo entero.¹»—Virgilio exclama: «¡Dichoso aquel que pudo conocer las causas primeras de las cosas! ¡Dichoso aquel que puso bajo sus plantas todos los vanos terrores de los mortales, el destino inexorable y los livianos rumores del avaro Aqueronte!»²—Séneca el Antiguo escribe categóricamente: «Lo que me consta es que lo imposible no sucede y lo posible no es milagro,³» con lo cual negaba en redondo el supernaturalismo.

Á este tenor podriamos ir citando innumerables ejemplos de la despreocupacion de muchos romanos ilustres por su saber ó por su ingenio y, ya que de ejemplos hablamos, bien se nos permitirá citar la donosa ocurrencia de Caton, quien habiendo ido á preguntarle un dia un amigo cómo debia interpretar el presagio de haberle roído los ratones un zapato, le respondió:—Eso no significa nada: lo que sí hubiera sido muy serio es que el zapato hubiese roído á los ratones.

Pero, en achaque de escepticismo, nadie ha igualado de seguro la causticidad y donaire de Luciano, filósofo de la época de los Antoninos, á quien sin encarecimiento podriamos llamar el Voltaire del Paganismo. Tiene el tal un diálogo titulado *Filopseudes*, que es como dijésemos *el amigo de la mentira*, en el cual expone en galana y divertida forma las ridículas preocupaciones de que estaban dominados muchos filósofos de su siglo.

Plinio tambien nos cuenta á este propósito una anécdota sumamente curiosa.

Cayo Furico Cressinus era un liberto que sabia sacar pingües cosechas de una pequeña heredad que poseia, en tanto que sus vecinos, á pesar de tenerlas muy extensas, no sacaban de ellas sino escasos rendimientos y esto les inspiraba tal envidia que, no queriendo confesar la verdadera causa de tan notable diferencia, le acusaban de atraer á sus campos las mieses ajenas por medio de maleficios. Con tan absurdo motivo le citaron ante el tribunal del edil cùrul Sulpicio Albino. Temeroso Furico de ser condenado por la ignorancia popular cuando votasen las tribus, presentóse en el foro con todos sus aperos de labranza, con los robustos aldeanos que á sus órdenes cultivaban la envidiada heredad y los magníficos bueyes que la araban y dirigiéndose al pueblo, exclamó:

—Romanos, ahí teneis mis maleficios y todavía no puedo mostraros aquí en el foro mis fatigas, mis vigiliass y mis sudores.

¹ *Eleg.* lib. III, 11.

² *Geórgicas*, lib. II, ver. 490.

³ *Controversia*, 1, 3.

Tal efecto produjeron estas palabras, que las tribus unánimes le absolvieron.¹

Mucio Scévola, el gran jurisconsulto maestro de Ciceron, dividia á los dioses en tres clases: los de los poetas, los de los filósofos y los de los legisladores² y decia que los primeros eran absurdos, los segundos impropios para una religion popular y solamente admisibles los últimos. Eran muchos los pensadores que establecian una sutil distincion entre la polémica filosófica y el debate religioso, cual si no advirtiesen el daño irreparable que hacian á la religion de su patria recomendando su respeto por la utilidad que como institucion pública prestaba al Estado, al propio tiempo que zapaban sus cimientos en sus escritos y en sus cátedras. Mientras de este modo discreteaban los sabios, el pueblo iba perdiendo paulatinamente las creencias que veia impunemente escarnecidas por los hombres de más encumbrado entendimiento; pero sin aceptar por esto las transacciones y acomodamientos que estos le proponian y que él en su ruda ignorancia no podia apreciar en manera alguna.

Plutarco es uno de los filósofos que mejor supieron preservarse en Roma de las exageraciones de la supersticion y del escepticismo. En su vida de Rómulo hay un pasaje relativo á la santificacion de las almas, que es un bello resumen de la doctrina platónica expuesta en el *Fedon*. Al terminar la biografía de Pericles, quéjase de las extravagantes doctrinas de los poetas que olvidan con harta frecuencia que los dioses son fuente de todo bien, de la cual no puede dimanar ningun mal. No se le alcanza cómo despues de pintarlos rodeados de purísima serenidad, se atreven á mostrarlos poseidos de las pasiones más indignas y degradantes. En la vida de Arístides dice vituperando á los reyes y tiranos que prefirieron la gloria que se adquiere por la fuerza á la que da la virtud: «Y sin embargo, la Divinidad, á la cual pretenden imitar y asemejarse, solo se diferencia de los demás seres por tres atributos: la inmortalidad, el poder y la virtud, siendo esta el más augusto y divino de todos. En efecto, la inmortalidad es propia tambien del vacío y de los elementos. Los terremotos, los rayos, los torbellinos de viento y las inundaciones tienen extraordinaria potencia; pero ningun sér es capaz de rectitud y justicia sin estar dotado de razon ni conocer la esencia divina. Tres son los sentimientos de que se hallan generalmente penetrados los hombres á la idea de la Divinidad: la admiracion, el temor y el respeto. Si la admiran y la creen dichosa es porque es incorruptible é inmortal; si la temen y tiemblan

¹ PLINIO, *Hist. Nat.*, lib. XVIII, cap. VIII, 3 y 4.

² S. AGUSTIN, *De civit. Dei*, IV, 7.

ante ella es á causa de su poder y de su imperio sobre el universo; pero si la respetan, la honran y la aman, es por su justicia. Sin embargo, á pesar de estas disposiciones naturales, los hombres no desean sino la inmortalidad, de la cual es incapaz nuestra naturaleza y el poder, que depende casi por completo de la Fortuna, en tanto que la virtud, que es el único de los bienes divinos que está á nuestro alcance, la dejan en último término. Y es grande error sin duda, pues la justicia diviniza la existencia de aquellos que se hallan en la cumbre del poder y la fortuna, en tanto que la injusticia nos equipara á las fieras. »

Ciceron fué un elocuentísimo propagandista de la filosofía helénica en Roma; mas sin desconocer los grandes títulos que tiene á la admiración de la posteridad aquel excelso entendimiento, bien se nos permitirá que prefiramos á todas las galas de ese ingenioso académico el austero estoicismo de Caton, ya que éste no educó á la juventud con floridas frases y sutiles conceptos, sino legándole en su existencia entera una admirable serie de grandes ejemplos para enseñarle á no tributar culto sino á la verdad y á la justicia. El suicidio de ese grande hombre, no fué mas que una lógica consecuencia del suicidio moral á que se condenaban los estóicos cuando para escapar á los tormentos de aquella triste existencia, tan llena de opresión y angustia, hacían consistir la suprema sabiduría en prescindir en lo posible de los bienes de la vida y en la muerte la mayor de las felicidades.

En efecto, gran dicha es morir para quien solo por el sufrimiento tiene conciencia de la vida.

Pero, ¿y despues? Los epicúreos habian escrito en la última página de la vida el *lasciate ogni speranza* que el Dante debia reservar para los réprobos. El desventurado que habia tenido que apurar hasta las heces el cáliz de la amargura en su triste existencia, no debia esperar compensación alguna en la otra vida, pues esta no era segun aquella secta sino una vana ilusión. El sentimiento del derecho, el amor á la verdad, el heroismo de la abnegación, no tenían razón de ser, ni objeto práctico, ni utilidad verdadera; el justo habia sido juguete de una cruel quimera: en pago de su virtud, de sus sacrificios, de sus lágrimas, al dejar este mundo de prueba y de dolores, encontraba..... *la nada*. Por manera que ese sentido moral del hombre que le inspira la firme convicción de que el bueno debe ser recompensado y el perverso castigado, cesaba de ser aplicable desde el momento que la muerte privaba al justo del premio debido á sus méritos y libraba al malvado de la pena á que le habian hecho acreedor sus fechorías. La esperanza en la otra vida era por consiguiente un ensueño enviado á los hombres por alguna deidad maléfica que se gozaba en sus penas y sus desvaríos. Era tan evi-

dente la inarmonía moral que de tales principios resultaba, chocando extrañamente con la armonía inefable que en el orden físico se observa, que la conciencia pública se sublevó contra ellos y los epicúreos fueron detestados, ridiculizados y alguna vez hasta proscritos en Roma, como antes lo habían sido en Grecia.

Por supuesto que el epicureismo debió en gran parte su impopularidad á su tendencia á consagrar al hombre á una vida retirada y puramente especulativa, apartándole de los negocios y de la vida pública, tendencia que no podía ménos de ser profundamente antipática á un pueblo, como el romano, tan práctico y activo.

Ciceron, por el contrario, nos ha legado en su *Hortensio* y sus *Tusculanas* una porcion de máximas cuya tendencia á apartar al alma de los lazos terrenales para identificarla en lo posible con la Divinidad han hecho que se considerasen como preludios del Cristianismo. En esas hermosas páginas del gran pensador romano no hay más que trocar la voz *Filosofía* por la palabra *Religion*, para que el más ortodoxo cristiano pueda aceptarlas sin restriccion ni enmienda. No lo decimos por nuestra propia autoridad, pues nos escuda para sostenerlo un ilustre testimonio, el de S. Agustin, quien dice textualmente: «Siguiendo el orden acostumbrado en mi estudio habia llegado á un libro de Ciceron, cuyo lenguaje casi todos admiran, aunque no tanto su ánimo y espíritu. Aquel libro contiene una exhortacion del mismo Ciceron á la filosofía y se intitula *Hortensio*. Este libro trocó mis afectos y me mudó de tal modo que me hizo dirigir á Vos, Señor, mis súplicas y ruegos y que mis intenciones y deseos fuesen muy otros de lo que antes eran. Luego al punto se me hicieron despreciables mis vanas esperanzas y con increíble ardor de mi corazon deseaba la inmortal sabiduría y desde entonces comencé á levantarme para volver á Vos. Porque no leia aquel libro para ejercitarme en hablar bien —como juzgarian todos los que supiesen que para este fin estaba yo estudiado á expensas de mi madre, teniendo ya entonces diez y nueve años y habiendo más de dos que mi padre habia muerto—; no le leia, pues, ni le estudiaba para ejercitarme y perfeccionarme en la elocuencia, ni me habia el persuadido á seguir lo bien que hablaba, sino lo bueno que decia.»

Se nos figura que no tendria Ciceron muchos lectores tan aprovechados como el gran Agustin, á quien es grato hallar en comunión de ideas con el ínclito orador romano, pues si el santo es el Ciceron de la Iglesia cristiana, Ciceron es el Agustin del Paganismo.

Á todo esto, la introduccion de los mitos y el ritual de los pueblos de Orien-

1 CONFESIONES, lib. III, cap. 4.

te en el politeísmo romano puso en moda las doctrinas de Pitágoras, de las cuales ya hablamos en otro capítulo como de las que más se asemejaban á las sectas religiosas.

Augusto fué el gran restaurador de los templos arruinados y de las fiestas religiosas caídas en desuso y celebró la que hoy llamamos alianza del trono y el altar para fortalecer su solio cimentado en el general cansancio, que no en la tradición ni en el derecho, y así oraron por él los sacerdotes, mientras él perseguía severamente la impiedad y la magia y las liras de la adulación cantaban que el pacificador del orbe era el fundador y el restaurador de los templos y suplicaban á los dioses que premiasen su piedad. «Tú has prolongado la duración de sus moradas, dice Ovidio: así ellos prolonguen sus días y el poder de tu casa sea mantenido por ellos sobre inmovibles cimientos como sus altares.»¹

Cuando se leen las escandalosas poesías eróticas de los vates favoritos de este emperador y de su corte, irreverentemente salpicadas de rasgos de fingido sentimiento religioso y se recuerdan las licenciosas costumbres de las clases acomodadas de aquella época, es imposible no encontrarle una evidente analogía con el siglo de Luis XIV, de aquel monarca cuya corrompida corte dió en la flor de poner en moda la devoción, cual si fuera tan fácil empresa engañar á Dios y á los pueblos. Virgilio, Horacio y Ovidio divinizaron á Augusto, como los poetas franceses del siglo XVII al Rey-Sol.

Y entretanto los agoreros, magos, astrólogos y demás charlatanes de profesión hacían su agosto, acabando de embrutecer á un pueblo ya corrompido y degradado por la servidumbre y los milagros menudeaban de tal manera que, cansados ya de apuntar citas de los que refieren los autores de la época, hemos acabado por renunciar á tan ingrata y monótona tarea. Debió de ser muy prodigioso el contagio de la superstición, cuando escritores tan sabios como Plinio el Naturalista escriben con toda gravedad semejantes despropósitos. En efecto, su libro está lleno de fábulas que así conciernen á prodigios que se supone acaecidos en diversos tiempos y lugares, como á recetas de maravillosa virtud para curar las más rebeldes dolencias, siendo muy de notar que en la Edad Media se invocó muy á menudo el testimonio de este famoso escritor para las mágicas curaciones que se pretendía hacer con la misteriosa virtud de ciertos vegetales. El mismo autor, en el libro XVIII de su obra, refiere que el año que Aníbal fué vencido hubo árboles que dieron trigo; que cuando Jerjes llegó á Laodicea se trasformó

¹ FASTOS, lib. II.

un plátano en olivo y que no es de extrañar este fenómeno cuando se ha visto *árboles que hablaban*.

En medio de la general abyeccion de la cual solo se libraron algunos genios de excepcional potencia, como los que más arriba hemos mencionado, aparecen acá y acullá algunos rasgos de originalidad que presentan una evidente analogía con los dogmas cristianos. Así vemos en Virgilio una idea anticipada del purgatorio, cuando dice: «Hasta en el último día, cuando la vida las ha abandonado, queda en ellas la contaminacion de la culpa y muchos de estos vicios impuros han de quedar por largo tiempo en ellas para que puedan expiar con varios tormentos los crímenes que cometieron. Unas, suspendidas en los aires, son juguete de los vientos; otras, sumergidas en el vasto abismo, se lavan sus manchas ó se purifican en el fuego. Cada una de nuestras almas sufre aquí su pena: luego pasamos al anchuroso Elíseo; pero son las ménos las que habitan esos deliciosos campos. Por último, despues de muchos días, cuando el tiempo señalado para la prueba ha borrado por completo en las almas la marca inveterada de sus desórdenes, vuelven á recobrar su pristino estado de simples y puras esencias etéreas, de fuego sutil y celeste.»¹ Así tambien en las *Controversias* de Séneca el Antiguo vemos invocadas con elocuencia la *Divinidad*, la *humanidad* y otra porcion de ideas y sentimientos que demuestran la profunda y radical trasformacion que iba preparándose en el seno del Politeísmo, merced á la rectitud de conciencia y á la perspicacia de entendimiento de algunos profundos pensadores. La sociedad pagana debia ir convenciéndose cada dia más y más de la inanidad de las teorías religiosas al uso.

Estudiando el carácter y el notable desenvolvimiento de la filosofía romana en la era imperial, obsérvase que las continuas y vehementes predicaciones de los filósofos se encaminaban á despertar el sentido moral de los pueblos, recordando á los hombres su dignidad y sus imprescriptibles derechos ante la locura omnipotente de los tiranos. Y hacíanlo con una elocuencia que hubo de ser irresistible cuando Séneca, Lucano, Petronio y otros insignes varones sellaron con su generosa sangre la sinceridad de sus convicciones. Era esta una propaganda política al par que religiosa, que corroía con formidable constancia el solio de aquellos infernales verdugos de la humanidad á quienes la supersticion alzaba altares despues que la sediciosa espada de los pretorianos los habia borrado del catálogo de los vivientes para reemplazarlos quizá con otros monstruos más abominables todavía.

¹ ENEIDA, lib. VI, ver. 736 y sigs.

Nunca había tenido tanta necesidad el hombre de refugiarse en el sagrado de su conciencia, como en un baluarte inexpugnable para las iras de la tiranía; nunca el mundo había sido tan verdaderamente *un valle de lágrimas* como en aquellos calamitosos tiempos, en que la vida, la hacienda y la honra de todos estaban á merced de un déspota que hacia gala de despreciar todas las potestades del cielo y todos los respetos humanos. La historia de los emperadores romanos, salvo el pequeño paréntesis que ocupan los reinados de los Flavios y los Antoninos, parece un tejido de horrores é infamias abortado por una imaginación calenturienta. Y para resistir tan espantosa opresión no había instituciones legales que invocar, ni fuerza material que mover, ni energía moral que las pudiese sustituir. Cuando se desespera completamente de hallar remedio en la tierra, búscase en el cielo; cuando la sociedad pierde la fe en el imperio del derecho, entrégase al misticismo. Este se encuentra prodigado á manos llenas en las obras de Séneca el Filósofo, cuya austera moral recuerda la rigidez de la escuela jansenista y cuyo espíritu elevado y humanitario ha hecho suponer que había estado en correspondencia con el *Apóstol de los Gentiles*.

Pero desde el momento que nada valen ni significan los bienes de la tierra, la vida debe considerarse como un sueño engañoso, ó mejor, como una triste pesadilla y el sabio debe encerrarse en el fondo de su conciencia, huyendo del contacto del mundo exterior, á fin de prepararse para merecer la única dicha sólida y verdadera en otra más dichosa existencia. Tal es la fórmula del *quietismo* que profesaron los *Hesychastes* del siglo XIV y los *Molinistas* del XVII, sectarios que, extraviados por un exaltado espiritualismo, resucitaron las exageraciones de los cenobitas de la India, haciendo consistir la perfección espiritual en la completa inacción del alma y en una contemplación pasiva y perenne incompatible con toda actividad y por consiguiente con todo progreso. Ya es sabido que Inocencio XI condenó los desvaríos de Molinos en 1685.

En Roma esta degeneración no prueba sino el profundo desfallecimiento de que hubieron de sentirse poseídos muy á menudo los ánimos mejor templados al contemplar el triste espectáculo que ofrecía el rebajamiento general de los caracteres en aquel Estado que no había tenido rival en la grandeza de los designios, la constancia en las empresas y la firmeza en las virtudes.

Decimos *muy á menudo*, porque la filosofía no dejó de llenar cumplidamente su glorioso cometido, anatematizando la esclavitud¹; prescribiendo el deber de

1 SÉNECA EL ANT., *Controv.*, VII, 21; SÉNECA EL FILÓSOFO, *Epist.* 47; *De Ira*, III, 351.

la caridad ¹; condenando los horrores de la guerra ²; proclamando el principio de la fraternidad universal ³, la caducidad de lo terreno ⁴ y la superioridad del espíritu sobre la materia ⁵.

Oigamos á Séneca: «¿Vale la pena de decirse que debe tenderse la mano al que se ahoga, enseñar el camino al descarriado, compartir el pan con el hambriento?—El día de la muerte no tendremos sino lo que hayamos dado.—He aquí la riqueza asegurada y que no se desvanecerá, sea cual fuere la inestabilidad de la condición humana... ¿Á qué ahorrar ese dinero como si fuese tuyo? Tú no eres más que un ecónomo de tus riquezas.» En el Evangelio de S. Lucas—XVI, 9—se lee: «Y yo os digo que os ganeis amigos con las engañosas riquezas para que cuando falleciereis os reciban en las eternas moradas.»

El mismo filósofo ha proclamado que «La naturaleza no ha hecho al hombre libre ni esclavo, pues estos nombres son debidos al capricho de la fortuna.» En el capítulo III de la *Epístola de S. Pablo á los gálatas*—ver. 28—se dice: «No hay judío, ni griego: no hay siervo ni libre: no hay macho, ni hembra: porque todos vosotros sois uno en Jesucristo.»

Hablando de la muerte dice el mismo Séneca, que emancipa al esclavo mal que le pese á su dueño, quebranta las cadenas de los cautivos y pone en libertad á los que gimen en las prisiones de la tiranía é iguala á todos los hombres que, habiendo nacido con iguales derechos, se ven con todo sometidos el uno al dominio del otro y con tanta desigualdad en el reparto que la suerte injusta ha hecho de los bienes comunes.⁶» Abramos el libro de Job y en el versículo 17 del capítulo III, leerémos: «Allí los impíos cesaron del tumulto y allí reposaron los de fuerzas cansadas.»

¡Qué melancólico desfallecimiento! La muerte habia acabado por convertirse en una idea fija para aquellas angustiadas generaciones, como para aquellos infelices oprimidos que en la Edad Media más pensaban en los misterios de la otra vida que en los problemas de la presente existencia. Séneca no quiere que esos arcanos intimiden á los flacos de espíritu. «Desengáñate, les dice, el que ha dejado de existir ha dejado también de sufrir; todos esos terrores de los infiernos son una pura fábula; para los muertos no hay tinieblas, ni calabozos, ni ríos de fuego, ni del olvido, ni tribunales, ni acusaciones: en esa libertad serena ya no

¹ ID., *Epíst.* 95; *De Benef.* VI; *De Clement.* II; *Epíst.* 95.

² LUCANO, *Farsalia*, IV.

³ SEN. EL FIL., *De Ira*, II.

⁴ VAL. MAX., *De Paupert.*, VI.

⁵ ID., *Id.*, II.

⁶ *Ad Marciam*, 20.

*hay tiranos.*¹ » Estas últimas palabras revelan la constante preocupacion y la causa principal del hondo malestar de aquellas generaciones. El sacerdote cristiano dirá que, á pesar de suprimirse aquí las tinieblas de la supersticion, se nota una lóbreguez que solo podia disiparse con la luz de una revelacion divina y la conciencia humana sentirá de seguro el vacío glacial de la nada que no satisface su sed de justicia.

Sin embargo, no podemos pasar adelante sin hacer notar el importantísimo papel que desempeñó en Roma la filosofía. En la sociedad romana, como en la griega, los ministros del culto ejercian su cargo casi exclusivamente dentro de los templos á cuyo servicio estaban adscritos, en tanto que los filósofos propagaban por todas partes su enseñanza, popularizando las máximas de sus respectivas escuelas con el objeto eminentemente práctico de hacer más grata y provechosa la existencia de sus adeptos; tarea en la cual sobresalieron de una manera notabilísima los estóicos y los cínicos.

Y se comprende que así fuese, pues á la verdad los sacerdotes no podian dar una verdadera instruccion moral á sus conciudadanos sin condenar las tradiciones religiosas de su patria y solo la filosofía podia crear un sistema exagético capaz de atenuar y disfrazar las escandalosas liviandades y las irritantes injusticias que la religion nacional achacaba á sus ídolos. Solo ella podia prescindir de estos al educar á los hombres hablándoles en nombre de la razon y la humanidad, en vez de recordarles las inmorales leyendas de la mitología.

En Roma los filósofos educaban á la juventud opulenta, servian de consejeros á las familias en los trances apurados y les prodigaban sus consuelos en las grandes aflicciones, lo cual les asemejaba mucho á los directores espirituales del Cristianismo. El carácter y la eficacia de este ministerio los ha descrito perfectamente un filósofo romano diciendo:

« La mayoría de los hombres mira á los filósofos con igual terror que á los médicos, pues así como no suelen comprarse las medicinas sino cuando aprieta mucho el mal, no se busca el auxilio de la filosofía sino cuando ha llegado á hacerse insoportable el peso de la desgracia. Pongamos por ejemplo un hombre opulento, dotado de robusta salud y excelente familia, gozando de gran crédito y autoridad... Tened por seguro que ese no pensará ni remotamente en consultar á los filósofos. Pero dadme que pierda la salud ó la hacienda y vereis cómo ya no evita el trato de los filósofos; dejad que mueran su mujer, su hijo ó su hermano y veréis con cuánta necesidad anda buscando un filósofo que le con-

¹ *Id., id.*, 19.

suele y le enseñe cómo se ha de gobernar para resistir tan terrible infortunio.»¹

¿No se expresan en los mismos términos los sacerdotes cristianos al tratar de los consuelos que por su boca prodiga la Religión á los creyentes?

Así pues, la filosofía era en Roma algo más que un ejercicio académico ó un entretenimiento de buen tono; tenía una misión social que trascendía á la vida pública y privada de sus adeptos, como lo prueba un sin número de memorables ejemplos que registra la Historia y como puede verse muy especialmente en las profundas exhortaciones morales contenidas en las epístolas de Séneca relativas á la tranquilidad de ánimo, á la caducidad de lo terreno, á la constancia del sabio, etc.

Séneca era un gran filántropo que se deleitaba en vigorizar el ánimo del prójimo y en derramar el bálsamo del consuelo en los corazones heridos por el infortunio. El mismo nos dice que si debiese guardar para él solo los beneficios de la sabiduría, preferiría no tenerla. Era un profundo pensador, un predicador infatigable que se proponía sobre todo alcanzar el mejoramiento de las costumbres, la felicidad del género humano por la práctica de la virtud. En este punto de vista bien podríamos decir que Séneca fué el Sócrates romano. Y romano en la más genuina acepción de la palabra, pues no contentándose con las sutiles invenciones que servían de pasatiempo en las escuelas, ni aspirando á exigir de sus conciudadanos que sacrificasen su existencia en busca de un quimérico ideal, aceptaba al hombre tal como es, con todas sus pasiones y flaquezas, mostrándole la filosofía como un faro salvador que debía guiarle en el proceloso mar de la existencia. No tributaba homenaje á un sistema inflexible y puramente especulativo, sino que buscaba en la ciencia filosófica una provechosa enseñanza, fecunda en prácticos resultados. No tenía la jactanciosa ampulosidad del utopista, ni la estéril ostentación del pedante: era un pensador discreto, un moralista razonable, cuyo buen sentido hacía accesible su predicación á todas las inteligencias y eficaz su ascendiente para todos los corazones. El tipo de humana perfección que él nos recomienda es una modesta y honrada virtud que está al alcance de todos. No puede darse nada más simpático que el calor y la gracia del sentimiento profundamente humanitario que resplandece en las obras de ese gran filósofo que, para merecer el dictado de tal, no se creyó jamás obligado á sacrificar los afectos del hombre á la vanidad del maestro; nada más admirable que sus elocuentes frases recordando los deberes de la caridad y el gran principio de la igualdad de los

¹ DION. CRISÓSTOMO, *disc.* 27.

hombres ante Dios, para el cual no hay mas superioridad que la de la virtud, ni otra esclavitud que la del vicio.

Juvenal, en su *Sátira XIII*, anatematizando la corrupcion del siglo que *ya no puede designarse con el nombre de ningun metal*, recuerda la Edad de Oro, en la cual Juno era una tierna doncella y Júpiter un simple particular en los antros del monte Ida. Los dioses entonces no celebraban banquetes más arriba de las nubes, ni tenían por coperos al niño troyano, ni á la bella esposa de Hércules, ni á Vulcano, enjugando despues de beberse el néctar sus brazos ennegrecidos por el humo de Lipari. Cada dios comia solo y no era tan numerosa su muchedumbre como en aquel siglo y el cielo, contento con poseer algunas divinidades, pesaba ménos sobre las espaldas del desdichado Atlas. Á nadie le habia tocado por suerte el triste abismo del Océano; el feroz Pluton no reinaba con su sici-liana; no habia la rueda de Ixion, ni furia, ni peñasco de Prometeo, ni buitre cebándose en su presa y los infiernos, *sin tiranos*, poblábanse de sombras afortunadas.

Publio Syro, poeta cómico que floreció en el siglo I antes de J. C. prodigó en sus obras las máximas morales, mostrando en ellas tan buen sentido y un talento de observacion tan penetrante que hasta el mismo Séneca las prohió y desarrolló muchas veces en sus escritos. Citaremos algunas como muestra de la tendencia peculiar á los filósofos de aquel tiempo á corregir los vicios y perfeccionar los espíritus de sus conciudadanos. «Espera del prójimo lo que á él le hicieres.—Más vale recibir una injuria que hacerla.—No te alegres del mal ajeno.—Siempre preguntamos: *¿Es rico?* y nunca: *¿Es virtuoso?*—El sabio es dueño de sus pasiones, el loco es su esclavo.—Una buena reputacion es un segundo patrimonio.—La beneficencia nos aproxima á los dioses.—La benevolencia es el más próximo parentesco.—Escucha antes á tu conciencia que la voz pública.—Gran remedio es la paciencia para todos los pesares.—No hay tal consuelo como sentirse limpio de culpa.—Con la ayuda de Dios se puede navegar hasta sobre un mimbres.—Desprecia todo lo que puedes perder.—Dominar las pasiones es ser más poderoso que un rey.—Cuando no pena la ley castiga la conciencia.—Solo pierde la honra el que nunca la tuvo.—La frugalidad es pobreza bien reputada.—Perdona á menudo á los demas; nunca á ti mismo.—El hombre de bien podrá pasar por desgraciado, pero no serlo.—No pospongas tu conciencia á los respetos humanos.—Dios mira si las manos están limpias, no si están llenas.—Practicar la beneficencia es imitar á Dios.—No importa vivir mucho; sino vivir bien.—Advierte en secreto á tus amigos; alábalos en público.—El varon más fuerte es el que solo teme á Dios.—El valiente no tolera la

injuria, el hombre bien nacido no la infiere.—La muerte del hombre de bien es una calamidad pública.»

Si pudiese caber alguna duda acerca del nobilísimo papel que desempeñó la filosofía en los días más calamitosos de Roma, bastara considerar que nunca brilló con más esplendor que en los reinados de los Césares, los Flavios y los dos primeros emperadores de la dinastía trajana, esto es, desde Augusto hasta principios del siglo II de nuestra Era, en cuya época ciñó la corona el emperador Adriano. La filosofía fué la religion de las almas fuertes del Gentilismo en aquel periodo de general descreimiento y el bálsamo que restauraba su entereza en medio del terror y la abyeccion que enervaban los ánimos vulgares abatidos por el azote de la tiranía.

En el reinado de Trajano—98 á 117—trasformóse tan radicalmente la suerte de los filósofos en Roma, que Plinio el Joven manifiesta su entusiasmo por el brillante desenvolvimiento que han alcanzado las ciencias, ensalzando al emperador por la magnánima solicitud con que vela por su esplendor y progreso, honrando á los profesores de elocuencia y de filosofía.¹

Adriano, prendándose del aparato y sutileza de los sofistas, dedicóse á la filosofía con el frívolo entusiasmo del que tributa á la forma el culto que no es capaz de prestar al fondo de las grandes verdades y los filósofos, agasajados en el palacio imperial, viéronse invitados á pasar á las mansiones de los magnates y pulularon en Roma los sofistas vendiendo sus argucias, sus cavilosasidades y paradojas, como vendian los conductores de carros del circo su destreza hípica, los mimos su habilidad escénica y los poetas las lisonjas de sus mercenarias liras.

Antonino Pio instituyó, como Adriano, cátedras de filosofía, haciéndolas extensivas á todas las provincias y declarando inmunes de todo impuesto á los que las desempeñasen.

Marco Aurelio, segun su biógrafo J. Capitolino, mostró desde sus mocedades decidida afición á la filosofía, vistiendo desde la edad de 12 años el traje de filósofo y mostrándose digno de este título por su grande austeridad de costumbres, pues dormia envuelto en su manto griego sobre unas tablas de madera, no consintiendo que echasen encima de ellas algunas pieles sino por ceder á las reiteradas instancias de su madre. En este reinado, hasta entre las mujeres estuvo en moda la filosofía.

¹ Epíst. I, 10; Paneg., 47.

Septimio Severo se dedicó igualmente á ella con entusiasmo, concediendo gran libertad de palabra á los filósofos.

Alejandro, el príncipe magnánimo que se hizo digno más que nadie del epíteto de *Severo* por la loable austeridad de sus costumbres, practicó en su noble existencia las doctrinas más elevadas de la filosofía antigua.

Sin embargo, estos y otros ilustres ejemplos que podríamos citar no prueban que llegase á hacerse popular la filosofía en Roma hasta el punto de apreciarse generalmente en su justo valor el elevado cometido que desempeña en la sociedad. El mismo Tácito dice en el segundo capítulo de su *Vida de Agrícola*: «Se ha visto á Aruleno Rústico y á Senecion pagar con la vida el Elogio de Traseas y de Helvidio; la tiranía extendió sus furores hasta á sus obras y la mano de los triunviros quemó los escritos de esos grandes hombres en la misma plaza donde se congregaba en otro tiempo un pueblo libre. ¡Insensatos! creían ahogar á la vez en la misma hoguera la voz del pueblo romano, la libertad del Senado y la conciencia del género humano. Esa misma tiranía proscribía la filosofía y desterraba todas las artes liberales para no ver nada honrado en Roma. En verdad que hemos dado al mundo un admirable ejemplo de paciencia. Nuestros padres han visto los últimos excesos de la libertad y nosotros los de la tiranía: la delación rompiendo toda sociedad y los ciudadanos temerosos de hablar y escuchar hasta el punto que conforme habíamos quedado sin voz habríamos perdido también la memoria, si fuera tan fácil borrar los recuerdos como imponer silencio.»

La verdad es que en la Corte de los Césares debía verse á los filósofos, que hacían gala de enseñar á emancipar las almas de toda tiranía, recordando las republicanas virtudes de los antepasados, con el mismo horror con que veía Napoleón I á los *ideólogos* que se atrevían á continuar la tradición revolucionaria interrumpida por el sable del coronado aventurero. Mírese como se quiera, ello es que en la escuela estóica se habían congregado los caracteres más firmes y resueltos del Imperio, por los cuales recomendó seguramente Dion Casio al César que se guardase de los filósofos como de una raza insidiosa y disolvente y de los cuales dijo Tácito que los principios de la secta estóica solo servían para inspirar arrogancia y principios favorables á la sedición y á la intriga.¹

No es de extrañar, pues, que siempre que se perseguía ó se condenaba á los filósofos se les acusase de conspirar contra el orden y la seguridad del Estado, concitando contra el gobierno la animosidad de las turbas. Séneca, que compren-

¹ *Anales*, lib. XIV, cap. 57.

dia perfectamente este peligro, no cesaba de aconsejar á los filósofos que evitasen cuidadosamente toda exageracion, todo aire afectado y jactancioso, todo prurito de singularizarse y de llamar la atencion pública haciendo gala de despreciar las costumbres de los demás, pues semejante conducta no podria acarrearles sino disgustos y malevolencias.¹ Realmente no dejaba de tener sus quiebras eso de anatematizar la tiranía y la corrupcion de costumbres en la época de mayor despotismo y relajacion que han conocido los hombres. Y se comprende muy bien que se hubiesen impuesto tan peligrosa tarea teniendo en cuenta que el espíritu práctico de los romanos habia convertido en objeto esencial, casi único de la filosofía, la ética, entendiendo que la filosofía debia enseñar á vivir bien y á menospreciar la muerte.

Justo es decir, sin embargo, que esas virtudes de que alardeaban los filósofos, constituyéndose en cierto modo en una clase aparte, enaltecida por lo aristocrático de su entendimiento y los extravagantes extremos de los que blasonaban de pertenecer á ella sin mas título que lo agreste, desaseado y cínico de su porte y maneras, concitaron muy á menudo á los filósofos la animadversion del vulgo y solo Dios sabe cuán crecido es el número de los hombres que al vulgo pertenecen en achaque de filosofía. En una sociedad tan sensual y depravada como aquella, la conducta y la predicacion de los filósofos debia hacer el efecto de una monótona é impertinente homilia, que venia á aguar el regocijo de la voluptuosidad y á suscitar mil dudas y visiones aterradoras en el ánimo del egoista satisfecho. Y este es el crimen que la sociedad ménos perdona. Aquellas persecuciones fueron un preludio de las que debian sufrir más tarde los cristianos.

Persio, el virtuoso y malogrado poeta que aun no habia cumplido veintiocho años cuando bajó al sepulcro, dejándonos en sus sátiras inmortales una muestra de la robustez que adquiria el ingenio al calor de las máximas estóicas, nos da á comprender los sinsabores que sufrían los filósofos de su tiempo á causa de la grosera rechifla de los entes vulgares, al decir en su Sátira III: «Estoy oyendo á un centurion velludo como un macho cabrío que me replica: —Ya sé cuanto me hace falta; no tengo la menor pretension de ser un Arcesilao ó uno de esos Solones meditabundos, de frente inclinada y ojos fijos en el suelo, que murmuran entre dientes con taciturno enojo ó pesan afectadamente las palabras avanzando el labio ó meditan acerca de los desvaríos de un chocho entendimiento, diciendo v. gr.: *de la nada, nada se engendra; nada puede aniquilarse*. Por mi vida que hay para demudarse y perder el apetito oyendo tales cosas. Y el pueblo

¹ *Eplst.* 5, 68, 103.

al oír esto ríese á carcajadas y la grosera soldadesca, frunciendo las narices, piensa reventar de risa. »

Por otra parte, los enemigos de la filosofía decían que si esta en realidad tenía un fin práctico, debía ser el mejoramiento moral del hombre y complacíanse en citar los criminales célebres que habían hecho alarde de profesar determinadas doctrinas filosóficas y en preguntar con sorna cuál era la escuela que había dado por fin con la verdad, pues todas andaban á la greña pretendiendo haber conseguido su exclusiva posesión. Ciertamente que no podía combatirse á la filosofía con más vulgares sofismas; pues el vulgo los aplaudía con gran chacota, porque estaban más al alcance de su inteligencia que las metafísicas especulaciones de los filósofos. No hay nada más grato á la perezosa ignorancia que el epigrama soez que le permite escarnecer la ciencia, dispensándose del estudio necesario para comprenderla.

En resolución los filósofos tenían que luchar con la animosidad del poder, con la animadversión de los egoístas defensores del *statu quo* social, con la enemiga de los utilitaristas y con la estúpida malevolencia de la muchedumbre arrastrada por estos grupos, quedando por consiguiente limitada la eficacia de su propaganda á un reducido círculo de adeptos, que mutuamente se consolaban de las miserias de su tiempo. Ciertamente que hubo también épocas serenas y bonancibles para la filosofía y que nosotros mismos las hemos citado, mas esos son periodos excepcionales que no destruyen la regla general, sino antes la confirman y más claramente la patentizan.

Á veces los filósofos poseían grandes fortunas, como el opulentísimo Séneca, que llegó á reunir una de 300 millones de sextercios, equivalentes en su tiempo á 60 millones de pesetas y entonces se les echaba en cara su apego á los bienes materiales, tan incompatible con las máximas de austeridad y abnegación que inculcaban á sus discípulos. Pero en cambio, si eran pobres, cebábase en ellos la malignidad de la Sátira, como cuando decía Marcial: « Con tu exagerado elogio de la muerte estoica, pretendes, Queremon, hacerme admirar y enaltecer tu grandeza de ánimo. Lo que te hace ser tan filósofo es tu pobre vajilla descantillada, tu triste hogar sin fuego, tu duro lecho, la estera que compartes con los chinches y tu toga rapada que te sirve de día y de noche. ¡Oh varón insigne, que sabe privarse de las heces de un vino convertido en vinagre, de la paja y del pan negro!.... Cuando se es pobre es fácil despreciar la vida: el verdadero valor consiste en saber sufrir. » ¹

¹ Lib. XI, sát. 56.

Ese frívolo censor de los filósofos era el poeta venal que cantaba las glorias y los placeres de los poderosos, mendigando con indignas lisonjas un plato en su mesa y un óbolo en cambio de su incienso.

Juvenal zahirió cruelmente á los falsos filósofos, exclamando: «De buena gana huiría allende el país de los Sármatas y el Océano glacial á trueque de perder de vista á esos censores que con la máscara de Curios viven como bacantes: atajo de ignorantes que tienen llena la casa de bustos de Crisipo y cifran el colmo de la perfeccion en poseer un Aristóteles ó un Pitaco parecidos al original y el de Cleanto de centinela cerca de la biblioteca. ¡Cuán engañosa es la frente del hombre! No se ven en todas partes sino cínicos de faz austera. ¿Tú atacas el vicio, tú, la más infame sentina del bando socrático? ¹»

Por supuesto que estos cargos no rezan con los verdaderos filósofos; pero es indudable que la hipocresía de esos entes tan cruelmente zaheridos les hacia mal tercio, haciendo recaer sobre ellos una buena parte de la antipatía que los falsos filósofos inspiraban.

Seria tan injusto y pueril acusar por todo esto de estéril ó perniciosa á la filosofía, como atacar una religion por la indignidad de algunos de sus ministros. Todo lo humano es imperfecto y todo declina y se bastardea en las épocas de decadencia. Los mismos filósofos no escaseaban sus censuras contra los que usurpaban el dictado de tales en menoscabo del prestigio de su clase. Ya Séneca se quejaba de los maestros de filosofía *que enseñaban á discutir en vez de enseñar á vivir* ² y Epicteto se lamentaba de que se diese más importancia al arte de fabricar silogismos que á la ciencia de mejorar el espíritu ³.

Con todo, si bien es verdad que eran muchos los que explotaban esta industria inmoral y que desvanecidos por los aplausos que los sectarios de cada escuela prodigaban á sus maestros favoritos, enseñaban, no la ciencia de la vida y el camino de la verdadera felicidad, sino el arte de disertar pueril y ampulosamente acerca de todas las cosas, no es ménos cierto en cambio que no escaseaban los justos y discretos varones que ejercian tan alto ministerio con el virtuoso celo que exige el sacerdocio de la verdad. Por los mismos escritores de la época sabemos que los profesores de filosofía educaban y dirigian á sus discípulos aconsejándoles en todas las circunstancias algo importante de su existencia, haciendo extensivo á sus respectivas familias el celo amistoso con que se interesaban por todas

¹ *Sátira II.*

² *Epist. 108.*

³ *Diss. III.*

sus cosas. Aulo Gelio nos ha dejado un curiosísimo ejemplo de ello en sus *Noches Aticas*. Dice que delante de él participaron un día al filósofo Favorino que á uno de sus discípulos acababa de nacerle un hijo.—Vamos inmediatamente á felicitarle, exclamó muy contento el filósofo; y diciendo y haciendo fué para la casa de su discípulo, seguido de varios de sus habituales oyentes. Después de conversar un rato con la familia, dijo Favorino con la mayor naturalidad del mundo:—Supongo que la madre criará al recién nacido. Como le contestasen que se hallaba muy fatigada y que se estaba buscando una buena nodriza, el filósofo se escandalizó sobremanera é improvisó un discurso tan elocuente demostrando que una buena madre no puede eximirse del deber de criar á sus hijos, que aunque Aulo Gelio no lo dice, creemos de buen grado que su discípulo no se atrevió á hablar de nodrizas en los días de su vida.

En suma debemos decir que, dejando á un lado los lunares y desfallecimientos que más arriba hemos ya indicado, los filósofos romanos dejaron sentado el gran principio de la fraternidad humana, basada en el hecho de ser todos los hombres hijos del Eterno Padre; el de la obligación de considerar á los esclavos como amigos de condicion inferior y compañeros de servidumbre, dependientes del Poder que á todos nos gobierna; el deber de ejercer la caridad, el de conservar la castidad y la superioridad del espíritu sobre la carne, despreciando los goces de la materia y no aspirando sino á las austeras satisfacciones de la virtud y otras elevadas máximas que debían contribuir poderosamente á la regeneración del mundo antiguo, preparando los ánimos á aprovechar con tan beneficioso cultivo la semilla del Cristianismo que iba á fundar las bases de la nueva sociedad humana. En aquellos tiempos calamitosos los filósofos ejercieron una especie de libre sacerdocio, velando por la conservación del sentido moral y alzando valerosamente la voz de la moral ante los excesos de la tiranía triunfante, fueron el núcleo de los descontentos y los escandalizados que echaban de menos las antiguas libertades y este peligroso ascendiente fué la causa principal de las terribles persecuciones que sufrieron los filósofos y en especial los de la secta estoica en la era imperial.



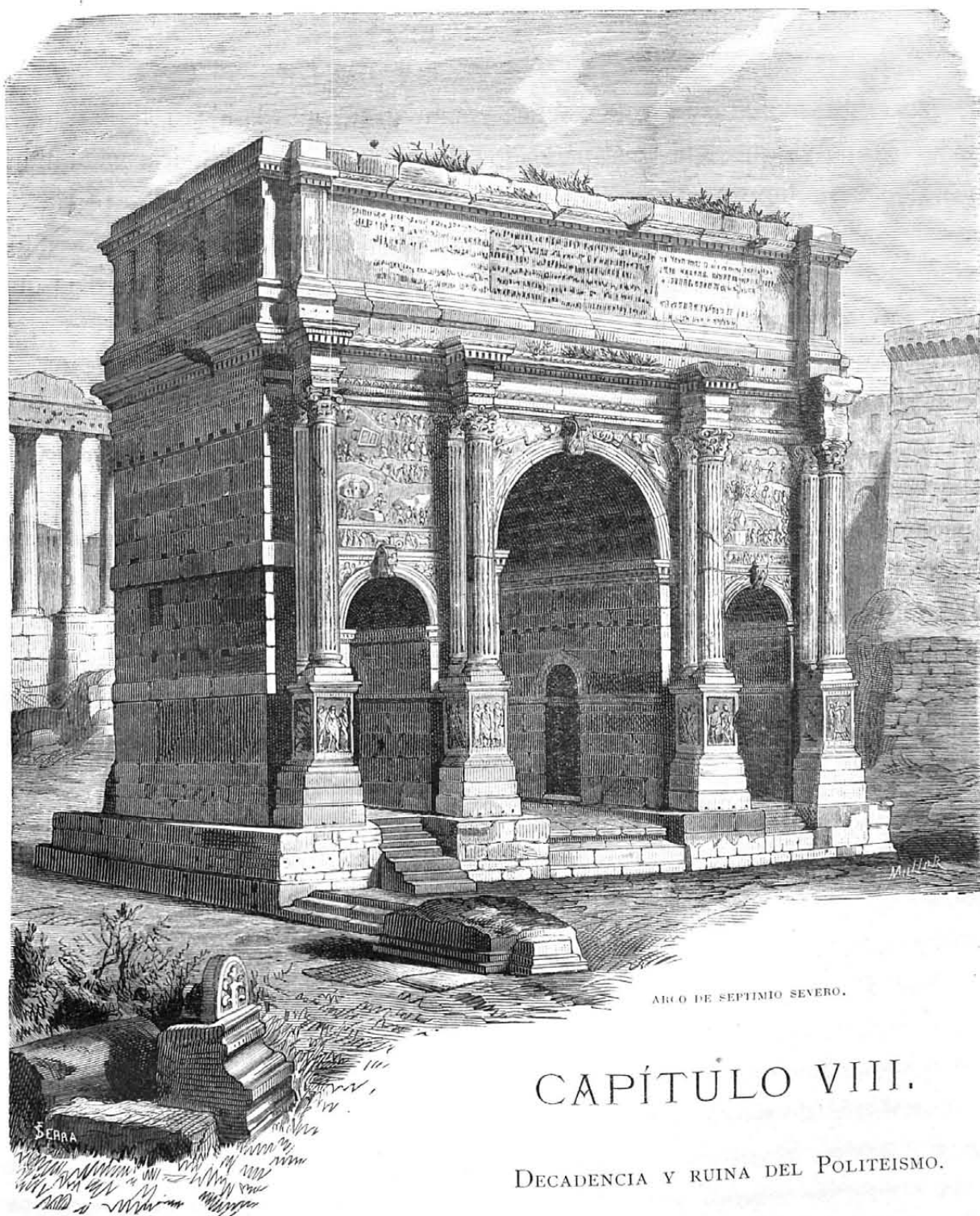
DIVINIZACION DE AUGUSTO Y LIVIA.



J. Planella pinxit

SN PABLO Y SN BERNABÉ EN LYSTRIA.

J. Seix editor.



ARCO DE SEPTIMIO SEVERO.

CAPÍTULO VIII.

DECADENCIA Y RUINA DEL POLITEISMO.

Influencia del elemento asiático en la religion romana. — Los dioses egipcios en Roma. — El culto de la *Gran Madre*. — *Dea Syria* y los *Galos*. — La *Juno Celeste*. — *Elagabal*, Dios de Heliogábalo. — Extravagancias de este emperador. — Apoteosis de los emperadores. — Los juegos del Circo. — Supersticiones populares de los romanos. — Los *manes* y las *larvas*. — El sueño de Escipion. — Ciceron y los adivinos. — Los judíos en la Era imperial. — Aparicion del Cristianismo. — Calumnias propaladas contra los cristianos. — Reaccion gentílica de Juliano el Apóstata. — Ruina del Politeismo. — Una página de Heine.



CON la traslacion á Roma de la diosa de Pesinonte en 204, la religion romana habia dado el primer paso hacia el Asia. Poco despues, Roma, dueña ya del Asia y de Grecia, experimentó la poderosísima influencia de la civilizacion helénica, al propio tiempo que la invasion de la mitología grie-

ga, pero esta solo en su forma estética y simbólica, pues la idea religiosa hacia mucho tiempo ya que habia desaparecido. Grecia no debia comunicar ya al mundo el impulso religioso que en lo sucesivo habia de darle el Oriente, patria de las religiones y que derramó por las regiones occidentales todos los viejos cultos paganos de que estaba lleno. Fué en verdad un maravilloso espectáculo el que dieron entonces esos antiguos dioses, las inmóviles divinidades de Egipto, el fanático Atis, el afeminado Adónis, los espíritus celestes de Babilonia, el Mitra persa, despertando de su letargo secular y dirigiéndose con su cortejo de misterios, sacerdotes y supersticiones á la conquista de Roma y del mundo romano. Espectáculo maravilloso, decimos, pero tristísimo, pues jamás han aparecido tan manifestas la decadencia total y la completa impotencia de una civilizacion ca-duca como en estos últimos ensayos de restauracion del Paganismo. Todo lo removieron, todo lo corrompieron; no enseñaron ninguna doctrina, no aliviaron ningun sufrimiento. Como andrajos mal zurcidos de una haraposa vestimenta, ras-gáronse muy pronto, mostrando en toda su desnudez el feo aspecto de la decai-da humanidad. Para comprender el éxito universal de estos cultos orientales en Occidente hay que tener en cuenta algunas circunstancias particulares. En primer lugar, debemos recordar la decadencia cada dia más rápida de la antigua religion del Estado, de la cual son síntomas evidentes la inquisicion que se mandó prac-ticar á propósito de las Bacanales y la referente á los libros apócrifos de Numa. Por otra parte, desde el momento que Roma fué la señora y el centro del mun-do, no podia ménos de atraer hacia ella todas estas religiones que acudieron en tropel, aunque hallando al principio rigurosamente cerradas las puertas de la ciudad, hubieron de establecerse provisionalmente en los arrabales y en la Ita-lia central. De allí fueron introduciéndose insensiblemente en la fortaleza, á pe-sar de todas las interdicciones legales, apoderándose del pueblo bajo, más tarde de las clases elevadas y por último de la corte imperial, lisonjeando con sus prácticas extravagantes ó monstruosas los gustos depravados de la Roma de los Césares.»

Así resume el doctísimo romanista L. Preller los principales caracteres de la época en la cual el Politeismo agonizante hizo sus postreros y desespera-dos esfuerzos para conservar una existencia incompatible de todo punto con las necesidades y las aspiraciones de aquella sociedad cansada de sufrimientos y desengaños.

¡Quién habria sido capaz de prever esta evolucion cuando el Senado ro-mano proscribió las Bacanales con la rigurosísima severidad que en otro capítu-lo hemos explicado!

Aquella diosa Isis de los egipcios, que tanta analogía tiene con la Deméter griega, fué adorada como la Ceres romana en las márgenes del Tíber y junto á ella su hermano Osíris, á quien veneraron allí con el nombre de Serapis, que en verdad antes recuerda la fábula y atributos de Hades y Pluton, el rey de los infiernos, que la leyenda de Dionysos, el Baco helénico.

Serapis tuvo un magnífico templo y muchos devotos en Alejandría, desde donde se propagó su culto á Grecia. En los templos de esta divinidad, así como en los de Isis, habia siempre gran número de enfermos que acudían á practicar la incubacion, á fin de que esas deidades les revelasen en milagroso sueño los remedios que no podia prescribirles la ciencia humana. De la Etruria pasó el culto de estos dioses al Lacio, en donde tuvieron tantos fanáticos entre el populacho, que el cónsul Lucio Emilio Paulo hubo de dar el primer hachazo en la puerta de su templo por no atreverse nadie á cumplir la orden de su demolicion, como ya en otro lugar hemos relatado.

Alternativamente protegido y condenado, ese culto fué perpetuándose con varia fortuna en la era imperial, cuyo comienzo le fué bastante adverso, pues Augusto lo proscribió severamente y Tiberio lo persiguió con su crueldad característica, conforme lo hemos ya explicado al tratar de la mitología egipcia. Cómodo, por el contrario, practicaba el culto de Isis hasta el punto de hacerse afeitar la cabeza y de llevar un Anubis con el cual descargaba sendos porrazos en la cabeza de los sacerdotes istacos.¹ Caracalla aumentó la pompa de este culto, erigiendo muchos y muy magníficos templos á esta deidad egipcia y haciendo celebrar sus Misterios con inusitada solemnidad.²

Parece ser que Isis y Serapis tomaron definitivamente carta de naturaleza en Roma el año 42 antes de J. C., en cuya fecha los triunviros les erigieron un templo que ya no tuvo la suerte del que años antes habia demolido un gobierno más intolerante. En tiempo de Domiciano, el libertinaje aristocrático habia elegido los jardines del templo de Isis para las misteriosas citas del amor clandestino. Juvenal lo dice en su *Sátira contra las mujeres*: «Lleva prisa, la esperan en los jardines, ó mejor, en el templo de la complaciente Isis.»

Es curioso que esas divinidades, tan graves en las riberas del Nilo, no hayan sido simpáticas en Roma sino á los disolutos por los servicios que prestaba su culto á la relajacion de las costumbres. Mas á pesar del favor que en este

¹ Lampridio, IX.

² Spartianus, IX.

concepto gozaron y del que consiguieron de parte de algunos emperadores famosos por su inmoralidad, esos dioses no disfrutaron probablemente de gran prestigio en la buena sociedad romana, ni estuvieron en olor de santidad entre los poetas ortodoxos. Cuando Virgilio relata la batalla de Accio en el libro VIII de su *Eneida*, dice que Cleopatra, en medio de la flota, animaba á sus soldados con los sonos del sistro egipcio y que todos los dioses monstruosos de su patria, acaudillados por el ladrador Anubis, se habian armado para pelear contra los dioses romanos.

Con estos iba Belona, armada de un látigo ensangrentado, alusion á los bárbaros azotes que antes de profetizar se daban las sacerdotisas de esta diosa, cuyo culto pertenece tambien á la época del Imperio.

En ella alcanzó igualmente su apogeo la fanática veneracion á la *Gran Madre* — Magna Mater — de la cual hemos hablado ya extensamente en otro capítulo, relatando los delirantes extremos á que se entregaban sus devotos.

Al lado de este culto frigio aparecieron y propagáronse en Roma los de Siria y Fenicia, cultos sensuales y enervadores que se introdujeron en la metrópoli del mundo cuando las conquistas de los romanos en Oriente los familiarizaron con las lascivas danzas y las bárbaras supersticiones del Asia. Juvenal, dice en su sátira III: « Ya hace mucho tiempo que el sirio Oronte ha derramado desde sus márgenes á la corriente de nuestro Tíber su lengua, sus costumbres, sus instrumentos de cuerdas oblicuas, sus tambores y sus cortesanas, que ejercen la prostitucion en los alrededores del circo. Corred hacia ellas, vosotros que os pirrais por la mitra pintada de las ramera exóticas. »

Para la comprension de estas palabras, hay que tener presente que, el inmenso edificio del circo que en tiempo de César era capaz para 150,000 espectadores y en el de Tito para 250,000, estaba rodeado de un vestíbulo con anchos corredores, al cual iban á parar las grandiosas escaleras por las cuales entraba y salia el público de las graderías y tribunas y en donde se establecia toda suerte de industriales para hacer su agosto con la inmensa afluencia de personas de todas clases que acudian á aquellos espectáculos populares. Expendíanse allí bebidas espirituosas á bajo precio, representábanse sainetes de color subido al gusto de la chusma y cuando estaban exaltados los cerebros por el estruendo de la muchedumbre y los gases alcohólicos de los vinos, acababan de vaciarse los bolsillos de los incautos en las barracas de los adivinos que les revelaban lo venidero y en las de aquellas bayaderas orientales que, con sus voluptuosas danzas, daban al traste con los últimos restos de juicio que les hubiese podido quedar á los pobres

provincianos ó extranjeros, que por su mal habian acertado á caer en sus redes ¹.

Suetonio, despues de referir muchos prodigios que anunciaron la futura elevacion de Vespasiano al solio imperial, cuenta que hallándose este personaje cerca de Judea, fué á consultar á Carmelo, divinidad siria que tenia un altar cerca del monte que llevaba su nombre y que allí las suertes le vaticinaron que daría dichosa cima á sus propósitos, por atrevidos que fuesen. Ese dios no tenia templo ni estatua; pero Vespasiano le ofreció varios sacrificios y, segun Tácito, el arúspice le hizo un dia, examinando las entrañas de la víctima, la prediccion que acabamos de relatar ².

Aquella Atargatis á quien llamaron los griegos Derketo y fué la madre de Semíramis, tuvo un magnífico templo en Hierápolis, al cual estaban adscritos más de trescientos sacerdotes, presididos por un pontífice que vestia de púrpura y llevaba una tiara de oro. En una categoría inferior secundábanles en este culto los *galos*. Los romanos denominaron simplemente á esta diosa *Dea Syria*, identificándola con varias de sus divinidades, como v. gr. con Juno, Minerva, Diana, Vénus, etc. Apuleyo nos cuenta muy graciosamente en su *Metamórfosis* el ridículo estado de degradacion á que habian llegado en su tiempo los ministros de esta divinidad y cuyas fechorías dan una muestra de la decadencia en que se encontraba el culto de algunos númenes del Politeísmo en el siglo II de nuestra Era, esto es, en tiempo de la dinastía trajana y de los Antoninos. El héroe de su novela, transformado desde el principio de ella en jumento por arte mágica, es vendido en el mercado, comprándolo un infame vejete de calvo testuz, un canalla, dice «de aquellos que andan por calles y plazas armados de sistros y címbalos, paseando la diosa siria, á la cual hacen mendigar en provecho de la comunidad.» Ese aventurero capitaneaba una cuadrilla de *galos* nómadas que campaba por su respeto, explotando en todas partes la supersticiosa curiosidad del vulgo, cual pudiera hacerlo una compañía de titiriteros ó de cómicos de la legua. «Al dia siguiente echáronse todos á la calle, ridículamente cubiertos de abigarradas vestimentas, pintorreado el rostro con greda y con la mitra en la cabeza. Encargáronme el transporte de la diosa que llevaban cubierta con un velo de seda, en tanto que ellos, arremangándose hasta el hombro, blandiendo hachas y cuchillos, brincando y vociferando al son de la flauta, iban desfilando ante las modestas cabañas de los pobres hasta que por último se detuvieron ante una suntuosa quinta. Allí redoblaron sus gritos y sus desordenados movimientos, hiriéndose al propio tiem-

¹ TÁCITO, *Anal.*, XV, 38; CIC., *De divin.*, I, 58 y 132; JUV. *Ing. cit.*; LAMPRIDIO, *Heliogábalo*, XXVI.

² *Hist.*, II, 78.

po en los brazos con extraña furia. Hubo uno, especialmente, que descolló sobre todos por la extravagancia de sus trasportes. Véasele respirar penosamente como poseído de un acceso de santa locura ¡cual si la presencia de un dios no hubiese de fortalecer al hombre en vez de causarle sufrimientos y delirios! Ahora vais á ver cómo le recompensó la celeste providencia. Acusóse de pronto como culpable de una revelacion sacrílega y, ganoso de castigarse á sí mismo, tomó un látigo peculiar á esa clase de hombres, compuesto de muchos cordoncitos llenos de nudos con huesecillos en la punta y empezó á darse con él tan de firme que solo podia explicarse su impasibilidad por una fuerza de voluntad que debia rayar en lo imposible. Á fuerza de azotarse y acuchillarse acabaron por empapar el suelo en su sangre y yo, que todo esto presenciaba, no podia ménos de concebir muy vivas alarmas pensando qué seria de mí si á la diosa se le antojaba catar sangre de asno como á algunos se les antoja beber leche de burra. Por último, ora fuese por efecto del cansancio ó de la saciedad, suspendieron la carnicería y fueron recogiendo las monedas de cobre y de plata que les iba regalando la maravillada concurrencia. Además de estos dones, recibieron un tonel de vino, leche, quesos, trigo, flor de harina y cebada ofrecida por algunas almas piadosas que se acordaron de la cabalgadura de la diosa. Los tunantes cargaron con todo, llenando unos sacos que llevaban á prevencion y cargándolos sobre mis espaldas, con que me ví convertido en templo y bodega ambulante. Así explotaban esos vagabundos la comarca ².

Aquella cuadrilla de buscavidas iba por esos mundos diciendo la buena ventura á los simples de espíritu, haciéndose tratar como cuerpo de rey en los palacios de los ricos fanáticos y robando acá y acullá cuanto podian, hasta que un dia se descubrió el pastel y la policía dió con todos ellos en la cárcel, encerrando el ídolo en un templo y haciendo vender en un mercado al infeliz Luciano, tan portentosamente metamorfoseado en jumento.

Neron hacia gala de despreciar todos los cultos ménos el de la Diosa Siria, bien que acabó por hacer mofa de él como de los demás, sustituyéndolo con el de una muñeca que un hombre del pueblo le habia dado, asegurándole que le libraria de las asechanzas de sus enemigos. Habiéndose descubierto al poco tiempo una conspiracion, hizo de esta muñeca su divinidad suprema, honróla con tres sacrificios diarios y quiso hacer creer que le revelaba lo venidero. ¹

Tambien estuvo muy en boga en la era imperial la *Juno Celeste* de Carta-

¹ APULEYO, *Metamorf.*, lib. VIII.

² SUT., *Neron*, 56.

go, que parece no ser otra que la Astarté de los fenicios y que tuvo muchos devotos en el pueblo bajo de Roma.

Pero ninguna de las deidades orientales fué allí tan venerada como *Elagabal*, el dios de Heliogábalo, aunque más lo fué oficialmente que por el fanatismo del pueblo. Fué tan devoto este emperador de aquella deidad extranjera, que la declaró superior al mismo Júpiter y se hizo nombrar sacerdote suyo por el Senado y le erigió un templo magnífico en el cual se degollaba diariamente un número prodigioso de toros y carneros. Hacia arder en su recinto perfumes de todas clases y hacia libaciones tan abundantes que por todas partes se veían correr arroyos de exquisito vino mezclado con la sangre de las víctimas. Luego danzaba en torno de los altares al son de varios instrumentos con mujeres de su país que tocaban címbalos ó pequeños tambores, todo en presencia del Senado y del órden ecuestre que lo contemplaban desde una especie de anfiteatro. Las entrañas de las víctimas y los perfumes los llevaban en palanganas de oro los generales del ejército y los primeros dignatarios del imperio, cubiertos de rozagantes vestidos con anchas mangas á la usanza fenicia, con una faja de púrpura en el centro y calzado de lino, todo á la moda de los adivinos fenicios. Heliogábalo pretendía hacer un favor insigne á los que convidaba á estas ceremonias.

Un día hubo de antojársele que su dios se aburría y quiso darle mujer, á cuyo efecto hizo que le llevasen la estatua de Palas, que los romanos reverenciaban y tenían oculta con tanto respeto y que desde su venida de Troya solo había cambiado de sitio una vez, cuando se incendió su templo. Mas luego, mudando de parecer, dijo que no podía convenirle una diosa tan guerrera á un dios tan pacífico y mandó traer de Roma la imagen de la diosa Urania, tan venerada por los cartagineses y los pueblos fronterizos de Cartago. Como esa Urania era la personificación de la luna, decía Heliogábalo que era el mejor partido que al sol se le podía proporcionar y ordenó que viniese con ella todo el oro y demás preciosidades que hubiese en su templo para que le sirviesen de dote. En cuanto hubo llegado, celebró sus bodas y mandó que en Roma y en toda Italia se hiciesen públicos regocijos con tan plausible motivo.

Además hizo edificar en un arrabal un templo vastísimo y excesivamente suntuoso al cual llevaba con gran ceremonia el ídolo al principiarse el verano. Allí, para divertir al pueblo, obsequiábale con toda suerte de juegos, espectáculos y festines que se sucedían incesantemente noche y día. Hacia colocar la estatua de Heliogábalo en un carro cubierto de planchas de oro y piedras preciosas, tirado por seis caballos blancos ricamente enjaezados. Ningun mortal había subido jamás á este carro. Heliogábalo llevaba las riendas andando para atrás y para que

no cayese le señalaban con una faja de arena dorada el sitio por donde debía pasar y sus guardias le rodeaban para prestarle auxilio en caso necesario. El pueblo corría en torno con antorchas y cubriendo el suelo de flores. Iban también en esta procesion las estatuas de los demás dioses, las ofrendas que se les había consagrado, los distintivos de la dignidad imperial y los muebles más ricos del imperio. Cerraban la marcha la caballería y las cohortes pretorianas. Colocado el dios en su templo y celebrados los sacrificios, Heliogábalo subía á unas torres muy altas que había hecho edificar ex-profeso y desde de ellas arrojaba al pueblo jarros de oro y plata, vestidos y telas de todas clases y colores y hacía distribuir toda suerte de animales, así montaraces como domesticados; pero nunca ningún cerdo, por no permitirlo las tradiciones fenicias. Estas larguezas costaron la vida á muchas personas, porque el gentío se arremolinaba para alcanzar los objetos regalados por la munificencia imperial y hubo no pocos que fueron víctimas de su codicia, pereciendo ahogados por la muchedumbre ó tras pasados por los pretorianos que la rechazaban cuando subía de punto el desorden.

Estas prodigalidades, que recuerdan las maravillas de los cuentos orientales, aplicadas á un objeto tan insensato y nunca visto, obligan á pensar si en efecto habrá existido en el mundo un género terrible y singular de locura que podríamos llamar *cesárea*. Es muy posible que el hombre que se veía señor del mundo, sin freno ni cortapisa á su tiránica voluntad, rodeado de innobles aduladores que se desvivían por complacerle, inventando cada día nuevas bajezas para infundirle la convicción de que no había ley divina ni humana que no debiese ceder á su capricho, sintiese un desvanecimiento capaz de trastornarle el juicio. Tiberio, Nerón, Calígula, Domiciano, Caracalla y Heliogábalo hicieron enormidades que, para honra del género humano, vale más considerar como hijas de un cerebro desordenado, que como hijas de una voluntad consciente y libre.

Sin embargo, á esos monstruos execrables, baldón del género humano, los divinizaba la abyección de una sociedad que había perdido hasta los últimos restos del sentido moral. Y no vale invocar el recuerdo de los grandes pensadores que ofrecían á sus atribulados contemporáneos un puerto de refugio en la filosofía, pues este ejemplo es una gloriosa excepción que no destruye, sino antes confirma la regla. Esta era doblar servilmente la cerviz bajo el yugo embrutecedor de una tiranía que, no teniendo bastante con todos los reinos de la tierra, pretendía disputar á los dioses las inaccesibles regiones del cielo. Nunca ha sido tan audaz la insentatez humana. Decimos mal: en Oriente ya se habían atrevido los déspotas á soñar con la inmortalidad de su detestable poderío, exigiendo que

hasta en vida se les hiciese la apoteosis que los elevaba sobre el nivel universal de los simples mortales.

En otros capítulos hemos hablado de la que tributaron los griegos á Antígono y á Demetrio Poliorcetes y de la que se hizo tributar Alejandro Magno embriagado por sus colosales triunfos en las enervadoras regiones del Asia.

Roma imitó tan pernicioso ejemplo, siguiendo en esto, como en tantas otras cosas, las huellas de su antigua maestra. Cuando se iban á quemar los restos de Julio César en el campo de Marte, Marco Antonio, en vez de pronunciar el elogio fúnebre del difunto, mandó leer por un heraldo el senado-consulta que adjudicaba al asesinado dictador todos los honores divinos y humanos. El pueblo, que ya estaba harto acostumbrado á considerarle como un héroe de celestial estirpe, creyó de buen grado en su divinidad. Durante los juegos que él había hecho voto de celebrar y que dió por él su heredero Augusto, un cometa que aparecía hacia las cinco de la tarde brilló por espacio de siete días consecutivos y esto indujo á creer que era el alma de César que brillaba desde el cielo, siendo causa de que en lo sucesivo se le representase con una estrella sobre la cabeza.¹

Octavio, que era muy hábil político, se dignó permitir que se le diese el título de Augusto, que con este nombre se le consagró el mes que antes se llamaba *sextilis* y que nosotros por corrupcion denominamos agosto y que las provincias le erigiesen templos. Estos aumentaron á su muerte, fundándose también el colegio sacerdotal de los *sodales augustales* y nombrándose sacerdotisa á su viuda Livia, á la cual adoraron en muchas partes con los nombres de Juno, Vesta, etc. En el siguiente reinado, las ciudades de Asia dedicaron un templo á Tiberio y á Livia; mas cuando la España ulterior quiso imitar su ejemplo, este emperador, que era un prodigio de disimulacion, se resistió enérgicamente á aceptarlo, diciendo que harto sabia que no era más que un simple mortal y que no debía generalizarse el ejemplo de los orientales². Calígula hizo traer de Grecia las estatuas de los dioses más famosos, ya por su mérito artístico, ya por la veneracion que inspiraban, entre otras la de Júpiter Olímpico y haciéndolas decapitar, puso en ellas su cabeza. Hizo prolongar hasta el foro una ala de su palacio y trasformar el templo de Cástor y Pólux en un vestíbulo en donde se sentaba muy á menudo entre esas dos divinidades para recibir las adoraciones de la muchedumbre. Algunos le titularon Júpiter latino. También tuvo un templo particular, sacerdotes y víctimas

¹ SERT., *Vid. de Chr.*; PLUT., *id.*

² TÁCITO, *Anal.*, IV, 15, 37.

raras. En ese templo se veía una estatua de oro que se le parecía mucho, disputándose los más opulentos ciudadanos la honra de consagrarse á su servicio. Sacrificábanle pavos, faisanes, gallinas de la Numidia y otras aves que no solían ofrecerse en los altares. Por la noche invitaba á la luna á descender á su habitación requiriéndola de amor y viósele muchas veces hablar al oído á Júpiter Capitolino, acercando luego la cabeza á sus labios cual si hubiese de responderle en secreto. Un día oyeron que le decía con arrogancia aquellas palabras del canto XXIII de la *Iliada*:— *Muéstrame tu poder, ó teme el mío*. Por fortuna se dejó ablandar y habiéndole rogado Júpiter que fuese á vivir cerca de él, mandó construir un puente por cima del templo de Augusto, entre el monte Palatino y el Capitolio ¹. No hay duda que estos son rasgos de verdadera locura. Claudio hizo divinizar á Livia, haciendo trasportar en las procesiones del Circo su estatua en un carro tirado por elefantes, como se hacía con la de Augusto. Este emperador fué divinizado también á su muerte; Neron lo borró del catálogo de los dioses; pero Vespasiano volvió á inscribirle en esa lista interminable de los númenes de Roma ². Los Flavios, los Trajanos, los Antoninos y los emperadores de la decadencia, continuaron la tradición que les había legado la familia Julia, suponiendo á sus predecesores y por consiguiente á sí mismos, descendientes de los dioses, con lo cual se vió el curioso ejemplo del hombre convertido en mito por la misma sociedad que filosóficamente convertía los mitos en personajes históricos. ¡Qué tristes aberraciones ha tenido la humanidad!

Estos Juegos del Circo que varias veces hemos mentado y con los cuales se amenizaban las grandes solemnidades religiosas, hacíanse con tanta pompa y magnificencia que acabaron por ser el escollo en el cual se estrellaban las más cuantiosas fortunas senatoriales. El pueblo romano fué el pueblo teatral por excelencia: adorando á sus dioses parecía tributar culto á su propia grandeza; la *Dea Roma* compendia y manifiesta con gráfica energía todo el fanatismo patriótico de aquella nación engreída y altanera, que consideraba al mundo entero como existente no más que para prestarle un tributo de admiración y trabajar para su mayor gloria y poderío. Marcial pondera en un epígrama muy donoso los apuros que pasaban en su tiempo los cuitados que se veían obligados por razón de su cargo á obsequiar á los dioses y al pueblo con tan costosas fiestas. « Veo, Procu-
leya, que cada año, al empezar el mes de enero, dejas á tu marido, diciendo que quieres pedir la separación de bienes. ¿Qué te pasa, para que tal hagas? ¿No

¹ SUET., *Calig.*, 22.

² *Id.*, *Claudio*, 11 y 45.



L. Comeleran pin.

INTERIOR DE LOS CORREDORES DEL COLISEO.

J. Seix editor.



quieres decírmelo? Es inútil, porque ya lo sé. Era pretor: su nueva dignidad debía costarle por lo bajo cien mil sextercios en los juegos megalesios y en la fiesta del pueblo otros veinte mil. Eso no es un divorcio, Proculeya, sino una economía ¹. Calígula, Neron y otros emperadores famosos por su crueldad, se hicieron populares por su esplendidez en ese modo de regalar y divertir á la muchedumbre. Suetonio cuenta que en una gran fiesta que Neron mandó celebrar para la consagración de la eternidad del imperio romano, se echaron cada día al público mil aves de todas clases; luego se distribuyeron lotes con los cuales se ganaban objetos artísticos de oro, plata y pedrerías, vestidos de lujo, caballos, naves y hasta predios rústicos y urbanos. Más tarde otros emperadores imitaron esta prodigalidad, que fué causa de espantosos tumultos y de muchas desgracias.

En esas fiestas en las cuales se honraba espléndidamente á los dioses de la superstición antigua, disfrutaba el pueblo de una libertad que no tenía en ninguna otra parte y siempre tuvo buen cuidado de no dejarse perder este privilegio consuetudinario, censurando en alta voz al emperador y á sus favoritos, pidiendo gracia ó protección en favor de los hombres populares y acogiendo á estos á su entrada en el Circo ó el Anfiteatro con extraordinarios aplausos y aclamaciones de entusiasmo. Allí fué también donde el fanatismo gentilicio hizo más imponentes manifestaciones contra los cristianos. Todos los emperadores cifraron su orgullo en aventajar á sus predecesores en la esplendidez de los Juegos que fueron prolongándose hasta durar en tiempo de Trajano por espacio de meses enteros, con carreras de carros, luchas de atletas, espectáculos escénicos, juegos acrobáticos, caza de fieras, etc., iluminándose por la noche el inmenso recinto del Circo ó del Anfiteatro con un sin número de hachas, lámparas y antorchas para que no tuviese que interrumpirse aquella amenísima é interminable serie de funciones. Cuando Neron, en un acceso de su bárbara locura hizo incendiar la ciudad de Roma, procuró desviar las sospechas que sobre él pesaban, achacando el crimen á los cristianos; prendióse á muchos de estos, se les crucificó y cubriéndolos de pez los abrasaron iluminando con tan horribles antorchas los suntuosos jardines del *Palacio de Oro*, mientras el tirano se solazaba en el Circo guiando él mismo un carro delante de sus bárbaros y degradados súbditos ².

Ya se comprenderá que en esa época de general y profunda decadencia, por necesidad habían de prosperar excesivamente las supersticiones que en todas las obras coetáneas se ven reflejadas con vivos colores. Persio nos habla de la abuela

¹ LIB. X, *epig.* 41.

² TÁCITO, *Anal.*, XV, 44.

temerosa de los dioses que al desnudar al niño para acostarlo en la cuna, purificaba su frente y su boquita, humedeciendo antes el dedo del medio con saliva y luego daba una palmada creyendo que Júpiter habia de conceder al niño lo que ella en el fondo de la conciencia pedia por él al Padre de los dioses. ¹ Parece ser que esta ceremonia era un preservativo soberano contra el *mal de ojo* y que se solia hacer cuando el recién nacido habia cumplido los nueve días si era niño, ó los ocho si era niña, debiendo encargarse de esta operacion la abuela ó la tia materna de la criatura.

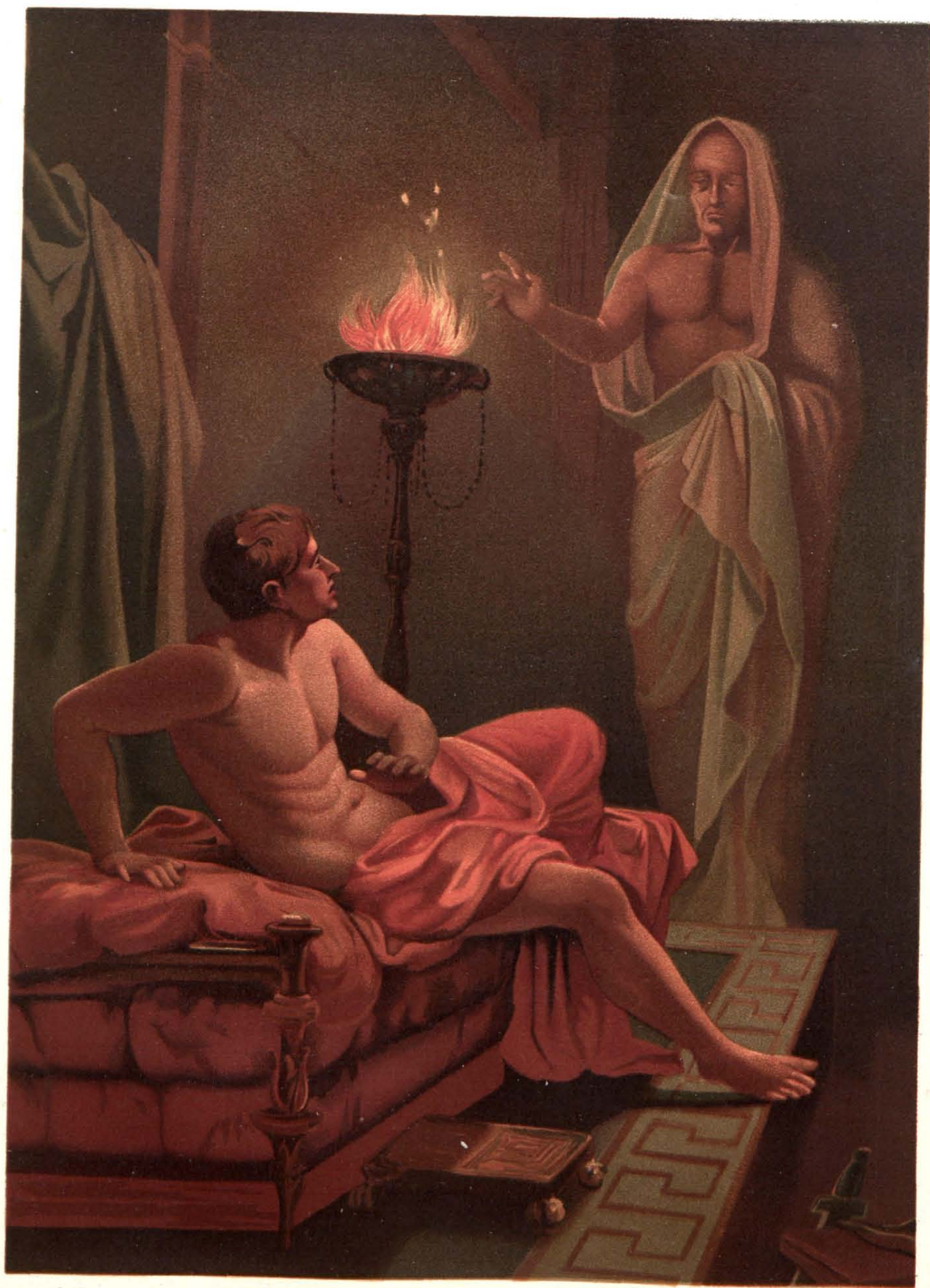
Leyendo las obras de los historiadores romanos apenas se encuentra un acontecimiento memorable que el rayo no haya vaticinado, á veces con una anticipacion que traspasa todos los límites de la más celeste complacencia. Ya hemos dicho en otra parte que en la ciencia fulgural los etruscos habian sido los preceptores de los romanos. Sea como fuere, ello es que estos y otros agüeros se comentaban y explotaban á más y mejor, hasta en ocasiones en que no valia la pena de poner tan altos los puntos. El mismo Tito Livio, al hacer una de sus infinitas enumeraciones de prodigios, dice despues de referir que habian caido muchos rayos en diversos puntos: «En Capua los ratones habian roído los ornamentos de oro del templo de Júpiter. ¡Tan cierto es que la supersticion hace intervenir á los dioses hasta en las cosas más insignificantes!» ²

Llamaron los romanos *manes* á los muertos, considerándolos como un pueblo de espíritus que habitaba las entrañas de la tierra presidido por *Mania*, madre de los lares ó *manes* benéficos, que eran las almas de los hombres justos, así como las *larvas* eran los aparecidos, las almas de los perversos que aun despues de muertos se complacian en el mal. Ahora bien: imitando á los griegos, que llamaron *manía* á la locura furiosa, creyeron tambien los romanos que esta diosa era quien trastornaba el juicio de los hombres, atribuyendo las alucinaciones de los locos á las visiones que les presentaban las larvas. Tambien achacaban los desórdenes mentales á Ceres como diosa de la tierra, porque de ella, de sus negras profundidades salian los espectros que esparcian las enfermedades y el terror entre los vivos.

Como todos los pueblos, sintieron los romanos la irresistible tentacion de rasgar el velo que oculta á los ojos del hombre tantos y tantos misterios que su alma cree entrever allende las fronteras del mundo sensible y de ahí su afan por explicarse lo que conmovia su espíritu haciéndole volver los ojos á lo sobrena-

¹ Sál. II.

² Lib. XXVII, Cap. 23.



J. Seix Editor

R. Martí P^o

EL SUEÑO DE ESCIPION

Biblioteca Nacional de España



•—Mas para que sientas acrecentarse tu celo en defensa del Estado, sabe que todos los que han salvado, socorrido ó engrandecido su patria tienen en el cielo un puesto preparado de antemano en donde gozarán de dicha perdurable. Porque el Dios supremo que gobierna el inmenso universo nada ve en la tierra que tanto le agrade como esas reuniones de hombres congregados bajo la garantía de las leyes y que se llaman ciudades. Del cielo descienden los que dirigen y conservan las naciones y al cielo han de volver.

•Este discurso del Africano me habia aterrado; lo que yo temia no tanto era la muerte como la traicion de los míos. Sin embargo, atrevíme á preguntarle si vivian aun él y Paulo Emilio, mi padre y todos los que nosotros teníamos por muertos.

•—*La verdadera vida*, me respondió, *empieza para los que escapan á los lazos del cuerpo en donde estaban cautivos, pues lo que vosotros llamais vida es en realidad la muerte.* Mira, ahí viene tu padre.

•Vile en efecto y llenáronse de lágrimas mis ojos; pero él, abrazándome y acariciándome me prohibió que llorase. Cuando pude ahogar mis sollozos le pregunté:

•—¡Oh padre mio, modelo de virtud y de santidad! Ya que, segun me ha explicado el Africano, tan cerca estais de la vida ¿por qué he de permanecer más tiempo en la tierra? ¿Por qué no he de apresurarme á entrar en vuestra sociedad celeste?

•—No así, hijo mio, me respondió. Mientras Dios, á quien sirve de templo todo eso que miras, no te haya libertado de tu prision corporal, no puedes entrar en estas moradas. El destino de los hombres es guardar ese globo que ves situado en medio del templo de Dios y que se llama la tierra. Su alma procede de esos eternos luminares que llamais estrellas y astros y que reducidos á globos y esferas y animados por divinas inteligencias, recorren con increíble rapidez su órbita circular. Por esto, hijo mio, tú y todos los hombres religiosos debeis retener vuestra alma en los lazos del cuerpo; *ninguno de vosotros, sin mandato de Aquel que os la ha dado, puede salir de esta vida mortal, pues haciéndolo, pareceria que abandonais el punto donde Dios os ha colocado.* Antes piensa, Escipion, como tu abuelo que nos escucha, como yo que te he dado el sér, piensa en vivir justa y piadosamente, piensa en el culto que debes á tus padres y á tus deudos y en el que debes sobre todo á la patria. Tal es la existencia que debe llevarte derechamente al cielo á reunirte con aquellos que vivieron y que libres ya de la cárcel del cuerpo habitan el lugar que ves.

•Así diciendo, mostrábame mi padre ese círculo que brilla con esplendorosa blancura en medio de todos los fuegos celestes y que vosotros llamais, siguiendo á los griegos, la Vía láctea y yo contemplaba el universo, lleno de magnificencia y de maravillas. Aparecieron á mis ojos estrellas que nunca podemos ver acá abajo y contemplé la grandeza de los cuerpos celestes que supera cuanto pueda el hombre imaginar. El más pequeño de esos cuerpos, que está situado en los postreros confines del cielo y el más próximo á la tierra, brillaba con luz prestada; los globos estrellados aventajaban muchísimo á la tierra en tamaño y ésta me pareció tan pequeña, que me ruboricé al ver nuestro imperio, que no es más que un punto de ella.

•Mientras la estaba contemplando, díjome:

•—Y bien, hijo mio ¿siempre ha de estar adherido tu espíritu á la tierra?.....

«Preguntéle á mi padre:

«—¿Qué armonía es esa que escucho, tan suave y tan intensa?

«—Es la armonía que formada con intervalos desiguales, pero combinados con rara proporcion, resulta del impulso y el movimiento de las esferas..... Los hombres que han sabido imitar esta armonía con los sonidos de la lira y los acordes de la voz, se han abierto el camino hacia estas regiones celestes, su antigua patria, del mismo modo que todos los nobles genios que han hecho brillar en medio de las tinieblas de la vida humana algun rayo de la divina lumbre..... El espléndido concierto del mundo entero es tan prodigioso que vuestros oídos se cierran á esta armonía, como se cierran vuestros ojos ante los rayos del sol, cuya luz esplendorosa os deslumbra y ciega.»

Tras esto mostróle el Africano la exigüidad del globo terraqueo, encareciéndole la necesidad de anteponer á la vanagloria de tan efímera existencia los goces inefables de la inmortal beatitud, reservada á las almas que supieron dominar las pasiones terrestres, no cayendo jamás en la servidumbre del cuerpo.

Es la teoría socrática, explanada por Platon en Grecia y poetizada en Roma por el príncipe de los oradores latinos.

Ciceron hace gala de una despreocupacion que seria encantadora, si no destruyese el efecto de su franqueza la ingenuidad con que confiesa ser cómplice de las imposturas de su tiempo. Así, hablando de los auspicios dice: «Se creará que á un augur ha de serle difícil combatirlos. Esto podria ser entre los marsos, pero no en Roma. No somos de esos augures que predicen lo venidero con la observacion del vuelo de las aves y otros signos semejantes. Admito de buen grado que Rómulo, que fundó Roma despues de tomar los auspicios, creia en la utilidad de la ciencia augural para la direccion de los negocios. Pero la antigüedad se engañaba tambien en muchas cosas, reformadas despues por la costumbre, el estudio y el tiempo. Si hemos conservado los usos, la religion, la disciplina y el derecho de los augures y la autoridad de su colegio, ha sido *en interés del Estado y por respeto á la opinion del pueblo.*¹»

Ese es el mismo hombre que un poco más adelante dice: «Los estóicos responden á todo esto que á Dios nada le es imposible. ¡Lástima que no les haya dado á ellos más discrecion para que no fuesen tan crédulos por efecto de la supersticion y la flaqueza de espíritu!²» Es el mismo, en fin, que en otros pasajes del mismo libro exclama:

«¿Qué significan esos avisos, ó mejor, esas amenazas terribles proferidas por los dioses?

¹ *De Divinat.*, II, 33.

² *Id.*, *id.*, cap. 41.

¿Qué quieren decirnos enviándonos señales que no podemos comprender sin intérpretes y que nos anuncian desgracias que no nos es dado evitar? Las personas discretas se guardan muy bien de anunciar á sus amigos las desgracias que creen inevitables, imitan á los médicos que nunca anuncian á sus clientes de qué enfermedad han de morir, por más que lleguen muchas veces á preverla. Y esto, porque la predicción de un mal no es lícita sino cuando va acompañada de la indicación del remedio. ¿Qué beneficio han producido, antaño á los lacedemonios y más tarde á nosotros los prodigios y los intérpretes? Si eran señales enviadas por los dioses ¿por qué eran tan oscuras? Si los dioses querían revelarnos lo venidero, podían explicarse con más claridad y si querían ocultárnoslo estaban de más esas supuestas revelaciones.....¹ Nada acontece sin causa suficiente; nada acontece que no pueda suceder; así pues, cuando pasa lo que era posible, no debemos considerarlo como un prodigio. Por consiguiente, no existen tales prodigios.²

Mientras los hombres dotados de más sobresaliente espíritu daban estas y otras pruebas de despreocupación que hemos ido apuntando, en la magnífica y bulliciosa Alejandría establecíanse al lado de las grandes escuelas de filosofía, astronomía y matemáticas, las cátedras donde los misteriosos sacerdotes de Isis enseñaban la magia, la astrología y las demás ciencias ocultas que se jactaban de haber profundizado más que otro pueblo alguno de la tierra.

Añádase á todo esto que en medio de la refinada cultura de que blasonaba la sociedad romana, el descreimiento y el egoísmo lo habían materializado todo, fomentando los más bajos instintos de la criatura humana, mal disfrazados por el barniz de una superficial y engañosa cortesanía. El becerro de oro, ídolo asqueroso que ha tenido, tiene y tendrá siempre más adoradores que todos los númenes del Gentilismo, era el dios que recibía más incienso, porque era el que más pródigo se mostraba de goces, consideración y prestigio. Juvenal lo ha dicho con elocuente indignación en su sátira 1.^a; elocuentísimo proemio de su incomparable colección: «Nada hay entre nosotros más sagrado que la majestad de tu culto, funesto dinero, por más que aun no te hayamos edificado templos, ni erigido altares.»

Este recuerdo del becerro de oro nos lleva como de la mano á hablar de los judíos, que tan importante papel desempeñaron en esa época, representando en la escena del mundo la postrera de su agitada existencia nacional. En el capítulo II de las *Actas de los Apóstoles*, leemos que «residían en Jerusalem judíos de todas las naciones que hay debajo del cielo» y Plutarco, en su vida de Cicerón,

¹ CÍCERON, *De Divin.*, lib. 11, cap. 25.

² *Id.*, *id.*, cap. 28.

nos cuenta que hasta en la clase senatorial habia en aquella época judaizantes.

Esta circunstancia no puede extrañar á nadie que se haya fijado en la explicada evolucion que en aquel tiempo estaba realizando la filosofía romana. El monoteismo de los hebreos no podia ménos de hacer muy viva impresion en los ánimos hastiados de las extravagancias del Politeismo. «El primer romano que penetró en el templo de Jerusalem por derecho de conquista—dice Tácito ¹—fué Pompeyo. Por él se supo que en aquel recinto no habia ninguna imágen de los dioses, que las paredes estaban desnudas y el santuario vacío... Han tomado de los egipcios la costumbre de enterrar los muertos en vez de quemarlos: sus temores y sus ideas referentes á los infiernos son iguales tambien; mas su concepcion de la Divinidad es totalmente distinta de la de los egipcios. Estos adoran la mayor parte de los animales y de las imágenes que han formado con sus manos, en tanto que los judíos solo conciben con el espíritu al Sér único á quien adoran, considerando como impíos á los que con la frágil materia figuran la Divinidad á imágen del hombre. Su Dios es un Sér supremo y eterno que nunca ha cambiado ni puede tener fin.» ²

Cualquiera que leyese estos párrafos, sin dejar á un lado su criterio cristiano, los tomaria como un verdadero elogio; mas no debe echarse en olvido que Tácito era respecto á su tiempo, un hombre á quien hoy calificaríamos de conservador por los cuatro costados y que por lo tanto refiere todos estos pormenores en son de censura y menosprecio. Complácese asimismo en hacer notar que los judíos practicaban una religion *absolutamente contraria* á la de los demás pueblos, abominando de lo que en Roma se respetaba y haciendo todo lo que escandalizaba á los romanos. ³

Tambien hallamos en Suetonio una mencion de los judíos, de quienes refiere en la vida de César que velaron varias noches consecutivas junto á las cenizas de este grande hombre. Nada tiene de extraño que fuesen tan adictos los hebreos al héroe que habia aniquilado la pujanza del conquistador de Jerusalem. ⁴

Pero en vano lanzaban sus anatemas al monoteismo hebreo los tenaces defensores de la tradicion politeista; en vano pretendia el sacerdocio regenerar aquella religion caduca y desacreditada, admitiendo las extrañas fábulas y las pomposas ceremonias de las mitologías orientales. Todo exceso produce una reaccion, iniciada por los espíritus más resueltos y varoniles y seguida luego por

¹ Hist., V, 9.

² Id., id, cap. 5.

³ Id., id., cap. 4.

⁴ Suet., Cés., 84.

la incontrastable corriente de la opinion pública y el exceso de la corrupcion y el desenfreno de costumbres debia infaliblemente provocar la reaccion del ascetismo, así como el exceso de la credulidad pagana debia indeclinablemente engendrar la reaccion de los espíritus hacia la adoracion de un Dios único, purísimo y misericordioso, en contraposicion á aquella caterva de númenes que parecian inventados para sancionar todo género de liviandades y toda suerte de tiranías.

Verdad es que Ciceron no admitia sino un Dios único y abstracto y que Varron definia á la Divinidad diciendo ser una alma que gobierna el mundo por el movimiento y la inteligencia; pero el Estado era en Roma tan celoso de la integridad de su religion y considerábala tan de veras como una institucion política nacional, que toda ofensa á ella inferida la tenia por delito de alta traicion. Una secta no reconocida por el Estado era en Roma una sociedad secreta que convenia extirpar con todo rigor y premura. Recuérdese, sino, lo que en otro capítulo hemos referido acerca de la supresion de las Bacanales. Así se explica la severidad del Imperio con los cristianos, cuya propaganda amenazaba de muerte á aquel orgulloso y carcomido Politeismo que aun osaba proclamarse *eterno como el mundo*.

Es indudable que los Misterios sacerdotales y las sutilezas filosóficas son muy poco idóneos para crear una religion popular; pero la fórmula y el símbolo de lo que debia reemplazar al desacreditado Politeismo no reposaba sobre tan frágiles cimientos: tenian por base una moral fecunda y regeneradora y el sublime entusiasmo de una abnegacion sin límites por la humanidad entera.

Por esto no se presentó la nueva religion ataviada con los afeites de la fábula ni con el aparato científico de las sectas filosóficas, sino sencilla y grandiosamente persuasiva, como enderezada no tanto á conquistar las inteligencias con sutiles razonamientos, como á sacar las almas del lodo de la corrupcion, volviéndolas al sendero de la eterna Verdad y la infalible Justicia.

Es una tierna y candorosa página de la historia antigua la de las muchísimas conversiones que se realizaron en aquel solemne periodo de transicion del viejo al nuevo culto.

Despues de la muerte del proto-mártir S. Estéban, Saulo, sediento de sangre cristiana, se presentó al príncipe de los sacerdotes, pidiéndole cartas para las sinagogas de Damasco, con el fin de llevar presos á Jerusalem á cuantos adeptos hallase de la nueva doctrina. Púsose en camino con la orden que habia solicitado y estaba ya cerca de Damasco, cuando de improviso le rodeó un resplandor de luz del cielo y cayendo en tierra oyó una voz que le decia: —*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Él dijo: —*¿Quién eres, Señor?* Y él: —*Yo soy Jesús, á quien*

J. Plavella P^{to}

LA CONVERSION DE S.^N PABLO

J. Seix editor.

tú persigues: dura cosa te es cocer contra el aguijón. Y temblando y despavorido, dijo: —Señor ¿qué quieres que haga? Y el Señor á él:—*Levántate y entra en la ciudad y allí se te dirá lo que te conviene hacer.* Y los hombres que le acompañaban quedaron atónitos oyendo bien la voz y no viendo á ninguno y Saulo se levantó de tierra y abiertos los ojos no veía á ninguno. Y ellos, llevándole por la mano, le metieron en Damasco. ¹

Aquella vision convirtió al lobo en cordero. Saulo, que iba á Damasco á perseguir á los cristianos, se hizo bautizar por ellos, siendo despues el famoso apóstol S. Pablo.

Dicen los comentadores que la *voz* que oían los compañeros de Saulo podia ser muy bien el estampido del trueno que acompañaria al relámpago ó resplandor que le rodeó, sentido en el cual se toma frecuentemente estas palabras en la Escritura. Ocioso fuera deducir las consecuencias que se desprenden de esta interpretacion, teniendo en cuenta el estado en que debia hallarse el ánimo de Saúlo al dirigirse á cumplir una comision tan cruel como la suya.

Aquella religion que apelaba á los más nobles sentimientos del espíritu humano, dirigiéndose con preferencia á los humildes y los desheredados de la sociedad pagana, por necesidad tenia que ganar muchísimos adeptos y excitar un ardiente fanatismo, cuya heroica grandeza ha dejado huellas inmortales en la arena del Anfiteatro y en las lóbregas galerías de las catacumbas.

Habia terminado la era de las hipótesis filosóficas, de la duda y la indiferencia. La nueva religion era categóricamente dogmática, porque predicaba la revelacion divina; mas al propio tiempo ¡con qué júbilo hacian constar los cristianos que en la Iglesia no habia gentiles ni judíos, ni siervos ni hombres libres, porque todos eran iguales en ella sin distincion de clases ó de personas! ² ¡Con qué entereza proclamaban que debian despreciarse las vanas supersticiones de los fariseos y los pitagóricos en orden á las mortificaciones de la carne! ³ La impureza no consiste en lo que entra en la boca para alimento del cuerpo, sino en las malas palabras que salen de ella contaminando el alma con la culpa. ⁴

Nada más sencillo; pero nada más sublime que estas máximas de la predicacion apostólica. Todos los cristianos son sacerdotes, exclamaba Tertuliano; Jesucristo nos ha consagrado como tales ante su Padre Celestial.

Era en suma aquella evolucion una protesta categórica y formidable contra

¹ ACT. APOST., cap. IX.

² S. PABLO, *Epist. ad Coloss.*, III, ver. 11.

³ ID., *id.*, *id.*, ver. 21, 22 y 23.

⁴ S. MATRO, XV, ver. 17 y 18.



toda tiranía y toda impostura y por consiguiente contra la tiranía y la impostura del sacerdocio pagano. Fué un espectáculo que no ha tenido igual en el mundo el que dieron entonces los cristianos proclamando al Dios único ante la muchedumbre de los ídolos despreciados por la ilustración filosófica y la fraternidad humana á la faz de tantas naciones convertidas en rebaños de esclavos y solo iguales en la degradación de la servidumbre.

Pero ese mismo carácter humanitario que hacia su grandeza no podia ménos de suscitarle al Cristianismo terribles adversarios. Desde luego, el Estado consideraba á los cristianos como peligrosos innovadores, enemigos del órden social, calificándolos de ateos y malos ciudadanos, propagadores de doctrinas subversivas. Los hombres de gobierno, que despreciaban el judaismo cual una ridícula aberración, miraban al Cristianismo con escándalo, considerándolo como una conjuración irreligiosa y anti-patriótica, preñada de horrores y amenazas. Los cristianos hacían gala de tener su patria en el cielo y los defensores del culto y la ciudad paganos les reprochaban este sentimiento, cual si fuera un crimen esperar en la patria celeste cuando en la tierra no se halla más que opresión y miseria.

Tácito, hablando del incendio de Neron que más arriba citamos, dice textualmente: «Para acallar esos rumores, buscáronse culpables, haciéndose sufrir crueles torturas á unos miserables abominados por sus infamias, á quienes se llamaba vulgarmente cristianos. Cristo, que les dió su nombre, fué condenado al suplicio en tiempo de Tiberio por el procurador Poncio Pilatos, lo que reprimió por el pronto esa *execrable superstición*; pero muy pronto desbordó de nuevo el torrente, no solo en Judea, donde habia tomado nacimiento, sino hasta en la misma ciudad de Roma, donde se acumulan y acrecientan todos los desórdenes y todos los crímenes. Empezóse por prender á cuantos confesaron ser cristianos y luego á una inmensa multitud convicta, no tanto de haber incendiado Roma, como de odiar al género humano ¹.

¡Curiosa apreciación, hecha con todo el desden y apasionamiento de un conservador obcecado por su idólatra adhesión á todo lo antiguo! El gran talento de Tácito no llegó á comprender la importancia de una religión que debia renovar la faz del mundo, llevando por nuevos senderos á la humanidad ansiosa de regenerarse con la extirpación de tantas iniquidades y concupiscencias.

Pero no hay nada más contraproducente que los crueles excesos de la tiranía. Estos se estrellaron en la heroica constancia de los mártires, como se estrellaron los sarcasmos de los filósofos paganos en la fe inquebrantable de los conversos.

¹ Anal., XV, 44.



MUERTE DE JULIANO EL APÓSTATA
Fresco de L. Giordano en el Escorial

J. Seix Editor

Planella

Y no es de admirar que así fuese, pues en el terreno de la discusion el Politeismo era una causa irremediabilmente perdida y esgrimiendo el escarnio debian pensar los gentiles que este es una arma de dos filos, doblemente peligrosa en manos del que se ha hecho ridículo á los ojos de la opinion ilustrada.

Estas verdades tan evidentes no supo verlas con todo el emperador filósofo Juliano, á quien se tituló con este motivo el Apóstata y que, imbuido en las doctrinas neo-platónicas, pretendió restaurar el Politeismo, nada ménos que á mediados del siglo iv de nuestra Era. Fué este príncipe muy instruido y tolerante y alabáronle muchos rasgos de generosidad; mas por desgracia su fanatismo anticristiano le llevó á cometer mil injusticias y atropellos contra los adeptos de una religion que, aun quitándole todo carácter divino, tenia en su favor la incomparable ventaja de satisfacer las necesidades y las aspiraciones de la época. Iba siempre rodeado Juliano de una turba de adivinos, arúspices y hierofantes y fiel á las doctrinas de su escuela que sustituia con entidades demonológicas las fuerzas naturales, creia á pié juntillas en todos los dislates y extravagancias que le inculcaban los magos, insistiendo con gran porfía y terquedad en que solo devolviendo su esplendor á las instituciones paganas podia salvarse la civilizacion de aquella descreida sociedad.

Juliano llevó su odio á los cristianos hasta el punto de prohibirles el estudio de las letras profanas y permitió á los judíos la reedificacion del templo de Jerusalem, contándose que cuando se empezaban á abrir las zanjias para echar los cimientos brotaron del suelo unos globos de fuego que abrasaron á los obreros privándoles de continuar su trabajo.

Ese emperador tuvo una muerte desastrada en la campaña de Persia, que habia empezado con excelente fortuna. No pudiendo apoderarse de Ctesifonte, ordenó la retirada; mas el enemigo le picaba con tal encarnizamiento la retaguardia que el ejército romano sufrió extraordinariamente por efecto de aquella incessante lucha y de la falta de provisiones. Iba Juliano á socorrer al ala derecha de los suyos, que empezaba á cejar ante el enemigo de un modo alarmante, cuando una flecha le traspasó el costado. Referíase despues que al sentirse herido cayó al suelo y empapando los dedos en su propia sangre los alzó al cielo exclamando: — *Toma, nazareno, puedes estar satisfecho*. Otros contaron que se habia nublado el firmamento, oyéndose el rugido de un impetuoso vendabal y que nadie pudo averiguar de dónde habia partido la flecha, por lo que algunos creyeron que habia bajado del cielo.

Sea como fuere, el tal Juliano fué sin duda un rematado visionario, pues se necesitaba mucha obcecacion para empeñarse en devolver á las fábulas mitológi-

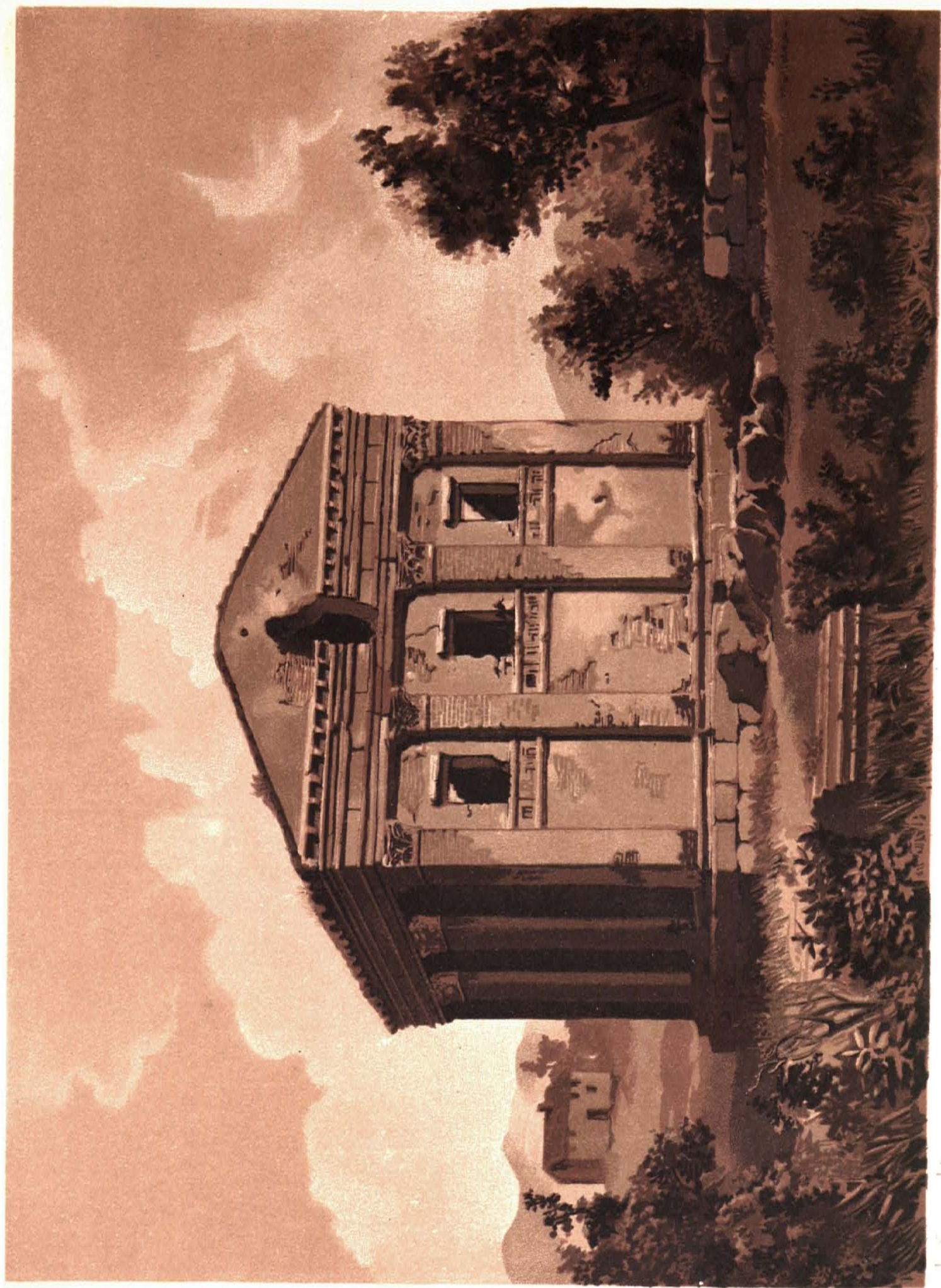
cas un prestigio capaz de reformar la sociedad, despues de haberlas repudiado todos los hombres de talento y cuando la muchedumbre huia en tropel de los ídolos para quemar incienso en los altares de Jesucristo. En vano achacó á la corrupcion del sacerdocio y á la indiferencia del pueblo los progresos de la religion cristiana; en vano procuró defender el Politeismo refugiándose en el baluarte del alegorismo, según el cual cada mito es la representacion de una idea trascendental cuyo recóndito significado solo penetran los sabios y los iniciados; en vano encareció á los gentiles la necesidad de mejorar su conducta, echándoles en cara sus vicios, que tan vivo contraste hacian con las virtudes de los cristianos.

Aun en el terreno puramente filosófico, hay que convenir en que la causa que defendia Juliano era una causa perdida sin apelacion. La sociedad pagana habia dado un gran paso y se necesitaba mucha obcecacion para creer que pudiese deshacerlo volviendo á abrazar las abjuradas supersticiones del Gentilismo.

Hase dicho que el gran Pan significa el reinado de los dioses del Gentilismo, destruido por el triunfo de la cruz. Plutarco refiere acerca de esto que, habiéndose embarcado un tal Epiterseo en compañía de varios amigos para pasar á Italia, faltóles el viento á la altura de unas islas del mar Egeo y que en ocasion que estaban casi todos conversando y bebiendo despues de la cena, se oyó de improviso una voz que parecia salir de una de esas islas, llamando á Thamus, piloto de la nave, de un modo tan recio que todos se aterrorizaron. Ordenóle esa voz misteriosa que, al llegar á un punto que le designó, anunciase que el gran Pan habia muerto. Discutióse si debia cumplirse el encargo, acordándose hacerlo si el ímpetu del viento no impedia á la nave hacer escala en el punto indicado y como el tiempo fué sumamente bonancible, acercóse allí la embarcacion y gritó Thamus conforme le habian mandado: — *¡El gran Pan ha muerto!* No bien hubo proferido estas palabras, cuando se oyó resonar un inmenso clamor de quejas y lamentos que á todos los heló de espanto.

Muchos de nuestros lectores recordarán aquel hermoso pasaje de la *Iliada* que dice de este modo: « Vulcano escancía abundantemente á todos los dioses el dulce néctar que saca de una grande urna y elévase una risa inextinguible entre los felices habitantes del Olimpo al ver cuál se cansa Vulcano para servirles en los palacios celestes. Durante todo el dia y hasta la puesta del sol, prolongando los festines y saboreando los abundantes manjares, escucharon con deleite los sonos de la brillante lira que pulsaba Apolo y los coros de las Musas, cantando alternativamente con voz armoniosa. »

Á cuyas palabras añade Heine un comentario que casi no puede leerse sin



J. Serra p.^{to}

ROMA. TEMPLO DEL DIOS RIDICULO.

J. Serra editor

sentir de la existencia en la tierra. En medio de aquella tempestad a guisa de
apareciós de repente tras de su vista. Era un hombre de triste y descolori-
do color, en cuyo pecho resplandecían las abundantes gotas de sangre que
hacia brotar de su pecho una corona de espinas que le ceñía las sienes. No bien
hubo penetrado en la sala del festín, cuando los jarros de oro que adornaban la
mesa se volaron, los platos empujados de improviso como a impulso de un
tercer invisible y sus vasos palidieron, palidieron hasta que los vasos vola-
dos se hicieron invisibles, y los convidados, las Musas y el olímpico dios, se
desvanecieron como un tenue vapor que, disipado por el aire, ni resta de él en
su existencia.

1. Escudo de Armas.



ARMAS DE ESPAÑA

sentir cierto estremecimiento de terror ¹. En medio de aquella olímpica algazara, aparecióse de repente una inesperada vision. Era un hombre de triste y descolorido semblante, en cuyas mejillas resbalaban las abundantes gotas de sangre que hacia brotar de su cabeza una corona de espinas que le ceñia las sienes. No bien hubo penetrado en la sala del festin, cuando los jarros de oro que adornaban la mesa temblaron, los dioses enmudecieron de improviso como á impulsos de un terror indecible y sus rostros palidieron, palidieron, hasta que de puro pálidos se hicieron invisibles, y las divinidades, las Musas y el olímpico alcázar, se desvanecieron como un tenue vapor que, disipado por el aire, ni rastro deja de su existencia.

¹ *Reisebilder*, tom. II.



MONEDA DE ATENAS.

SEGUNDA PARTE

ERA CRISTIANA

« Multa renascentur, quae jam cecidere.... »

HOR., Arte-poética.

LAS
SUPERSTICIONES
DE LA
HUMANIDAD



LAS SUPERSTICIONES DE LA HUMANIDAD

ENSAYO HISTÓRICO Y COMPARATIVO

TRAZADO CON LA AYUDA DE LAS MITOLOGÍAS, LAS PRODUCCIONES LITERARIAS Y LAS DOCTRINAS FILOSÓFICAS
DE LOS PUEBLOS MÁS FAMOSOS, COMPRENDIENDO LOS ORÁCULOS
LAS SIBILAS, LA AGORERÍA, EL ARUSPICIO, LOS SUEÑOS PROFÉTICOS, LOS SACRIFICIOS HUMANOS, LA ASTROLOGÍA, LA MAGIA,
LA NIGROMANCIA, LA CÁBALA, LA DEMONOLOGÍA Y DEMÁS CIENCIAS LLAMADAS «OCULTAS»
Y UN SIN NÚMERO DE LEYENDAS Y ANÉCDOTAS REFERENTES Á TODAS ÉPOCAS
Y LUGARES

POR

JOSÉ COROLEU

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE BARCELONA,
SOCIO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE LA MISMA Y CORRESPONDIENTE
DE LA DE LA HISTORIA.

Nihil sub sole novum

Obra ilustrada con magníficos cromos y grabados representando escenas históricas y mitológicas, monumentos y objetos artísticos
copiados de los más auténticos originales, etc., etc.

BARCELONA

JAIME SEIX, EDITOR

6 — Fuente San Miguel — 6

1891





LAS SUPERSTICIONES DE LA HUMANIDAD

ENSAYO HISTÓRICO Y COMPARATIVO

TRAZADO CON LA AYUDA DE LAS MITOLOGÍAS, LAS PRODUCCIONES LITERARIAS Y LAS DOCTRINAS FILOSÓFICAS
DE LOS PUEBLOS MÁS FAMOSOS, COMPRENDIENDO LOS ORACULOS
LAS SIRILAS, LA AGORERÍA, EL ARUSPICIO, LOS SUEÑOS PROFÉTICOS, LOS SACRIFICIOS HUMANOS, LA ASTROLOGÍA, LA MAGIA,
LA NIGROMANCIA, LA CÁBALA, LA DEMONOLOGÍA Y DEMÁS CIENCIAS LLAMADAS «OCULTAS»
Y UN SIN NÚMERO DE LEYENDAS Y ANÉCDOTAS REFERENTES Á TODAS ÉPOCAS
Y LUGARES

POR

JOSÉ COROLEU

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE BARCELONA,
SOCIO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE LA MISMA Y CORRESPONDIENTE
DE LA DE LA HISTORIA.

Nihil sub sole novum

Obra ilustrada con magníficos cromos y grabados representando escenas históricas y mitológicas, monumentos y objetos artísticos
copiados de los más auténticos originales, etc., etc.

BARCELONA

JAIME SEIX, EDITOR

6 — Fuente San Miguel — 6

1891



Esta obra es propiedad del Sr. Seix, quien se reserva sobre
la misma cuantos derechos le concede la ley.

Barcelona.—Tipografía de B. Baseda, calle de Villarroel, 17. (Ensanche de San Antonio).—1891



J. Seix editor.

J. Serra P.¹⁰

FORO TRANSITORIUM, ROMA.



Biblioteca Nacional de España



